

Galo Guerrero-Jiménez

Lecturas viajeras



Colección BIBLIOTECA ECUATORIANA DE FILOLOGÍA (BEF)

Consejo Editorial: Miren Uruburu (UNED), Xavier Frías Conde (UNED), André Pocinha (UnEx), Diego Muñoz (UNED), Alberto G. Bautista (UAveiro).

© **Textos:** Galo Guerrero-Jiménez.

© **Edición:** Ianua Editora. Toledo (ES) / Quito (EC), 2017

info@ianuaeditora.com

www.ianuaeditora.com

ISBN: 978-1-XXXXXXX

All rights reserved worldwide. No part of this book may be reproduced without the prior permission of the Publisher.

1. ALGUNOS PRINCIPIOS BÁSICOS SOBRE AXIOLOGÍA DE LA LECTURA*

Leer vale la pena

El mejor medio para que el niño, joven o adulto tenga palabras de bien, de cultura, de humanismo, es decir, que tenga lenguaje, es desde la lectura. La lectura es de una seriedad vital en la formación de un individuo, tal como lo puede ser un plan de alimentación o de salud humana para que una persona pueda crecer sana.

De manera especial, hacer que la lectura se vuelva un hábito consolidado desde la niñez, es un gran triunfo intelectual y espiritual no sólo para el desarrollo del individuo lector o de la familia, sino para el bienestar humano de la sociedad. Por eso, qué importante que es que en la familia haya un lugar adecuado, un espacio especial para el libro, de manera que la lectura se convierta en una necesidad esencial para vivir sano y robusto de inteligencia y de ideas agenciosas que desde el placer estético paulatinamente irán consolidando la formación de ese niño lector que apenas en la enseñanza escolar adquiere una tercera parte del conocimiento: los otros dos tercios los consigue en el hogar y en la comunidad a la cual se debe.

Si los padres quieren que sus hijos se eduquen adecuadamente, deben leerles desde pequeños. Por supuesto, el padre, la madre, la familia en general deben ser lectores; no de otra manera se puede enseñar a leer a los hijos. Si

* (Capítulo presentado en el V Congreso Latinoamericano de Comprensión Lectora Jaime Cerrón Palomino organizado en Riobamba, Ecuador, del 5 al 8 de septiembre de 2012, en la Casa de la Cultura Benjamín Carrión Núcleo del Chimborazo).

el niño no ve leer, no aprende a leer, es decir, no aprende a consolidar el hábito lector desde su voluntad y desde el deleite.

Cuando el niño, y el potencial lector en general, sienta que vale la pena dedicarle tiempo a la lectura, tal como se le da tiempo a las actividades lúdicas: sin prisa, sin presión de nadie; y sobre todo que sienta que la lectura no es ni un castigo, ni una amenaza, ni una obligación, entonces habrá ganado la mejor batalla humana de su vida: su libertad intelectual. Lo contrario es muy triste. Lo afirma contundentemente Alberto Danesi: "... no hay nada tan evidente como la falta de libertad intelectual de la gente que no lee" (cit. en Benda et al, 24).

Familia, comunidad o pueblo que no lee, retrasa enormemente el desarrollo de su bienestar en todos los sentidos: cultural, científico, tecnológico, moral, humano y sobre todo creativamente. La creatividad, que es el motor fundamental que potencia el desarrollo social, se trunca. La imaginación cuando no se deja alimentar con la lectura, atrofia la creatividad.

El profesor y los padres de familia deben seguir buscando todos los medios posibles para que el niño lea, sólo así tendremos una sociedad adulta lectora y fundamentalmente comprometida con el bienestar humano. Leerles desde pequeños, ir leyendo con ellos poco a poco, contarles historias, hacerles saborear el placer de un relato, de un poema, de una leyenda, qué gratificante que es para el niño que atento escucha a sus padres o a su profesor.

Insista con perseverancia y paciencia; no claudique, en ese quizá el más noble de los afanes humanos: leer para crecer robusto de ideas creativas. Como señala la Sociedad Argentina de Pediatría: "Cuando un adulto les lee cuentos a los niños, les brinda momentos de seguridad, tranquilidad y afecto compartido, nuevas palabras e historias, un modo de viajar con la imaginación, una manera de aprender mejor" (Cit. en Benda et tal, 27).

Saber leer

Hay muchas razones por las cuales la gente no lee. Por lo regular se trata de personas sin ideales y sin optimismo para nada que no sea obtener poder y dinero a como dé lugar. Y de hecho, no lee el que no tiene mente positiva, y sobre todo aquel en que el optimismo se le ha enfermado gravemente. Y si no hay deseo y ganas de luchar con el mayor esfuerzo frente a lo que debemos hacer bien, no es posible encontrarle plenitud a la vida.

Y si siempre estamos con el pretexto de que pasamos ocupados trabajando o absorbidos en la dura tarea de vivir, no va a ser posible que la lectura se convierta en un apasionante proyecto de vida que sirva para favorecer las condiciones de vida personales, de manera que la ciencia, la cultura, la investigación y la educación nos sirvan para fortalecer los valores superiores de la inteligencia intelectual y emocional.

Infinidad de investigadores se ha dedicado al estudio del problema de la lectura. Son muchos los interrogantes y la preocupación en todos los niveles educativos, sociales, culturales e ideológicos en torno a la lectura, sobre todo porque a través de ella es posible que se pueda ejercer más humanamente la democracia, la libertad, la autonomía, la política, la religión, la ciencia e infinidad de valores humanos que pueden llegar a practicarse con rigor y transparencia en el ámbito del pensamiento y de las mejores acciones cotidianas de la vida, si tuviésemos como objeto de vida el tema de la lectura; sobre todo hoy en día en que, gracias a los medios tecnológicos, la información se la encuentra de inmediato, de manera que el buen lector sepa que esa cantidad infinita de información, debidamente seleccionada y procesada, la puede transformar en conocimiento, y luego en sabiduría para que le sea adecuadamente útil a él y a la sociedad en la cual ejerce a plenitud la presencia de su bien marcada humanidad.

Ningún ser humano si quiere vivir dignamente, debe desprenderse de este preciado valor de la lectura. “El arte de leer debe ser entendido como la culminación de la capacidad que tiene el ser humano de unos signos para comunicarse y de intercambiar información con sus congéneres, en otras palabras, de vivir en comunidad, trascendiendo lo inmediato” (Parodi et al, 25).

Se puede hablar de la lectura como una herramienta tan vital, como el aire, el agua y el sol que son imprescindibles para que el ser humano pueda vivir. Y si a través de estos elementos conjuntamente con la alimentación material podemos vivir, aprendamos a vivir mejor con la alimentación espiritual de la lectura.

Ya lo dice Daniel Goldin: “La lectura es un acontecimiento, una experiencia que se vive en el tiempo, no sobre el tiempo, que es irrepetible y singular” (cit. en Rosemblatt, 8). Y aunque a veces puedan faltar las condiciones materiales, las condiciones biológicas para leer están en casi todos los seres humanos: el cerebro y la vista, que son esenciales para que, dadas las condiciones educativas, sociales y culturales, estén en la capacidad de reconocer los signos gráficos, de comprender primero literalmente, luego inferencialmente y, finalmente, de valorar críticamente lo que leen.

Solo así será posible salvarnos de la marginación a la que estamos sujetos si no asumimos adecuadamente el valor de la lectura como una grata realidad que se la ejerce todos los días de la vida, y sobre todo para que su dignidad no sea socavada por nadie.

El contexto de lectura

Se lee bien no sólo cuando se pronuncia bien y se hace las pausas adecuadas que el texto tiene, sino cuando se alcanza un grado profundo de comprensión.

Y la comprensión funciona, entre otras cosas, cuando hay un acto intencionado, un propósito puntual y objetivos

funcionales que pueden ser de tipo académico, intelectual, emocional, cultural, económico y social, los cuales “se articulan en diversos contextos situacionales y suelen establecerse con anterioridad a enfrentar el texto” (Parodi et al, 74).

De otra parte, ¿qué estrategias utiliza el lector a la hora de leer? ¿En qué género está leyendo? ¿Para qué está leyendo? ¿Cómo debe leer lo que está leyendo? ¿Qué consigue con lo que lee? ¿En qué condiciones físicas y anímicas se encuentra cuando lee? De hecho, como sostiene Parodi, “el lector posee una serie de conocimientos de diversa índole así como una batería de estrategias, las que puede poner en juego en el marco de algún o algunos objetivos de lectura que decida perseguir o que el contexto le lleve a identificar” (73).

Si el lector no tiene conciencia de estos elementos para ponerlos en práctica, muy difícilmente va a poder entender un texto. Por lo tanto, el contexto de lectura, el cual hace referencia a la cultura y al entorno físico del sujeto lector, es vital, porque en orden a cada uno de sus elementos: conocimientos previos, intención, propósito, objetivos, texto, discurso, género y estrategias, surgirá un determinado tipo de comprensión, y luego sí la apreciación crítico-valorativa a la que debe llegar el lector que desea adquirir, desde la lectura metalingüística, una amplia cultura, bien sea intelectual, científica, técnica, literaria, filosófica, teológica y/o humanística en general, dependiendo de sus intereses lectores personales y profesionales.

Y es que, antes de leer, hay que considerar el contexto de lectura. Al menos el lector preocupado de lo que lee sabe que el texto que va a leer debe someterlo a las preguntas arriba señaladas; de lo contrario el texto no le merecerá ningún tipo de atención.

Aunque también es cierto que para una adecuada comprensión, “muchas veces es la propia imagen como lector la que podría impedir alcanzar una comprensión profunda

del texto, más que la falta de dominio de estrategias eficientes” (Parodi et al, 95). Y esto sobre todo porque, a decir del mismo Parodi et al: “Las estrategias apuntan a procedimientos cognitivos y lingüísticos de diversa índole que cada lector, de modo particular, lleva a cabo con el fin de cumplir un determinado objetivo cuando enfrenta una tarea de lectura” (97).

En todo caso, todos los procedimientos que el lector lleva a cabo para comprender un texto desde una representación mental que con un estilo muy personal, él construye, es lo que se denomina estrategia. Se trata, por lo tanto, de una conducta especial, muy particular, que orientada por la cultura, la instrucción y la formación permanentes, y sobre todo por los objetivos propuestos del lector, logra un fin determinado, porque adquiere, con unos valores propios y desde un esfuerzo muy personal, la construcción de un adecuado constructo mental debidamente procesado, para que sepa qué es lo que está leyendo.

Leer para no vivir marginados

La mejor manera de educarnos es cuando nos vinculamos con un libro. El libro, con la ayuda de un mediador, se convierte en el gran maestro de la vida, de la cultura, y de la educación.

Si una persona letrada, es decir que conoce el alfabeto, no lee, no tiene horizontes de vida ni oportunidades para defenderse; por lo tanto, carece de ideales nobles para proyectarse como persona; su imaginación y su cultura languidecen a la vuelta de la esquina, y los problemas con los que se tropiece en la vida no podrán ser solucionados con facilidad.

Como dice Ana Benda et al: “Enseñar a leer es propiciar un segundo nacimiento: el de la propia identidad” (11). Por supuesto, enseñar a leer no se refiere a conocer el alfabeto para deletrear y pronunciar bien, sino a todo un proceso cognitivo y sicolingüista para que el lector descubra

el mundo significativamente a partir de la infinidad de posibilidades humanas que la lectura le ofrece para adentrarse concienzudamente en la fascinante aventura de su formación humanística, científica y cultural.

Y no es tanto la cantidad de lecturas que se tenga sino la calidad humana que como lectores debemos tener para, de manera paulatina, ir adquiriendo los conocimientos necesarios para que nuestra formación sea la más pertinente.

Ya lo dijo Michèle Petit: “Se comprende que a través de la lectura, aunque sea esporádica, estén mejor equipados para resistir cantidad de procesos de marginación” (9). Y como sabemos, la marginación es la que más anula nuestra condición humana. Desde la marginación ni siquiera estamos en condiciones de amar, que es uno de los requisitos básicos para enfrentar con calidad humana el mundo que nos rodea.

Marginados ni siquiera nos acompaña la calidez de un horizonte moral para poder defendernos ante los avatares de la sociedad que por lo regular es violenta e inhumana contra aquel que no puede defenderse ni intelectual ni emocionalmente.

Por lo tanto, uno de los secretos para no sentirnos marginados social ni profesionalmente, está en la lectura, sobre todo de temas que no sean tratados insulsa, pobre, insustancial, intrascendental ni trivialmente. Por eso, la importancia de un profesor, de un mediador, de un padre y madre de familia que sea excelente lector para que pueda introducir al niño, al joven o a cualquier lector principiante, en el mundo de los buenos libros, sobre todo en los de la literatura, que son los que más regocijo nos causan por el valor de su componente estético y por la calidad humana que encierran estos textos, a través de los cuales el lector experimentará que vale la pena leer porque es inclinarse a vivir una vida plena, confortable y altamente comprometida con las más excelsas virtudes humanas. Por ejemplo, la opinión de Benda et al es certera al respecto: “Leer nos

hace libres, nos permite entender el mundo, las conductas de los demás y la propia, nos acerca a valores y grandes ideales, nos pone frente a innúmeras miserias, nos hace sentir y pensar, reír y llorar, nos hace capaces de enfrentar ideas de la familia o la sociedad en la que vivimos, nos encamina a la verdad, despierta en nosotros la percepción de la belleza y tiene, muchas veces, capacidad de empujarnos al bien” (22).

La lectura crítica

Si no se reflexiona, si no se cuestiona, si no se pregunta y si no se dialoga introspectivamente mientras se lee, es difícil que el lector llegue a ser crítico.

Aprender a tener una postura crítica y a tomar posesión respecto de lo que se lee sirve para evaluar lo que el escritor sostiene en el texto, y sobre todo para juzgar si sus argumentos son coherentes, sistemáticos y consistentes.

Leer desde una actitud crítica no consiste sólo en leer las letras sino en construir significados desde la reflexión participativa, activa y provocativamente dialógica con el texto.

Una vez que nos hemos compenetrado en el sentido de la lectura, el diálogo entre el texto y el lector fluye de conformidad con su formación y creencias para aportar, cuestionar y valorar lo que lee.

Parodi et al sostiene que para construir aprendizajes significativos, el lector puede poner en contraste los significados que va construyendo a partir de los siguientes interrogantes: a) ¿Qué valores, creencias o pensamientos propios del lector pone en cuestionamiento el contenido del texto?; b) ¿El contenido del texto le crea al lector algún tipo de inquietud o disconformidad?; c) ¿Cree el lector que su propia posición o perspectiva del tema central impide una evaluación objetiva?; c) ¿Se da cuenta el lector de que el tema del texto y la postura del autor entran en conflicto con su propia visión al respecto de lo leído?; d) ¿Qué desafíos

plantea este texto para la postura del lector?; e) ¿Se siente cómodo el lector con este tipo de lectura?; f) ¿Preferiría el lector otro tipo de contenido o texto o postura del autor? (161).

Y así, el diálogo con el texto será interminable a partir de estos interrogantes y de cuántos más le surjan al lector que quiere que su lectura no sólo sea comprensiva sino altamente valorativa y crítica, sobre todo cuando se trata de aprender significativamente.

El diálogo con el texto siempre es estimulante porque permite construir nuestras propias ideas y puntos de vista a partir de lo que se pueda aprender de los contenidos del texto leído. Sobre todo cuando el lector aprende a descubrir la postura ideológica del escritor, aparece el principio de comunicabilidad de lo leído no sólo con el texto en sí, sino con otras fuentes bibliográficas que se haya leído o que el lector esté aún por leer. Desde esta actitud se puede compartir con otros lo leído, no solamente lo literal, sino aportando con opiniones propias, cuestionando, razonando, valorando y construyendo aprendizajes perdurables.

Pues, desde el principio de comunicabilidad textual es posible la construcción cognitiva y psicolingüista de una representación mental muy profunda porque ayuda al lector a cuestionarse permanentemente de lo que efectivamente le sirve para aprender a partir de los contenidos del texto y de la postura del autor.

La lectura crítica, lo que hace, entonces, es llegar a adquirir conciencia de los procesos de lectura: el sujeto lector se convierte en un lector especializado puesto que está preparado para acceder a un conocimiento disciplinar desde cualesquiera de las operaciones intelectuales que le es posible manejar con versatilidad: conocer, comprender, aplicar, analizar, sintetizar, valorar, cuestionar, evaluar, juzgar y criticar lo que lee dentro de los contextos sociales y culturales que le son específicos y que, por ende, entran en juego en el dinámico proceso de saber leer.

Objetivos de la lectura

No solo es el escritor el que le da sentido al texto que escribe: el sentido se construye entre el escritor y el lector. Lo que dice un texto no depende tanto de cómo lo haya dicho el escritor sino de cómo lo entiende el lector. Un mismo texto puede ser interpretado de múltiples maneras según sea el contexto cultural de cada lector. Lo que un lector hace es cómo comprende un texto y qué aprende a partir de su lectura. Y depende mucho de los objetivos que tenga a la hora de la lectura.

Hay varios objetivos que nos motivan a leer. A veces, la intención sólo es leer para estar informados de algún tópico determinado. Por ejemplo, leer alguna sección del periódico para conocer lo que acontece en algún lugar del planeta. En este caso la lectura informativa nos sirve para conversar con el vecindario inmediato: familia, amigos, compañeros de trabajo, y así poder mantenerse mutuamente al día.

Otro objetivo que nos sirve para orientarnos y poder vivir funcionalmente en comunidad, es la lectura de diversas clases de anuncios que contienen unas normas específicas, y que el lector les da sentido a partir de la realidad que previamente ya conoce de su comunidad. Por ejemplo, avisos en carteles y letreros con nombres de calles, de establecimientos comerciales e institucionales, señales de tránsito, consultorios, horarios de oficina, etc.

Se lee también para pasar el tiempo. Cuando, de pronto, a alguien le sobra el tiempo, y quizá para no desesperarse frente a no tener que hacer nada, prefiere leer lo que tenga a mano sin importarle qué tipo de texto es el que lee. La forma de leer, en este caso, es distraída; pues, no importa ni el tema, ni la secuencia, ni los contenidos. Aquí el objetivo no es aprender ni memorizar, ni nada por el estilo de lo leído, sencillamente porque casi no se presta mayor atención a lo que se lee: se trata de una lectura demasiado superficial.

En otros casos, se lee para entretenerse, sobre todo cuando el lector tiene alguna afición por algún tema en especial. Por ejemplo, en el ámbito de la literatura, el lector puede ser un interesado en alguno de los géneros: poesía, cuento, novela, ensayo, teatro. En este caso la lectura es de interés, ininterrumpida y de enorme satisfacción por lo que se lee. Aquí se pone en juego la memoria, la comprensión y la valoración de manera que se pueda recordar e interpretar lo más esencial de lo leído.

Y quizá uno de los objetivos más importantes de la lectura es leer para aprender. Aquí la lectura se convierte en tema de estudio, y se lee a partir de aspectos puntuales, delimitados y de disciplinas especializadas que sean de interés profesional y/o académico del lector. En este caso los textos son expositivos o argumentativos, y se lee para que el conocimiento quede en la memoria a largo plazo, bien sea para rendir una evaluación, para explicar un tema, para investigar o para facilitar la incorporación de nueva información en nuestro conocimiento previo.

Por lo tanto, “es necesario enfatizar que para aprender es necesario estudiar, es decir, hacer un esfuerzo sistemático para ir continuamente comparando la nueva información con la ya conocida para aceptarla, modificando en caso necesario el conocimiento previo, o rechazarla como falsa” (Parodi et al, 60).

El aprendizaje de la lectura

Como sabemos, a la lengua oral la aprendemos con suma facilidad de conformidad con el contacto maternal y familiar que hayamos tenido desde nuestro nacimiento. Por eso es que para aprender a leer debe haber un conocimiento al menos elemental de la lengua materna en su modalidad oral, y luego todo un proceso de aprendizaje sistemático de cada uno de los signos gráficos que la lengua escrita tiene y que, por supuesto, corresponde a toda una manifestación cultural que el lector debe asumir con la

mayor concienciación que le sea posible para que pueda aprender con facilidad y con un marcado esfuerzo intelectual, para que el dominio de los signos escritos lleguen a tener sentido, y la lectura se convierta en el más eficaz y oportuno proceso de formación cultural a la que el ser humano tiene derecho para que pueda leer el libro de la vida y aprenda a adaptarse paulatinamente a los diversos procesos de desarrollo humano que la sociedad ha ido marcando paulatinamente en todo su largo historial.

Y así como en todo acontecimiento humano hay unas normas que regulan la conducta para que no nos gobierne el caos sino el orden, en el uso de la lengua escrita hay un conjunto de componentes lingüísticos que todo lector debe conocerlos para que pueda comprender la diversidad de aspectos que de la realidad un especialista recoge e interpreta en un texto determinado. Así, la ortografía, la morfosintaxis, la semántica, la pragmática y, en definitiva, todo el componente gramatical de la lengua es básico para que, cuando pasamos la vista por cada uno de los signos escritos de un enunciado, se pueda hacer la traducción adecuada de esos signos que, si no los entendemos, no nos dejan ninguna huella síquica en nuestro cerebro.

Por consiguiente, “quien lee las palabras y oraciones de un texto debe tratar de asociar esa secuencia de letras y palabras al significado que quiso construir quien lo escribió” (Parodi et al, 51); sólo así será posible introducirnos en el mundo del aprendizaje, del conocimiento y de la cultura.

Y aunque este proceso lector a veces sea esporádico y lento, poco a poco nos iremos preparando para enfrentar la marginación a la que estamos sujetos cultural, social, educativa, científica y emocionalmente por no saber leer.

Por lo tanto, la lectura tiene que convertirse en un proceso dinámico e interactivo entre el lector, el texto y el contexto, de manera que sea posible interpretar debidamente los signos escritos de la lengua, que lo que hace es comu-

nicar significados, sentidos, ideas, sentimientos, acontecimientos, emociones e infinidad de dimensiones humanas que impactan, conmueven y producen diversidad de reacciones en el lector que, frente a un texto, le traza horizontes de vida, de entusiasmo, de creatividad y de toma de conciencia de su propia identidad. Pues, son palpables los caudales de compromiso personal que en el campo de su instrucción, de su formación y de su educación en general se llegan a evidenciar.

Un texto, por consiguiente, y sea de la índole que sea, es una unidad semántica con un significado coherente que se construye con el discurso que el escritor elabora para que el lector le dé la forma significativa de interpretación a la que pueda arribar.

La celebración de la lectura

Llegar a amar los libros no es tarea fácil, así como no es fácil el amor de pareja o el amor que un padre o una madre brindan a sus hijos para formarlos adecuadamente. Se necesita valor, constancia, respeto y una alta consideración por el otro a través de un largo proceso educativo y de situaciones muy personales que nacen del corazón para brindar ese amor especial, sublime, afectivo y provocante para amar a alguien.

Así sucede con los libros; se trata de un amor especial, extático, fabuloso, por decir lo menos, en torno a una inclinación reverente, que nace de lo más profundo del ser para leer apasionadamente un tema determinado.

Mientras el lector no sienta esa visión especial, profundamente amorosa por los libros, no habrá lectura significativa que valga la pena; por eso la gente, sabiendo leer, no lee. Nuestros estudiantes, en todos los niveles educativos, si no están motivados, y si no hay las mejores condiciones anímicas, intelectuales, físicas y situacionales, no habrá poder que los promueva a leer con el corazón, con el amor en las manos y en el cerebro, y con la entrega voluntaria,

ferviente, para adentrarse en un acto lector potencialmente contemplativo, cargado de magia y de una fascinación cuando el enamoramiento por la lectura ya ha penetrado en cada sujeto que sabe que al leer es poseedor de una experiencia gratificante, que le satisface porque descubre personalmente en cada acto lector la magia de las palabras.

Una correcta práctica lectora nos lleva al encuentro de un disfrute auténtico y creativo; pues, nos estamos sirviendo de un medio muy valioso para compenetrarnos en las diversas fuentes del conocimiento humano. Para leer, no importa el formato. El auge creciente de las nuevas tecnologías de la información nos atrae para adaptarnos a una nueva promoción lectora, buscando todas las potencialidades y posibilidades que este medio nos brinda. Lo importante es que hayamos podido desarrollar unos hábitos lectores para leer donde quiera y como quiera. El lector que ya ha conformado unas competencias lingüísticas puede zambullirse sin temor por las aguas mansas o agitadas de cada palabra, de cada frase, de cada párrafo que ansiosos esperan la llegada de su amado lector.

Un activismo lector adecuado, constante, pero nunca rutinario ni impuesto, peor frustrante, como el amor desgastado de aquellos que ya no se aman; se trata de un acercamiento libre, voluntario y adecuado para compenetrarse en las diversas fuentes y recursos de información que están al alcance a través de los medios tecnológicos o en el formato tradicional del libro físicamente aceptado desde siempre y aún por la sociedad contemporánea.

Para que la mediocridad no nos aniquile, es necesario, es urgente diría, obtener el hábito lector, que no deja de ser uno de los más apasionantes que el género humano ha adquirido en la medida en que, paulatinamente, vamos desarrollando nuestra capacidad de reflexión crítica y de discernimiento para enfrentar la vida más plena, sesuda, feliz, comprometida y humanamente.

Lectura y narración

Quien apenas lee, apenas vive. Y quien lee bien sabe que la lectura tiene un enorme poder de atracción y de fascinación por la vida. Y aunque la lectura sea una actividad compleja, es enormemente placentera y altamente formativa.

Como estrategia metodológica, la lectura no sólo fortalece las capacidades cognitivas, sino que puede favorecer el desarrollo de actividades afectivas y metacognitivas que llevan al lector a un ejercicio permanente de reflexión, de análisis y de construcción simbólica de significados personales, culturales, éticos, sociales y lógico-científicos.

Por eso, vale señalar que la lectura no tiene como objetivo único la comprensión de un texto escrito; si se desarrolló la habilidad metacognitiva, el lector está listo para el dominio de las estructuras narrativas que se potencian al más alto nivel de sensibilidad humana cuando se lee lo más selecto de la literatura: poesía, ensayo, dramática, y narrativa, fundamentalmente.

Adentrarse en el mundo de la narración, es estar dispuesto a la búsqueda de infinitud de sentidos y mundos posibles que sobre la vida se perfilan en cada circunstancia narrada.

Desde la ficción, un buen relato nos revela hechos de vida, acontecimientos diversos y circunstancias culturales y éticas de una realidad determinada que el lector las percibe no para saber lo que pasa en el texto, sino para sentir cómo queda él después de leer el texto. Por lo tanto, se trata de una experiencia estética que produce una transformación en el lector, dado que el texto narrado le produce una experiencia subjetiva, en virtud de que, desde la historia narrada, le ayuda a conocerse a sí mismo, a examinar el mundo, sus circunstancias y proyectos personales.

Por lo dicho, la lectura de la narrativa permite a un buen lector conocer puntos de vista diferentes, formas diversas

de pensar, de actuar, de vivir, de soñar, de sentir y de analizar el mundo desde una historia ajena, que no nos pertenece literalmente, pero que, desde nuestra condición lectora nos puede conmover para ampliar nuestro universo de experiencias, para adentrarnos mejor en nuestra naturaleza humana, y ante todo para potenciar nuestros juicios de valor.

Si el relato nos transmite un cúmulo de riqueza estética, de valores culturales, de expectativas, de anhelos y de nuevas sensibilidades comunicativas, vale la pena que la educación formal tome a la lectura como un objetivo principal “para ayudar a toda la comunidad educativa –según lo puntualiza Álvaro Marchesi Ullastres- a ampliar su conocimiento del mundo, a razonar, a comunicarse, a relacionarse y a comprender a los otros, a ser más creativos y a disfrutar con el mundo mágico de las palabras y de los textos”(s/n/p). Pues, no cabe duda, el conocimiento, la sabiduría y la felicidad se encuentra en los libros.

Lectura y sociedad

No creo que sea exagerado sostener que desde la lectura una sociedad construye un mundo mejor porque puede reflexionar sobre sí misma. Una sociedad que lee es una sociedad privilegiada porque puede, a la luz de su realidad, canalizar su proceso educativo como uno de los componentes vitales que cada individuo tiene –según los principios de la UNESCO- para aprender a conocer, aprender a hacer, aprender a vivir y aprender a ser, de manera que luego, adecuadamente iluminado por los grandes ideales humanos, ese individuo, y por ende esa sociedad, pueda aprender a emprender en las más diversas e infinitas posibilidades de las que el ser humano es capaz de llevar a cabo en el trajinar de su existencia.

Hay abundancia de información pero no hay abundancia ni calidad de lectores. Es necesario transformar tanta información en conocimiento para que prime la sabiduría,

para que surjan los investigadores, los humanistas, los educadores y los científicos que tanta falta hacen en una sociedad convulsa y poco transparente en su accionar humano.

La vulgaridad, el ruido y el vacío intelectual están generando escasez de sabiduría, y por ende un vacío espiritual que ha trastocado los más nobles principios humanos. Una sociedad así, paulatinamente se va deteriorando, sobre todo en sus quehaceres político-democráticos, educativos, económicos y familiares.

Y es que llegar a amar los libros, es decir la lectura, es llegar a defender la vida y la sabiduría que en ella está inmersa. Por supuesto que los mecanismos para llegar a vivir como lectores no son nada fáciles. De ahí que una gran cantidad de individuos prefieren vivir desde la superficialidad, incluso desde el riesgo del aislamiento cultural y educativo.

La sociedad que vivimos es una sociedad de la información, y ésta, paradójicamente, no ayuda a formar lectores. El predominio de la imagen, el interés por lo inmediato y lo fácil, la comprensión rápida y vacua de mensajes en la televisión y en la internet, son, entre otros, factores que se contraponen a la lectura. Las habilidades lectoras exigen silencio, “tiempo, tranquilidad, interés y perseverancia para comprender un texto y disfrutarlo” (Marchesi, s/n/p).

Además, una sociedad exigente y competitiva como la nuestra, exige también lectores competentes para enfrentarla desde una formación democrática, libre, ética y reflexiva. Y en este orden no hay mejor camino para enriquecer nuestra personalidad que el de la educación en la lectura. Como acertadamente señala Marchesi: “La lectura nos pone en contacto con otros sentimientos, otras experiencias y otras vidas. Nos ayuda a distanciarnos de nosotros mismos, a viajar por el tiempo y por el espacio, a conocer nuevas culturas, a ser, de alguna manera, más humanos. La escuela y la lectura ayudan a romper la coraza del individualismo y a penetrar en los otros” (s/n/p).

El ambiente positivo de la lectura

Encontrarle sentido a lo que se lee, es encontrarle placer a la lectura. Qué placentero que es entender lo que se lee. Las expresiones de un texto son hermosas cuando el lector se asombra ante tanta belleza que logra experimentar mientras lee.

Leo y mi pensamiento vuela hacia otras dimensiones; se enardece mi afectividad; me transporto a lugares que quizá nunca imaginé si no fuera por la lectura que me permite decodificar, interpretar, evocar realidades, asignar significados y aprender a pensar. La lectura me compromete como persona porque es el ser entero, completo, el que con decisión y empeño me hace encontrarle sentido a aquello que leo.

La mejor manera de aprender a pensar es leyendo. Cuántas ideas, imágenes, realidades, metáforas, imaginación, verdad, fantasía, quimeras, y sobre todo, qué calidad de vida que se adquiere conforme mi humanidad se compenetra del ambiente lector.

Cómo se enriquece mi espíritu leyendo, cómo analizo e interpreto el mundo desde la lectura, y cuántas luces encuentro y cuántas puedo dar desde la lectura de un buen texto; desde aquel texto que con pasión me fascina, me entretiene y me deleita tal como un ser querido se compenetra en mi realidad interior.

Cómo las cosas más sencillas se pueden expresar con tanta belleza en una obra literaria, en un texto científico, en uno filosófico, teológico, etc. cuando con cuanta sabiduría el autor plasma sus ideas desde el conocimiento, desde su experiencia vital y con un adecuado manejo de la lengua.

Podemos descubrir amor, vida, ternura y abundantes reflexiones sobre la validez de todo cuanto existe. Cuando se descubre estos elementos parecería que estamos en el paraíso. Así es de excelsa la lectura, así son los textos, así es de mágico el mundo de los libros.

Cuánta riqueza, candor, musicalidad y contemplación en el mundo de la poesía, por ejemplo. Y sobre todo, qué aportes para entender y valorar el mundo. Cómo podemos analizar la vida mucho más allá de lo que apenas vemos. Cómo la lectura nos complace, cómo aprendemos a meternos en el mundo de los que aman y también de los que odian cuando la literatura trata de auscultar el complejo y rico universo de nuestra psiquis humana.

Cómo me compenetro y me lleno de Dios cuando desde la experiencia mística leo a autores que han podido calar en lo más hondo del pensamiento teológico para hacernos ver que la vida desde esa realidad extática es sublime; es sobre todo “el camino, la verdad y la vida” que necesitamos para bien vivir.

Cómo no quedarme extasiado ante el esfuerzo humano de unos cuantos científicos e investigadores que han podido elaborar complejos y exquisitos aportes teóricos en el mundo de la ciencia para que la humanidad pueda disfrutar de buena salud, de ambientes sanos, laborales, educativos, comunicativos, informáticos y globalmente adecuados para que la tecnología pueda desarrollarse a favor del confort humano, y que yo pueda tener acceso a esta información desde el bien trazado esfuerzo de la lectura que es la que me permite aprender a valorar todo este milagro humano en el que aprendo a instruirme para llegar a adquirir una determinada formación para poder brindar mi modesto aporte intelectual y espiritual a favor del desarrollo humano.

Referencias bibliográficas

Benda, A., et al. (2006). *Lectura corazón del aprendizaje*. Buenos Aires: Editorial Bonum.

Marchesi, A. (2005). Ministerio de Educación y Ciencia. Revista de Educación. Número extraordinario. “*Sociedad lectora y educación*”. Madrid, Sitio Web. Fecha de ingreso: 08 de diciembre de 2010.

Parodi, G. et al. (2010). *Saber leer*. Buenos Aires: Editorial Aguilar e Instituto Cervantes.

Petit, Michèle. (2008). *Lecturas: del espacio íntimo al espacio público*. Traducción de Miguel y Malou Paleo, y Diana Luz Sánchez. Tercera Reimpresión. México, D. F.: Fondo de Cultura Económica: Espacios para la Lectura 2008. Medio impreso.

Rosenblatt, L. (2002). *La literatura como exploración*. Traducción de Victoria Schussheim. México, D. F.: Fondo de Cultura Económica: Espacios para la lectura.

2.¿PARA QUÉ SE LEE? *

¿Para qué se lee?

Hay muchas razones por las cuales un lector lee, no una vez sino todos los días de su vida. Se lee para aprender: ese es el objetivo esencial de todo estudiante escolarizado, pero también del profesional, del investigador, del científico y de toda persona que quiere tener éxito y una vida de calidad en su vida ocupacional.

Se lee para adquirir cultura, para poder ubicarse en la sociedad como una persona de bien y que, ante todo, está en condiciones de llegar a valorar, a respetar y a aportar con su contingente intelectual en algún asunto humano que forma parte de la vida cotidiana de la comunidad a la cual se debe.

Se lee para adquirir una formación personal, de manera que la cultura, la ciencia y todo valor humano que le es inherente al individuo lector le permita, a la par que vivir actualizado, tener criterios y argumentos sólidos y altamente calificados y autónomos frente a las circunstancias de la vida.

Se lee para orientar a los demás, para favorecerlos en su crecimiento personal; eso hacen los buenos maestros, médicos, líderes políticos y religiosos lectores y, en fin, todo aquel lector que tiene un contacto directo con diversos grupos humanos, cuya acción es promocionarlos para que enfrenten la vida con transparencia y con ideas y acciones nobles que permitan hacer surgir éticamente a los demás.

Se lee para encontrarse con uno mismo. El libro es esa ocasión de encuentro profundo, oportuno, exquisito y leal

* Capítulo para Investiga II UTPL, evento académico-científico llevado a cabo en la Universidad Técnica Particular de Loja, Ecuador, el 14 y 15 de mayo de 2013.

con uno mismo, tal como es el encuentro con otra persona a la cual le hemos ofrecido nuestro amor o nuestra amistad más sincera. Cuando desde la lectura uno se encuentra con uno mismo, podemos autovalorarnos para readecuar ciertos condicionamientos humanos que quizá no estaban bien encaminados; es decir, uno puede reorientar la vida con más autonomía, con más libertad, con más creatividad y con una enorme sensibilidad para valorar al prójimo en todas sus dimensiones humanas.

Se lee para saber enfrentar los problemas y, sobre todo, para enfrentar el dolor y el sufrimiento del cual somos víctimas en algún momento de la vida. Se lee para que la ponderación y el equilibrio emocional nos acompañen en las penurias y en las alegrías, en la desazón y en la esperanza, en la soledad y en el acompañamiento familiar, laboral y social.

Se lee para conocer a los demás y para conocerse uno mismo. En la confrontación diaria y permanente con el otro, desde la lectura se puede orientar las decisiones, las acciones, los puntos de vista, las novedades, las curiosidades, los aportes y opiniones personales y, sobre todo, se puede conocer al prójimo al cual nos debemos de una o de otra manera para poder seguir viviendo.

Se lee también para sobrellevar las preocupaciones, de manera que, desde la lectura pueda transportarse a otros mundos desconocidos para el lector, para soñar en el futuro, para trazarse horizontes y para imaginarse tantos y tantos mundos que quizá el lector no los podrá vivir en carne propia. En conclusión, se lee por alivio, porque desde la lectura se puede disfrutar de la vida: se trata de un gozo emocional, intelectual y espiritual altamente confortable, imaginativo y creativo que quizá no se lo pueda vivir plenamente desde otra actividad humana.

¿Por qué no se lee?

Lo primero que en la escolaridad o en el hogar se debe hacer para atraer lectores de calidad humana, es evitar esos famosos “métodos de lectura” en los que al novel lector, después de leer le obligan a hacer una tarea, a desarrollar ejercicios y cuestionarios, y a que aplique infinidad de asuntos meramente mecánicos para que trabaje y estudie.

Así no se consigue lectores como si se tratase de “un ejercicio y una tarea; no se lee porque al alumno se le cuestiona; no se lee porque se le pide un resumen de lo leído; no se lee porque no se le permite escoger títulos, y no se lee porque no se discute la obra ni se analiza el contenido e interesa más cómo se llama el autor, dónde nació y cuáles son los personajes principales de su obra. Habrá excepciones, pero prevalece, en la mayoría de los casos, la ‘cuestionitis aguda’ en la metodología lectora que se ha implantado equivocadamente” (Robles 2006: 16) desde hace mucho tiempo, sobre todo en la educación básica y secundaria.

Estas son quizá las principales razones por las que no se consigue lectores, sino solo estudiantes apáticos que no saben para qué ni por qué hacen lo que hacen cuando de leer se trata; es decir, leer sin son ni ton sino solo para cumplir una tarea por obligación. Hecha la tarea no le queda ningún deseo al alumno para volver a tomar un libro.

Hay otra razón enorme por la que no se consigue lectores: ni los maestros ni los padres de familia son lectores. Al no ser lectores no tienen nada bueno que ofrecer ni en mecanismos ni en ideas saludables para que sus alumnos e hijos se acerquen a leer con gusto un buen libro. Y quizá a esto se deba el tipo de métodos inhumanos e inútiles para hacerles leer a la fuerza.

Se suma, también, a esta triste realidad los “famosos” libros de texto, que por más que estén bien elaborados,

son de una enorme limitación para conseguir lectores, puesto que en ellos no están los libros que se deben leer, sino apenas fragmentos que, descontextualizados de la obra base, no le dicen nada al estudiante. Y es en el libro de texto donde aparecen este conjunto de tareas aburridas que el alumno debe desarrollar, y que le sirven al profesor para tapar su pereza intelectual, dado que al tener el libro de texto como guía de trabajo no le interesa leer ninguna otra fuente bibliográfica. Para qué preparar una clase si sus alumnos se entretienen contestando las tareas que constan en el texto básico.

Y así, en los tres niveles de la educación escolarizada existen lecturas obligatorias, que por el método que los profesores imponen a sus alumnos, no generan lectores sino solo estudiantes: cumplida la tarea, se abandona el libro para siempre.

Si los padres de familia y los profesores fuesen buenos lectores, de hecho generarían, como sí sucede en algunos casos, buenos alumnos e hijos lectores, porque sabrían buscar mecanismos mucho más humanos, métodos y estrategias más adecuados para que un lector se acerque a un libro, por su voluntad; no desde la obligación, sino de aquellos lectores profundamente motivados, “de los que leen por el gusto de leer y no de aprender, los que recurren a una novela o un cuento para disfrutarlo, no como un medio para obtener un fin, sino como un fin en sí mismo” (Robles 2006: 17).

Predisposición para leer

Una nación no progresa ni refleja el alto grado de su nivel cultural, tecnológico y científico por el ingreso per cápita de dólares que obtenga, sino por el ingreso per cápita de libros que produce y que cada ciudadano lee asiduamente.

Japón, Alemania y Francia, por mencionar a estos tres países, son sumamente desarrollados. Pues, sus niveles

de lectura, es decir, de la población que lee, está entre el 91%, 60% y 57%, respectivamente (Robles 2006: 58).

Los beneficios que un país recibe gracias a la capacidad intelectual, emocional y espiritual que un ciudadano lector posee individualmente, y que luego logra desarrollar en comunión con el colectivo de su comunidad, se dan debido a que cada individuo que habitualmente lee conscientemente, es portador de las siguientes ventajas: predisposición para valorar y respetar todo lo que le es humano, desarrollo de la lengua materna para comprender el mundo que le rodea desde un adecuado manejo del vocabulario, de la ortografía, ortología, gramática, semántica y pragmática; desarrollo de la imaginación, concentración, comprensión, reflexión y actitud crítica. Sus conocimientos, su cultura y la predisposición para inclinarse por la investigación, la ciencia o las humanidades en general, son evidentes, puesto que su creatividad, e incluso su actitud ética, se potenciarán al más alto nivel. En definitiva, el orden del pensamiento, es decir, de la razón y del corazón se canalizarán debidamente para, desde esa actitud, contribuir al desarrollo del país.

Por supuesto que para llegar a los niveles de intelectualidad y de sensibilidad humana mencionados, se necesita “enraizarnos en las tradiciones y aprender a valorar y respetar otras culturas, para entendernos y entender mejor a los demás” (Andricaín et al 2008: 14), y recorrer un largo trecho en esa experiencia lectora que de buenas a primeras no es fácil conseguir. “Leer es un arduo proceso que pone en tensión nuestro intelecto. No en balde José Martí sentenció, en el siglo pasado, que ‘leer es trabajar’” (Andricaín, et al 2008: 10) comprendiendo, descubriendo, interpretando, analizando, y sobre todo pensando en las formas de felicidad, de entretenimiento, de gozo y de compromiso personal que nos produce toda buena lectura.

No es la mera obligación ni el puro compromiso lo que nos lleva a leer. Hay una predisposición especial que en algún momento el individuo logra sentir porque se da

cuenta de que se trata de un hecho de vida único, en cuyo ejercicio personal se busca una mejor manera para vivir creativamente. Claro está: no se aprende a leer desde el normativismo, ni desde la acción instructiva ni reduccionista, sino desde una actitud estimulante, profundamente humana, como un acto de amor y de comunicación. El lector tiene “la convicción de que la lectura es un ejercicio útil, que perfecciona el pensamiento, ennoblece el espíritu y hace avanzar al ser humano” (Andricaín, et al 2008: 18).

En efecto, el buen lector se apropia del valor de cada contenido, reflexiona acerca de su sentido, interioriza la intención que subyace en el discurso de cada texto en relación con sus sentimientos, sus creencias y emociones, y con el grado de su nivel cultural, cognoscitivo, afectivo y social.

Saber leer

Hay muchas razones por las cuales la gente no lee. Por lo regular se trata de personas sin ideales y sin optimismo para nada que no sea obtener poder y dinero a como dé lugar. Y de hecho, no lee el que no tiene mente positiva, y sobre todo aquel en que el optimismo se le ha enfermado gravemente. Y si no hay deseo y ganas de luchar con el mayor esfuerzo frente a lo que debemos hacer bien, no es posible encontrarle plenitud a la vida.

Y si siempre estamos con el pretexto de que pasamos ocupados trabajando o absorbidos en la dura tarea de vivir, no va a ser posible que la lectura se convierta en un apasionante proyecto de vida que sirva para favorecer las condiciones de vida personales, de manera que la ciencia, la cultura, la investigación y la educación nos sirvan para fortalecer los valores superiores de la inteligencia intelectual y emocional.

Infinidad de investigadores se han dedicado al estudio del problema de la lectura. Son muchos los interrogantes

y la preocupación en todos los niveles educativos, sociales, culturales e ideológicos en torno a la lectura, sobre todo porque a través de ella es posible que se pueda ejercer más humanamente la democracia, la libertad, la autonomía, la política, la religión, la ciencia e infinidad de valores humanos que pueden llegar a practicarse con rigor y transparencia en el ámbito del pensamiento y de las mejores acciones cotidianas de la vida, si tuviésemos como objeto de vida el tema de la lectura; sobre todo hoy en día en que, gracias a los medios tecnológicos, la información se la encuentra de inmediato, de manera que el buen lector sepa que esa cantidad infinita de información, debidamente seleccionada y procesada, la puede transformar en conocimiento, y luego en sabiduría para que le sea adecuadamente útil a él y a la sociedad en la cual ejerce a plenitud la presencia de su bien marcada humanidad.

Ningún ser humano si quiere vivir dignamente, debe desprenderse de este preciado valor de la lectura. “El arte de leer debe ser entendido como la culminación de la capacidad que tiene el ser humano de unos signos para comunicarse y de intercambiar información con sus congéneres, en otras palabras, de vivir en comunidad, trascendiendo lo inmediato” (Parodi, et al 2010: 25).

Se puede hablar de la lectura como una herramienta tan vital, como el aire, el agua y el sol que son imprescindibles para que el ser humano pueda vivir. Y si a través de estos elementos conjuntamente con la alimentación material podemos vivir, aprendamos a vivir mejor con la alimentación espiritual de la lectura.

Ya lo dice Daniel Goldin: “La lectura es un acontecimiento, una experiencia que se vive en el tiempo, no sobre el tiempo, que es irrepetible y singular” (Roseblatt 2002: 8). Y aunque a veces puedan faltar las condiciones materiales, las condiciones biológicas para leer están en casi todos los seres humanos: el cerebro y la vista, que son esenciales para que, dadas las condiciones educativas, sociales y culturales, estén en la capacidad de reconocer

los signos gráficos, de comprender primero literalmente, luego inferencialmente y, finalmente, de valorar críticamente lo que leen.

Solo así será posible salvarnos de la marginación a la que estamos sujetos si no asumimos adecuadamente el valor de la lectura como una grata realidad que se la ejerce todos los días de la vida, y sobre todo para que su dignidad no sea socavada por nadie.

Referencias bibliográficas

Andricaín, S., Marín, F. y Rodríguez, A. (2008). *Puertas a la lectura*. Segunda Edición. Bogotá: Cooperativa Editorial Magisterio.

Parodi, G. –coordinador-. (2010). *Saber leer*. Buenos Aires: Instituto Cervantes y Ediciones Aguilar.

Robles, E. (2006). *Si no leo, me-a-burro. Método para convertir la lectura en un placer*. México, D.F.: Debolsillo.

Rosenblatt, L. (2002). *La literatura como exploración*. Traducción de Victoria Schussheim. México, D. F.: Fondo de Cultura Económica: Espacios para la lectura.

3. ¿POR QUÉ ES BUENO LEER? *

¿Qué significa para usted la lectura?

Esta es la primera inquietud que se planteó a 48 escritores de la república del Ecuador que colaboraron con un grupo de 48 maestrantes del módulo de Teoría de la Lectura de la Maestría en Literatura Infantil y Juvenil que la Universidad Técnica Particular de Loja, Ecuador, mantiene en la modalidad de estudios a distancia.

Entendemos que esta pregunta, y las que luego serán analizadas, de conformidad con la opinión que cada escritor dio, solo pueden ser respondidas por alguien que lee ya con frecuencia. Por eso se creyó conveniente entrevistar solo a escritores. Pues, es difícil concebir que alguien sea escritor sin previamente ser un buen lector.

Al respecto, Michèle Petit señala: “No lo olvidemos, el lector no consume pasivamente un texto; se lo apropia, lo interpreta, modifica su sentido, desliza su fantasía, su deseo y sus angustias entre las líneas y los entremezcla con los del autor. Y es allí, en toda esa actividad fantasmática, en ese trabajo psíquico, donde el lector se construye” (2008: 28). Por lo tanto, este grupo de escritores ecuatorianos, desde lo más profundo de su sentir lector señalan, con su opinión, ser lectores activos, seres en construcción.

El acceso a la lectura que este grupo de escritores tiene es evidente. Cada opinión es altamente sentida al momento de expresarla; no se siente que haya una mera fórmula de opiniones. Estos escritores opinan desde su vi-

* Conferencia magistral: VI Congreso Latinoamericano de Comprensión Lectora Jaime Cerrón Palomino, Formosa, Goiás, Brasil, del 4 al 6 de septiembre de 2013.

vencia lectora: la lectura como fuente de un alto componente axiológico y antropológico, y ante todo como **el mejor vehículo para transmitir y asimilar el conocimiento humano**: así lo dicen al menos 16 entrevistados. Un conocimiento quizá al estilo de lo que señala Jean-Claude Carrière: “El conocimiento es la transformación de un saber en una experiencia de vida” (Eco y Carrière 2010: 73); o lo que sostiene Manguel, a propósito del conocimiento de la literatura: “La literatura es el instrumento cognitivo por el que alcanzamos alguna comprensión de quiénes y qué somos, de por qué estamos aquí, en este planeta tan maltratado” (2004: 84). Se trata de un conocimiento, en verdad, para comprender, para aprender a pensar, a reflexionar y a criticar; y como dicen algunos de los entrevistados: para ser personas despiertas, con agilidad mental, con espíritu sensible y analítico. Un conocimiento, también, para informarnos, dice otro entrevistado. Muy bien cabe aquí el criterio de Littau: “En lugar de dar cuenta de las emociones y sensaciones del lector, hace de la literatura una ‘ocasión para la interpretación’, poniendo el acento en la respuesta cognitiva del lector y no en su respuesta afectiva” (2008: 30). O como más adelante señala, “con un sesgo decididamente moderno –más aún, modernista- que considera la lectura una actividad predominantemente mental. Mi enfoque no recurre al microanálisis, no extrae conclusiones a partir de estudios de casos, como podrían hacer los historiadores. Hago una narración elevada y abarcadora, con plena conciencia de los riesgos que entraña” (ibid: 32).

Otro elemento, quizá el más esencial para este grupo de escritores, y para todo buen lector en general, es el que **la lectura significa ante todo placer**: entretenimiento, felicidad, disfrute, la más plácida creación humana, mundo mágico, universidad maravillosa, gusto, estética, gratuidad, vocación, e incluso “adicción”, elementos todos placenteros que forman parte del deseo de leer: “Si leemos con ganas, esperando obtener placer, es muy probable que lo disfrutemos” (Chambers 2007a: 26). En este caso,

se trata de un placer con disposición, con libertad: “La disposición, al parecer, es una influencia más poderosa que la circunstancia” (ibid: 26); disposición, ganas de leer porque “el placer en un libro de literatura proviene de descubrir patrones de sucesos, personajes, ideas, imágenes y de lenguaje intercalado en el texto” (ibid: 19). Se trata de un placer para realizarse, para vivir, no al estilo de lo que señala Manguel: “Hoy en día, el libro, (...) se ha convertido para nuestra sociedad (en la que, por cierto, seguimos siendo lectores) en un simple accesorio, en una distracción retraída y sosegada, en un objeto común que no es ni audaz ni peligroso, en un producto que se fabrica y se vende, con fecha de caducidad incluida” (2004: 73). Si así fuera, este grupo de escritores, la mayoría de ellos, profesores, quizá no hubiesen producido la obra narrativa y poética que tienen a su haber. Más bien, prima la opinión de Rosenthal, recogida por Beatriz Elena Robledo: “En la postura estética, el lector pone la atención en las vivencias que afloran durante el acto de lectura. ‘El lector estético saborea, presta atención a las cualidades de los sentimientos, de las ideas, las situaciones, las escenas, personalidades y emociones que adquieren presencia y participa de los conflictos, las tensiones y resoluciones de las imágenes, ideas y escenas a medida que van presentándose’” (2010: 22), como en efecto parece que lo viven el grupo de entrevistados.

También es muy significativa **la parte humana** que despierta el acto de leer en este colectivo de escritores. Sostiene, por ejemplo, el enriquecimiento espiritual que se logra al leer, el cultivo de la inteligencia, la construcción de mundos, crecer como personas, recrearse, el cultivo de una memoria excelente; la apropiación de una aventura, de un sueño, de una experiencia; la lectura como alimento, como pan del día, y como la sensación de vivir varias vidas; o como la potenciación de la imaginación y la interconexión entre escritor y lector. En definitiva, aprender a formarse como seres humanos, listos para saber pensar y

analizar el mundo, viviendo y experimentando figuradamente el pasado, el presente y el futuro como una forma de aprender a estar en el mundo, aprehendiéndolo como el mejor ejemplo de desarrollo de nuestra civilización, y por ende como una ventana hacia la esperanza, de manera que desde la lectura podamos evitar “el tamaño de nuestra estupidez”, y nos acerquemos más bien a la ventana de nuestro acervo cultural para sentirnos cada vez más realizados, y evitar así, lo que muy bien sostiene Marina Colasanti: “Vivimos hoy una intensa crisis ética acelerada por el fracaso de las utopías, el desenmascaramiento de los sistemas políticos y el fragante predominio de los valores económicos sobre los valores del espíritu” (2004: 91).

Harold Blom corrobora la enorme importancia que representa en el lector el desarrollo axiológico de nuestra idiosincrasia humana: “Para leer sentimientos humanos en lenguaje humano, uno ha de ser capaz de leer humanamente, con todo su ser” (2002: 26), si no es así, el conocimiento que recibimos y el placer que se siente al leer, no tiene sentido. Es profundamente humano, por ejemplo: “Encontrar en aquello que sintamos próximo a nosotros, aquello que podamos usar para sopesar y reflexionar, y que nos llene de la convicción de compartir una naturaleza única, libre de la tiranía del tiempo” (ibid: 18). Y es profundamente humano lo que sostiene José Antonio Marina: “La palabra sirve, sobre todo, para vivir” (1999: 13); una palabra escrita soberanamente sentida, valorada y direccionada a la búsqueda de los más genuinos intereses humanos: “El lenguaje nace en el Mundo de la vida, y tiene una función práctica: comunicar, organizar la colaboración, pedir, transferir conocimientos, planificar y dirigir la conducta” (ibid: 17).

Desde esta óptica, por lo tanto, la lectura nos vuelve resistentes a todo acto de deshumanización. Lo dice Fernando Savater: “Hay que leer para abrirse al mundo, para hacernos más humanos, para aprender lo desconocido, para aumentar nuestro espíritu crítico, para no dejarnos

entontecer por la televisión, para mejor distinguirnos de los chimpancés, que tanto se nos parecen” (citado por Argüelles 2009: 16). Y, ante todo, como sostiene uno de los entrevistados, leer para ser libre, como uno de los valores humanísticos más relevantes en la escala axiológica y antropológica de todo ser humano: “Leer libros, si no es por placer y si no se produce en un ambiente de libertad, sirve para muy poco” (ibid: 101); o con más precisión: “Un lector autónomo (al que nadie obliga a leer) que llegase a declararse falto de placer en lo que lee, es alguien que está reconociendo alguna penosa anomalía: frigidez, anorexia, impotencia” (ibid: 32). Pessoa siente muy bien el placer axiológico de la libertad: “Leer como quien pasa, meditando y sintiendo la múltiple realidad, siendo las páginas tan solo un humilde pretexto para reflexionar y emocionarnos no por los libros sino por la vida: por la libertad de vivir. (...) Leo y soy liberado. Adquiero objetividad. Y lo que leo, en vez de ser un traje mío que apenas veo y a veces me pesa, es la gran claridad del mundo exterior, el sol que ve a todos, la luna que mancha de sombras al suelo quieto, los espacios anchos que terminan en el mar, la solidez negra de los árboles que hacen señas verdes arriba, la paz sólida en los estanques de las quintas, los caminos cubiertos por las viñas en los declives de las cuestas” (citado por Argüelles 2009: 23-24).

En conclusión, esta primera pregunta: **¿Qué significa para usted la lectura?**, ha sido destacada por los 48 entrevistados en tres grandes apartados: fuente de conocimiento, fuente de placer y para ser axiológicamente más humano.

¿Por qué es bueno leer?

Esta es la segunda pregunta que se les planteó a los 48 escritores ecuatorianos residentes en 18 ciudades del país, y que va en consonancia con la primera.

Al respecto, Harold Bloom nos dice que es bueno leer porque “la lectura sirve para prepararnos para el cambio” (2002: 17); incluso sostiene que “aunque no siempre nos demos cuenta, leemos en busca de una mente más original que la nuestra” (ibid: 22).

En este orden, el aporte de estos intelectuales lectores es muy significativo. Esta segunda interrogante va de la mano con la primera. Es bueno leer porque se adquiere **conocimiento, se es más humano y nos permite un disfrute pleno**. Estos tres grandes motivos fueron el fuerte en la primera pregunta y se ratifican en la segunda.

Es bueno leer “porque un libro es más que una estructura verbal, o que una serie de estructuras verbales; es el diálogo que entabla con su lector y la entonación que impone a su voz y las cambiantes y durables imágenes que dejan en su memoria. (...) El libro no es un ente incomunicado: es una relación, es un eje de innumerables relaciones. Una literatura difiere de otra ulterior o anterior, menos por el texto que por la manera de ser leída”. (Cavallo y Chartier 2011: 16-17).

Los lectores leen porque este “eje de innumerables relaciones” se nutre fundamentalmente **de conocimiento**. Desde la lectura se conoce otros mundos –dicen los entrevistados-, se amplía el mundo; leer es como estar viajando; se construye otros mundos y se tiene acceso a otros mundos; es posible el acceso a todas las disciplinas del saber humano: ciencia, humanidades, técnica, filosofía, literatura; mayor capacidad analítica y de investigación. En definitiva, desde el conocimiento es posible una mejor manera de vivir. Al conocer, nos dicen, se crece culturalmente, se amplía la cultura personal y colectiva; se robustece la idiosincrasia de los pueblos; se puede vivir más plenamente. De ahí, “la inquietud de los lectores, que deben transformar sus hábitos y percepciones, y la dificultad para entender una mutación que lanza un profundo desafío tanto a las categorías que solemos manejar para describir la cultura escrita como a la identificación entre el

libro entendido como una obra y como un objetivo cuya existencia empezó durante los primeros siglos de la era cristiana” (ibid: 20), y que seguirá robusteciendo su andar por la vida en miles y miles de personas, que sin importar el formato para leer, lo seguirán haciendo para fortalecer el talento humano desde una lectura concienzudamente elaborada para poder tener acceso a todo tipo de conocimiento que el ser humano va adquiriendo y procesando desde la investigación, desde la más alta creatividad, y desde la fantasía, que no solo nutre a la literatura, sino al componente humano en general que hace factible el desarrollo de la inteligencia, y que, el lector en general, por lo tanto, puede tener acceso a ese conocimiento hoy y siempre, y no solo desde el libro físico, sino desde infinidad de formatos electrónicos que hoy conservan el desarrollo del pensamiento universal.

Es bueno leer, entonces, para **conocer un bien cultural** en la medida en que –nos dice Daniel Goldin- “los libros tienen el valor que el lector les dé en el momento de la lectura, antes y después” (Liminar, en Larrosa 2007: 9). Leer para conocer, nos dicen más del sesenta por ciento de los entrevistados. Leer para conocer es estudiar. Por lo tanto, “en el estudio, la lectura y la escritura tienen forma interrogativa. Estudiar es leer preguntando: recorrer, interrogando las palabras de otros. (...) Tienes que llevar tus preguntas cada vez más lejos. Tienes que darles densidad, espesor. Tienes que hacerlas cada vez más inocentes, más elementales. Y también más complejas, con más matices, con más caras. Y más osadas. (...) las preguntas abren la lectura: y la incendian. Las preguntas atraviesan la escritura: y la hacen incandescente” (ibid. pp. 18-19). Desde esta óptica, leer desde las preguntas tiene un sentido de comprensión y de valoración del conocimiento; esta es, por lo tanto, la respuesta más significativa de nuestros entrevistados.

El segundo bloque de ¿por qué es bueno leer?, los entrevistados lo centran en **la axiología de lo humano**. Es

importante leer porque nos hace más humanos, han dicho. Aquí, el papel formativo de la lectura es evidente. Larrosa lo dice con vigor: “Pensar la lectura como formación implica pensarla como una actividad que tiene que ver con la subjetividad del lector: no solo con lo que el lector sabe sino con lo que es. Se trata de pensar la lectura como algo que nos forma (o nos de-forma o nos transforma), como algo que nos constituye o nos pone en cuestión en aquello que somos” (ibid: 25-26). Desde esta perspectiva nos han dicho que es bueno leer porque se enriquece nuestro espíritu; leer da vida; nos anima el alma; nos robustece el intelecto; nos desarrolla la memoria; nos hace valorar lo que tenemos y nos potencia para aportar significativamente al desarrollo de nuestro entorno y de la sociedad.

Se lee para salir de la obscuridad, de las mezquindades humanas, para desarrollar la personalidad, para tener sentido de pertenencia, para enriquecer la mente, para ser reflexivo, para entender y conocer a los demás. Se lee por purificación interna. Han dicho que la lectura es nuestro psicoanalista más profundo, nos da disciplina, estimula la imaginación, nos educa, nos actualiza, nos relaja, nos ayuda a pensar y repensar el mundo. La lectura sirve porque, nos dicen estos escritores, aprendemos a conversar y a saborear la belleza de la vida. Nuestros sentimientos y nuestros estados de ánimo mejoran; es posible adentrarse en experiencias mágicas, en mundos desconocidos e incluso infrahumanos. Leemos, nos dicen, para ser entes productivos, críticos, positivos; para aprender a comunicarnos entre semejantes y soñar lo imposible: Leemos, aseveran, para sentirnos acompañados, para que la creatividad, la fantasía y la esperanza fluyan; para sentirnos más solidarios, más libres, más pensantes, más actuantes, más sensibles, en definitiva, más humanos, y en consonancia con lo que muy bien define Erich Fromm: “Se puede afirmar que el hombre está capacitado para el amor y la razón porque existe, pero también, y a la inversa, que

existe porque es capaz de razonar y amar. Su carácter humano proviene de la capacidad de tomar conciencia, de dar cuenta de sí mismo y de su situación existencial ante sí mismo, una cualidad que define su naturaleza” (2007: 44).

Como señala Michèle Petit, a propósito de la lectura de relatos: “A través de las historias tratamos, en algún lugar del corazón, de domesticar el sufrimiento. Un relato es siempre el relato de una búsqueda [...] si pudo contarme lo que he perdido, quiere decir que he encontrado una forma distinta de poseerlo para siempre” (2009: 127). Y esto, por supuesto, es muy humano, muy formativo. En otro apartado nos señala: “La lectura y la vida están tan estrechamente mezcladas que importa poco ‘distinguir lo propio de lo que pertenece al escritor. La lectura, al suscitar la vida interior, desencadena un proceso terapéutico discreto, del que quizá no medimos todo el poder” (ibid: 113).

Es bueno leer también, nos han dicho los entrevistados, **para disfrutar**, para ser felices, para tener el corazón contento, para entretenerme y para utilizar bien el tiempo libre. Se lee por placer, por gozo espiritual, por relajamiento y para que la vida sea más recreativa. Ya lo dijo acertadamente Argüelles: “Primero es el placer, y el hijo (si nace) será solo la consecuencia. Leemos por placer y la consecuencia es que ampliamos nuestro conocimiento, moderamos ignorancias, obtenemos un poquito de saber, etcétera”. (2009: 30).

Un cuarto componente, muy sólido en la opinión de nuestros entrevistados, es que es bueno leer para **conocer la lengua, ampliar el vocabulario y saber escribir**, cuya consecuencia es aprender a comunicarnos, a conversar, a saber que los demás existen a través del diálogo, de la escritura, de los símbolos gráficos. Al respecto es decidora la opinión de Manguel: “En su amplia mayoría, los escritores escriben porque saben que en este absurdo uni-

verso la escritura es la única cosa cuerda que pueden hacer para no perderse; (...) la escritura es el único sitio sano y seguro, incluso si algunos de ellos debe enloquecer para obtener la ciudadanía” (2004: 86).

Jorge Larrosa también es muy asertivo en torno a la escritura, es decir al escribiente o al escritor en relación con el hecho lector: “Escribes lo que has leído, lo que, al leer, te ha hecho escribir. Lees palabras de otros y mantienes con ellas una relación de exterioridad. (...) Sabes que lo más importante no es ni lo que el texto dice ni lo que tú seas capaz de decir sobre el texto. El texto solo dice lo que tú lees. Y lo que tú lees no es ni lo que comprendes, ni lo que te gusta, ni lo que concuerda contigo” (2007: 13).

La conclusión a la que se arriba en esta segunda entrevista **¿Por qué es bueno leer?**, es muy similar a la primera pregunta: Es bueno leer para adquirir conocimiento, para ser axiológicamente más humano, para disfrutar, para conocer la lengua, ampliar el vocabulario y saber escribir, de manera que la comunicación sea nuestra mejor forma de manifestación humana.

Referencias bibliográficas

- Argüelles, J. (2009). *Si quieres... lee*. Madrid: Fórcola.
- Bloom, H. (2002). *Cómo leer y por qué*. Traducción de Marcelo Cohen. Barcelona: Ediciones Anagrama.
- Cavallo G. y Chartier R. –directores-. (2011). *Historia de la lectura en el mundo occidental*. Madrid: Taurus.
- Chambers, A. (2007). *El ambiente de la lectura*. Traducción de Ana Tamarit Amieva. México, D. F.: Fondo de Cultura Económica: Espacios para la Lectura.
- Colasanti, M. (2004). *Fragatas para tierras lejanas. Conferencias sobre literatura*. Bogotá: Grupo Editorial Norma: Colección Catalejo.

- Eco, U. y Carrière, J. (2010). *Nadie acabará con los libros. Entrevistas realizadas por Jean-Philippe de Tonnac*. Traducción de Helena Lozano Miralles. Bogotá: Lumen Ensayo.
- Fromm, E. (2007). *La vida auténtica*. Traducción de Marta Pino Moreno. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica, S.A.
- Guerrero, G. (2011). *Guía didáctica de Teoría de la lectura*. Loja: Universidad Técnica Particular de Loja.
- Larrosa, J. (2007). *La experiencia de la lectura: estudios sobre literatura y formación*. México: Fondo de Cultura Económica: Espacios para la lectura.
- Littau, K. (2008). *Teorías de la lectura. Libros, cuerpos y bibliomanía*. Buenos Aires: Ediciones Manantial.
- Manguel, A. (2004). *Vicios solitarios. Lecturas, relecturas y otras cuestiones éticas*. Traducción de Eduardo Hojman. Madrid: Fundación Germán Sánchez Ruipérez.
- Marina, J. (1999). *La selva del lenguaje*. Barcelona: Anagrama.
- Petit, M. (2009). *El arte de la lectura en tiempos de crisis*. Traducción de Diana Luz Sánchez. México, D. F.: Océano.
- (2008). *Una infancia en el país de los libros*. Traducción de Diana Luz Sánchez. México, D. F.: Océano Travesía.
- Robledo, B. (2010). *El arte de la mediación. Espacios y estrategias para la promoción de la lectura*. Bogotá: Grupo Editorial Norma, Catalejo.

4. VIVIR LA LECTURA*

Vivir la lectura

Cada ser humano busca las mejores condiciones de vida para tratar de vivir bien. Algunos equivocan su camino porque creen que se vive bien solo desde el tener, en tanto que otros lo hacen desde el ser. Proceder desde el ser es la mejor opción de vida para enriquecernos intelectual, emocional y espiritualmente.

Una de las grandes opciones de vida para enriquecer el ser, está en la lectura. Cuando ella es bien asumida, le brinda a nuestra condición humana una gran libertad interior, la cual nos lleva a optar por encuentros cada vez más satisfactorios de vida.

Desde el ser nos damos cuenta que “la lectura no es asunto de masas y muchedumbres, porque se vive mejor en la intimidad y en la confianza de la relación, en pequeños grupos informales o a solas con alguien” (Patte 2011: 39). Vivir la lectura es aprender a valorar lo que hay en ella, y es el ser el que se alimenta de esa realidad textual que llega a ser valorada y apreciada desde diferentes ángulos. Para ciertos lectores lo esencial está en el placer de aprender a comunicarse, a compartir desde el intercambio de la palabra. Para otros, lo esencial está en el placer de aprender a entender, a inferir y a valorar críticamente lo que leen.

Vivir la lectura es un encuentro verdadero con el texto. En él se encuentra gratas sorpresas, nos acerca al mundo,

* Capítulo presentado en el VII Congreso Internacional Cátedra UNESCO para la Lectura y la Escritura, Universidad de Córdoba, Argentina, del 6 al 8 de noviembre de 2013.

nos despierta la sensibilidad. Desde la lectura, cada momento es nuevo, es estimulante, es placentero.

Desde el ser de la lectura nos ubicamos en el ser de nuestra condición humana. Se trata de una vivencia en la que nos vemos satisfactoriamente listos para “inventar sin cesar, sin que esto signifique renegar de las valiosas herencias que hemos recibido de aquellos que nos precedieron; herencias que adquieren un nuevo sentido al responder a los desafíos de nuestro tiempo” (Patte 2011: 40).

En verdad, si desde la lectura podemos responder a los desafíos de nuestro tiempo, entonces sí se vive la lectura. Este tendría que ser el ideal supremo de la escolaridad en todos sus niveles: se aprende no solo porque el profesor está al frente explicando un tema, sino desde el cúmulo de ideas y de aportes a la vida que en cada texto consta, bien sea científico, literario, filosófico o humanístico en general. Pero no es el texto en sí, sino el lector el que le da ese nuevo enfoque, el que vive la lectura, no para cumplir con una tarea, ni para rendir una evaluación, ni para complacer a nadie.

Se vive la lectura porque desde ella se aprende “a amar lo que es bello, grande, divertido, fino y sutil. ¿Cómo se escogen los textos? La respuesta del adulto responsable es clara: ofrezco los textos que me gustan, que me conmueven personalmente” (Patte 2011: 44).

El adulto, en este caso es el profesor, cuando se habla de escolaridad, el que primero aprende a vivir la lectura para que se convierta en el más efectivo mediador y en promotor de los textos que le gustan y que le conmueven.

Solo así será posible que el escolar, que el novel lector aprenda a vivir la lectura. Paulatinamente aprenderá a descubrir que “el libro ofrece espacio y tiempo para profundizar, para abrirse, para compartir. Siempre al alcance de la mano, inalterable, nos permite regresar a lo que nos conmovió, ir más allá de una emoción pasajera” (Patte 2011: 45). Si es así, el lector aprende a vivir la lectura y a vivir el ser para que el tener tenga razón de ser.

Vivir en estado de lectura

Al igual que el ser humano tiene su propio mundo, dado su carácter singular y único para existir con sus propias particularidades, el libro también tiene vida propia, tiene su singular mundo de realización. Y así como el ser humano tiene múltiples posibilidades de realización, el libro también tiene muchas formas de existencia porque siempre dice más de lo que su autor se propuso.

Es verdad que el autor clausura el texto el momento que termina de escribirlo, pero sus potencialidades de interpretación no concluyen con la visión ni con la intención de su autor. Es el lector el que hace rebasar toda intención autorral. Incluso, el libro va mucho más allá de lo que el lector comprende. Y es en este espacio de interpretaciones, según sea el nivel de conciencia de cada lector, en el que se puede fraguar un cierto “poder de libertad, de liberación, de inadecuación” (Bravo 2009: 139) para que el lector pueda mirar el mundo desde una perspectiva crítica, y sobre todo para que pueda verter toda su condición de sujeto humano, que piensa, que ama, que sufre, que busca la felicidad según sea su estructura subjetiva para mirar el mundo racional y pasionalmente.

Como dice Víctor Bravo: “El hombre tiene una mirada ideológica sobre el mundo creando los lazos identitarios con lo real” (Bravo 2009: 152); mirada ideológica que se pule subjetivamente en la medida en que el contacto con el libro “es capaz de estremecer los fundamentos de la existencia misma, y transformarla” (Bravo 2009: 150).

Por consiguiente, se trata de una “lectura en libertad, la que se aleja del dominio del control pedagógico” (Bravo 2009: 150), y que se la asume desde el mayor deleite estético, cognitivo y axiológico “como un pedazo de vida apartado de la vida, pero dotada de la rara capacidad de hacer más preciosa e intensa esa vida de la que se aparta” (Bravo 2009: 150) para compenetrarse desde una conciencia crítica con el mundo, y en cuya mirada ideológica

va expuesta la capacidad subjetiva del lector. Y es que “la lectura impregna la subjetividad. La transforma, la moldea. Hay una experiencia esencial a la que se puede llegar con la lectura: cuando el lector sabe que esa lectura, quizás imperceptiblemente, ha cambiado su vida” (Bravo 2009: 150).

Vivir en estado de lectura, como si se tratase de una práctica más, de las múltiples que ejerce el ser humano, es lo ideal, y quizá una de las más importantes para llenar de vida el carácter subjetivo y de apetencia a la que todo ser humano tiene derecho desde una opción muy personal para mirar el mundo. Cada quien sabe cómo comprende el mundo de manera distinta y en momentos distintos, gracias al poder subjetivo que nos sirve para generar sentido desde el horizonte de la reflexión, de la ponderación y de la educación que vamos labrando a lo largo de nuestra existencia. Aquí es donde el acto de lectura se hace posible gracias a la noción de libertad que cada lector tiene para formarse y proyectarse como ser humano, y qué mejor desde “un amor auténtico por el libro y la lectura y una disponibilidad indudable para compartir con los demás ese amor que nos lleva a buscar congéneres” (Argüelles 2009: 77) desde unos objetivos que “no son ni el libro ni la lectura, sino los seres humanos y su relación con los libros y la lectura, en una búsqueda de un mayor y mejor disfrute por la vida” (Argüelles 2009: 77).

Vivir rodeado de libros

Vivir rodeado de libros es vivir pletórico de vida, de alegría, de ilusiones y lleno de una atención permanente para cada texto. Él le inyecta al buen lector enormes satisfacciones personales para que cada circunstancia de la vida tenga sentido.

La llegada de un libro a la biblioteca de una casa particular de un buen lector es como la llegada de un buen

amigo que se queda para compartir ideas y entablar un diálogo saludable en torno a los problemas cotidianos.

La llegada de un libro es como la llegada de un hijo: la alegría no cabe en el corazón; el entusiasmo se desborda porque el libro y el hijo son amados, son vida, son esperados para compartir. Y tal como un padre y una madre se atan a un hijo, así el buen lector se ata al texto; pues, no puede abandonarlo; más bien surge una poderosa atracción para atenderlo, para cuidarlo y sobre todo para degustar de su presencia: se trata de un acto de libertad intelectual profundamente sentido y, por lo tanto, altamente valorado.

Si de nuestros hijos esperamos que crezcan sanos y actos para aportar al desarrollo social, eso se espera también del libro; él es el que nos hace crecer sanos, robustos de ideas, de voluntad y de creatividad para saber enfrentar los problemas y las buenas oportunidades que en la vida se nos presentan.

Si vivir rodeados de nuestros hijos es de una enorme satisfacción, vivir rodeado de libros lo es también, siempre y cuando no queden abandonados para siempre en las paredes de la casa o amontonados en un cartón o en cualquier parte de la casa, empolvándose como si fuesen una cosa inútil que no nos sirve para nada, lo cual es muy penoso, como lo es el hecho de abandonar o no cuidar adecuadamente a un hijo.

La presencia de un libro debe importarnos tal como nos importa la presencia de un hijo. No es una obligación criar, cuidar, educar y mantener a un hijo: es un deber y una bendición. Así es la presencia de un libro: nos vemos voluntaria y libremente comprometidos a inmiscuirnos en sus entrañas, en ese mundo especial de ideas selectas que desde la lectura detenida, pausada y en silencio podemos adentrarnos para abstraer lo mejor para fortalecer nuestra intelectualidad y espiritualidad desde una actitud dialógica, interrogadora y analíticamente fructífera, amena y de

reflexión en torno a las novedades fecundas que el texto nos presenta.

Qué grata experiencia que es saber captar lo que el texto expresa (literalidad), y luego, con un grado más de esfuerzo, poder ir más allá de lo que está puntualizado en él, es decir, de aquello que podemos llegar a suponer, de las inferencias a las que el texto nos lleva, de conformidad con nuestros conocimientos previos, para nutrirnos de los descubrimientos que logramos obtener con un fuerza interior que ponemos en juego para poder encumbrar el correcto camino del pensamiento desde la reflexión, el análisis, el cuestionamiento y el aporte personal que nos es posible extraer.

Y qué satisfacción la de poder emitir, luego, un juicio crítico y valorativo, que no es otra cosa que evaluar los aspectos positivos y negativos con la suficiente capacidad argumentativa para dar razones acerca de su verosimilitud. De esta manera, lo que hemos hecho es trasladar el texto a nuestra vida para obtener nuestra propia visión del mundo.

El libro como ente sagrado

Los intelectuales, los académicos, los profesores, los estudiantes, los artistas, los científicos y toda persona altamente pensante, profesional o no, que ha hecho del libro, o más bien dicho de la lectura, un medio de vida, porque desde él puede proyectar su humanismo y su cultura, debe seguir defendiendo la cultura del libro no como un mero objeto de comercialización –que es lo que hace mucha gente para ganarse la vida, pero no para proyectar vida desde el libro-, sino como un espacio, quizá el más importante del ser humano, para que el libro se democratice, se popularice y se difunda como objeto sagrado de lectura, y no como mera letra muerta.

Es decir, desde el valor que el texto tiene, dada la más alta consideración que el libro se merece, bien sea desde

su presentación física o virtual, pueda estar a la mano, o en las manos de todos quienes llegan a pensar que el texto escrito no es una mera mercancía que se toma para utilizarlo de vez en cuando, para cumplir una tarea o un deber, sino para que haya un pleno desarrollo convivencial de un lector que sabe, desde lo más profundo de su interioridad, que el texto posee un aire sagrado, porque invita a compenetrarse de su realidad desde la más alta valoración humana. Se trata de un lector que sabe lo que está leyendo; es un entendido que con su actitud lectora consagra el valor que el texto tiene.

Cuando el libro circula, es decir, cuando se lo difunde no debe ser al estilo de una mera comercialización como lo hacen, por ejemplo, aquellos vendedores que van a una institución educativa para vender un lote de libros, a través del profesor de aula o de las autoridades educativas, como si estuvieran vendiendo cualquier otro producto del mercado. Claro, al vendedor lo que le interesa es vender, a veces sin que tenga ni idea del carácter sagrado del texto. A él, al vendedor, eso no le interesa; lo que desea es que el producto se venda, no que se lea.

Como sostiene Zaid (2010) “El comercio del libro parte y se aparta del templo” (45). Los vendedores, los libreros, los distribuidores, las editoriales y hasta los bibliotecarios y profesores poco conscientes del valor sagrado que el texto tiene, lo que hacen del libro es una simple mercancía, en la que como cualquier otro producto comercializan el libro desde un simple bla bla para que el lector compre el libro por el mero hecho de comprarlo, de manera que lo mismo les da que el comprador o adquiriente del libro, lo lea o no.

El texto que está de boca en boca de entendidos que saben lo que él contiene (y aquí entran todos los buenos lectores, sean libreros, profesores, estudiantes, empresarios, vendedores...), lo divulgan, lo comercializan en el buen sentido de la palabra, lo hacen público desde la cultura de la lectura, con ese carácter sagrado, con sabor a

templo, porque saben de lo que están conversando y del valor que él tiene; pues, lo hacen con la mayor seriedad, con el mejor formalismo y con lo más excelso de su ser de personas; configuran un diálogo, lo revelan a los demás; se trata de una conversación que atrae porque saben difundir un saber, el del texto, no al estilo del que comercializa para simplemente vender, sino al estilo del que sabe difundir la nobleza que el libro respira, no para degradarlo sino para consagrarlo.

Cuando la lectura llega al ser del lector

Toda persona alfabetizada dispone de las bases neurolingüísticas para leer encontrándole vida a las palabras. Esto sucede cuando se acude a un texto, sin escrúpulos, sin prejuicios, sin vergüenza, de manera que ese espacio de lectura se convierta en un espacio adecuado, cómodo, pensante, en donde ni el miedo, ni los nervios asustan a ese lector que con voluntad decide adentrarse en las páginas de un texto para salir robusto de ideas, de ilusiones, y con el serio compromiso de aprender a valorar la vida en sus múltiples manifestaciones.

Como señala Michèle Petit: “Sean cuales fueren las dificultades de la vida social o psíquica de un sujeto, siempre se puede esperar un nuevo despliegue de sus posibilidades si se le sabe escuchar y modificar la óptica desde la cual se ve esa persona”(2009: 38) para emprender en la aventura de leer, al inicio, quizá con serias, penosas o pequeñas dificultades; pero luego, con el talante que le caracteriza a cada sujeto, poder llegar a tener la firme convicción de que es posible sacarle partido a toda buena lectura.

Lo importante es que psíquicamente el lector esté en condiciones de llegar a sentir un profundo interés por lo que lee, acto sin el cual no es posible el “despertar sensible, intelectual y estético” (Petit 2009: 49) que son, entre

otros, asuntos básicos para que la lectura llegue a tener el mayor sentido de proyección humana.

Un lector no solo aprende y comprende; llega a sentir una lectura como se siente el amor del ser querido. Toda palabra leída tiene que llegar a ser sentida, valorada, procesada interiormente. El autor nos está prestando su voz para que aprendamos a escucharlo, y esta escucha solo es posible si le prestamos toda la atención a esas palabras. Una atención que no se concentra solo en la cabeza, es decir en el intelecto, sino también en el corazón, en la sensibilidad.

Cada texto tiene que hacer mucho en la cabeza y en el corazón de un lector. El texto, desde una información determinada, se convierte en una colección de ideas y de vida que el lector aprende a valorar como fruto de una continua experiencia lectora; es decir, de un esfuerzo permanente para que esa palabra leída se encarne libremente en él. Se trata de una lectura que llega a tener su propia gravedad.

Un mismo texto puede suavizar, preocupar, embelesar, impactar, conmover o dejar profundamente preocupado a un lector que al poner su cabeza y su corazón en el texto lo promueve a la toma de una concentración admirable. La historia, es decir, el contenido de ese texto se adentra en las entrañas del ser lector. La historia, una vez metida en la “sangre” de ese lector que con tanta concentración lee es capaz de provocar reacciones muy peculiares, como la que apunta Michèle Petit, a propósito de una mujer que va leyendo en el metro: “Siempre leí en el metro, que tomo cada día para ir a mi trabajo. De ese modo me veo transportada a un lugar radicalmente lejano. Me acuerdo de un día en que estaba leyendo una aventura que se desarrollaba en el Polo Norte. Yo iba por la ventisca, en medio de los renos y los perros; estaba tan metida en la historia que de repente levanté la cabeza, vi a esa gente alrededor de mí... y por un instante pensé: ‘Pero ¿qué hacen todos ellos aquí?’”(2009: 78).

En efecto, cuando hay una concentración de esta naturaleza, es porque la lectura ha llegado al ser del lector, a la más íntima esencia de su condición humana.

Leer es una bendición

William Blake decía que “la maldición estimula. La bendición relaja” (citado por Manguel 2011: 53); en este orden, leer un texto es una bendición porque su lectura nos relaja, nos vuelve activos en una sociedad que ha perdido su capacidad para aprender a pensar con rigor y que todo lo quiere fácil. La palabra impresa, bien leída, le da sentido y coherencia al individuo lector “para que se conozca a sí mismo y conozca su relación con el mundo” (Pazo 2011: 9). Si no es así, la marginación social es el primer asalto a la inteligencia que un ser humano afronta por no estar bendecido por el ambiente simbólico que la palabra leída genera.

Y, ante todo, leer es una bendición porque aprendemos a conocer mejor el mundo, y sobre todo al ser humano, que es el que, dada su estructura biológico-personal-espiritual, está llamado para relacionarse con los demás desde el ambiente narrativo que es el que genera vida y un fluido contacto humano. Vivimos y nos relacionamos mejor con el prójimo porque nos nace conversar, contar y narrar todo cuanto nos es posible. Como sostiene Manguel: “Llegamos a este mundo empeñados en encontrar una narrativa en todo: en el paisaje, en el cielo, en las caras de los demás y, por supuesto, en las imágenes y palabras que nuestra especie crea. Leemos nuestras propias vidas y las de otros, leemos las sociedades en que vivimos y aquellas que existen más allá de nuestras fronteras, leemos imágenes y edificios, leemos lo que se encuentra entre las pastas de un libro” (2011: 7).

En fin, leemos (narramos) todo lo que vemos y hacemos, y qué mejor que leer la palabra escrita para entender

y valorar, para comprender y cuestionar, para pensar y criticar, para inferir y juzgar. Así, nuestra razón, que es la que analiza el mundo, estará mejor preparada para adentrarnos en la realidad cotidiana desde actitudes más novedosas, más creativas, y ante todo, con más transparencia para que lo que hagamos tenga sentido humano.

El deber de todo lector, por lo tanto, está en darle sentido a la palabra escrita; como dice Manguel: “Un sentido más puro a las palabras de la tribu” (2011: 18), es decir de la comunidad a la cual pertenecemos: la familia, las instituciones y la compartencia con las amistades. Ahí está la bendición de la palabra leída; pues, nos permite un acercamiento a la idiosincrasia humana, a la verdad, a las costumbres, a la cultura y a la ciencia que genera toda comunidad, por pobre que esta sea.

Leer para enfrentar el agobio, la mentira, la demagogia, el adulo, la incertidumbre y los miedos de toda índole que amenazan nuestro equilibrio emocional si no buscamos la palabra profunda, orientadora, franca, y sobre todo iluminadora y portadora de sentido humano que es lo que todo buen libro tiene. Y es que, “conforme leemos y releemos al paso de los años, estas actividades se multiplican y se hacen eco unas de otras. Un libro que amamos en la juventud de pronto es recordado por alguien a quien se lo recomendaron hace mucho, la reimpresión de un libro que creíamos olvidado lo vuelve otra vez nuevo ante nuestros ojos, una historia leída en cierto contexto se convierte en una historia distinta con otra portada. Los libros gozan de este modesto tipo de inmortalidad” (Manguel 2011: 35), que no deja de ser otra gran bendición. De esta manera, la lectura nos bendice hasta el final de nuestros días; claro, se trata de un excelso disfrute que no se olvida ni en los fragores más duros de la vida.

El tiempo de lectura

El ser humano es ente de sueños, de proyectos, de fantasías, de imaginación, de valores, y sobre todo está lleno de una enorme creatividad que lo motiva y lo lleva, gracias al desarrollo de su inteligencia, a crear todo cuanto hoy vemos y tenemos a mano para disfrutarlo y vivirlo de conformidad con nuestras maneras para asumir la vida en sociedad.

Dentro de este componente humano de fluida creatividad está el valor de la lecto-escritura. Es enorme la cantidad de libros que se han escrito a lo largo de toda la historia humana.

Todo texto escrito, sea de la índole que sea, es un proyecto de vida, y por ende un proyecto de lectura para quien lo lee. El vigor que un texto tiene es de suma trascendencia. En él se lee el mundo, la vida, quienes somos, en donde estamos y para qué estamos.

En este orden, toda lectura, y en especial la de la literatura, filosofía y teología, nos introduce en un tiempo y espacio propios, dado que la experiencia de cada lector le posibilita una felicidad especial y una libertad que le producen un “vasto espacio de transgresión” (Petit 2008: 51) gracias a la multiplicidad de posibilidades creativas que el lector tiene para consciente o inconscientemente percibir un devenir psíquico de revelaciones, de ensueños, de paz, de rebeldía, de aciertos, de disfrute, de compromiso; y, ante todo, porque desde la lectura es posible llegar al otro, abrirse a los demás para ampliar su horizonte y el nuestro con una visión del mundo que nos permite introducirnos en él de una manera diferente. El mundo nos espera, y desde la lectura nos sentimos mejor equipados para enfrentarlo y no sentirnos excluidos.

Por consiguiente, el tiempo de lectura, el que dedicamos a leer, es un tiempo de vida, de fortalecimiento personal. Se trata de un empleo útil del tiempo. En el tiempo de lectura nos sometemos a un texto con plena libertad para

descubrir sus valores. Se trata de una “actividad por medio de la cual uno se vuelve propietario de un saber, de una cantidad de conocimientos o, en términos más modernos y más descarnados, de una cantidad de información” (Zuleta, 1985: 33) que nos sirve no tanto para memorizarla sino para pasar “de una humanidad hecha por el texto a una humanidad que hace el texto” (Fethi Benslama, citado por Petit 2008: 59) en un lector que desde una recepción muy particular repara en lo leído para asumir una actitud ante el mundo.

Desde esa actitud lectora le damos un nuevo sentido experiencial a la vida de uno y a la de alguien, porque podemos con más facilidad tener una apertura hacia el otro. Desde la lectura podemos volvernos agudamente críticos, rebeldes y modestamente creativos; pero, ante todo, aprendemos a crear y mantener dignamente nuestro propio espacio, íntimo y altamente reparador humanísticamente, en virtud de que, como sostiene Petit: “La lectura es una vía de acceso privilegiada hacia ese territorio de lo íntimo que ayuda a elaborar o sostener el sentimiento de la individualidad, al que se liga la posibilidad de resistir a las adversidades” (2008: 69).

Y es este sentimiento de la individualidad el que nos permite fortalecer nuestra personalidad, una manera de ser especial que un buen lector tiene para aportar creativamente y comprometerse con el valor de lo humano.

El ambiente positivo de la lectura

Encontrarle sentido a lo que se lee, es encontrarle placer a la lectura. Qué placentero que es entender lo que se lee. Las expresiones de un texto son hermosas cuando el lector se asombra ante tanta belleza que logra experimentar mientras lee.

Leo y mi pensamiento vuela hacia otras dimensiones; se enardece mi afectividad; me transporto a lugares que

quizá nunca imaginé si no fuera por la lectura que me permite decodificar, interpretar, evocar realidades, asignar significados y aprender a pensar. La lectura me compromete como persona porque es el ser entero, completo, el que con decisión y empeño me hace encontrarle sentido a aquello que leo.

La mejor manera de aprender a pensar es leyendo. Cuántas ideas, imágenes, realidades, metáforas, imaginación, verdad, fantasía, quimeras, y sobre todo, qué calidad de vida que se adquiere conforme mi humanidad se compenetra del ambiente lector.

Cómo se enriquece mi espíritu leyendo, cómo analizo e interpreto el mundo desde la lectura, y cuántas luces encuentro y cuántas puedo dar desde la lectura de un buen texto; desde aquel texto que con pasión me fascina, me entretiene y me deleita tal como un ser querido se compenetra en mi realidad interior.

Cómo las cosas más sencillas se pueden expresar con tanta belleza en una obra literaria, en un texto científico, en uno filosófico, teológico, etc. cuando con cuanta sabiduría el autor plasma sus ideas desde el conocimiento, desde su experiencia vital y con un adecuado manejo de la lengua.

Podemos descubrir amor, vida, ternura y abundantes reflexiones sobre la validez de todo cuanto existe. Cuando se descubre estos elementos parecería que estamos en el paraíso. Así es de excelsa la lectura, así son los textos, así es de mágico el mundo de los libros.

Cuánta riqueza, candor, musicalidad y contemplación en el mundo de la poesía, por ejemplo. Y sobre todo, qué aportes para entender y valorar el mundo. Cómo podemos analizar la vida mucho más allá de lo que apenas vemos. Cómo la lectura nos complace, cómo aprendemos a meternos en el mundo de los que aman y también de los que odian cuando la literatura trata de auscultar el complejo y rico universo de nuestra psiquis humana.

Cómo me compenetro y me lleno de Dios cuando desde la experiencia mística leo a autores que han podido calar en lo más hondo del pensamiento teológico para hacernos ver que la vida desde esa realidad extática es sublime; es sobre todo “el camino, la verdad y la vida” que necesitamos para bien vivir.

Cómo no quedarme extasiado ante el esfuerzo humano de unos cuantos científicos e investigadores que han podido elaborar complejos y exquisitos aportes teóricos en el mundo de la ciencia para que la humanidad pueda disfrutar de buena salud, de ambientes sanos, laborales, educativos, comunicativos, informáticos y globalmente adecuados para que la tecnología pueda desarrollarse a favor del confort humano, y que yo pueda tener acceso a esta información desde el bien trazado esfuerzo de la lectura que es la que me permite aprender a valorar todo este milagro humano en el que aprendo a instruirme para llegar a adquirir una determinada formación para poder brindar mi modesto aporte intelectual y espiritual a favor del desarrollo humano.

El deseo de leer

Si cuando se lee no se siente el deseo de hacerlo, es como ir a misa por obligación; por lo tanto no hay goce ni satisfacción en la tarea emprendida. A leer se va con todo el deseo de descubrir lo misterioso, lo desconocido, lo enigmático. Leer o ir a misa con todo el deseo, es como ir en pos del amor amado, del amor que espera y es esperado con ese goce infinito, a veces indescriptible, de vivir el goce anticipado, profundamente anhelado de saber qué es lo que va a pasar en ese encuentro en el que uno cree estar en condiciones de ejercer ese deseo de poder, por sí mismo –porque lo siente-, emprender en una relación enormemente simbólica y ávidamente imaginaria porque nos altera los sentidos y es posible producir sentidos.

Si es así, la lectura, la misa, el amor, tienen sentido, sobre todo porque no se trata de asentir sino de imaginar. Y la imaginación es producto de la pasión, del interés, de la voluntad y del deseo extático para entrar en relación con un código (de signos gráficos) y con un afecto especial, muy personal y de un trabajo fecundo, cerebral, emocional y creador para leer desde el mejor aporte humano.

Los efectos de este deseo lector no van en una sola dirección; se trata de “una lectura plural, generadora de goce y transformaciones subjetivas e intersubjetivas, modificadora de las relaciones imaginarias, cuestionadora del orden simbólico” (Navarro, 1979: 89), según sea la idiosincrasia del lector que cada vez que le es posible adentrarse en el texto, proyecta en él lo que él es, lo que su realidad mundana ha hecho de él en el trayecto de su trajinar por la vida.

Por lo tanto, es desde este goce emocional e intelectual, pero con el porte de su yo, es decir de su ser, que es posible producir lectura, escritura, investigación y aprendizaje, no porque el lector se imponga alguna carga de saberes, sino porque desde el conocimiento del texto tiene la facultad de crear significados.

Y así como el deseo del amor no se queda en el mero encuentro de la pareja (varón-mujer) que se ama, el deseo de leer no se queda en el encuentro de la pareja lector-texto. Es decir, el deseo no se queda solo en la lectura (pasar la vista por las letras): se produce, se crea, se procrea, se recrea lectura. Esto significa que el lector no se queda en lo meramente literal. Desde el goce personal, el lector se proyecta a lo inferencial, a lo interpretativo, a buscar lo que puede encontrar más allá de las palabras que aparecen en el texto. El lector se adentra en el goce de saborear lo oscuro hasta encontrar algún grado de claridad, de luz que le permita valorar y juzgar ese hecho lector que como producto de ese goce le promueve luego a escribir y a investigar como una gran alternativa que en el lector fluye sutil y vigorosa.

Pues, ese goce y ese disfrute lector son los que promueven el espíritu de la cultura y de la ciencia como uno de los grandes acontecimientos estelares de la humanidad.

Desde el goce lector, entonces, se puede pasar a ser autor, creador de textos, es decir, creador de significados. De manera más concreta, en el texto hay una significación y en el lector un significado. Lo bueno es que en ambos casos (autor y lector) está la voz del hombre libre que construye significados desde esa magnífica morada en la que habita el texto.

Referencias bibliográficas

Argüelles, J. (2009). *Si quieres... lee*. Madrid: Fórcola Ediciones.

Bravo, V. (2009). *Leer el mundo*. Madrid: Veintisiete letras.

Manguel, A. (2011). *Lecturas sobre la lectura*. (Juan Elías Tovar, trad.). Barcelona. México, D.F.: Océano Travesía.

Navarro, J. (1979). "Lectura y literatura". En Bustamante, G. y Jurado, F. –compiladores- (1998). *Los procesos de la lectura. Hacia la producción interactiva de los sentidos*. Bogotá: Cooperativa Editorial Magisterio.

Patte, G. (2011). *¿Qué los hace leer así? Los niños, la lectura y las bibliotecas*. (Lirio Garduño Buono, trad.). México: Fondo de Cultura Económica.

Pazo, L. (2011). *Actos de lectura. Aportes teóricos a la práctica literaria*. Buenos Aires: Editorial Biblos.

Petit, M. (2008). *Lecturas: del espacio íntimo al espacio público*. (Miguel y Malou Paleo y Diana Luz Sánchez, trad.). Tercera Reimpresión. México, D. F.: Fondo de Cultura Económica: Espacios para la Lectura.

- Petit, M. (2009). *El arte de la lectura en tiempos de crisis*. (Diana Luz Sánchez, trad.). México, D. F.: Océano.
- Zaid, G. (2010). *Los demasiados libros*. Barcelona: Debolsillo.
- Zuleta, E. (1985). "Conferencia sobre la lectura". En Bustamante, G. y Jurado, F. –compiladores- (1998). *Los procesos de la lectura. Hacia la producción interactiva de los sentidos*. Bogotá: Cooperativa Editorial Magisterio.

5. LEER PARA APRENDER A PENSAR*

El aprendizaje de la lectura

Como sabemos, a la lengua oral la aprendemos con suma facilidad de conformidad con el contacto maternal y familiar que hayamos tenido desde nuestro nacimiento. Por eso es que para aprender a leer debe haber un conocimiento al menos elemental de la lengua materna en su modalidad oral, y luego todo un proceso de aprendizaje sistemático de cada uno de los signos gráficos que la lengua escrita tiene y que, por supuesto, corresponde a toda una manifestación cultural que el lector debe asumir con la mayor concienciación que le sea posible para que pueda aprender con facilidad y con un marcado esfuerzo intelectual, para que el dominio de los signos escritos lleguen a tener sentido, y la lectura se convierta en el más eficaz y oportuno proceso de formación cultural a la que el ser humano tiene derecho para que pueda leer el libro de la vida y aprenda a adaptarse paulatinamente a los diversos procesos de desarrollo humano que la sociedad ha ido marcando pausadamente en todo su largo historial.

Y así como en todo acontecimiento humano hay unas normas que regulan la conducta para que no nos gobierne el caos sino el orden, en el uso de la lengua escrita hay un conjunto de componentes lingüísticos que todo lector debe conocerlos para que pueda comprender la diversidad de

* Este trabajo forma parte de *El valor de la lectura: para una antropología de la lectura*, tesis doctoral, Universidad del País Vasco, San Sebastián, España 2013.

aspectos que de la realidad un especialista recoge e interpreta en un texto determinado. Así, la ortografía, la morfosintaxis, la semántica, la pragmática y, en definitiva, todo el componente gramatical de la lengua es básico para que, cuando pasamos la vista por cada uno de los signos escritos de un enunciado, se pueda hacer la traducción adecuada de esos signos que, si no los entendemos, no nos dejan ninguna huella síquica en nuestro cerebro.

Por consiguiente, “quien lee las palabras y oraciones de un texto debe tratar de asociar esa secuencia de letras y palabras al significado que quiso construir quien lo escribió” (Parodi et al 2010: 51); solo así será posible introducirnos en el mundo del aprendizaje, del conocimiento y de la cultura.

Y aunque este proceso lector a veces sea esporádico y lento, poco a poco nos iremos preparando para enfrentar la marginación a la que estamos sujetos cultural, social, educativa, científica y emocionalmente, por no saber leer.

Por lo tanto, la lectura tiene que convertirse en un proceso dinámico e interactivo entre el lector, el texto y el contexto, de manera que sea posible interpretar debidamente los signos escritos de la lengua, que lo que hace es comunicar significados, sentidos, ideas, sentimientos, acontecimientos, emociones e infinidad de dimensiones humanas que impactan, conmueven y producen diversidad de reacciones en el lector que, frente a un texto, le traza horizontes de vida, de entusiasmo, de creatividad y de toma de conciencia de su propia identidad. Pues, son palpables los caudales de compromiso personal que en el campo de su instrucción, de su formación y de su educación en general se llegan a evidenciar.

Un texto, por consiguiente, y sea de la índole que sea, es una unidad semántica con un significado coherente que se construye con el discurso que el escritor elabora para que el lector le dé la forma significativa de interpretación a la que pueda arribar.

El contexto de lectura

Se lee bien no solo cuando se pronuncia bien y se hace las pausas adecuadas que el texto tiene, sino cuando se alcanza un grado profundo de comprensión.

Y la comprensión funciona, entre otras cosas, cuando hay un acto intencionado, un propósito puntual y objetivos funcionales que pueden ser de tipo académico, intelectual, emocional, cultural, económico y social, los cuales “se articulan en diversos contextos situacionales y suelen establecerse con anterioridad a enfrentar el texto” (Parodi et al 2010: 74).

De otra parte, ¿qué estrategias utiliza el lector a la hora de leer? ¿En qué género está leyendo? ¿Para qué está leyendo? ¿Cómo debe leer lo que está leyendo? ¿Qué consigue con lo que lee? ¿En qué condiciones físicas y anímicas se encuentra cuando lee? De hecho, como sostiene Parodi et al: “El lector posee una serie de conocimientos de diversa índole así como una batería de estrategias, las que puede poner en juego en el marco de algún o algunos objetivos de lectura que decida perseguir o que el contexto le lleve a identificar” (2010: 73).

Si el lector no tiene conciencia de estos elementos para ponerlos en práctica, muy difícilmente va a poder entender un texto. Por lo tanto, el contexto de lectura, el cual hace referencia a la cultura y al entorno físico del sujeto lector, es vital, porque en orden a cada uno de sus elementos: conocimientos previos, intención, propósito, objetivos, texto, discurso, género y estrategias, surgirá un determinado tipo de comprensión, y luego sí la apreciación crítico-valorativa a la que debe llegar el lector que desea adquirir, desde la lectura metalingüística, una amplia cultura, bien sea intelectual, científica, técnica, literaria, filosófica, teológica y/o humanística en general, dependiendo de sus intereses lectores personales y profesionales.

Y es que, antes de leer, hay que considerar el contexto de lectura. Al menos el lector preocupado de lo que lee

sabe que el texto que va a leer debe someterlo a las preguntas arriba señaladas; de lo contrario el texto no le merecerá ningún tipo de atención.

Aunque también es cierto que para una adecuada comprensión, “muchas veces es la propia imagen como lector la que podría impedir alcanzar una comprensión profunda del texto, más que la falta de dominio de estrategias eficientes” (Parodi et al 2010: 95). Y esto sobre todo porque, a decir del mismo Parodi et al: “Las estrategias apuntan a procedimientos cognitivos y lingüísticos de diversa índole que cada lector, de modo particular, lleva a cabo con el fin de cumplir un determinado objetivo cuando enfrenta una tarea de lectura (2010: 97).

En todo caso, todos los procedimientos que el lector lleva a cabo para comprender un texto desde una representación mental que con un estilo muy personal, él construye, es lo que se denomina estrategia. Se trata, por lo tanto, de una conducta especial, muy particular, que orientada por la cultura, la instrucción y la formación permanentes, y sobre todo por los objetivos propuestos del lector, logra un fin determinado, porque adquiere, con unos valores propios y desde un esfuerzo muy personal, la construcción de un adecuado constructo mental debidamente procesado, para que sepa qué es lo que está leyendo.

El deseo de leer

Si cuando se lee no se siente el deseo de hacerlo, es como ir a misa por obligación; por lo tanto no hay goce ni satisfacción en la tarea emprendida. A leer se va con todo el deseo de descubrir lo misterioso, lo desconocido, lo enigmático. Leer o ir a misa con todo el deseo, es como ir en pos del amor amado, del amor que espera y es esperado con ese goce infinito, a veces indescriptible, de vivir el goce anticipado, profundamente anhelado de saber qué es lo que va a pasar en ese encuentro en el que uno cree estar en condiciones de ejercer ese deseo de poder, por sí

mismo –porque lo siente-, emprender en una relación enormemente simbólica y ávidamente imaginaria porque nos altera los sentidos y es posible producir sentidos.

Si es así, la lectura, la misa, el amor, tienen sentido, sobre todo porque no se trata de asentir sino de imaginar. Y la imaginación es producto de la pasión, del interés, de la voluntad y del deseo extático para entrar en relación con un código (de signos gráficos) y con un afecto especial, muy personal y de un trabajo fecundo, cerebral, emocional y creador para leer desde el mejor aporte humano.

Los efectos de este deseo lector no van en una sola dirección; se trata de “una lectura plural, generadora de goce y transformaciones subjetivas e intersubjetivas, modificadora de las relaciones imaginarias, cuestionadora del orden simbólico” (Navarro, 1979: 89), según sea la idiosincrasia del lector que cada vez que le es posible adentrarse en el texto, proyecta en él lo que él es, lo que su realidad mundana ha hecho de él en el trayecto de su trajinar por la vida.

Por lo tanto, es desde este goce emocional e intelectual, pero con el porte de su yo, es decir de su ser, que es posible producir lectura, escritura, investigación y aprendizaje, no porque el lector se imponga alguna carga de saberes, sino porque desde el conocimiento del texto tiene la facultad de crear significados.

Y así como el deseo del amor no se queda en el mero encuentro de la pareja (varón-mujer) que se ama, el deseo de leer no se queda en el encuentro de la pareja lector-texto. Es decir, el deseo no se queda solo en la lectura (pasar la vista por las letras): se produce, se crea, se procrea, se recrea lectura. Esto significa que el lector no se queda en lo meramente literal. Desde el goce personal, el lector se proyecta a lo inferencial, a lo interpretativo, a buscar lo que puede encontrar más allá de las palabras que aparecen en el texto. El lector se adentra en el goce de saborear lo oscuro hasta encontrar algún grado de cla-

ridad, de luz que le permita valorar y juzgar ese hecho lector que como producto de ese goce le promueve luego a escribir y a investigar como una gran alternativa que en el lector fluye sutil y vigorosa.

Pues, ese goce y ese disfrute lector son los que promueven el espíritu de la cultura y de la ciencia como uno de los grandes acontecimientos estelares de la humanidad.

Desde el goce lector, entonces, se puede pasar a ser autor, creador de textos, es decir, creador de significados. De manera más concreta, en el texto hay una significación y en el lector un significado. Lo bueno es que en ambos casos (autor y lector) está la voz del hombre libre que construye significados desde esa magnífica morada en la que habita el texto.

El efecto estético de la lectura

El primer efecto estético que un texto produce en el lector es el de sentirse atraído para leerlo. Cuando esto sucede, entonces sí, la lectura es vida, es regocijo, y es el momento más adecuado para decir que sí estamos leyendo, y por lo tanto estamos viviendo plenamente tal como experimentamos la generosidad del amor humano o del amor divino.

Cuando nos sentimos bien ante una lectura es como sentirnos bien ante la vida, ante el mundo. Ensimismarse en la lectura es una especie de escritura de la lectura. De alguna forma, no sé si misteriosa, el texto apela al ser del lector, a su condición humana, a su experiencia de vida. Pues, en todo texto, sobre todo en los de literatura y de filosofía hay “una verdad psicológica creada de una manera artística” (Robledo 2010: 182). Ese tono afectivo y emocional que la lectura del texto provoca es un efecto estético, quizá el más esencial para que la lectura, es decir, la trama, el argumento, la historia, en fin, el contenido, nos atrape hasta transformarnos perceptualmente cada que entramos en relación directa con cada uno de los párrafos

que nos atraen tan vivamente, que el gozo es tan sublime como lo es el efecto que las palabras cariñosas del ser amado nos produce en lo más hondo de nuestra psiquis humana.

Adentrarnos poco a poco en ese complejo y rico universo de la lectura, sin ataduras, sin prejuicios, sin complejos, sin obligaciones, pero sí con voluntad, es sentir el gozo de la libertad que el lector experimenta con el ánimo que su potencial humano tiene para, al leer, escuchar la voz del autor que no es otra que la “del lenguaje, en esa otra misteriosa manera de habitar el mundo, el de los libros” (Jorge Luis Borges, citado por Robledo 2010: 187).

Habitar el mundo desde la lectura, es experimentar la obra escrita en toda su magnitud, de tal manera que lo maravilloso que de ella sentimos no está en haber descubierto la realidad que del mundo el autor nos presenta, sino en ir más allá, en descubrir lo que no consta en el texto, y sentir que en ese mundo de palabras tan cuidadosamente tratadas por el autor, encontramos nuestro hogar espiritual porque sentimos el impacto de una transformación antropológico-ética, que es la que contribuye a producir el efecto estético e intelectual tan evidente por la forma personal como quedamos después de haber leído: nuestra sensibilidad, nuestra experiencia, las emociones y nuestra trayectoria cultural quedan marcadas para siempre.

El efecto estético es, entonces, esa belleza especial, ultra íntima, única, que cada lector experimenta según sea el grado de su experiencia lectora, de sus conocimientos y de su ideología para llegar a construir un sentido humano que siempre será único en cada lector.

Y, por supuesto, en la medida en que nos hacemos mejores lectores, mejor será el efecto estético que experimentemos debido a que los criterios que de la lectura obtengamos serán cada vez más maduros, más sentidos, más vividos, más llenos de vida. A su vez, el criterio de selección cada vez será más riguroso, porque a mayor experiencia lectora, más posibilidades tiene el lector para saber qué

libro es bueno. Así, la calidad estética será más placentera porque sabrá distinguir los libros que le son dignos de ser leídos.

El placer estético de la lectura

Todo acontecimiento humano debe ser asumido con el mejor beneplácito posible para que tenga razón de ser. El buen gusto en hacer las cosas justamente consiste en hacerlas bien. Y cuando están bien hechas se puede decir que han sido bellamente elaboradas.

El placer, la estética, la creatividad, la ética son componentes humanos que embellecen cualquier hecho, pensamiento, acción o circunstancia humanos, bien sea intelectual, religiosa, moral, social o cultural.

Esto sucede, especialmente, en el campo de la literatura y de cualquier tema que un autor desee escribir y llevar su obra a la calidad de texto creado, el cual siempre estará reflejando lo más granado de la sapiencia intelectual que desde la experiencia personal, profesional y social un escritor puede brindar a sus lectores.

Y así como el escritor pone en juego toda su condición intelectual, emocional y espiritual para escribir, el lector debe también participar de las mismas condiciones para que pueda adentrarse sabiamente en el texto.

Y uno de los primeros compromisos humanos a los que se ve abocado el lector es a tener un dominio gramatical, semántico y pragmático de la lengua materna. Esta es la primera puerta que abre el lector a lo hora de adentrarse en un texto, si desea entenderlo y valorarlo adecuadamente.

La otra puerta es la de la actitud estético-conciencial sin la cual no es posible comprender, inferir, valorar y saborear la calidad intelectual y humana que el texto tiene.

Para que el lector tenga una actitud estético-conciencial, me remito al agudo criterio de Louise Rosenblatt cuando

sostiene que el lector sabe prestar “atención a las cualidades de los sentimientos, de las ideas, las situaciones, las escenas, personalidades y emociones que adquieren presencia y participa de los conflictos, las tensiones y resoluciones de las imágenes, ideas y escenas a medida que van presentándose” (citada por Robledo 2010: 31).

La actitud estética no es una simple actitud de gusto. O, más bien dicho, para llegar a adquirir esta actitud de gusto es necesario el desarrollo concienencial de lo que señala Rosenblatt. Es como si el lector estuviese metido dentro del texto para que desde ahí tenga sentido todo lo que ve. Es como si se tratase de una experiencia viva y vivida. El lector, metido figurativamente en el interior del texto, está realizando un viaje por cada una de las líneas del texto. Se trata de un recorrido que lo busca a propósito; no es forzado. No se siente obligado a recorrer esas líneas; se trata de una experiencia de gozo, tal como un turista disfruta de todo lo que va descubriendo a su paso: ni siquiera siente la fatiga de la caminata; el deleite puede más y por eso el disfrute es pleno, relajante.

Desde dentro del texto, la manera de ver la realidad es muy diferente que cuando se la ve desde fuera. Desde dentro todo es placentero, es disfrute, es deseo. Gozar con la lectura, es gozar con la vida, es poder discriminar, es poder pensar, es poder dialogar. Desde el disfrute lector se construyen nuevos sentidos; sobre todo se puede hablar bien de los libros que se lee.

Como es notorio, “no sabemos lo que pensamos sobre un libro hasta que hemos hablado de él” (Steve Bicknece, en Chambers 2007: 19).

El lector atento aprende a pensar

Solo un lector atento es capaz de generar procesos de construcción y reconstrucción mientras al pasar la vista por

cada una de las letras y de las palabras de un párrafo, logra desentrañar los infinitos sentidos que puede tener un texto.

En este caso, son el cerebro y el corazón los que cumplen un papel esencial de conformidad con los fundamentos psicoexperimentales y la información lexicológica, gramatical y pragmática que el lector posea a la hora de descifrar los símbolos gráficos que reposan en el texto escrito.

Estos elementos tienen la habilidad de despertar en un lector atento las capacidades intelectual y espiritual suficientes para que entren en juego toda su madurez emocional y su talante creativo, y pueda disfrutar cognitiva y afectivamente de las interpretaciones que el lector sepa descifrar del texto leído.

El lector atento es un lector activo que piensa; pues, se convierte en un asiduo procesador de la información y de los elementos no dichos en el texto. En este sentido, el texto es una realidad compleja. No basta solo con extraer, comprender y analizar la información que el texto tiene; más que la información, son los elementos que no constan en el texto los que enriquecen cognitiva, afectiva y actitudinalmente al lector atento que sabe comprender literal, inferencial, crítica, valorativa, proactiva y recreativamente cada elemento que paulatinamente va descubriendo en el texto leído.

Lector que logra descubrir los elementos no dichos en el texto, es el lector que aprende a pensar y a gozar intelectual y emocionalmente, y que por lo tanto puede disfrutar de una infinidad de mundos que el texto leído le genera. Como dice Graciela Montes: “Cada lector hace su lectura de la obra y hay tantas lecturas como lectores. Cuando un lector lee un libro, el texto resuena a su manera; se produce un diálogo, una dialéctica de imágenes y resonancias que hace que esa lectura sea única” (citado por Delgado 2011: 22).

Eso de que el texto resuene a su manera en cada lector atento, es lo que le lleva al disfrute personal, al encuentro

con lo más excelso de sus emociones y de toda su idiosincrasia humana. Al respecto, Francisco Delgado Santos sostiene que “la lectura nos acompaña, nos lleva a vivir vidas diferentes y a convertirnos en los héroes de nuestras aventuras textuales; nos permite conocer diferentes opciones de vida, para que podamos escoger lo que deseamos hacer nuestro; nos señala, como en un espejo, las interioridades de nosotros mismos, nos enseña a vivir y nos permite ensayar el más alto y firme de los vuelos: el vuelo en libertad...” (2011: 23).

Claro que este disfrute, este gozo por la lectura no es accidental; viene después de mucho esfuerzo, de una larga disciplina en el estudio de una lectura atenta, activa, proactiva, y de un trabajo continuo de interpretación personal, sobre todo de los textos “dulces” que son los que más humanismo portan porque recogen y procesan artísticamente ideas y sugerencias al estilo de lo que alguna vez dijo Francis Bacon, citado por Camila Henríquez Ureña: “Leed no para contradecir y refutar, ni para creer y aceptar, ni para hallar palabras o discurso, sino para pensar y considerar” (Compilación de Waldo González 2009: 19).

El pensamiento dialógico en la lectura

La lectura no tiene mayor razón de ser cuando solo se busca información, deleite o entretenimiento. La lectura es ante todo una búsqueda antro-po-ética, a decir de Edgar Morin, cuando de la educación nos habla en *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*, puesto que siempre tiene un efecto específico en su condición humana, la cual está implicada por lo físico, lo biológico, lo síquico, lo cultural, lo social y lo histórico.

En este orden, es casi imposible que todo lector descubra exactamente lo mismo frente al texto que el autor le plantea. Por la complejidad de ser humano que le caracte-

riza a todo individuo, la posición del lector no es la de buscar una información en sí, sino la de un peregrino en marcha con una o varias preguntas abiertas, es decir, con una posición no de clausura, sino de apertura y de cuestiones no resueltas que el lector se plantea desde lo profundo de su interioridad para que la comunicación fluya en orden a su crecimiento personal desde el conjunto de saberes que el autor imprime en el texto.

El lector no lee para someterse a un texto por más autoridad, información, conocimiento o sabiduría que la lectura tenga. El lector debe estar siempre alerta de la contaminación ideológica que el texto tiene. El texto, como es evidente, tiene una formulación en el lenguaje que el autor le imprime de conformidad con su formación y en relación con la comunidad planetaria en la que él y todo mundo está inmerso.

Por eso, la recepción del lenguaje lector no deja de ser una interpretación del texto a la luz del conjunto de las ideas que el texto emana. En la escucha del texto que el lector atiende desde la lectura, debe haber una espera, una gran pausa de pensamiento, de reflexión, de diálogo para poder interpretar lo que el texto sostiene.

La lectura, en este contexto, es transformadora, aleccionadora, flexible, acuciante, reposada, pausada y siempre atenta a infinidad de sugerencias. Es desde la pregunta, desde la apertura, y no desde la respuesta como debe enfrentarse al texto. Solo así habrá una lectura seria, reflexiva, dialógica y altamente pensante. El lector sabe que los problemas se resuelven después: antes, en la lectura y después, el lector sigue planteando interrogantes, hipótesis, puntos de vista y cuestionamientos que no se resuelven en el momento de la lectura del texto.

Leer es tener un problema en mente, una inquietud, es estar planteando incógnitas frente a un asunto muy especial, que por su formación, le llame la atención profundamente. El problema en mente es un problema de su ser, que le incomoda y le mueve a buscar una respuesta no

para convencerse de ella en cuanto esté leyendo, sino para potenciar el intelecto del sujeto lector desde la interacción dialógica, desde su experiencia libertaria y desde su más profunda condición de ente espiritual, de manera que sea posible propiciar un reencuentro concienical y de autoevaluación de cada saber lector.

Aunque la sustancia del texto empieza en el autor, es el lector el que la complementa, la rehace, la configura y le imprime los efectos simbólicos que su condición lectora le permite construir y reconstruir hasta lograr nuevos conocimientos, nuevas formas de vida.

El proceso perceptivo de la lectura

Por lo regular, lo que no consta en el texto es lo más importante a la hora de leer. Lo que no consta se lo deja pasar justamente porque no consta, y ahí termina la lectura para muchos lectores que no han podido extraer la savia que un texto tiene a partir de lo que no dice textualmente. De esta manera, el lector ha perdido una enorme oportunidad para degustar un texto a partir de lo que no consta en sus páginas.

Cuando el lector se queda solo en el nivel literal, pierde lo más rico de un texto, es decir lo no dicho en él. La tarea del lector, para que haya un disfrute pleno, está en descubrir, en imaginar, en suponer lo que el texto nos sugiere. Se crece enormemente en humanismo cuando se ejercita el cerebro para descubrir lo que no consta en el texto. El lector debe saber que la lectura le sirve para hacer otro texto, es decir el suyo; pues, aquí está la clave del lector asiduo, atento, que sabe que conscientemente desde la inferencia está creando imaginariamente otro texto a partir de lo que ya ha leído.

Es curioso descubrir que no se aprende desde lo que literalmente se lee sino de lo que se puede inferir, de lo que se puede criticar, valorar, juzgar y evaluar. Si no nos ubicamos en esta tarea, la lectura no nos enriquece.

En este orden, la lectura exige una buena dosis de esfuerzo intelectual para pensar la lectura: se trata de un esfuerzo activo para darnos cuenta que al pensar la lectura estamos pensando la escritura. Saber, por ejemplo, que la escritura de un texto tiene unidad de sentido. El escritor ha puesto todo su esfuerzo para que ese texto sea coherente y tenga la suficiente cohesión que el lector la descubre cuando se da cuenta que la trama o el tejido del texto tiene una unidad significativa.

Todo el componente gramatical, textual y discursivo que el escritor ha plasmado en el escrito no es otro que un puente que el lector debe saber recorrerlo para que pueda pasar desde el nivel perceptivo al nivel comprensivo y creador que la lectura le exige.

Así, desde el ángulo gramatical, el lector debe saber que “la cohesión consiste en la manifestación de la unidad textual mediante pistas léxicas o gramaticales. Cada frase, cada párrafo se apoya sobre algún elemento presente en los anteriores o remite a algo que va a ser dicho o aclarado posteriormente” (Benda, et al 2006: 105).

Como vemos, el lector debe seguirle la pista a cada frase, a cada oración, a cada párrafo para que desde el proceso perceptivo pueda llegar a comprender el texto.

Toda atención lectora exige, por lo tanto, una atención de escritura. Así, si como lector no estoy atento a los conectores, a los pronombres, a la puntuación, a la acentuación, a la semántica de cada palabra, en fin, a varios referentes gramaticales que es preciso conocerlos, no habrá comprensión. Y al no haber comprensión no hay interés ni atención para descubrir en el texto lo que no está dicho.

Desde la percepción, el lector debe saber lo que está leyendo, y para ello se necesita conocimiento y una atención absoluta. La atención, es decir la concentración, nos sirve para pensar bien. Si pensamos bien habrá comprensión, y solo así el lector estará listo para degustar de la riqueza que el texto tiene a partir de su actitud cocreadora.

Gramaticalidad, texto y lectura

Para que un texto sea entendido y valorado adecuadamente por el lector, depende mucho de toda la información que posee en su memoria. El rechazo a la lectura que frecuentemente suele darse en la escolaridad formal por parte de los alumnos se da porque no existe en ellos casi ningún tipo de información que haga alusión a lo que están leyendo. Y a ello se suma la poca o nula preparación que posee el maestro para orientar un adecuado proceso lector.

Quizá esta es una de las causas por las cuales los estudiantes casi nunca leen: sin información previa en su memoria, sin motivación, sin pasión y sin interés no es posible que surja una vocación para la lectura.

El buen lector o medianamente lector sabe que cuando lee debe construir una representación mental del texto leído. Esta construcción se da, primero, porque hay un conocimiento de los datos lingüísticos que gramaticalmente todo individuo escolarizado los conoce amplia o medianamente; segundo, una ubicación adecuada del contexto, es decir del entorno lingüístico, físico, cultural, político e histórico en el cual se ubica el lector; y, tercero, la información que posee en su memoria, la cual es muy básica para el entendimiento y los propósitos que tenga el lector.

De conformidad con estos tres principios surge una representación mental, muy propia en cada lector; pues, no todos los lectores están en las mismas condiciones; incluso, los referentes gramaticales no son conocidos por todos en las mismas circunstancias de homogeneidad, aunque las reglas de uso sean las mismas para todos. Lo mismo sucede con el contexto y la información que cada lector posee en su memoria: jamás es la misma en ningún lector.

De otra parte, el texto escrito para que se convierta en una unidad lingüística se construye desde el orden grama-

tical de la oración. La morfosintaxis, la ortografía, la pragmática y la semántica ayudan a la conformación de un adecuado constructo de orden gramatical, hasta que el texto se convierte en una unidad lingüística, el cual llega a tener su propia lógica desde el ordenamiento lingüístico.

Pero texto y oración no son exactamente la misma cosa. Mientras la oración es compacta gramaticalmente porque obedece a unas estructuras lingüísticas concretas y cuyo propósito nos sirve para un análisis lingüístico preciso, el texto, en cambio, es una unidad lingüística cuyos propósitos no son gramaticales sino comunicativos. Es decir, el texto como unidad de uso de un lector, va mucho más allá de la mera gramaticalidad.

Por consiguiente, el texto no queda marcado por la organización estructural que la gramática le determina, sino por la intención comunicativa que el lector lleva a cabo con algún propósito, y de conformidad con una serie de procesos psicosociolingüísticos que, asociados a la información que el lector posee en su memoria, llegan a satisfacer un determinado propósito comunicativo.

Por eso, la lectura no puede ser vista solo como un acto de decodificación léxico-sintáctico. Por supuesto que este es un paso importante, pero no el único dentro del proceso total de la lectura. Pues, no es la gramaticalidad, sino el propósito comunicativo el que nos conduce a ser lectores de calidad.

Hay mucho que leer

Aunque es obvio decirlo, los libros son para leer. Por eso, en todo hogar en donde haya una pequeña, mediana o gran biblioteca, debe haber un proyecto de lectura. Resulta penoso saber que hay cientos y miles de libros, incluso hasta en los hogares más humildes, que no se leen. Y como bien lo dijo Gabriel Zaid: “Un libro no leído es un proyecto no cumplido. Tener a la vista libros no leídos es como girar cheques sin fondos” (2010: 12).

Debe haber un plan lector personal que dé fe de los textos físicos o virtuales que se va a leer. Si no se procede así, nuestra condición intelectual, sobre todo humana, se estanca, se deteriora. Recordemos que en el mundo editorial, en las bibliotecas, en las librerías, hay demasiados libros; por lo tanto, debe haber un criterio de selección, y esta realidad se logra solo leyendo, hasta que llega un momento en que uno sabe qué va a leer y qué no.

Cada día hay más y más conocimiento, el cual, en el transcurso de un año se da a conocer en forma de artículos o de libros, aproximadamente un millón de temas, en todo el planeta. Por tal razón, cada día nos volvemos más incultos. Hay miles y miles de libros que no leeremos jamás así los tengamos en nuestro poder, en nuestra biblioteca, porque el tiempo, nuestra existencia, no nos da para ello. A un buen lector pueda que le invada hasta la nostalgia al saber que tan buenos libros, así viva mil años, no los va a poder leer. Como dijo Gracián: “Hay mucho que saber, y es poco el vivir”.

Si al menos nos dedicásemos a leer una hora diaria (o una hora nocturna), dejaríamos “de ser simples ignorantes, para llegar a ser ignorantes inteligentes” (Zaid 2010: 21), dada la cantidad enorme que hay en cada área del conocimiento humano.

Aunque el nivel de nuestra formación no está en la cantidad de libros que se lea, sino en la calidad y en la forma cómo quedamos después de haber leído. ¿Cómo leo?, ¿qué leo?, y sobre todo cómo analizo el mundo y cómo actúo después de haber leído.

Como sabemos, no se trata de leer por leer. ¿Qué tienen que decirnos los demás: los escritores, los científicos, los literatos, los humanistas, los filósofos...? ¿Se trata de novedades, de ideas que me convienen para mi formación personal, profesional, familiar? O como ya lo dijo Montaigne: “Se busca más interpretar interpretaciones que interpretar las cosas. Hay más libros sobre libros que sobre cualquier otro tema. No hacemos más que glosarnos de

los unos a los otros” (Zaid 2010: 17). Por eso es necesario leer comprensiva y críticamente para descubrir los libros que son dignos de ser leídos.

Es con estos libros selectos que nos quedamos para siempre. Ellos son nuestra luz, nuestro refugio, nuestro sostén existencial. Desde ellos nos extendemos a leer el mundo y la vida humana en todas sus manifestaciones.

Por eso, así como celebramos la venida de una buena amistad, de un buen amor, de un hijo o de un triunfo humano cualquiera, hay que celebrar el descubrimiento y lectura de un buen libro que, bien leído, nos alegra y nos ubica en la vida.

Organizarnos desde el mundo del libro, es organizar nuestra cultura. Si alguien se aburre leyendo, se niega ante la cultura, ante la vida: pierde la oportunidad de formarse, de realizarse y de proyectarse humanamente.

La lectura es un riesgo

La lectura es una historia de inconformes. Cada buen lector busca algo que esté mucho más allá de su propia realidad. De una lectura seria siempre se recibe algo que lo transforma al lector. Por eso es preferible leer tomando al libro como una pregunta, no como una respuesta. Quien se adentra en un texto pensando encontrar respuestas, por lo regular no encuentra nada serio, o al menos algo que le llame la atención profundamente.

Si leemos desde la opción de la pregunta, de la interrogante continua, es posible plantear problemas que nos permitan encontrar algo substancial. Cuando el lector enfrenta al texto como una respuesta, pues no está buscando nada, y por lo tanto nada encontrará; y si nada encuentra, la lectura le parecerá intrascendente: los temas, o el contenido no le dicen ni le sugieren nada, y por eso no se ilusiona ni puede vivir la lectura, sino solo desde el conformismo; en este caso, el lector ha optado por una lectura inactiva, pasiva, durmiente.

Desde la pregunta, desde la hipótesis, la lectura es un riesgo que vale la pena transitar porque la opción del lector pasa a ser activa, llena de incógnitas abiertas que guían el pensamiento y el accionar lectores. Así, de manera frontal aparece una interacción dialógica con el texto; opción que no le permitirá aburrirse. Desde el diálogo con el texto, la comunicación fluye; las ideas aparecen no como meras palabras sino como torrentes de vida; el fastidio desaparece, la inacción se anula y la abulia intelectual, tan peligrosa cuando el lector se adentra en el texto desde la respuesta, no deja de ser un lejano recuerdo.

El sujeto lector que pregunta aprende a realizarse, a ser inconforme y un rebelde intelectual: la lectura se convierte en algo especial porque la acomoda a su manera. El lector rebelde no se ajusta a una programación: no es aquel que lee solo para dar una evaluación o porque alguien le exige leer. El lector inconforme no deja que le impongan ningún tipo de lectura; no lee para satisfacer a nadie. Lee para analizar la vida, para descubrir su mundo interior; lee desde la conciencia de sí mismo, de manera que la activación dialógica lo motiva a ser un permanente transgresor de espacios para dar paso a un compromiso creativo con el mundo desde nuevas propuestas humano-productivas.

Por eso la lectura es un riesgo; pues, puede provocar visiones distintas de organización a las ya establecidas socialmente. Los otros, los que no leen y los que tienen sus formas de vida sin compromiso con nadie sino solo para llevar una vida holgada y relajada, se sienten amenazados. Claro, el buen lector se vuelve un crítico, un rebelde, un inconforme, un sujeto que viene a perturbar las formas de organización social y cultural.

Por lo tanto, la lectura como riesgo, como pregunta, deja de ser un mero placer, un simple pasatiempo, y se convierte en un compromiso activo, en un trabajo arduo, intelectual en su más alto nivel, cuyo efecto simbólico no busca implantar o legitimar ninguna verdad; se trata solo

de una nueva mirada y de una forma de capacidad humana que “alcanza su dinamia espectacular impulsando al intelecto hacia la construcción de nuevos conocimientos” (Jurado, 1994: 46), y por ende de nuevas propuestas de realización humana.

La proyección humana del lector

La lectura pone en movimiento nuestro pensamiento y nuestra manera de ser. Ella nos despierta, nos da noticias del mundo y de nuestra propia vida. Desde la lectura el discurso de los demás se mira de otra manera: lo puedo aceptar o rechazar, valorar o criticar. Desde la lectura no es fácil que los demás nos manipulen.

Desde la lectura es posible defenderse del peligro que a veces entrañan los demás. Pero también desde la lectura podemos aportar en beneficio de los demás.

El lenguaje de la lectura es un lenguaje vivo. Se trata de un lenguaje que nos orienta, que nos construye, que nos proyecta.

Las pruebas que el ser humano soporta a diario se direccionan adecuadamente en la medida en que nos volvemos aptos para vivir en consideración a la madurez emocional e intelectual que hayamos logrado obtener desde nuestra experiencia lectora. Y el sufrimiento es enorme si nos hemos privado de la palabra, porque sin ella no es posible darle un adecuado sentido a la vida.

El objeto de lectura puede ser científico, humanístico o literario; y aunque en cada uno de ellos priman consideraciones muy especiales de lectura, lo cierto es que en cada lector siempre aflorará una determinada curiosidad por saber cómo es el mundo real, qué es lo que le sucede a la sociedad, cómo es posible adentrarse en el mundo de la fantasía, y sobre todo en los recovecos más profundos de nuestra condición humana.

Desde esta perspectiva, la imaginación, la creatividad y todos los valores humanos están íntimamente ligados a la

idiosincrasia del lector que no dejará de pensar en cómo experimentar la vida desde un ángulo en el que los deseos por mejorar todo lo que vemos y hacemos, sea una constante permanente que lo mantenga altamente motivado, no solo para continuar preparándose desde la lectura, sino para asumir un compromiso efectivo, real y coherente de sus acciones cotidianas ante el mundo que le es mediata o inmediatamente suyo.

En este orden, la lectura nos humaniza; por lo tanto es posible que se experimente nuestra verdad más íntima, porque esa fuerza interior que el lector posee le permite desempolvar sus sueños, sus proyecciones, sus intereses, sus costumbres, de manera que le sea posible descubrir nuevas formas de vida “para salir del tiempo, del espacio cotidiano y entrar en un mundo más amplio; para abrirse a lo desconocido, transportarse a universos extranjeros, deslizarse en la experiencia de otro u otra, acercarse al otro que vive en uno mismo, domesticarlo, perderle el miedo” (Petit 2008: 146).

La lectura es, entonces, todo esto y más. No se trata de leer solamente para adquirir información, ni siquiera para comunicarse mejor. Se trata de una experiencia muy personal que marca un espacio íntimo, plenamente libre, que “escapa al dominio de lo colectivo” (Petit 2008: 148), y más bien crea espacios de ensoñación y de acceso, antes que al mero saber, al dominio de nuevos aires para conocernos mejor y conocer a los demás desde los hallazgos personales que ayudan a expresar lo que uno es como persona, para que desde una red de conexiones sentidamente humanas entre los hechos, las personas y el mundo, sea posible la creación de nuevas realidades, inesperadas y sorprendentes.

La celebración de la lectura

Llegar a amar los libros no es tarea fácil, así como no es fácil el amor de pareja o el amor que un padre o una madre

brindan a sus hijos para formarlos adecuadamente. Se necesita valor, constancia, respeto y una alta consideración por el otro a través de un largo proceso educativo y de situaciones muy personales que nacen del corazón para brindar ese amor especial, sublime, afectivo y provocante para amar a alguien.

Así sucede con los libros, se trata de un amor especial, extático, fabuloso, por decir lo menos, en torno a una inclinación reverente, que nace de lo más profundo del ser para leer apasionadamente un tema determinado.

Mientras el lector no sienta esa visión especial, profundamente amorosa por los libros, no habrá lectura significativa que valga la pena; por eso la gente, sabiendo leer, no lee. Nuestros estudiantes, en todos los niveles educativos, si no están motivados, y si no hay las mejores condiciones anímicas, intelectuales, físicas y situacionales, no habrá poder que los promueva a leer con el corazón, con el amor en las manos y en el cerebro, y con la entrega voluntaria, ferviente, para adentrarse en un acto lector potencialmente contemplativo, cargado de magia y de una fascinación cuando el enamoramiento por la lectura ya ha penetrado en cada sujeto que sabe que al leer es poseedor de una experiencia gratificante, que le satisface porque descubre personalmente en cada acto lector la magia de las palabras.

Una correcta práctica lectora nos lleva al encuentro de un disfrute auténtico y creativo; pues, nos estamos sirviendo de un medio muy valioso para compenetrarnos en las diversas fuentes del conocimiento humano. Para leer, no importa el formato. El auge creciente de las nuevas tecnologías de la información nos atrae para adaptarnos a una nueva promoción lectora, buscando todas las potencialidades y posibilidades que este medio nos brinda. Lo importante es que hayamos podido desarrollar unos hábitos lectores para leer donde quiera y como quiera. El lector que ya ha conformado unas competencias lingüísticas

puede zambullirse sin temor por las aguas mansas o agitadas de cada palabra, de cada frase, de cada párrafo que ansiosos esperan la llegada de su amado lector.

Un activismo lector adecuado, constante, pero nunca rutinario ni impuesto, peor frustrante, como el amor desgastado de aquellos que ya no se aman; se trata de un acercamiento libre, voluntario y adecuado para compenetrarse en las diversas fuentes y recursos de información que están al alcance a través de los medios tecnológicos o en el formato tradicional del libro físicamente aceptado desde siempre y aún por la sociedad contemporánea.

Para que la mediocridad no nos aniquile, es necesario, es urgente diría, obtener un comportamiento lector, que no deja de ser uno de los más apasionantes que el género humano ha adquirido en la medida en que, paulatinamente, vamos desarrollando nuestra capacidad de reflexión crítica y de discernimiento para enfrentar la vida más plena, sesuda, feliz, comprometida y humanamente.

La experiencia de un buen lector

En el mundo editorial existen libros de toda clase, para todos los gustos y con infinidad de temas en cada una de las especialidades y disciplinas que el talento humano ha sido capaz de crear. Sin embargo, no todos los libros se pueden leer ni conseguir con facilidad debido a infinidad de factores, entre ellos, y quizá el más fuerte, la falta de interés para leer. Otro asunto que incide para aquellos que ya son lectores y cultivan una disciplina determinada con sumo interés, es el problema para encontrar un libro o para saber la existencia de un libro determinado, por más que hoy haya la facilidad de los medios informáticos a la mano. ¿Cómo puedo enterarme de un buen libro que existe y no sé cómo conseguirlo? ¿En qué editorial está publicado y en qué librería o biblioteca física o virtual lo puedo encontrar?

Para estas y otras interrogantes en torno al mundo de los libros y de la lectura, cumplen un papel trascendente de divulgadores, de promotores y de mediadores los lectores que ya tienen una amplia experiencia lectora.

Ellos, los buenos lectores, es decir, los asiduos, los que permanentemente leen son los más indicados para encaminar a diferentes grupos humanos a encontrar un libro, a saborearlo, a interesarse por él, a que lo conozcan, y de manera especial para motivar a aquellos que están alejados de este precioso tesoro intelectual. Que sepan que en algún momento bien les puede servir una lectura, especialmente a aquellos que por múltiples circunstancias viven al margen de saber quiénes somos, en dónde estamos, para qué estamos y a dónde vamos filosófica, científica, cultural, antropológica y éticamente; aspectos tan básicos para ubicarnos en el mundo de nuestra realidad cotidiana.

Por eso, si usted se cree un buen lector, trate de difundir su sabiduría, sus conocimientos, sus experiencias lectoras a como dé lugar y de la mejor manera que le sea posible.

Por ejemplo, aparte de los lectores interesados y de los buenos amigos y familiares con los cuales se puede compartir un tema lector, hay lugares que viven marginados (hospitales, cárceles, asilos, orfanatos, batallones) y a los cuales se puede llegar para difundir el libro o los libros que usted conoce. Hay múltiples maneras para hacerlo, bien contando la historia del texto, analizándolo, criticándolo, valorándolo, recomendándolo; bien prestando el texto, haciendo tertulias, diálogos, preguntas; narrando ocurrencias, anécdotas; o a través de espacios de recreación lúdica, dramática, filosófica o didáctica. Es decir, con absoluta libertad y de la manera que le sea factible a este buen lector, con voluntad le es posible incidir en los demás, poco a poco, con mucho tino, paciencia y cuidado para hacer conocer un texto determinado.

Estas buenas intenciones lectoras pueden fortalecerse a través de varias acciones. Una de ellas puede ser conformando un club de lectores, en donde ya no es una sola

persona sino un grupo de lectores que se reúnen periódicamente para comentar y leer. Se puede conformar también un taller de lectura, el cual tiene “como fin enseñar a los participantes estrategias diferentes para desarrollar mejores procesos lectores y acercarse de manera más personal a los textos escritos” (Robledo 2010: 137).

La lectura como simple habilidad mecánica

Es penoso aún sostener cómo en la educación escolarizada “se siguen considerando a la lectura y a la escritura como simples habilidades que se desarrollan a partir de ejercicios mecánicos y repetitivos, y no como procesos de pensamiento que permiten la construcción de sentido de la realidad y transforman constantemente los esquemas de conocimiento del ser humano y mucho menos como prácticas sociales y culturales” (Robledo 2010: 17).

El desarrollo de la vida humana potencialmente elevada al derecho que todo ciudadano tiene para vivir adecuadamente, contribuyendo y aportando a los procesos de transformación social y cultural, se sustenta en la mejor expresión que un ser humano educado tiene para formarse desde la lectura y escritura.

Sin embargo, desde la mera mecanización jamás se logrará lectores con capacidad de reflexión y de análisis, peor lectores críticos que estén en condiciones no solo de cuestionar lo que leen sino de interpretar y revalorar sus contextos socioculturales.

Cada día se suman a la mediocridad andante cantidad de ciudadanos que viven excluidos de formas de vida que, si estuviesen formados intelectualmente desde el ámbito lector, tendrían acceso a una calidad de vida más humana que les permita vivir significativamente aportando intelectual, productiva, creativa y éticamente en cada uno de los contextos particulares, institucionales y sociales en los que cada ciudadano está inmiscuido.

La calidad de vida intelectual que tenemos está en consonancia con la calidad de formación escolarizada y familiar que vamos recibiendo paulatinamente desde la lectura, que es el soporte en que se sustenta la educación escolarizada e individual a la que todos los ciudadanos tenemos derecho.

Y así como la religión bien asumida transforma en la más excelsa calidad humana a un ciudadano que conscientemente decide vivir desde esta realidad humano-divina, asimismo una vida lectora ordenada nos transforma consciente y libremente hacia la búsqueda de lo más significativo que la vida nos puede dar.

La búsqueda de sentido es una característica esencial en el ser humano para aprender a bien vivir; y si desde la religión esto es posible, también lo es desde la lectura. Y así como no es fácil desde la religión aprender a vivir desde el principio con la mayor dignidad, lo mismo sucede con el libro.

Se trata de una larga preparación, pero no desde la simple habilidad mecánica que aburre, cansa y más bien le permite al lector principiante huir: desde esa óptica no le importa leer.

En efecto, como señala la investigadora colombiana Beatriz Helena Robledo: “La lectura no es un simple acto de desciframiento de un código. La lectura es un proceso complejo de construcción de significado, en el cual están implicados los aspectos emocionales, afectivos, psicológicos, cognitivos y lingüísticos del ser humano” (2010: 19).

Y es que, por esta misma razón de complejidad, es importante la lectura. Se trata de un conjunto de ideas abultadas de riqueza humana que reposan en el texto y que, al ser leídas adecuadamente, nos impactan, nos conmueven, nos sacan de la levedad o de la indiferencia con la que a veces solemos ver al mundo.

La lectura crítica

Si no se reflexiona, si no se cuestiona, si no se pregunta y si no se dialoga introspectivamente mientras se lee, es difícil que el lector llegue a ser crítico.

Aprender a tener una postura crítica y a tomar posesión respecto de lo que se lee sirve para evaluar lo que el escritor sostiene en el texto, y sobre todo para juzgar si sus argumentos son coherentes, sistemáticos y consistentes.

Leer desde una actitud crítica no consiste solo en leer las letras sino en construir significados desde la reflexión participativa, activa y provocativamente dialógica con el texto.

Una vez que nos hemos compenetrado en el sentido de la lectura, el diálogo entre el texto y el lector fluye de conformidad con su formación y creencias para aportar, cuestionar y valorar lo que lee.

Parodi et al sostienen que para construir aprendizajes significativos, el lector puede poner en contraste los significados que va construyendo a partir de los siguientes interrogantes: a) ¿Qué valores, creencias o pensamientos propios del lector pone en cuestionamiento el contenido del texto?; b) ¿El contenido del texto le crea al lector algún tipo de inquietud o disconformidad?; c) ¿Cree el lector que su propia posición o perspectiva del tema central impide una evaluación objetiva?; c) ¿Se da cuenta el lector de que el tema del texto y la postura del autor entran en conflicto con su propia visión al respecto de lo leído?; d) ¿Qué desafíos plantea este texto para la postura del lector?; e) ¿Se siente cómodo el lector con este tipo de lectura?; f) ¿Preferiría el lector otro tipo de contenido o texto o postura del autor? (2010: 161).

Y así, el diálogo con el texto será interminable a partir de estos interrogantes y de cuántos más le surjan al lector que quiere que su lectura no solo sea comprensiva sino altamente valorativa y crítica, sobre todo cuando se trata de aprender significativamente.

El diálogo con el texto siempre es estimulante porque permite construir nuestras propias ideas y puntos de vista a partir de lo que se pueda aprender de los contenidos del texto leído. Sobre todo cuando el lector aprende a descubrir la postura ideológica del escritor, aparece el principio de comunicabilidad de lo leído no solo con el texto en sí, sino con otras fuentes bibliográficas que se haya leído o que el lector esté aún por leer. Desde esta actitud se puede compartir con otros lo leído, no solamente lo literal, sino aportando con opiniones propias, cuestionando, razonando, valorando y construyendo aprendizajes perdurables.

Pues, desde el principio de comunicabilidad textual es posible la construcción cognitiva y psicolingüística de una representación mental muy profunda porque ayuda al lector a cuestionarse permanentemente de lo que efectivamente le sirve para aprender a partir de los contenidos del texto y de la postura del autor.

La lectura crítica, lo que hace, entonces, es llegar a adquirir conciencia de los procesos de lectura: el sujeto lector se convierte en un lector especializado puesto que está preparado para acceder a un conocimiento disciplinar desde cualesquiera de las operaciones intelectuales que le es posible manejar con versatilidad: conocer, comprender, aplicar, analizar, sintetizar, valorar, cuestionar, evaluar, juzgar y criticar lo que lee dentro de los contextos sociales y culturales que le son específicos y que, por ende, entran en juego en el dinámico proceso de saber leer.

La lectura en términos de cuento, de historia

Uno de los problemas mayúsculos para entender lo que un estudiante lee, está en la comprensión. Por supuesto que son muchos los factores que intervienen a la hora de entender un texto. Por ejemplo, “quién lee a placer un libro y lo termina y le gusta, lo ha comprendido plenamente. No hay que dudarlo. La clave está en evitar que el libro le

huela a tarea, a estudio, a trabajo e, incluso, a castigo, porque por ahí todavía pululan las malas escuelas que envían a los niños castigados a leer a la biblioteca...” (Robles 2006: 20).

Pero habría que saber qué está leyendo un principiante para que le guste lo que lee, sobre todo para que aprenda a disfrutar mientras lee. Es muy difícil que un principiante, un niño o joven, e incluso un adulto, disfrute leyendo *La Ilíada*, *La divina comedia*, *El quijote de la mancha* y otros clásicos que le obligan a leer en el bachillerato, y a veces hasta en la escuela. Claro está que quien manda a leer estos libros lo hace con buena intención; sin embargo, por clásicos que estos libros sean, para quien aún no tiene un mínimo comportamiento para leer, le resultan aburridos, inentendibles, y sobre todo muy lejanos a su realidad socio-educativo-cultural.

Por lo tanto, insistimos en la enorme cultura lectora que debe tener un mediador: padre de familia, profesor, bibliotecario, promotor, etc., para que pueda recomendar una lectura, un texto, que de antemano podemos saber que le va a encantar leerlo a un lector que está empezando a formarse en este ámbito.

De ahí que, una de las mejores técnicas para atraer a un novel lector, de manera que “se enganche por convicción y no por imposición” (Robles 2006: 22), radica no tanto en que en un principio el alumno o lector lea, sino en que el mediador cuente al auditorio la historia que de antemano ya leyó. Y solo puede contar una historia –trátase de un cuento, una novela, un poema, una leyenda, una tradición, una adivinanza, un mito, una fábula- quien tiene una amplia experiencia en temas de lectura literaria y filosófica. Por eso, el primer requisito para ser profesor de literatura o filosofía, e incluso de cualquier otra disciplina, es el de ser lector; no del lector que descifra letras o enseña a leer el código alfabético, sino de aquel que ha logrado asumir la lectura como “una de las formas de felicidad que tenemos los hombres” (Andricaín et al 2008: 9).

Solo este tipo de lector será un buen contador de historias, y por lo tanto sabrá, con su actitud de narrador, atraer la atención de ese potencial lector, que luego de haber sido debidamente motivado, se verá en la gustosa tarea de ir a buscar un libro para leerlo por su propia voluntad. De esta forma, el mediador “propicia la lectura libre que permite al niño o al joven o al adulto, tomar el libro que desee y leer cuantas páginas quiera, al ritmo que quiera y sin preguntaderas posteriores” (Robles 2006: 22).

Solo desde la libre voluntad se le puede sacar el jugo a una lectura placentera: “Es sorprendente comprobar cómo un niño o un adolescente se expresa abiertamente sobre el contenido de una lectura libre que, por propia decisión y convicción, leyó el día anterior. Narra la trama, opina, describe pasajes que le impactaron y vuelca las emociones y los sentimientos que esa historia le provocó” (Robles 2006: 26).

La lectura es un espacio de libertad

Hay un trabajo síquico, enorme, profundo, placentero y de compromiso cuando se lee bien. Se trata de un espacio que el lector logra crear en torno al objeto del libro. Este espacio es libre porque el lector lo busca a propósito. Libre porque puede recorrer a sus anchas cada página del libro y elegir el tema que le plazca leer. Y este espacio es tan bien creado porque el lector lo disfruta sin ningún peligro. Se trata de un disfrute que surge desde el momento en que se sumerge en las páginas del texto.

Concentración, disfrute, espacio y tiempo son elementos que protegen al lector. Desde estos elementos, con absoluta libertad el lector se abandona a la fantasía, a la creatividad de lo que lee y a la realidad que el texto ha creado exclusivamente para deleite y libre participación del lector.

Desde esta óptica aparece un trabajo síquico enriquecedor, humano, auténtico, pleno, sorprendente, de asombro y de descubrimiento de circunstancias singulares que el lector las asume no solo para trazar su destino de lector sino para trazar su propia condición humana; pues, la lectura se ha convertido para ese lector en ocasión para marcar su destino de otra manera muy diferente a la que si no leyera.

Ese territorio íntimo que el lector ha conquistado desde su entera voluntad para viajar metafóricamente a lo largo de la historia del discurso textual que el autor ha creado, le permite al lector, desde dentro del texto, abrirse a lo lejano, a otras perspectivas, a otros puntos de vista que le permiten acercarse a su realidad desde una óptica en la que le es posible recorrer ya no el mundo del texto sino su propio mundo para analizarlo, revisarlo y asumir una práctica de riesgo que consiste, a veces, en desbaratar sus propias certezas y acoplarse a una nueva realidad que puede ser dulcemente doliente, porque el lector tratará de escaparse de un determinado vínculo social que le era familiar y cómodo hasta que desde el impacto de la lectura, se siente voluntariamente motivado para asumir paulatina o abruptamente otras formas de comportamiento, nuevos espacios de emancipación que apuntarán a la reconstrucción de su propia idiosincrasia personal y cultural.

Es verdad, desde el espacio de la lectura, que si bien puede ser un disfrute, un deleite y hasta una hermosa diversión, lo cierto es que hay por delante mucho trabajo síquico, pero libremente asumido. Desde la lectura el lector se construye y se reconstruye a sí mismo, y se apuntala para un nuevo enfoque de criterios, de actitudes, de ideas y de modos de pensar frente a su entorno y al de los demás.

Y como tradicionalmente se dice que se lee para ser culto, es más bien la oportunidad que el buen lector tiene para acceder a bienes culturales diversos en el que las ganas de ser culto no le interesan propiamente, sino la de

poder experimentar algún grado de emoción frente a la posibilidad de descubrir cosas novedosas, diferentes a las ya establecidas.

Esa emoción, ese impacto, ese nuevo enfoque que desde la lectura el lector asiduo recibe, le transporta a ver su entorno y el del prójimo, de otra manera; y por eso se siente libremente comprometido a crear sus propios hábitos: un espacio en donde le es posible ir labrando su propio destino.

La lectura es una tarea de sentido

De entre tantas montañas de letras que tiene un texto, su objetivo es producir algún tipo de sentido hasta en un lector poco experimentado que en medio de miles y miles de grafías que sus ojos captan, descubre alguna frase que le impacta, que le conmueve y que, por ende, al haber entrado en lo más hondo de su conciencia, le marcará la vida, si no es para siempre, al menos para que influya, de alguna manera, en el trayecto de su existencia.

Por eso, si queremos que nuestra existencia humana tenga un sentido adecuado, la escritura sigue siendo una de las mejores maneras que el ser humano ha encontrado para simbolizar, a través de un texto, todo el conjunto de su experiencia creativo-intelectual y espiritual para que los demás puedan leer todo este arsenal de riqueza que desde una lectura adecuada sigue siendo una de las mejores maneras que intelectualmente tenemos para satisfacer el deseo de saber, de relatar y de poetizar el conocimiento y las diferentes emociones que en un texto el lector puede descifrar.

No importa que el modo de leer sea inocente, subversivo, rebelde, iconoclasta, neutral, objetivo, subjetivo, etc.; lo que importa es el modo de interpretación individual que exige del lector una discusión con el texto, de conformidad con el historial humano-cultural-formativo y social que tenga el lector para pensar, interpretar y criticar un texto.

Que la gente no lee porque exige un esfuerzo intelectual que le provocará algún tipo de conflicto, es verdad: por eso hay pocos lectores. Y es que el hecho de leer es trabajar para construir sentidos a través de las variadas significaciones que a vista y paciencia de un trabajo arduo de interpretación un lector puede descifrar, no tanto lo que dice el autor, sino lo que el lector puede descubrir con un marcado esfuerzo, no del momento lector, sino de todo su historial humano.

Si la lectura exige esfuerzo, concentración, voluntad e interés para “dejarse afectar, perturbar, trastornar por un texto del que uno todavía no puede dar cuenta, pero que ya lo conmueve” (Zuleta, 1985: 25), entonces, la lectura no es fácil. Por eso son muchos los individuos, como dice Michèle Petit, que prefieren levantar el vuelo hacia otros placeres (2008: 39) y no aterrizar en la lectura porque creen que de ella no sacan nada bueno.

La lectura, por lo tanto, no es una tarea fácil. Exige un esfuerzo permanente de movilización mental, de acomodo, de adaptación, de cambios, de puntos de vista, de preguntas abiertas que encaminan al lector no para que adquiera simplemente información, diversión o mera recreación, sino por “la exigencia de valor, de audacia y de arriesgarse a ser descubridor” (Zuleta, 1985: 28) de formas de vida al estilo de lo que alguna vez sostuvo Nietzsche cuando argumentaba que un lector “es aquel que es capaz de permitir que el texto lo afecte en su ser mismo, hable de aquello que pugna por hacerse reconocer, aún a riesgo de transformarle, que teme morir y nacer en su lectura, pero que se deja encontrar por el gusto de esa aventura y de ese peligro”, según la acertada paráfrasis de Zuleta (1985: 28).

En todo caso, la lectura siempre será un espacio privilegiado, propio, íntimo y privado porque nos permite descubrir, desde la interpretación, nuestro mundo interior, no sin el enorme esfuerzo activo de nuestra actividad psíquica para apropiarnos de lo que leemos desde una cuestión

quizá no resuelta pero que nos “permite discernir –según Marcel Proust- aquello que, sin ese libro, quizá no habría visto en sí mismo” (Petit 2008: 48).

La lectura es, por consiguiente, una tarea de sentido, sobre todo porque nos promueve a ser los autores de nuestro mejor destino.

La letra muerta

La letra de un libro, es decir, sus ideas, son letra viva, despierta, atenta, llena de vida, mientras alguien toma el libro y lo lee. De lo contrario, los miles y miles de letras que hay en los libros son letra muerta mientras no haya quien se atreva a resucitar esas ideas con solo abrir el libro o el soporte virtual, y se ponga a leer.

La letra de un libro apagada, porque sus páginas permanecen cerradas, no nos sirve para nada. Un libro no leído es un libro arrinconado que cada día se hunde más en la soledad y en el polvo, y a veces hasta puede estorbarle a aquel individuo que desde la bajeza de su cultura no está en condiciones de valorar ese cúmulo de ideas y de vida actuante que con tranquila mocedad reposa en cada párrafo y en cada página de ese libro no leído.

El contenido de un libro, de una revista, de un artículo, de un capítulo, de un párrafo, de una oración y hasta de una sola palabra, nos motiva a una auténtica conversación en la que hay que estar preparado para poder dialogar. La inmensidad de letra muerta que existe en las bibliotecas, en las instituciones educativas, en las casas particulares y en las redes electrónicas en sus diversos formatos y en todo el mundo, se debe a que un gran porcentaje de la población alfabetizada no puede dialogar con ese conocimiento escrito que es el producto del más excelso esfuerzo intelectual de un mínimo porcentaje de la humanidad que al escribir, se dedica al mundo de la investigación y de la creatividad.

Hay demasiado conocimiento escrito en el mundo que se divulga por todas partes, y en muchos casos en varios idiomas, y que se lo comercializa editorialmente para ponerlo en medio de una conversación. Pero como sostiene Gabriel Zaid: “El mundo del libro no corresponde a los mercados masivos e indiferenciados, sino a las clientelas segmentadas, a los nichos especializados, a los miembros de un club de interesados en tal o cual conversación” (2010: 40).

Es decir, el libro está en todas partes, pero mientras siga como letra muerta no genera conversación, no promueve la cultura personal ni colectiva. Se trata de una letra muerta que, incluso, hasta para los que leen, a veces esa conversación no les dice nada. Esto sucede, sobre todo, con los miles y miles de libros que circulan en la educación escolarizada, en donde se lee solo para cumplir una tarea obligada por el profesor.

En la educación escolarizada que es en donde más se debería conversar con el libro, no se lo hace, o se lo hace a regañadientes. Esta actitud estudiantil que lee por leer, no genera lectores sino solo estudiantes. Y el asunto es tan grave que esta población es la que sigue matando la letra de los libros cuando para evitar dialogar, bien sea por pereza, por facilismo, por comodidad, por falta de motivación o de un método adecuado para leer, prefiere, en vez de leer para pensar, reflexionar y formarse a través de la lectura, plagiar párrafos y páginas completas de un libro o de un artículo, y con la mayor desfachatez hacerlas pasar como si fuesen ideas suyas, bien sea en una tesis de grado, en una monografía, en una tarea, en un deber o en una investigación, en la que antes que copiar, se debe poner en juego toda la capacidad intelectual para leer por el gusto de leer y aprender honesta y afectivamente.

La promoción de la lectura

Adentrarse en la tarea de leer no es ni fácil ni difícil; es más bien una actividad compleja que necesita una debida orientación para que el acto lector tenga sentido y sea luego emprendido con el mayor ahínco, con el mejor anhelo y siempre con el mejor entusiasmo desde el trabajo arduo, con disciplina y con la más alta tesón intelectual, emocional y espiritual que le sea posible al lector.

En este orden, el papel del promotor, es decir, del que promueve la inclinación y la debida orientación para que una lectura sea de provecho, puede marcar para siempre la vida y obra de un lector.

El promotor, según Beatriz Helena Robledo, es “aquella persona que se encarga dentro de un proyecto de intervenir en la relación entre los lectores y los materiales de lectura” (2010: 36). Por lo tanto, se entiende que el promotor es una persona ampliamente preparada en el ámbito lector, cultural y humanístico para que pueda entablar una relación personal y directa para que otros lean y se formen como lectores.

La tarea del promotor es ayudar a que los demás se formen como lectores. El promotor debe manifestar toda su grata experiencia lectora como una actividad viva, actuante, para que el lector se sienta fuertemente atraído de manera que sienta la necesidad de reconfigurar el mundo desde una lectura que la sea grata, satisfactoria y comprometida con los más excelsos valores humanos.

La promoción de la lectura, por lo tanto, es un “trabajo de intervención sociocultural con un compromiso político que busca impulsar la reflexión, la construcción de nuevos sentidos; que busca desarrollar una mirada crítica frente a la realidad y generar una transformación tanto personal como social” (Robledo 2010: 32).

Los padres de familia, los profesores y los bibliotecarios son los primeros que deberían asumir el papel de promo-

tores lectores. Y es en la escuela, en donde, fundamentalmente, la didáctica de la lectura se convierte en una disciplina atrayente, digna de ser aceptada como la mejor expresión para el desarrollo comunicativo, estético y altamente pensante, si el profesor está preparado para promover la lectura al ámbito de la “reflexión, secularización, transformación y construcción de nuevos sentidos, idearios y prácticas lectoras, para así generar cambios en las personas, con sus contextos y en sus interacciones” (Robledo 2010: 32).

Por supuesto, se trata de un proceso lento, cuidadoso, paciente y constante, y en el que se congenian intereses, gustos y necesidades lectoras que van compaginados bajo el “principio fundamental de procurar experiencias de lecturas placenteras y significativas” (Robledo 2010: 33) que solo el buen promotor y mediador lector podrá canalizar, en principio, desde la situación personal y social de cada lector para lograr desde el placer del texto los debidos efectos estéticos y de expectativa que la actitud del lector debe procurar descubrir para que le sea factible recrearse, sentirse bien, formarse desde la mirada del análisis, de la reflexión y desde el compromiso personal que son los que le marcarán la vida para que esta tenga sentido dentro de los caminos que el lector se va trazando en su formación personal, familiar, profesional y social.

Lectura y narración

Quien apenas lee, apenas vive. Y quien lee bien sabe que la lectura tiene un enorme poder de atracción y de fascinación por la vida. Y aunque la lectura sea una actividad compleja, es enormemente placentera y altamente formativa.

Como estrategia metodológica, la lectura no solo fortalece las capacidades cognitivas, sino que puede favorecer el desarrollo de actividades afectivas y metacognitivas que llevan al lector a un ejercicio permanente de reflexión, de

análisis y de construcción simbólica de significados personales, culturales, éticos, sociales y lógico-científicos.

Por eso, vale señalar que la lectura no tiene como objetivo único la comprensión de un texto escrito; si se desarrolló la habilidad metacognitiva, el lector está listo para el dominio de las estructuras narrativas que se potencian al más alto nivel de sensibilidad humana cuando se lee lo más selecto de la literatura: poesía, ensayo, dramática, y narrativa, fundamentalmente.

Adentrarse en el mundo de la narración, es estar dispuesto a la búsqueda de infinitud de sentidos y mundos posibles que sobre la vida se perfilan en cada circunstancia narrada.

Desde la ficción, un buen relato nos revela hechos de vida, acontecimientos diversos y circunstancias culturales y éticas de una realidad determinada que el lector las percibe no para saber lo que pasa en el texto, sino para sentir cómo queda él después de leer el texto. Por lo tanto, se trata de una experiencia estética que produce una transformación en el lector, dado que el texto narrado le produce una experiencia subjetiva, en virtud de que, desde la historia narrada, le ayuda a conocerse a sí mismo, a examinar el mundo, sus circunstancias y proyectos personales.

Por lo dicho, la lectura de la narrativa permite a un buen lector conocer puntos de vista diferentes, formas diversas de pensar, de actuar, de vivir, de soñar, de sentir y de analizar el mundo desde una historia ajena, que no nos pertenece literalmente, pero que, desde nuestra condición lectora nos puede conmover para ampliar nuestro universo de experiencias, para adentrarnos mejor en nuestra naturaleza humana, y ante todo para potenciar nuestros juicios de valor.

Si el relato nos trasmite un cúmulo de riqueza estética, de valores culturales, de expectativas, de anhelos y de nuevas sensibilidades comunicativas, vale la pena que la

educación formal tome a la lectura como un objetivo principal “para ayudar a toda la comunidad educativa –según lo puntualiza Álvaro Marchesi Ullastres- a ampliar su conocimiento del mundo, a razonar, a comunicarse, a relacionarse y a comprender a los otros, a ser más creativos y a disfrutar con el mundo mágico de las palabras y de los textos” (2005, s.n/p.). Pues, no cabe duda, el conocimiento, la sabiduría y la felicidad se encuentran en los libros.

Lectura y sociedad

No creo que sea exagerado sostener que desde la lectura una sociedad construye un mundo mejor porque puede reflexionar sobre sí misma. Una sociedad que lee es una sociedad privilegiada porque puede, a la luz de su realidad, canalizar su proceso educativo como uno de los componentes vitales que cada individuo tiene –según los principios de la UNESCO- para aprender a conocer, aprender a hacer, aprender a vivir y aprender a ser, de manera que luego, adecuadamente iluminado por los grandes ideales humanos, ese individuo, y por ende esa sociedad, pueda aprender a emprender en las más diversas e infinitas posibilidades de las que el ser humano es capaz de llevar a cabo en el trajinar de su existencia.

Hay abundancia de información pero no hay abundancia ni calidad de lectores. Es necesario transformar tanta información en conocimiento para que prime la sabiduría, para que surjan los investigadores, los humanistas, los educadores y los científicos que tanta falta hacen en una sociedad convulsa y poco transparente en su accionar humano.

La vulgaridad, el ruido y el vacío intelectual están generando escasez de sabiduría, y por ende un vacío espiritual que ha trastocado los más nobles principios humanos. Una sociedad así, paulatinamente se va deteriorando, sobre todo en sus quehaceres político-democráticos, educativos, económicos y familiares.

Y es que llegar a amar los libros, es decir la lectura, es llegar a defender la vida y la sabiduría que en ella está inmersa. Por supuesto que los mecanismos para llegar a vivir como lectores no son nada fáciles. De ahí que una gran cantidad de individuos prefieren vivir desde la superficialidad, incluso desde el riesgo del aislamiento cultural y educativo.

La sociedad que vivimos es una sociedad de la información, y esta, paradójicamente, no ayuda a formar lectores. El predominio de la imagen, el interés por lo inmediato y lo fácil, la comprensión rápida y vacua de mensajes en la televisión y en la Internet, son, entre otros, factores que se contraponen a la lectura. Las habilidades lectoras exigen silencio, “tiempo, tranquilidad, interés y perseverancia para comprender un texto y disfrutarlo” (Marchesi 2005, s.n/p.).

Además, una sociedad exigente y competitiva como la nuestra, exige también lectores competentes para enfrentarla desde una formación democrática, libre, ética y reflexiva. Y en este orden no hay mejor camino para enriquecer nuestra personalidad que el de la educación en la lectura. Como acertadamente señala Marchesi: “La lectura nos pone en contacto con otros sentimientos, otras experiencias y otras vidas. Nos ayuda a distanciarnos de nosotros mismos, a viajar por el tiempo y por el espacio, a conocer nuevas culturas, a ser, de alguna manera, más humanos. La escuela y la lectura ayudan a romper la coraza del individualismo y a penetrar en los otros” (2005, s.n/p.).

Leer es un acto de amor

El buen lector es promotor de ideas limpias. Es portador de un buen libro en todo momento que le es posible aprovechar para leer. Como un buen amante que cuida de su amada, el buen lector cuida y busca el tiempo, la tranquilidad, la soledad para no estar solo y el silencio para velar por su amada: la lectura, y por su amado: el libro, que

siempre está dispuesto a cualquier hora que el lector quiera tomarlo para emprender en ese galanteo intelectual tan hermoso de encuentro, de diálogo profundo, ameno, interesante, en el que la imaginación, el poder de concentración y abstracción afloran en un trance de comunión voluntario entre el libro y el lector hasta llegar a conjugar un acto de amor muy humano y muy asequible para esta pareja de enamorados que, luego, logran engendrar un pensamiento lector inteligente.

Eduardo Robles señala que “cuando lees, todos tus pensamientos afloran: ríes, lloras, te enterneces, te sorprendes, te preocupas, te asustas (...), te enamoras, te alegras, descubres y exploras. Cuando lees recapacitas, corriges, emprendes, aceptas, perdonas y creces. Leer es quererte, mimarte, darte un tiempo en solitario, para estar contigo solamente. Cuando así se lee, se lee plenamente” (2006: 47).

Y por supuesto que no es difícil llegar a este estado. El ascenso de enamoramiento del libro es como la pareja de novios que poco a poco se van compenetrando de la riqueza humana que cada cual posee hasta ponerla a disposición de ambos, de manera que puedan avanzar sanamente en ese crecimiento que día tras día los robustece para quererse más. Desde esta querencia funciona la relación de comunión plena entre el libro y el lector.

Desde el acto lector de enamoramiento puede explicarse libremente este lector que lee no para ser aplicado, sabelotodo, ni estudioso, ni memorístico, y quizá ni siquiera analista, sino más bien: soñador, curioso, pensante, amante de la vida, de lo humano, de lo noble, de lo que sirve para crecer opinando y actuando libremente y con el más pleno placer de gozo y de entusiasmo, tal como el que se reservan los amantes para disfrutar juntos los espacios que les son posibles asumir para que se realicen.

¿En qué momento se ven los amantes? A la hora que pueden, porque siempre será un buen instante para el encuentro. Así sucede con el libro: todo momento y cualquier

sitio son adecuados, porque es la voluntad, la libertad, la pasión, lo noble y el buen talante lo que permite que un lector atento se mueva con soltura y donaire a la hora de leer.

Eduardo Robles se pregunta y responde: “¿La mejor hora para leer?: por la noche. Generalmente así ocurre. Cuando ya no queda nada por hacer más que dormir, una cómoda cama, una mullida almohada, una luz baja y un silencio absoluto a nuestro alrededor, son buenos aliados de la lectura antes de dormir. No hay quien nos moleste ni interrumpa y nos permite, de paso, olvidarse de problemas cotidianos, de preocupaciones y responsabilidades que tendremos que atender al día siguiente” (2006: 45-46).

¿No es este, por lo tanto, un verdadero acto de amor? Desde el amor se habla bien, se respeta y se admira lo que se ama. Desde la lectura, con amor, se aprende a hablar bien y a ser productivo, gracias a los libros que, poco a poco y con constancia, el lector va leyendo.

Leer es un lujo

Hay circunstancias en las que el tiempo vale más que las cosas, especialmente en las sociedades que han logrado desarrollarse científica y tecnológicamente al más alto nivel. Sin embargo, si todo lo tenemos a mano gracias al desarrollo de la ciencia y de la técnica, más bien debería sobrnos el tiempo, pero no es así.

A través del tiempo nos realizamos. Y si queremos aprovecharlo, nos organizamos de tal manera que cada compromiso laboral, social, familiar e incluso de esparcimiento personal, se acople a la planificación que del tiempo hemos efectuado.

En el tiempo que organizamos, se entiende para bien vivir, entra en juego un valor intelectual muy importante, el de la lectura. Siempre se escucha decir que el tiempo ya no nos alcanza para realizarnos como quisiéramos, por eso hay que ir dejando de lado aspectos o actividades que

aparentemente no tienen mayor importancia; entre esos aspectos, lamentablemente, se deja de lado la lectura.

Por eso, en esta sociedad de ocupados, de apurados, de gente que corre desesperada, estresada, de allá para acá, sacar tiempo para leer, en verdad es un lujo que muy pocos se dan. Y lo bueno es que aquellos pocos que se dan tiempo para leer, son los más ocupados, y son aquellos que mejor leen: saben valorar enormemente lo que leen. La lectura les sirve para relajarse, pero también para preocuparse por lo que hacen en sus múltiples ocupaciones diarias.

Estos pocos lectores han llegado a comprender que desde la lectura pueden mejorar en su trabajo y organizar su vida laboral y personal de mejor manera. En muchos casos llegan a triunfar como profesionales y como personas gracias a su grado de compromiso lector.

En este mundo selecto entran los científicos, los investigadores, los académicos, los buenos líderes políticos y religiosos, ciertos empresarios, algunos ejecutivos, y un buen sector de gente humilde que desde su modesta condición laboral ha logrado descubrir que desde la lectura es posible organizar mejor el tiempo y la vida.

Este grupo humano en mención no solo que es selecto por lo que hace; pues, siendo una minoría, si comparamos todo el grueso humano de tanta gente que en el mundo hay, es el que ha marcado las pautas en el desarrollo de las sociedades, en todos los campos en que hoy podemos vivir con relativa comodidad, porque podemos disfrutar de lo que este grupo humano ha podido desarrollar en el mundo de la ciencia, de la tecnología y de la intelectualidad en general. Y es difícil pensar que puedan hacerlo desde el simple trabajo cotidiano. Su preocupación por el colectivo humano desde la investigación que ejercen con su potencial creativo, se debe en gran parte al nivel de sus lecturas.

Si este grupo humano tan selecto por lo que ha podido aportar para el desarrollo de las sociedades, saca tiempo

para leer, nosotros también podemos darnos ese lujo y hacer de la sociedad un lujo, porque nuestra contribución, por modesta que sea, sí puede ser mejor desde el mundo de la lectura.

Démonos el lujo de leer, en esta sociedad convulsionada que no nos da tiempo para disfrutar de los más excelsos valores humanos porque hay que trabajar mucho para vivir; pero si de vivir se trata, qué mejor que el lujo sea desde la lectura: así mejorará el trabajo y la vida que llevamos.

Leer exige tranquilidad y trabajo

La lectura no puede ser rápida, al apuro, solo de paso, aunque la sociedad nos exija vivir al apuro, de manera rápida, sin detenernos en nada que no sea lo fácil, lo digerible, lo transitorio, lo poco pensante, lo que no perdura porque todo viene y pasa. Con la lectura sucede lo contrario.

El hecho mismo de construir, de crear, es decir, de escribir un texto, exige mucha paciencia, conocimiento pleno de algo y una asombrosa porción de sabiduría para que el autor pueda ordenar y escribir sus ideas, es decir, su aporte humanístico, ya sea desde la ciencia, la literatura, la cultura, la filosofía o desde cualquier otra manifestación humana, en condiciones que no son jamás las del apuro, ni de lo pasajero.

Se escribe para que el lector se vea obligado a pensar, a interpretar, a criticar, pero nunca con “el método” de lo rápido, de lo fácil, de lo ligero.

Pues, si la escritura es una exigencia de muchos años de preparación intelectual y de una grata y exigente experiencia humana para lograr producir algo por escrito, lo mismo pasa con el lector que, caminando contracorriente de lo que la sociedad actual del apuro le exige, él se detiene para separarse “por completo de lo que se comprende ahora por el ‘hombre moderno’”. El hombre mo-

dermo es el hombre que está de afán, que quiere rápidamente asimilar; por el contrario –dice F. Nietzsche en su *Genealogía moral*–, mi obra requiere de lectores que tengan carácter de vacas, que sean capaces de rumiar, de estar tranquilos” (citado por Zuleta, 1985: 14).

Así es: la tranquilidad, el reposo, la meditación, la reflexión, no se los encuentra en “el mundanal ruido”, a decir del poeta español fray Luis de León. Se necesita un espacio relajante pero de mucho trabajo. La lectura no es un simple placer del consumo en el que, por el hecho de ver en el papel o en la pantalla un único código gráfico de signos alfabéticos, podamos llegar a pensar que hay un solo código de interpretación.

Hay que “rumiar” la lectura, según la acertada metáfora de Nietzsche. No se trata de pasar rápidamente la vista por encima de las letras. Una y tantas veces es el cerebro el que al receptar la información la procesa de manera muy detenida, analítica y reflexiva hasta lograr descifrar las significaciones que el texto tiene. Este mecanismo no es un procedimiento fácil por más experiencia que como lector se tenga.

La lectura no es otra cosa que una interpretación. Las palabras en sí mismas no comunican nada que no sea lo literal como el primer paso que el lector tiene para comprender lo que dice el texto. Pero la riqueza del texto no está en su comprensión literal, sino en el aporte del lector, en el esfuerzo personal que con todo su componente cultural pone en juego para descubrir lo que hay más allá de las palabras que textualmente acaba de leer.

Por lo tanto, la tranquilidad lectora es la tranquilidad del trabajo activo, de una posición mental de discusión con el texto. Se busca un espacio de tranquilidad y de reposo pero para el enfrentamiento del pensamiento activo que a través de la calma, de la afectación, de la perturbación y de otras emociones que el texto provoca, el lector pueda generar una interpretación no de lo que lee en sí, sino de cómo el texto lo afecta en su ser mismo de ente humano.

Leer no es fácil

A pesar de los nuevos medios de comunicación y con toda la tecnología que poco a poco se va imponiendo hasta en el más humilde de los ciudadanos, el libro seguirá afirmando y confirmando su nobleza de pensamiento y por ende su influencia en el desarrollo cultural de las personas, y no tanto porque sean muchos o pocos los libros que un ciudadano tenga que leer, sino porque el libro tiene algo que decirle a cada lector.

El principio evangélico que sostiene que son muy pocos los escogidos en medio de tantos convocados, es pertinente para el caso del libro. Todo aquel que conoce el código alfabético tiene acceso al libro y por ende está en condiciones, desde la lectura, de aportar culturalmente en bien de su comunidad; sin embargo no es así.

Son pocos los llamados a cumplir una tarea lectora acertada y de compromiso humano. Abundan los buenos libros, pero no todos conocen de esa abundancia. Son muy pocos los que saben que tal o cual libro es portador de una buena nueva.

Estos pocos lectores vienen a constituir un núcleo selecto. Son los que han decidido no dejarse marginar por la realidad. Son los que han llegado a constatar, luego de un bien trazado itinerario lector, que “los libros son como una conversación, y no es cierto que cualquiera pueda seguir todas y cualquiera de las conversaciones, entrando y saliendo en cualquier momento” (Zaid 2010: 55). A eso se debe que, como en los evangelios, son muy pocos los que pueden adentrarse a conversar con el libro.

Aunque todos sepan leer y escribir, no todos están en condiciones de saber conversar con el libro. Hay libros tan interesantes pero que no les dicen nada a cientos y a miles de personas que quizá nunca llegarán a saber lo que es disfrutar con la lectura de tal o cual libro porque, como reitera Gabriel Zaid: “Aprender a leer es un proceso de integración de totalidades de sentido” (2010: 55) que no es

tan fácil asumir así nomás, como si se tratase de estar tomando un vaso de agua.

La persona que no logra encontrarle ese “gustito” especial que la lectura tiene, no va a poder leer por más que sin ningún tropiezo pase revista, con sus ojos, a cada una de las letras y de las palabras del texto.

La lectura no entra solo por los ojos, así como no basta con solo mirar a una persona para enamorarse de ella. Así como son pocos los verdaderos amantes, es decir, los que aprenden a disfrutar y a valorar a la persona amada, asimismo son pocos los que sí saben leer un libro.

Por eso es que un libro, por más que se venda, en realidad se vende poco porque son pocos los que saben disfrutar de él. En verdad, muy pocos lograrán conversar auténticamente con ese texto; es decir, muy pocos le habrán sacado el máximo provecho a esa conversación lectora.

Por esta razón, no todos los libros se leen por igual. “Un libro se lee al paso que marca el lector” (Zaid 2010: 63). Se podría pensar que porque un estudiante va a clases, ya sabe leer; sin embargo no es así. Quizá las grandes masas de estudiantes, sobre todo universitarias, que de por sí se convierten en un grupo privilegiado, por el hecho de estar directamente en contacto con el libro, son los que menos han aprendido a leer un libro. Son muy pocos los que han podido marcar un buen paso lector. Esta minoría es la que podrá establecer, luego, las pautas más idóneas para un auténtico desarrollo humano y social.

Leer para no vivir marginados

La mejor manera de educarnos es cuando nos vinculamos con un libro. El libro, con la ayuda de un mediador, se convierte en el gran maestro de la vida, de la cultura, y de la educación.

Si una persona letrada, es decir que conoce el alfabeto, no lee, no tiene horizontes de vida ni oportunidades para defenderse; por lo tanto, carece de ideales nobles para

proyectarse como persona; su imaginación y su cultura languidecen a la vuelta de la esquina, y los problemas con los que se tropiece en la vida no podrán ser solucionados con facilidad.

Como dice Ana Benda et al: “Enseñar a leer es propiciar un segundo nacimiento: el de la propia identidad” (2006: 11). Por supuesto, enseñar a leer no se refiere a conocer el alfabeto para deletrear y pronunciar bien, sino a todo un proceso cognitivo y sicolingüista para que el lector descubra el mundo significativamente a partir de la infinidad de posibilidades humanas que la lectura le ofrece para adentrarse concienzudamente en la fascinante aventura de su formación humanística, científica y cultural.

Y no es tanto la cantidad de lecturas que se tenga sino la calidad humana que como lectores debemos tener para, de manera paulatina, ir adquiriendo los conocimientos necesarios para que nuestra formación sea la más pertinente.

Ya lo dijo Michèle Petit: “Se comprende que a través de la lectura, aunque sea esporádica, estén mejor equipados para resistir cantidad de procesos de marginación” (1999: 9). Y como sabemos, la marginación es la que más anula nuestra condición humana. Desde la marginación ni siquiera estamos en condiciones de amar, que es uno de los requisitos básicos para enfrentar con calidad humana el mundo que nos rodea.

Marginados ni siquiera nos acompaña la calidez de un horizonte moral para poder defendernos ante los avatares de la sociedad que por lo regular es violenta e inhumana contra aquel que no puede defenderse ni intelectual ni emocionalmente.

Por lo tanto, uno de los secretos para no sentirnos marginados social ni profesionalmente, está en la lectura, sobre todo de temas que no sean tratados insulsa, pobre, insustancial, intrascendental ni trivialmente. Por eso, la importancia de un profesor, de un mediador, de un padre y madre de familia que sea excelente lector para que pueda

introducir al niño, al joven o a cualquier lector principiante, en el mundo de los buenos libros, sobre todo en los de la literatura, que son los que más regocijo nos causan por el valor de su componente estético y por la calidad humana que encierran estos textos, a través de los cuales el lector experimentará que vale la pena leer porque es inclinarse a vivir una vida plena, confortable y altamente comprometida con las más excelsas virtudes humanas. Por ejemplo, la opinión de Benda et al es certera al respecto: “Leer nos hace libres, nos permite entender el mundo, las conductas de los demás y la propia, nos acerca a valores y grandes ideales, nos pone frente a innúmeras miserias, nos hace sentir y pensar, reír y llorar, nos hace capaces de enfrentar ideas de la familia o la sociedad en la que vivimos, nos encamina a la verdad, despierta en nosotros la percepción de la belleza y tiene, muchas veces, capacidad de empujarnos al bien” (2006: 22).

Leer vale la pena

El mejor medio para que el niño, joven o adulto tenga palabras de bien, de cultura, de humanismo, es decir, que tenga lenguaje, es desde la lectura. La lectura es de una seriedad vital en la formación de un individuo, tal como lo puede ser un plan de alimentación o de salud humana para que una persona pueda crecer sana.

De manera especial, hacer que la lectura se vuelva un hábito consolidado desde la niñez, es un gran triunfo intelectual y espiritual no solo para el desarrollo del individuo lector o de la familia, sino para el bienestar humano de la sociedad. Por eso, qué importante que es que en la familia haya un lugar adecuado, un espacio especial para el libro, de manera que la lectura se convierta en una necesidad esencial para vivir sano y robusto de inteligencia y de ideas agenciosas que desde el placer estético paulatinamente irán consolidando la formación de ese niño lector que apenas en la enseñanza escolar adquiere una tercera parte

del conocimiento: los otros dos tercios los consigue en el hogar y en la comunidad a la cual se debe.

Si los padres quieren que sus hijos se eduquen adecuadamente, deben leerles desde pequeños. Por supuesto, el padre, la madre, la familia en general deben ser lectores; no de otra manera se puede enseñar a leer a los hijos. Si el niño no ve leer, no aprende a leer, es decir, no aprende a consolidar un comportamiento lector desde su voluntad y desde el deleite.

Cuando el niño, y el potencial lector en general, sienta que vale la pena dedicarle tiempo a la lectura, tal como se le da tiempo a las actividades lúdicas: sin prisa, sin presión de nadie; y sobre todo que sienta que la lectura no es ni un castigo, ni una amenaza, ni una obligación, entonces habrá ganado la mejor batalla humana de su vida: su libertad intelectual. Lo contrario es muy triste. Lo afirma contundentemente Alberto Danesi: "... no hay nada tan evidente como la falta de libertad intelectual de la gente que no lee" (Ana Benda et al 2006: 24).

Familia, comunidad o pueblo que no lee, retrasa enormemente el desarrollo de su bienestar en todos los sentidos: cultural, científico, tecnológico, moral, humano y sobre todo creativamente. La creatividad, que es el motor fundamental que potencia el desarrollo social, se trunca. La imaginación cuando no se deja alimentar con la lectura, atrofia la creatividad.

El profesor y los padres de familia deben seguir buscando todos los medios posibles para que el niño lea; solo así tendremos una sociedad adulta lectora y fundamentalmente comprometida con el bienestar humano. Leerles desde pequeños, ir leyendo con ellos poco a poco, contarles historias, hacerles saborear el placer de un relato, de un poema, de una leyenda, qué gratificante que es para el niño que atento escucha a sus padres o a su profesor.

Insista con perseverancia y paciencia; no claudique, en ese quizá el más noble de los afanes humanos: leer para

crecer robusto de ideas creativas. Como señala la Sociedad Argentina de Pediatría: “Cuando un adulto les lee cuentos a los niños, les brinda momentos de seguridad, tranquilidad y afecto compartido, nuevas palabras e historias, un modo de viajar con la imaginación, una manera de aprender mejor” (Ana Benda et al 2006: 27).

Leer y conversar

Como todos sabemos, hay muchas maneras que individual y colectivamente un ser humano tiene para contribuir al desarrollo de su comunidad. Intelectual y espiritualmente se lo puede hacer desde la lectura. Lo pregonaré siempre, ante todo por lo que acertadamente señala el escritor mexicano Eduardo Robles: “Puedo vivir en un país libre y ser esclavo de mi ignorancia, y puedo vivir en un país de esclavos y ser libre por mi conocimiento. La libertad está en el saber y está dentro de uno... Está en los libros” (2006: 35).

Hoy que se pregona tanto la palabra libertad, es de reconocer que su mejor expresión está en el conocimiento que puedo adquirir desde la lectura. Desde el conocimiento es factible generar más posibilidades de vida creativa y de encuentro fructífero con el prójimo, al cual me debo porque desde él y con él puedo vivir mejor.

El investigador y ensayista George Steiner señala con acierto que “las lecturas ejercen un extraño, un contundente señorío sobre nuestra imaginación y nuestros deseos, sobre nuestras ambiciones y nuestros sueños más concretos. Leer es conversar con otro” (citado por Robles 2006: 39).

Una buena lectura de un libro, en efecto, nos lleva a conversar con otro: primero con el autor y luego con los demás, al menos con los que inmediatamente ejercen una relación de acercamiento familiar y profesional y desde la pluridimensión de las relaciones sociales que cotidianamente emprendemos en el ejercicio de nuestro diario vivir.

Como señala Margaret Meek: “Una nueva descripción de la lectura podría cambiar lo que es leer; ciertamente cambiaría la manera en que la vemos... Si empezáramos ahora a hablar de la lectura en términos de diálogo y deseo, ¿no sería ese un buen comienzo?” (citada por Chambers 2007: 09).

Si desde el libro es posible ejercer una amena conversación, es porque “la buena conversación cumple un objetivo compartido: divertirse, emocionarse, aclarar las ideas, tomar decisiones (...). Una conversación es un intercambio directo, no planificado, generalmente en un ambiente de entendimiento cordial, donde cada intervención suscita una respuesta (...). La conversación proporciona enseñanza y ejercicio al mismo tiempo” (Marina 2010: 37-38). Desde esta óptica tenemos, entonces, una buena oportunidad para ser mejores desde el diálogo abierto, sincero, oportuno, pero, por supuesto “si el acto de leer implica una predisposición a hacerlo. No admite imposición, y el estado anímico del lector influirá en el tipo de lectura a escoger” (Robles 2006: 43).

El acto de ser mejor desde la lectura, va de la mano también con el placer, es decir, con la mejor disposición que puede tener el lector para adentrarse, dispuesto y gozoso, al más noble ejercicio de la intelectualidad lúdica y de cognición: imaginación, concentración, comprensión, reflexión, orden del pensamiento, descripción y contemplación, necesarios para sacarle el jugo a una lectura placentera” (Robles 2006: 24).

Y por supuesto que lo placentero y lo dialógico, desde esta infinidad de operaciones intelectuales que la lectura potencia en cada lector, nos abre el camino para el desarrollo de nuestra inteligencia personal y de nuestro entorno social.

¿Por qué la niñez y la juventud ecuatoriana poco o nada leen?

Con todos los referentes que hasta aquí hemos venido comentando, esta es una pregunta que se planteó a 48 escritores ecuatorianos repartidos en varias ciudades del país, y que forma parte de un estudio mayor de 10 preguntas en torno al valor de la lectura. Esta pregunta trata de indagar el criterio de los entrevistados en torno a un problema, quizá bastante grave, porque si el niño o el joven no aprendió a leer desde el componente de su autonomía, y no logró descubrir a la lectura como fuente de disfrute, muy difícil será que logre orientar su vida desde esta realidad. Por lo regular, “la información adquirida en la escuela no estimula la lectura; permite la acumulación sumaria de conocimientos –nombres de autores o títulos de libros, cuando mucho-, pero nunca la construcción de un conocimiento que conduzca a elegir (contenido, estilo, temática del libro)” (Bahloul 2002: 57); por eso no es fácil que este grupo humano, que aún empieza a prepararse para enfrentar su realidad presente y futura, aprenda a familiarizarse con el libro y con la lectura en general como un hecho de vida auténtico, como una gran oportunidad para realizarse personal y socialmente.

Ahora bien, si la lectura nos favorece para ser más humanos, y sobre todo para aprender a proyectarnos para un auténtico bien vivir en comunidad, entonces, ¿por qué la niñez y juventud ecuatoriana poco o nada leen? No lee quien no está motivado. A quien no le han dado las oportunidades para hacerlo, no lee. Y los causantes, fundamentalmente, para que el niño y el joven no lean, son los padres. El 50% de entrevistados así lo sostienen. Si el niño no ve leer a sus padres, no lee. Por lo tanto, en el hogar no hay las condiciones ni anímicas, ni materiales ni de acompañamiento para que el niño y el joven lean. El bajo nivel cultural, y quizá porque los padres todo lo delegan a los maestros, es que el contacto con los libros

no tiene ninguna cabida en los hogares, sino solo para cumplir con una tarea, es decir, si se lee, se lo hace solo por obligación. En estas condiciones, la lectura se presenta como una tarea aburrida, cansada, sin sentido y sin cabida para el disfrute. En definitiva, así sepan leer y escribir todos los padres del mundo, no dejan de ser analfabetos funcionales mientras no se hayan preparado para leer asidua y permanentemente, de manera que con el ejercicio diario puedan motivar a leer a sus hijos. “Hacer de nuestros hijos grandes lectores es una conquista que solo es posible con esfuerzo y convencimiento, y que exige plantearse –sin desánimos- objetivos a corto o mediano plazo” (Lomas 2002: 21). Y para esta tarea, solo será posible si hay vocación, y muy difícilmente la han podido desarrollar una gran mayoría de padres de familia, algunos de los cuales ni siquiera tienen vocación para ser padres, peor para ser lectores con formación. Como muy bien señala Carmen Lomas Pastor: “Ser lector supone convertir la lectura en una necesidad vital, hacer de la lectura un hábito voluntario, una actividad elegida libremente, deseada y gustosa” (Lomas 2002: 27). Si los padres de familia procediesen así, por supuesto que tendríamos niños y jóvenes lectores, que de hecho sí los hay, aunque en un bajísimo porcentaje, y son aquellos privilegiados porque han logrado hacer de la lectura “una pasión, algo que envuelve a la persona entera y le comunica un deleite porque es una actividad auténticamente humana” (Lomas 2002: 39), poco comprendida por los padres de familia que no han logrado, por infinidad de circunstancias familiares, sociales, laborales y culturales, incorporar a la lectura como “una actividad deseada, voluntariamente elegida, algo que guste hacer y que se haga cuando no hay obligación de hacerlo (Lomas 2002: 43).

Otro porcentaje muy alto (18 entrevistados) de por qué no leen nuestros jóvenes apunta a los medios tecnológicos. Por supuesto, “la articulación de las tecnologías de la información y la comunicación –TIC- se constituye en un

acontecimiento histórico-cultural sin precedentes (...), que penetra todos los dominios de la vida cotidiana y donde su centralidad es ser parte indisoluble de tal entretejido social. Tejido social caracterizado por los rasgos de la sociedad de la información tales como digitalización, virtualización, reticularidad, convergencia tecnológica, etc., dentro de una globalidad que interactúa telemáticamente a tiempo real pero que se encuentra llena de incertidumbres y contradicciones” (Fainholc 2007: 09); tecnología de la cual los niños y los jóvenes, especialmente, han hecho un “santuario” para el entretenimiento, para matar la soledad, para no sentir la ausencia de sus padres, para alejarse del mundo real en que viven, y sobre todo para retirarse de la educación formal de la lectura escolar que no les atrae por aburrida, y sobre todo porque no encuentran propuestas saludables en las que el niño y el joven se identifiquen con lo que leen. Por eso, más saludable, más entretenido, les parece cualquier medio tecnológico: la televisión, los celulares, Internet, y etc. de artefactos electrónicos que les son muy divertidos para jugar, para comunicarse con sus amistades, para leer imágenes, y sobre todo, para conectarse virtualmente con otras personas y con otros mundos, menos con el suyo porque les es ajeno a una atmósfera de intimidad, de regocijo y de afecto, que es lo que buscan, debido a que, quizá, ni en el hogar ni en la escolaridad encuentran espacios para ser sino solo para estar.

También es alto el porcentaje de nuestros entrevistados, cuando trece de ellos sostienen que la niñez y la juventud no leen porque no tienen la adecuada orientación de los maestros. Los maestros, dicen, no están preparados para orientar a sus alumnos porque no leen, sino solo para buscar información y para evaluar esa información que le obligan a leer al educando. En estas condiciones, nuestros educandos no viven la lectura, sobreviven para cumplir, pero no para realizarse de manera que el entusiasmo y la pasión por leer los desborde. Aunque la culpa para que haya ausencia de lectores, no la tiene el maestro en sí.

Argüelles lo dice con énfasis: “La escuela, es decir no los maestros, sino la institución burocratizada, finge que el problema de la no lectura le interesa, discursa sobre el asunto, pero no tiene ninguna intención de abrirse a un cambio así sea mínimo para “desescolarizar” la lectura. En el momento en que hay algo que escapa a su control se siente ella misma, como institución, descontrolada, y no admite que un saber, que una capacidad, que un gusto incluso puedan escapar de la calificación y de la certificación. La escuela es un organismo donde, por defecto, el placer está prácticamente ausente” (2009: 205). Por esta razón, la lectura no aparece como prioritaria ni en los niños ni en los jóvenes, peor en los maestros que con facilidad se adaptan a la normativa escolar para cumplir y no para vivir una experiencia lectora en que junto a sus alumnos pueda conocerla y gozarla a plenitud.

Sin embargo, es esperanzador el punto de vista de seis entrevistados que dicen que nuestros niños y jóvenes sí leen, y muy bien. Solo es cuestión de motivarlos, de darles la oportunidad para que lean cosas que en verdad les interese, que les llame la atención, por su edad. Quizá no leen en el formato tradicional: el libro de papel, pero leen en otros formatos, digitales, especialmente. Esta afirmación corrobora lo que se ha dicho antes: claro que todos nuestros niños leen, y leerían mucho y bien si los padres de familia, los profesores y una buena orientación en la utilización de las TIC, los pudiera encaminar al logro de aquellos pocos que sí leen. Pues, “los niños criados en un ambiente familiar donde los libros y la lectura son algo ordinario y natural, tienen mayor facilidad para amar los libros, para sentir los libros cercanos a ellos” (Lomas 2002: 44-45) y poder leer experimentando el goce de la lectura.

En conclusión, y aunque aparecen otros pormenores que nuestros entrevistados puntualizan en torno a la ausencia de una buena lectura en los niños y en los jóvenes, tal como se puede apreciar en las 48 entrevistas, las tres

causas mayores para que no lean, como ya queda demostrado, descansa en la atracción de las TIC y en la mala formación, apatía e indiferencia de los padres de familia y de los maestros que no han podido proponer (con las excepciones del caso) un contagio apasionado, y ante todo una afición por el libro y la lectura. Como es lógico, en estos casos, “es difícil llegar a ser ‘buen lector’ cuando no se cuenta con un ambiente familiar o un entorno propicios”.

Referencias bibliográficas

- Andricaín, S., Marín, F. y Rodríguez, A. (2008). *Puertas a la lectura*. Segunda Edición. Bogotá: Cooperativa Editorial Magisterio.
- Argüelles, J. (2009). *Si quieres... lee*. Madrid: Fórcola.
- Bahloul, J. (2002). *Lecturas precarias. Estudio sociológico sobre los “poco lectores”*. Traducción de Alberto Cue. México, D. F.: Fondo de Cultura Económica: Espacios para la Lectura.
- Benda, A., Lanantuoni, E. y Lamas de, G. (2006). *Lectura corazón del aprendizaje*. Segunda Edición. Buenos Aires: Bonum.
- Chambers, A. (2007). *Dime*. México, D. F.: Fondo de Cultura Económica: Espacios para la Palabra.
- Delgado, F. (2011). *Estrategias de promoción lectora*. Loja: Universidad Técnica Particular de Loja.
- Fainholc, B. (2007). *Lectura crítica en Internet. Análisis y utilización de los recursos tecnológicos en educación*. Buenos Aires: Homo Sapiens Ediciones.

- Henríquez, C.: “El lector común”. En González, W. –compilador- (2009). *La lectura, ese resplandor*. Quito: Campaña Nacional Eugenio Espejo por el Libro y la Lectura. Colección Luna de Papel Ensayo.
- Jurado, F. (1994). “Lectura, incertidumbre, escritura”. En Bustamante, G. y Jurado, F. –compiladores- (1998). *Los procesos de la escritura. Hacia la producción interactiva de los sentidos*. Bogotá: Cooperativa Editorial Magisterio.
- Lomas, C. (2002). *Cómo hacer hijos lectores*. Madrid: Ediciones Palabra S.A.
- Marchesi, A. (2005). “Sociedad lectora y educación”. Madrid: Ministerio de Educación y Ciencia. Revista de Educación. Número Extraordinario. Sitio Web. Fecha de ingreso: 08 de diciembre de 2010.
- Marina, J. (2010). *Las culturas fracasadas. El talento y la estupidez de las sociedades*. Barcelona: Anagrama.
- Navarro, J. (1979). “Lectura y literatura”. En Bustamante, G. y Jurado, F. –compiladores- (1998). *Los procesos de la lectura. Hacia la producción interactiva de los sentidos*. Bogotá: Cooperativa Editorial Magisterio.
- Parodi, G. –coordinador-. (2010). *Saber leer*. Buenos Aires: Instituto Cervantes y Ediciones Aguilar.
- Petit, M. (2008). *Lecturas: del espacio íntimo al espacio público*. Traducción de Miguel y Malou Paleo y Diana Luz Sánchez. Tercera Reimpresión. México, D. F.: Fondo de Cultura Económica: Espacios para la Lectura.
- Robledo, B. (2010). *El arte de la mediación. Espacios y estrategias para la promoción de la lectura*. Bogotá: Grupo Editorial Norma, Catalejo.

- Robles, E. (2006). *Si no leo, me-a-burro. Método para convertir la lectura en un placer*. México, D.F.: Debolsillo.
- Zaid, G. (2010). *Los demasiados libros*. Barcelona: Debolsillo.
- Zuleta, E. (1985). "Conferencia sobre la lectura". En Bustamante, G. y Jurado, F. –compiladores- (1998). *Los procesos de la lectura. Hacia la producción interactiva de los sentidos*. Bogotá: Cooperativa Editorial Magisterio.

6. ESCRITURA Y LECTURA EN LAS TECNOLOGÍAS DE LA INFORMACIÓN Y DE LA COMUNICACIÓN*

La literacidad lectora

La lectura y la escritura ejercen un enorme poder por los cambios profundos que se fraguan en la conducta individual y en la comunidad a la cual se debe el lecto-escribiente. La capacidad mental y la solvencia personal que a nivel individual ejerce el lecto-escribiente no es solo el producto de un proceso psicobiológico que florece con el dominio de la concepción lingüística. “Al leer y escribir no solo ejecutamos reglas ortográficas sobre un texto; también adoptamos una actitud concreta y un punto de vista como autores o lectores y utilizamos unos estilos de pensamiento preestablecidos para construir unas concepciones concretas sobre la realidad. Además, lo que escribimos o leemos configura nuestra identidad individual y social: cómo cada uno se presenta en sociedad, cómo es visto por los otros, cómo se construye como individuo dentro de un colectivo” (Cassany 2013: 39-40).

La lectura y la escritura, por lo tanto, son un proceso complejo en el que todo ese esfuerzo intelectual y emocional que se pone en juego no solo para comprender y valorar un producto escrito sino, fundamentalmente, para descubrir qué es lo que se guarda o esconde detrás de cada línea escrita, exige del individuo lector y del escribiente

* Ponencia presentada en la ciudad de Mérida, México, en la III Feria Internacional de la Lectura Yucatán 2014, que se llevó a cabo del 8 al 16 de marzo de 2014, en el Centro de Convenciones Yucatán Siglo XXI.

todo un ambiente de mucha cultura. Solo así será posible, como sostiene Cassany, descubrir al menos tres planos: “*Las líneas, entre líneas y detrás de las líneas*. Comprender *las líneas* de un texto se refiere a comprender el significado literal, la suma del significado semántico de todas sus palabras. Con *entre líneas*, a todo lo que se deduce de las palabras, aunque no se haya dicho explícitamente: las inferencias, las presuposiciones, la ironía, los dobles sentidos, etc. Y lo que hay *detrás de las líneas* es la ideología, el punto de vista, la intención y la argumentación que apunta el autor” (ibid: 52).

En consecuencia, estos tres planos se reducen a lo que los expertos denominan: lectura literal, lectura inferencial y lectura crítico-valorativa. Tres planos, o tres niveles de comprensión inseparables si queremos que las ideas, la reflexión y el pensamiento con rigor sean las pautas que marquen el discurso del texto y del lector para que lo leído y lo escrito se conviertan en formas de comunicación y de productos culturales altamente calificados para actuar en la comunidad.

Desde esta óptica, es cierto que cada lector construye su propia interpretación individual, y es desde esta interpretación que mira al mundo, a su mundo. Desde esta realidad mira su realidad y mira la realidad de los demás. Se trata de una mirada profunda, suya, exclusiva, por lo tanto válida para analizar el mundo.

Existen, por lo tanto, todo un conjunto de valores que intervienen para conformar la concepción mental del lector y del escritor, de manera que esa mirada para analizar el mundo tenga la mejor realización de su expresión, en lo que Cassany denomina LITERACIDAD para recoger todo un campo amplio, profundo y vital a través de seis apartados que el lector y el escritor deben saber asumirlos: el código escrito, los géneros discursivos, los roles de autor y lector, las formas de pensamiento, la identidad y el estatus como individuo y los valores y las representaciones culturales (ibid: 38-39) que desde los tres planos de lectura

le permiten al lector y al escritor llegar a tener una visión más certera para mirar la realidad. Realidad que hoy exige una nueva mirada para manejar y entender el mundo de las nuevas tecnologías de la información y de la comunicación, de manera especial las montañas de información que se generan en la enorme red virtual de la Internet que, de manera paulatina, va masificando su entrada en el colectivo de la comunidad mundial.

Nativos digitales

Con el aparecimiento de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación (TIC), sobre todo de Internet, han surgido otras formas para utilizar la escritura en infinidad de pantallas móviles, y por ende nuevos géneros (muy diferentes a los tradicionales) para interactuar y comunicarse en segundos con cualquier ciudadano del mundo y en cualquier idioma para emitir información y resolver infinidad de tareas comerciales, familiares, académicas, culturales y sociales.

Esta nueva realidad tecnológica, informática y comunicativa ha transformado nuestra manera de vivir; tal es así que quien no ha podido aún incorporarse a este mundo digital llega a tener serias dificultades de comunicación y participación social. Este cambio tecnológico, por lo tanto, ha obligado a todo ciudadano letrado a emigrar al territorio digital, si no quiere quedarse al margen de las nuevas oportunidades que social y científicamente brinda esta nueva modalidad para interactuar en el mundo de hoy.

Por eso, quienes nacimos antes de este cambio tecnológico, en medio de una educación con papeles, cuadernos, libros físicos y lápices, hemos tenido que adaptarnos a esta nueva realidad en calidad de inmigrantes digitales, y aprender a convivir entre ambos soportes: el virtual y el analógico; a diferencia de los nativos digitales que nacieron y conviven con toda esta compleja red virtual. Estos

nativos digitales se resisten a trabajar con el soporte analógico porque les parece demasiado aburrido, poco creativo, limitado; por eso rechazan la educación escolarizada en manos de una gran mayoría de profesores que aún siguen trabajando solo desde esta perspectiva.

Hoy hay infinidad de investigadores que están analizando el impacto que en la educación, en la ciencia, y en la sociedad en general están causando las TIC; sobre todo cuál es el comportamiento de esta comunidad de nativos digitales que navegan horas de horas al día escribiendo, leyendo, comunicándose, aprendiendo o jugando en estos soportes virtuales. Al respecto, el investigador Presky, citado por Daniel Casanny, sostiene algunas interesantes conclusiones:

Se sienten cómodos con los documentos hipertextuales y multimodales; tienen cuentas en Fotolog, Picasa, Flickr o YouTube para subir, intercambiarse y comentar fotos y vídeos. Practican la multitarea o el procesamiento en paralelo, o sea, hacen varias cosas a la vez (con numerosas ventanas abiertas en la pantalla), como chatear con dos o más conocidos en varias conversaciones, responder a un correo, consultar en Wikipedia o bajar una película. Se conectan a la red siempre que pueden y son cooperativos; comparten sus recursos, se ayudan para aprender, se reparten las oportunidades, etc. Están acostumbrados al intercambio rápido, a los textos breves y a las respuestas inmediatas, pero son impacientes con los escritos extensos y las reacciones retrasadas. Están acostumbrados a aprender de manera informal o incluso jugando, sin esforzarse e incluso divirtiéndose (2012: 24-26).

En fin, este fluir digital ha creado las llamadas “nuevas narrativas”: “Se trata de herramientas al servicio de la creatividad y la distribución, porque posibilitan y reflejan el proceso de producción actual de cultura de relatos múltiples por fragmentos muy dinámicos y flexibles que, si bien recombinan de manera novedosa elementos distantes entre sí por relaciones inéditas, versátiles y remotas, contribuyen a una sensación de desarraigo o pérdida de sentido dentro de esta sociedad cosmopolita, global y virtual y de

búsqueda ávida y continua de novedades” (Fainhol 2007: 44).

Inmigrantes digitales

Frente a las nuevas tecnologías de la información y la comunicación hay dos enormes preocupaciones que repercuten negativamente tanto en los nativos cuanto en los inmigrantes digitales. Para un inmigrante digital, por ejemplo, no es fácil adaptarse a estos procesos. Daniel Cassany puntualiza muy bien esta preocupación: “Los inmigrantes que aprendimos tarde a leer y escribir en pantallas tenemos menos facilidad para manipular imágenes y vídeos porque confiamos más en la letra impresa; nos incomoda el hipertexto porque estamos acostumbrados a dejarnos llevar por la linealidad del texto impreso; realizamos una tarea tras otra (en monotarea o procesamiento serial); somos individualistas y competitivos; estamos familiarizados con los escritos largos y con las respuestas dilatadas, y nos parece normal tener que esforzarnos –¡y aburrirnos!– para aprender, leer y estudiar” (2012: 26).

Este comportamiento está provocando una crisis educativa sin precedentes. Y no solo porque los inmigrantes sigan procediendo así, sino también –y aquí nace el segundo problema negativo– porque el comportamiento de los nativos digitales frente a sus tareas escolares no siempre es el más idóneo. Por ejemplo, menosprecian sin más ni más el libro impreso porque creen que todo está en Internet. Se sirven de Internet y toman lo primero que encuentran sin ningún tipo de análisis crítico, ni siquiera de reflexión personal. No respetan la propiedad intelectual de ningún autor que conste en la red: sin ningún escrúpulo practican el “copia y pega” para evitar el esfuerzo de aprender a pensar con rigor.

Al respecto, son cuatro los aspectos negativos que Nicholas et al –citado por Cassany– señalan sobre los nati-

vos digitales: “No siempre son conscientes de sus necesidades de información, lo cual dificulta que puedan satisfacerlas autónomamente. Dedican poco tiempo a leer los textos digitales completos y a evaluarlos críticamente; son incapaces de distinguir lo que es fiable de lo que no lo es (...). Desconocen los sistemas de almacenaje y recuperación de datos o el lenguaje que utilizan (términos clave, sintaxis de los motores de búsqueda): prefieren usar la lengua natural y cotidiana, que a menudo es poco efectiva en la red. Navegan por Internet de manera ingenua, ignorando su estructura jerárquica y entramada, sin distinguir la autoría o la calidad de los materiales y atribuyendo a todo el mismo valor” (ibid: 27-28).

Estas limitaciones, tanto de los nativos cuanto de los inmigrantes, y en su mayoría, los primeros como estudiantes y los otros como profesores, están poniendo en un serio peligro el espíritu y la esencia de la educación: así no se fortalece ni el conocimiento, ni la ciencia ni el desarrollo personal ni social de una comunidad .

Aprender a convivir en este complejo mundo digital exige de nativos e inmigrantes un notable esfuerzo intelectual, emocional y ético para asumir unas competencias tecnológicas, comunicativas y lectoras como producto de un proceso gradual y progresivo de aprendizaje hiperlector empezando “desde la etapa pre-textual, donde la persona (...) ‘ojea’, ‘surfea’, degusta en interacciones lúdicas erráticas, pasa a una etapa intermedia, donde domina hipertextos breves, concretos, claros y con gráficos sencillos, para que en una lectura activa o usuaria, de búsqueda puntual de información, transite a la etapa de la lectura madura o inspirada, de diálogo, descubrimiento, etc., también estructurada o consciente de los mecanismos que implica la lectura hipertextual” (Fainholc 2007: 32).

Residentes digitales

El mundo digital avanza a un ritmo frenético, y no podemos ser indiferentes ante esta realidad tecnológica que nos exige inmiscuirnos para desempeñar nuestras tareas laborales, para tener acceso a la información y para comunicarnos de manera práctica y al instante, bien como visitantes o como residentes digitales dentro de este complejo mundo informático en donde “la red ha multiplicado exponencialmente el número de documentos accesibles, de modo que comprender y construir significados es bastante más difícil” (Cassany 2012: 30). Pues, como señala Cassany, no basta con que uno “sepa acceder a la red y apretar la tecla adecuada, instalar programas y navegar por las ventanas y la barra lateral de una web” (ibid: 30), para afirmar que ya somos expertos para leer, interpretar y manejar con fines educativos la información que encontremos o la que se nos ocurra producir en este amplísimo mundo de las TIC.

Y aunque sigamos utilizando el mundo del papel –libros, revistas y cuadernos, sobre todo- para educarnos, no podemos ser indiferentes ante un acontecimiento tecnológico mundial. Necesitamos informarnos y comunicarnos a través de la red pero de manera ponderada, transparente y tratando de desarrollar las mejores habilidades para una lectura comprensivo-inferencial y una escritura reflexiva.

Esto significa que no podemos ser meros consumidores al estilo de aceptar todo lo que encontremos en la red sin analizar de por medio y con algún aporte personal lo que encontramos. Usar esta tecnología no es lo mismo que utilizar un libro que tenemos en nuestras manos, listo para leerlo y disfrutar con él. Se necesita cambiar nuestras prácticas y valores cotidianos para que la búsqueda de la información tenga sentido y no se convierta en un desperdicio de tiempo, como les sucede a muchas personas, sobre todo a los residentes digitales que han hecho de este mundo digital un medio de vida único y absorbente; viven

pegados a la red permanentemente pero no para procesar la información que leen y formarse a través de ella: lo único que les interesa es comunicarse con sus amigos por Twitter y WhatsApp, subir fotos en Picasa y Facebook, colgar vídeos en YouTube y actualizar sus perfiles en LinkedIn y Facebook. Y por supuesto, estos residentes digitales, y también los visitantes -es decir los que entran a la red de vez en cuando- se comunican mediante videoconferencias con un familiar lejano a través de Skype y disfrutan escribiendo en la red a través de chats, foros, blogs y mediante el sistema de mensajes en los celulares pero corrompiendo el idioma, es decir, inventando formas de escritura que distorsionan la norma establecida por la gramática.

Estas anomalías idiomáticas están causando serias dificultades en el aprendizaje de la lengua y por ende un retraso evidente en la educación lingüística y personal de estos residentes digitales que a lo largo de su vida lo que están es marcando una formación superficial no solo en el uso de la lengua sino en su capacidad intelectual para generar comportamientos altamente significativos si pusieran todo su esfuerzo personal para bien aprovechar estos medios virtuales que de por sí no son ni buenos ni malos: todo depende del grado de conciencia individual para saber cómo, por qué, para qué y en qué tiempo es factible adentrarse en unos contenidos virtuales con una adecuado trayecto de lectura para luego saber incluir otros contenidos como autor, pensando siempre en la mejor búsqueda de sentido humano-educativo que se les dese otorgar.

Alfabetización tecnológica, reflexiva y crítica

Está claro que frente al avance acelerado de las tecnologías de la información y de la comunicación debemos desarrollar nuestras habilidades personales para alfabetizarnos tecnológicamente, y ante todo con plena conciencia de que frente a estas herramientas virtuales estamos ante un instrumento básico que, bien utilizado, nos ayuda

a generar aprendizajes significativos no solo en calidad de lectores con conciencia individual, sino como lectores-autores digitales, preparados para un despertar analítico de nuestras prácticas cognitivas y sociales, dado que la influencia que se recibe de las TIC es desde la comunidad global; pues, la dinámica que los flujos sociales desparrraman en la red nos remite a tomar conciencia de que pertenecemos a esta enorme colectividad tecnológica, en donde el concepto de autoridad personal paulatinamente va desapareciendo para dar paso al mandato de las opiniones de la mayoría. Pues, se trata de miles y miles de internautas que en la Internet -la red de redes- entran a conversar, cada uno con sus propios argumentos escritos digitalmente o bien opinando in situ desde todo el mundo y para todo el mundo.

Bajo estas circunstancias, las TIC nos invitan a la toma de una conciencia abierta, y al mismo tiempo asociativa, activa y autónoma para estructurar los diferentes aprendizajes que nos interese asumir personalmente. Por eso es necesario, y hasta urgente, “el desarrollo por parte del lector y/o estudiante de competencias para la toma de decisiones y planteo de metas en el trabajo cultural, académico que está llevando a cabo, es decir, el desarrollo de habilidades de exploración, análisis, elaboración y defensa de un argumento con integración de ejercicios o pruebas, con apoyos para su crítica reflexiva en el trabajo individual y/o con otras personas” (Fainholc 2007: 50).

En efecto, toda la información que en estos medios se genera es una ventana abierta al mundo, en donde una de las primeras características es la fluidez de la diversidad que se pasea ampliamente en todas las redes sociales y que, por lo tanto, exige de cada internauta, el despojo de estereotipos mentales distorsionados para poder valorar y respetar la amplia interculturalidad que aparece como un ADN en todos los géneros discursivos que la información virtual trae consigo.

En este orden, no solo la lectura exige unos dispositivos mentales apropiados para que no haya un desborde cognitivo y conceptual mal concebido, sino el desarrollo de habilidades para una escritura reflexiva, debidamente pensada y analizada, sobre todo cuando esta se genera para un público tan diverso e incierto que no conocemos. Aquí, el desarrollo de la creatividad, la concepción de conocimientos previos y la diversidad de lecturas que de un género discursivo se tenga, serán siempre vitales para generar aprendizajes inteligentes desde las condiciones geoculturales que cada escribiente tiene para comunicarse.

Por lo tanto, el campo tecnológico, informático y telemático nos remite obligada y sabiamente a un saber hacer pero profundamente reflexivo, de modo que lo metacognitivo y crítico nos lleven a operar los medios y los equipos tecnológicos no solo con efectividad y eficacia sino con una marcada capacidad intelectual y emocional para comprender el mundo de la lecto-escritura virtual con una mirada crítica, y en la que sea factible una comunicación horizontal, transparente, sincera, libre y no controlable, sino humanamente realizable.

Lectura y textos multilineales

Si queremos aprovechar bien el infinito mundo de información que hay en Internet, nuestra alfabetización tecnológica no debe ser superficial. Un buen manejo nos ahorra tiempo y nos permite encontrar calidad en la información; incluso es posible una relación adecuada, activa y eficientemente participativa para intercambiar conocimiento con investigadores, profesionales y amigos que, con buenos hábitos, aprenden a navegar en la red para sacarle el mejor provecho educativo.

El usuario de Internet debe convertirse en un ávido lector de libros, de artículos y de revistas de la más alta calidad científica y humanística, que sí las hay; sobre todo el

nativo digital, que es el que más habilidad tiene para manejar tecnológicamente la información, frente al libro de papel que por su naturaleza monolineal le parece aburrido por la forma como direcciona al lector por un solo camino, de manera siempre lineal, longitudinal. El lector de Internet, dado el dinamismo tecnológico de la información virtual, no lee monomodalmente, no se contenta con un solo texto, más bien salta de un texto a otro y navega dentro de una inmensa cantidad de documentos buscando el que le parece adecuado.

La intertextualidad, por lo tanto, es normal en Internet; la información se conecta entre sí y con infinitud de vínculos externos y en cuya naturaleza multimodal un escrito puede integrarse de varios modos “o sistemas de representación de datos: fotografía, vídeo, habla, música, gráficos, iconos, avatares virtuales y recreaciones, etc. (...) Lo habitual es que un escrito se integre en el resto de modos: hoy las portadas de diarios incluyen fotos, vídeos e incluso ficheros de sonido; los repositorios de fotos o vídeos incorporan foros para opinar con escritura; los chats permiten insertar fotos o activar el vídeo y usar la imagen y la escritura a conveniencia. La mayoría de artefactos combinan varios modos y usan las potencialidades de cada uno de manera intencional para construir significados complejos” (Cassany 2012: 47-48).

Con todo este bagaje de posibilidades tecnológicas debe aparecer en el internauta su capacidad de hiperlectura, es decir, lectores con “competencias interactivas de navegación intencional que coadyuvan a no leer secuencialmente, sino de modo lateral, por enlaces y relacionando de modo crítico dentro de un relato, aquellos puntos centrales o nodos que se han motorizado” (Fainholc 2007: 59) digitalmente.

Pues, como señala Fainholc, “para leer se necesita, simultáneamente, manejar con soltura las habilidades de decodificación y aportar al texto nuestros objetivos, ideas y experiencias previas; se necesita también implicarnos en

un proceso de predicción e inferencia continuas, que se apoya en la información que aporta el texto, y en nuestro propio bagaje idiosincrático” (ibid: 58).

La lectura, en el soporte de Internet, por lo tanto, no consiste en comprender, inferir y cuestionar solo el lenguaje escrito, sino todo el conjunto virtual que el internauta maneja: imágenes fijas y móviles, gráficos, música, efectos, animaciones, sonidos, y su iniciativa para elegir lo que quiere leer y en el orden que desee hacerlo, eso sí, siempre y cuando cumpla al menos con estos cuatro procesos de comprensión: “a. recuperar y enfocarse en la información explícitamente establecida, b. hacer inferencias directas y claras, c. interpretar e integrar ideas e información, y d. examinar y evaluar el contenido, el lenguaje y los elementos que aparecen en el texto de pantalla” (ibid: 61).

Leer críticamente para configurar saber

Son evidentes los nuevos lenguajes, los diversos formatos, las nuevas narrativas y modos diversos para leer y escribir en los medios electrónicos y virtuales que desde Internet es posible acceder para tener un acercamiento a la información y a la comunicación fluida, rápida, oportuna y, por supuesto, muy necesaria para construir conocimiento. Sin embargo, si no se posee las habilidades necesarias para obtener saber y para crearlo, estos medios no nos sirven. Como sabemos, la construcción del conocimiento no es de los medios, sino de las personas.

Ante todo, el dominio de habilidades lectoras generales y un adecuado conocimiento de la lengua materna son básicos para llegar a obtener una lectura crítica. Solo así será posible transitar adecuadamente para encontrar la información que buscamos, para consumirla, procesarla, parafrasearla, recrearla e incluso copiarla en forma debida, cuando así sea necesario. Es oportuno, por lo tanto, saber interpretar la información en la red “para establecer relaciones, resolver problemas y tomar decisiones hacia la

producción, gestión autónoma de información, o convertirse en insumo de otras investigaciones o creación de su propio discurso y así configurar saber” (Fainholc 2007: 91).

Quien no entra a leer en la red con sentido crítico, empezando por la interpretación de la información, se aventura a perder el tiempo. Pues, “ser ‘usuario crítico’ significa aprender a establecer juicios para evaluar la credibilidad de la información cuando se enfrenta ante un sitio web y poder ir más allá de estos juicios” (ibid: 92). Es decir, en la red, “la lectura crítica significa que un lector aplica ciertos procesos, modelos, estrategias, preguntas y teorías que le fortifican la claridad y comprensión de lo que está leyendo” (ibid: 94).

No podemos dejar de entrar a la red, por consiguiente, si no es con un sentido profundamente crítico, dado que cuando se está interactuando, es decir en línea, inmediatamente se entra a multitud de recursos que nos permiten encontrar información de toda naturaleza, o la posibilidad de interactuar con cualquier persona que esté conectada. Pues, la naturaleza de los escritos digitales es dinámica frente al estatismo de una edición impresa que exige otros parámetros de construcción. Por ejemplo, “la edición en papel incluye filtros de calidad y controles de autoridad. En una biblioteca escolar no hay libros mentirosos; un periódico impreso sigue un código deontológico para evitar la falsedad y la manipulación (...). En cambio, en la red hay mucha porquería: nadie verifica la certeza, fiabilidad, objetividad, actualidad u honestidad de los miles de documentos que se suben cada día” (Cassany 2012: 52).

La complejidad cognitiva para leer y escribir en la red es mucho más evidente que en los medios impresos. Las oportunidades y recursos que hay en la red son infinitos. Por lo tanto, “estos recursos exigen un usuario hábil y experimentado, que sepa localizar cada recurso, que conozca su interfaz y sus prestaciones, que sepa manipular los comandos, que conozca sus limitaciones y sus posibles aplicaciones en cada contexto” (Cassany 2012: 56).

De manera especial, este deber les corresponde a los inmigrantes digitales que, con urgencia, necesitamos adquirir las habilidades pertinentes para no pecar de ingenuos frente a los varios soportes virtuales que hoy nos brindan las tecnologías de la información y de la comunicación.

Lectura y escritura electrónicas sin plagio

La escritura en medios impresos, por su monolinealidad, es más fácil de leer, sin embargo, por la carestía del libro y porque la información que el lector busca, no la encuentra con facilidad, se ve forzado a localizar las fuentes en Internet, lo cual exige estar al día en el conocimiento de varios soportes electrónicos, sobre todo porque esta red de redes ofrece infinidad de información actualizada y multimodal y que bien puede aprovecharse en complementariedad con la información impresa físicamente.

Por consiguiente, para ser partícipes de estos medios electrónicos necesitamos tener las habilidades adecuadas, y ante todo un nuevo cambio cultural y axiológico para aprovechar estos recursos de manera honesta. A veces la ingenuidad, e incluso la pereza intelectual, les lleva a muchos internautas a cometer actos indebidos como el del plagio, es decir, el hecho de copiar la información que necesitan sin más esfuerzo que el de copiar y pegar dicha información apropiándose de ella para reutilizarla a su antojo y sin ninguna conciencia de haber cometido una falta grave, sobre todo con la información que compete al ámbito académico de la educación formal en cualesquiera de sus niveles escolarizados.

No porque en Internet su pueda encontrar toda clase de información y siempre lista, como resúmenes, monografías, tesis, apuntes y análisis concretos de diferentes disciplinas científicas y humanísticas para socorrer urgencias académicas, se puede hacer uso de ella de manera fraudulenta.

Frente a esta situación de tanta facilidad para adquirir información electrónica de manera deshonestas, necesitamos la adquisición de una nueva formación cultural en la que “quizá resulte más inteligente gastar esfuerzos en educar al aprendiz, en vez de perseguir el fraude y convertir al docente en un investigador textual. Si las tareas de escritura preguntan sobre las opiniones del alumno, sobre sus puntos de vista y fomentan la creación y la elaboración, resulta imposible copiar y pegar” (Cassany 2012: 65).

Y así como en la red hay información para copiarla con facilidad, también existen programas y herramientas adecuadas para detectar las copias textuales. “Es bastante fácil detectar plagios con un simple motor de búsqueda (Gloogle, Yahoo) o con Gloogle Academic (un buscador específico para escritos académicos). Solo debemos elegir una frase sospechosa, ponerla entre comillas en el buscador y hacer clic; el motor verificará si en la red hay algún documento que use la misma combinación de palabras” (ibid: 65).

Si nos educamos para manejar bien los medios electrónicos, Internet es un sitio ideal, útil, cómodo, único para trabajar con infinidad de material digital y a través de diversos géneros discursivos que los medios impresos no nos pueden brindar. En la red se puede trabajar, estudiar, investigar, comunicarse y compartir en forma versátil y dinámica y de manera sincrónica y asincrónica, dependiendo de las necesidades y de las oportunidades que tengan los internautas.

En la comunicación sincrónica intervienen los internautas de manera simultánea, es decir, autor y lector coinciden en línea en tiempo real, en el mismo momento en que se establece la conexión para comunicarse. El chat y la videoconferencia son un ejemplo de ello. En cambio, el correo electrónico, el foro, un blog, la web, el wiki y las redes sociales son medios asincrónicos; los internautas pueden

participar en cualquier momento; no hace falta la presencia simultánea de los interlocutores.

La escritura ideofonemática en los soportes electrónicos

Las formas tradicionales de expresión escrita han sido alteradas substancialmente con la llegada y empleo asiduo de las nuevas tecnologías. Internet y la telefonía móvil han creado soportes electrónicos para comunicarse desde un celular con mensajes de texto (SMS) o desde una computadora o una tablet utilizando el correo electrónico, el chat, foros, blogs y ciertas páginas web en las que la escritura se ve alterada de su forma estándar.

En especial la niñez y la juventud se han aprovechado de estos soportes virtuales para crear una nueva forma de comunicación escrita. “La red conserva, publica y difunde esas producciones frescas, improvisadas, anormativas y privadas de escritura, que pasan a ser habituales para muchos internautas: la variedad normativa pierde así el monopolio que había tenido hasta ahora en el dominio público” (Cassany 2012: 75).

Es común, por lo tanto, encontrar a una población internauta que altera el orden gramatical establecido. Ortográficamente prescinden de tildes, de los signos de puntuación, de las mayúsculas; omiten vocales, truncan palabras, usan algunos signos de valor simbólico, incorporan vocablos groseros o vulgares, emplean abreviaciones e infinidad de alteraciones que obedecen al descuido formal en la transcripción de la lengua escrita.

Sin embargo, esta informalidad en la escritura al alterar el código gráfico, “explota las posibilidades significativas y lúdicas de las letras de manera creativa. (...) aprovechan recursos del cómic: mayúsculas para marcar un grito, exclamaciones, interrogaciones y puntos suspensivos para expresar actitudes; la letra zeta para indicar sueño o abu-

rrimiento: zzzzzz. Repetir signos para expresar intensidad: ¡¡¡¡aaaaahhhhh!!!!, ggggggrrrr, ¡ooooohhhh! Usar emoticonos para indicar estados de ánimo (...) un corazón para marcar amor, etc. (ibid: 77).

Liliana Anchundia, de “Larevista” de Diario El Universo de Ecuador, sostiene que “jóvenes y adolescentes, cada tanto, van acomodando expresiones y palabras con las que se sienten a gusto al comunicarse con sus pares. Ese lenguaje especial y familiar que usan entre sí los chicos (jerga) varía incluso entre edades y estratos sociales” (2013: 18).

Esta alteración o transformación de la escritura convencional que se emplea en Internet y en los dispositivos móviles es calificada con el nombre de escritura ideofonemática o de idioma Messenger porque “aprovecha los recursos del teclado para emular la transcripción fonética (...) para mostrar los sentimientos y las reacciones que en el cara a cara formulamos con gestos y expresiones faciales. (...) Los géneros que utilizan más este tipo de escritura son los sincrónicos, que exigen interacciones inmediatas e improvisadas, sin planificación ni revisión, en las que se teclea con rapidez, con límites de extensión o incomodidades contextuales (teclado o pantallas pequeños, ubicación del lector-autor en la calle o en multitarea. Los chats privados y ociosos entre adolescentes suelen ser el ejemplo más claro. Para ellos este tipo de escritura es una marca de identidad y evitarla sería inapropiado e incluso una manera de (auto) excluirse; pero muchos otros chats (profesionales, técnicos) prefieren la escritura estándar corriente” (Cassany 2012: 76).

En este orden, la intención de la escritura ideofonemática es la de rebelarse contra la norma establecida, porque desde ella, y en especial la juventud, busca una manera de construir una identidad personal desde estos soportes electrónicos.

El lenguaje vernáculo digital

De la misma manera que el libro físico ha influido y sigue influyendo en la educación, lo hacen hoy los medios electrónicos. Internet es hoy un recurso educativo que al igual que “cualquier tecnología, no intenta ‘enseñar’ a los estudiantes sino servirse de un conjunto de herramientas para ayudar a construir conocimiento: es decir para aprender con ellas y no de ellas” (Fainholc 2007: 101). Y aunque en la educación formal no se emplee aún a tiempo completo los medios electrónicos, los estudiantes pasan mucho tiempo en sus casas, ya no con un libro físico, sino en la red haciendo uso de todos los recursos disponibles. En la red leen y escriben a su manera. Ni el docente ni el padre de familia están aún preparados para educar a un niño y a un joven desde estos recursos virtuales.

Por lo tanto, solos, sin más ayuda que la de sus propios amigos, la niñez y la juventud se aventuran a navegar sin restricciones de acceso y aprendiendo conocimientos de toda naturaleza y adquiriendo habilidades que pueden ser, en muchos casos, muy relevantes. Este conjunto de actividades digitales se denominan prácticas vernáculas y constituyen hoy casi una norma por las particularidades muy propias que en la red se practican con marcada naturalidad. Cassany sostiene una opinión muy clara al respecto: “Lo vernáculo incluye el conjunto de tareas letradas que ocurren en el ámbito privado y ocioso de la familia y los amigos, que hacemos por iniciativa propia, cuando y como nos da la gana y sin seguir ninguna norma o directriz alguna. (...) Lo vernáculo se opone a lo dominante, que es público, normativizado, legal u oficial y prestigioso, como la literatura de élite, el lenguaje administrativo o la ciencia. Si lo dominante tiene poder, autoridad y reconocimiento social, lo vernáculo resulta –aparentemente- marginal, pobre, sin valor, irrelevante... ¡Por eso nos interesa!” (2012: 92).

Estas prácticas vernáculas digitales son, por consiguiente, muy comunes y se multiplican exponencialmente en la red, debido a que cada internauta navega con absoluta libertad, sin que nadie intervenga para tachar lo que está haciendo. No hay obligación, ni normas que impidan hacer por su cuenta lo que la gente quiere hacer. De esta manera, cada internauta configura una identidad propia, que no la consigue con facilidad en la educación formal en donde todo está normado y controlado.

Por eso, los mensajes de texto en los celulares, los foros, las webs, los chats, los fanfic, los remix, perfiles sociales, fotologs, etc., son tan comunes y mantienen al internauta abstraído todo el tiempo mientras está conectado a la red. Por ejemplo, la verticalidad pedagógica para enseñar literatura y otras disciplinas, ha obligado a que la juventud sea muy creativa inventando el fanfic o la ficción manía para desde los diversos géneros: literatura, cine, televisión, videojuego, cómic, crear y recrear estas disciplinas a su manera. El internauta se da modos para recrear, por ejemplo, “el universo de una novela, filme o cómic populares, que escriben, leen y comentan sus aficionados” (Cassany 2012: 98).

Muy parecido al fanfic es el remix, aquí el internauta manipula a su manera algún contenido artístico-literario-cultural para crear una nueva obra: por ejemplo, mezclar versos de algún poema con los que el internauta inventa ese momento.

Las tareas vernáculas se convierten así en un pasatiempo virtual satisfactorio porque cada internauta manipula la información, lee y escribe a su manera.

Lectura débil e ideología de los discursos

La afrenta en la educación formal a no querer leer es cada día más notoria. El escolar lee solo para cumplir. El libro académico o el libro de texto escrito de manera modular o tipo guía didáctica no le llama la atención: cumplida

la tarea quedan sepultados en la memoria y en el olvido los contenidos que logra aprender. El escolar solo lee para cumplir la tarea y para rendir el examen escrito. Una vez que es promovido siente un enorme alivio porque queda desvinculado del libro, de la tarea, de la lectura, de la escritura.

Pero mientras esta realidad escolar de no poder leer y escribir las tareas con agrado, fuera del aula, lejos del profesor e incluso de la familia, el niño y el joven sí lee y escribe en los medios electrónicos que tiene a su alcance. La soledad, el aislamiento, su gracia interior, subjetiva, se convierte en una fiesta, en una alegría porque puede acceder solo, sin el control de nadie, al medio electrónico, para producir sus propios textos con absoluta libertad. En este caso, desde su vida privada puede mantener una actividad letrada rica, absorbente, creativa para comunicarse a través de las redes sociales utilizando los nuevos géneros que ya hemos comentado: fanfic, historias realistas, remix, memes, etc.

Por ejemplo, el meme o mem se ha vuelto una práctica muy popular en la juventud. Este tipo de escritura virtual “designa la unidad cultural mínima de transmisión de información –igual que el gen lo es para la genética-. Son memes los correos, tuits, SMS o actualizaciones en el muro con chistes, fotos, cuentos, vídeos u otros elementos graciosos u ocurrentes sobre la actualidad política o social, con sátira, humor y creatividad, que circulan por las redes como virus” (Casanny 2012: 111).

Se trata, por lo tanto, de una forma de lectura y de escritura muy peculiar, alejada totalmente del ámbito escolar: por eso les agrada. Y como donde hay satisfacción, todo es posible, la juventud crea su propio blog, forma parte de las redes sociales, escribe lo que puede, se inspira para crear poesía y para leer lo que le es más cercano. El cómic, la música, los juegos de simulación, el diario personal, el chat y los mensajes de texto son de entretenimiento permanente todos los días.

La tecnología digital, como vemos, ofrece espacios muy significativos que vale la pena aprovecharlos para producir lectores y escritores que no solo se enmarquen en este tipo de prácticas y de géneros muy entretenidos pero de lectura y escritura débiles. Pues, desde estos medios se puede desarrollar un saber práctico, desescolarizado; lo que es más, se puede fortalecer estos géneros digitales, alejándolos del mero saber teórico y academicista, de manera que sea posible un discurso lector, escrito, visual, auditivo, gráfico y entretenido, pero que nos lleve a “saber leer y escribir la ideología de los discursos de manera crítica. Se trata de comprender las intenciones, los puntos de vista y las actitudes que se ocultan tras cada texto y de construir reacciones personales, coherentes con nuestros principios e intereses. Esto implica un compromiso con los discursos de la comunidad y una actitud participativa” (ibid: 130) con énfasis, con ahínco y con ese entusiasmo alborotado que la juventud hoy vive en las redes sociales.

Pues, sin dejar de hacer lo que hoy nuestros jóvenes hacen en las redes, sí es posible fortalecer su intervención, su actitud creativa, suelta, libre, pero quizá débil por no saber intervenir de manera crítica y con un compromiso de plena ciudadanía para inferir la información en relación significativa con su mundo.

Pedagogía de la asociación lectora

La mayoría de las investigaciones hechas a los internautas jóvenes coincide en señalar que aunque tienen un dominio técnico de los medios electrónicos, se trata de lectores ingenuos, con mentalidad débil para valorar lo que leen, sobre todo cuando leen temas académicos, científicos y humanísticos. Apenas están en condiciones de priorizar la comprensión literal pero ignoran o les cuesta mucho adentrarse en la comprensión inferencial y, sobre todo, crítica, porque si no relacionan la información con su mundo socio-educativo-formativo, no le otorgan ningún

significado a esa información para que se vuelva conocimiento; aún más, ignoran la ideología de las webs, es decir, no hay conciencia para que detecten la intención, la autoría y la orientación de este tipo de páginas electrónicas; creen que se trata de páginas neutras, por lo tanto, su estilo de lectura es igual que cuando revisan un libro de texto en las aulas escolares: se lo creen todo sin más ni más.

En donde sí es experta la juventud es en el fortalecimiento de los vínculos sociales para comunicarse desde las prácticas vernáculas digitales que mantienen continuamente en las redes. En los demás campos no son conscientes para analizar la información, quizá porque no logran identificar las marcas lingüísticas que delatan la ideología de un discurso, y sobre todo porque les caracteriza una alta deficiencia en el conocimiento de la lengua materna, y por la ausencia de competencias básicas para analizar el ámbito sociocultural al que pertenecen.

Sin embargo, no es difícil que la juventud aprenda a pensar críticamente desde la lectura de los diferentes géneros que pululan en los medios electrónicos, si reciben una adecuada orientación y, sobre todo, aprovechando que hoy la tecnología virtual ofrece un entorno muy estimulante para que niños y jóvenes y, ante todo, porque “los adultos tenemos que hacer un esfuerzo para digitalizarnos si no queremos provocar una catástrofe en la educación, al obligar a estos chicos a aprender, estudiar, leer y escribir de la manera en la que lo hicimos nosotros” (Cassany 2012: 146-147).

Es hora de entrar a una pedagogía de la asociación lectora, en la que sea posible aceptar “los conocimientos y las prácticas que aportan los dos grupos, que permita a los docentes continuar aportando parte de su saber, pero que también respete la experiencia previa, los intereses y el punto de vista del aprendiz (...). La tarea de los estudiantes es usar la tecnología; la de los docentes, entrenar y

guiar para que aprendan más efectivamente con esos recursos” (ibid: 147), sobre todo, a través de prácticas que se fortalecerían después de las clases, que es en donde el tiempo de la niñez y de la juventud está volcado hacia la comunicación electrónico-digital.

Y en vista de que los contextos escolares, familiares y las experiencias de la realidad son diversos, hay que seguir insistiendo para que la comprensión lectora no solo sea literal, sino inferencial y crítico-valorativa, al menos en orden a tres criterios: “Dedicar más tiempo en el aula a trabajar la lengua oral y la interacción cara a cara fuera de línea, puesto que los chicos dedican hoy más tiempo a la interacción escrita y en línea. Planificar actividades para hacer emerger el aprendizaje y el conocimiento alcanzado fuera de la escuela y adaptar el currículo escolar a cada perfil. Diversificar los géneros, los soportes y los artefactos escritos multimodales que leen y escriben los alumnos dentro y fuera del aula” (ibid: 147).

Actividades críticas de lectura

Es necesario seguir insistiendo en la llamada pedagogía de la asociación lectora, como aquella que permite leer y escribir, desde “una pedagogía paralela, que combine medios viejos y nuevos, que trabaje el escrito tradicional en papel (comentario de poemas, redacción académica, artículo científico, monografía) y los géneros digitales (video-clip, fotolog, fanfic y narración multimodal)” (Casanny 2012: 148). Esta pedagogía paralela, en la que intervienen dos generaciones: la de los adultos que se mueven muy bien en el ámbito del escrito tradicional, y la de los jóvenes, que desde los géneros digitales, pueden llegar a conformar esta asociación académico-lectora y de escritura para que cada generación aporte lo que sabe, de manera que esta combinación generacional y de soportes tradicional y virtual pueda llegar a explotar intelectual y humanística-

mente ese bagaje informativo que existe en el texto impreso y en Internet no solo desde el ámbito de la comprensión literal e inferencial, sino esencialmente, desde la ideología de los discursos de manera crítico-valorativa.

Si es así, el aprendiz lector, de la mano del adulto en cuanto lector formado, podría llegar a inmiscuirse en actividades críticas de lectura, al menos bajo las siguientes consideraciones que plantea Zárate (2010) y que Casanny las recoge en su interesante libro impreso: *En-línea. Leer y escribir en la red*, a través de siete criterios que me permito reproducir: “tratar temas vivos y controvertidos del entorno del aprendiz. Incluir varias fuentes y puntos de vista (textos, autores, protagonistas, voces, citas). Fomentar el diálogo y el intercambio de puntos de vista entre los aprendices lectores. Hacer preguntas sobre las intenciones de los textos. Hacer preguntas abiertas y libres, sin orientaciones encubiertas o guías para responder. Distinguir el punto de vista del texto de la opinión del lector. Evaluar la validez y la fiabilidad de los argumentos que dan los textos. Analizar cómo están escritos los textos para construir la ideología que tienen” (ibid: 138).

Trabajar así, críticamente, es pensar dos veces para que la lectura de documentos y la escritura que pueda generar el internauta en la red, no sea incipiente, sino para que le permita, más allá del dominio de los recursos técnicos de los medios digitales, construir un pensamiento elevado, respetando y valorando los diferentes géneros discursivos, y ante todo para crear una auténtica conciencia crítica y ética en la que el internauta comprenda que no está bien copiar y pegar información sin las correspondientes citas bibliográficas, por ejemplo. Que el internauta piense más bien que leer y “escribir en la red es actualizar, postear, colgar, reaccionar y crear vínculos” (ibid: 209) con la suficiente capacidad inventiva que el joven tiene; y el lector adulto, con la experiencia y sabiduría que tiene, asociativamente, es decir, paralelamente, -jóvenes y adultos-

puedan crear espacios en línea mediante blogs educativos (edublog) o de cualquier tema, de manera colectiva: alumnos y profesor, padre y madre de familia e hijos, entre alumnos, entre amigos y entre personas de cualquier latitud del mundo, y de manera gratuita, puedan formular contenidos y elementos sonoro-visuales en los cuales opinen, compartan la información y la comenten críticamente utilizando varias denominaciones al mismo tiempo, si así lo prefieren: vídeo (videologs), fotografía (fotologs), vínculos (linklogs), e incluso intervenciones improvisadas a través de los tumblelog.

Referencias bibliográficas

Anchundia, I. (2013) "Larevista". Guayaquil: Diario El Universo.

Cassany, D. (2012). *En Línea. Leer y escribir en la red*. Barcelona: Editorial Anagrama. Colección Argumentos.

Fainholc, B. (2007). *Lectura crítica en Internet. Análisis y utilización de los recursos tecnológicos en educación*. Buenos Aires: HomoSapiens Ediciones.

7. HABITAR EL MUNDO DESDE LA LECTURA *

El deseo de leer

Si cuando se lee no se siente el deseo de hacerlo, es como ir a misa por obligación; por lo tanto no hay goce ni satisfacción en la tarea emprendida. A leer se va con todo el deseo de descubrir lo misterioso, lo desconocido, lo enigmático. Leer o ir a misa con todo el deseo, es como ir en pos del amor amado, del amor que espera y es esperado con ese goce infinito, a veces indescriptible, de vivir el goce anticipado, profundamente anhelado de saber qué es lo que va a pasar en ese encuentro en el que uno cree estar en condiciones de ejercer ese deseo de poder, por sí mismo –porque lo siente-, emprender en una relación enormemente simbólica y ávidamente imaginaria porque nos altera los sentidos y es posible producir sentidos.

Si es así, la lectura, la eucaristía, el amor, tienen sentido, sobre todo porque no se trata de sentir sino de imaginar. Y la imaginación es producto de la pasión, del interés, de la voluntad y del deseo extático para entrar en relación con un código (de signos gráficos) y con un afecto especial, muy personal y de un trabajo fecundo, cerebral, emocional y creador para leer desde el mejor aporte humano.

Los efectos de este deseo lector no van en una sola dirección; se trata de “una lectura plural, generadora de goce

* Conferencia brindada en la Pontificia Universidad Católica de Ibarra, Ecuador, el cuatro de julio de 2014.

y transformaciones subjetivas e intersubjetivas, modificadora de las relaciones imaginarias, cuestionadora del orden simbólico” (Navarro, 1979: 89), según sea la idiosincrasia del lector que cada vez que le es posible adentrarse en el texto, proyecta en él lo que él es, lo que su realidad mundana ha hecho de él en el trayecto de su trajinar por la vida.

Por lo tanto, es desde este goce emocional e intelectual, pero con el porte de su yo, es decir de su ser, que es posible producir lectura, escritura, investigación y aprendizaje, no porque el lector se imponga alguna carga de saberes, sino porque desde el conocimiento del texto tiene la facultad de crear significados.

Y así como el deseo del amor no se queda en el mero encuentro de la pareja (varón-mujer) que se ama, el deseo de leer no se queda en el encuentro de la pareja lector-texto. Es decir, el deseo no se queda solo en la lectura (pasar la vista por las letras): se produce, se crea, se procrea, se recrea lectura. Esto significa que el lector no se queda en lo meramente literal. Desde el goce personal, el lector se proyecta a lo inferencial, a lo interpretativo, a buscar lo que puede encontrar más allá de las palabras que aparecen en el texto. El lector se adentra en el goce de saborear lo oscuro hasta encontrar algún grado de claridad, de luz que le permita valorar y juzgar ese hecho lector que como producto de ese goce le promueve luego a escribir y a investigar como una gran alternativa que en el lector fluye sutil y vigorosa.

Pues, ese goce y ese disfrute lector son los que promueven el espíritu de la cultura y de la ciencia como uno de los grandes acontecimientos estelares de la humanidad.

Desde el goce lector, entonces, se puede pasar a ser autor, creador de textos, es decir, creador de significados. De manera más concreta, en el texto hay una significación y en el lector un significado. Lo bueno es que en ambos casos (autor y lector) está la voz del hombre libre que

construye significados desde esa magnífica morada en la que habita el texto.

El efecto estético de la lectura

El primer efecto estético que un texto produce en el lector es el de sentirse atraído para leerlo. Cuando esto sucede, entonces sí, la lectura es vida, es regocijo, y es el momento más adecuado para decir que sí estamos leyendo, y por lo tanto estamos viviendo plenamente tal como experimentamos la generosidad del amor humano o del amor divino.

Cuando nos sentimos bien ante una lectura es como sentirnos bien ante la vida, ante el mundo. Ensimismarse en la lectura es una especie de escritura de la lectura. De alguna forma, no sé si misteriosa, el texto apela al ser del lector, a su condición humana, a su experiencia de vida. Pues, en todo texto, sobre todo en los de literatura y de filosofía hay “una verdad psicológica creada de una manera artística” (Robledo 2010: 182). Ese tono afectivo y emocional que la lectura del texto provoca es un efecto estético, quizá el más esencial para que la lectura, es decir, la trama, el argumento, la historia, en fin, el contenido, nos atrape hasta transformarnos perceptualmente cada que entramos en relación directa con cada uno de los párrafos que nos atraen tan vivamente, que el gozo es tan sublime como lo es el efecto que las palabras cariñosas del ser amado nos produce en lo más hondo de nuestra psiquis humana.

Adentrarnos poco a poco en ese complejo y rico universo de la lectura, sin ataduras, sin prejuicios, sin complejos, sin obligaciones, pero sí con voluntad, es sentir el gozo de la libertad que el lector experimenta con el ánimo que su potencial humano tiene para, al leer, escuchar la voz del autor que no es otra que la “del lenguaje, en esa otra misteriosa manera de habitar el mundo, el de los libros” (Jorge Luis Borges, citado por Robledo 2010: 187).

Habitar el mundo desde la lectura, es experimentar la obra escrita en toda su magnitud, de tal manera que lo maravilloso que de ella sentimos no está en haber descubierto la realidad que del mundo el autor nos presenta, sino en ir más allá, en descubrir lo que no consta en el texto, y sentir que en ese mundo de palabras tan cuidadosamente tratadas por el autor, encontramos nuestro hogar espiritual porque sentimos el impacto de una transformación antropológico-ética, que es la que contribuye a producir el efecto estético e intelectual tan evidente por la forma personal como quedamos después de haber leído: nuestra sensibilidad, nuestra experiencia, las emociones y nuestra trayectoria cultural quedan marcadas para siempre.

El efecto estético es, entonces, esa belleza especial, ultra íntima, única, que cada lector experimenta según sea el grado de su experiencia lectora, de sus conocimientos y de su ideología para llegar a construir un sentido humano que siempre será único en cada lector.

Y, por supuesto, en la medida en que nos hacemos mejores lectores, mejor será el efecto estético que experimentemos debido a que los criterios que de la lectura obtengamos serán cada vez más maduros, más sentidos, más vividos, más llenos de vida. A su vez, el criterio de selección cada vez será más riguroso, porque a mayor experiencia lectora, más posibilidades tiene el lector para saber qué libro es bueno. Así, la calidad estética será más placentera porque sabrá distinguir los libros que le son dignos de ser leídos.

El placer estético de la lectura

Todo acontecimiento humano debe ser asumido con el mejor beneplácito posible para que tenga razón de ser. El buen gusto en hacer las cosas justamente consiste en hacerlas bien. Y cuando están bien hechas se puede decir que han sido bellamente elaboradas.

El placer, la estética, la creatividad, la ética son componentes humanos que embellecen cualquier hecho, pensamiento, acción o circunstancia humanos, bien sea intelectual, religiosa, moral, social o cultural.

Esto sucede, especialmente, en el campo de la literatura y de cualquier tema que un autor desee escribir y llevar su obra a la calidad de texto creado, el cual siempre estará reflejando lo más granado de la sapiencia intelectual que desde la experiencia personal, profesional y social un escritor puede brindar a sus lectores.

Y así como el escritor pone en juego toda su condición intelectual, emocional y espiritual para escribir, el lector debe también participar de las mismas condiciones para que pueda adentrarse sabiamente en el texto.

Y uno de los primeros compromisos humanos a los que se ve abocado el lector es a tener un dominio gramatical, semántico y pragmático de la lengua materna. Esta es la primera puerta que abre el lector a la hora de adentrarse en un texto, si desea entenderlo y valorarlo adecuadamente.

La otra puerta es la de la actitud estético-conciencial sin la cual no es posible comprender, inferir, valorar y saborear la calidad intelectual y humana que el texto tiene.

Para que el lector tenga una actitud estético-conciencial, me remito al agudo criterio de Louise Rosenblatt cuando sostiene que el lector sabe prestar “atención a las cualidades de los sentimientos, de las ideas, las situaciones, las escenas, personalidades y emociones que adquieren presencia y participa de los conflictos, las tensiones y resoluciones de las imágenes, ideas y escenas a medida que van presentándose” (citada por Robledo 2010: 31).

La actitud estética no es una simple actitud de gusto. O, más bien dicho, para llegar a adquirir esta actitud de gusto es necesario el desarrollo conciencial de lo que señala Rosenblatt. Es como si el lector estuviese metido dentro del texto para que desde ahí tenga sentido todo lo que ve. Es

como si se tratase de una experiencia viva y vivida. El lector, metido figurativamente en el interior del texto, está realizando un viaje por cada una de las líneas del texto. Se trata de un recorrido que lo busca a propósito; no es forzado. No se siente obligado a recorrer esas líneas; se trata de una experiencia de gozo, tal como un turista disfruta de todo lo que va descubriendo a su paso: ni siquiera siente la fatiga de la caminata; el deleite puede más y por eso el disfrute es pleno, relajante.

Desde dentro del texto, la manera de ver la realidad es muy diferente que cuando se la ve desde fuera. Desde dentro todo es placentero, es disfrute, es deseo. Gozar con la lectura, es gozar con la vida, es poder discriminar, es poder pensar, es poder dialogar. Desde el disfrute lector se construyen nuevos sentidos; sobre todo se puede hablar bien de los libros que se lee.

Como es notorio, “no sabemos lo que pensamos sobre un libro hasta que hemos hablado de él” (Steve Bicknece, en Chambers 2007: 19).

El lector atento aprende a pensar

Solo un lector atento es capaz de generar procesos de construcción y reconstrucción mientras al pasar la vista por cada una de las letras y de las palabras de un párrafo, logra desentrañar los infinitos sentidos que puede tener un texto.

En este caso, son el cerebro y el corazón los que cumplen un papel esencial de conformidad con los fundamentos psicoexperimentales y la información lexicológica, gramatical y pragmática que el lector posea a la hora de descifrar los símbolos gráficos que reposan en el texto escrito.

Estos elementos tienen la habilidad de despertar en un lector atento las capacidades intelectual y espiritual suficientes para que entren en juego toda su madurez emocional y su talante creativo, y pueda disfrutar cognitiva y

afectivamente de las interpretaciones que el lector sepa descifrar del texto leído.

El lector atento es un lector activo que piensa; pues, se convierte en un asiduo procesador de la información y de los elementos no dichos en el texto. En este sentido, el texto es una realidad compleja. No basta solo con extraer, comprender y analizar la información que el texto tiene; más que la información, son los elementos que no constan en el texto los que enriquecen cognitiva, afectiva y actitudinalmente al lector atento que sabe comprender literal, inferencial, crítica, valorativa, proactiva y recreativamente cada elemento que paulatinamente va descubriendo en el texto leído.

Lector que logra descubrir los elementos no dichos en el texto, es el lector que aprende a pensar y a gozar intelectual y emocionalmente, y que por lo tanto puede disfrutar de una infinidad de mundos que el texto leído le genera. Como dice Graciela Montes: “Cada lector hace su lectura de la obra y hay tantas lecturas como lectores. Cuando un lector lee un libro, el texto resuena a su manera; se produce un diálogo, una dialéctica de imágenes y resonancias que hace que esa lectura sea única” (citado por Delgado 2011: 22).

Eso de que el texto resuene a su manera en cada lector atento, es lo que le lleva al disfrute personal, al encuentro con lo más excelso de sus emociones y de toda su idiosincrasia humana. Al respecto, Francisco Delgado Santos sostiene que “la lectura nos acompaña, nos lleva a vivir vidas diferentes y a convertirnos en los héroes de nuestras aventuras textuales; nos permite conocer diferentes opciones de vida, para que podamos escoger lo que deseamos hacer nuestro; nos señala, como en un espejo, las interioridades de nosotros mismos, nos enseña a vivir y nos permite ensayar el más alto y firme de los vuelos: el vuelo en libertad...” (2011: 23).

Claro que este disfrute, este gozo por la lectura no es accidental; viene después de mucho esfuerzo, de una

larga disciplina en el estudio de una lectura atenta, activa, proactiva, y de un trabajo continuo de interpretación personal, sobre todo de los textos “dulces” que son los que más humanismo portan porque recogen y procesan artísticamente ideas y sugerencias al estilo de lo que alguna vez dijo Francis Bacon, citado por Camila Henríquez Ureña: “Leed no para contradecir y refutar, ni para creer y aceptar, ni para hallar palabras o discurso, sino para pensar y considerar” (Compilación de Waldo González 2009: 19).

El pensamiento dialógico en la lectura

La lectura no tiene mayor razón de ser cuando solo se busca información, deleite o entretenimiento. La lectura es ante todo una búsqueda antro-po-ética, a decir de Edgar Morin, cuando de la educación nos habla en *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*, puesto que siempre tiene un efecto específico en su condición humana, la cual está implicada por lo físico, lo biológico, lo síquico, lo cultural, lo social y lo histórico.

En este orden, es casi imposible que todo lector descubra exactamente lo mismo frente al texto que el autor le plantea. Por la complejidad de ser humano que le caracteriza a todo individuo, la posición del lector no es la de buscar una información en sí, sino la de un peregrino en marcha con una o varias preguntas abiertas, es decir, con una posición no de clausura, sino de apertura y de cuestiones no resueltas que el lector se plantea desde lo profundo de su interioridad para que la comunicación fluya en orden a su crecimiento personal desde el conjunto de saberes que el autor imprime en el texto.

El lector no lee para someterse a un texto por más autoridad, información, conocimiento o sabiduría que la lectura tenga. El lector debe estar siempre alerta de la contaminación ideológica que el texto tiene. El texto, como es evidente, tiene una formulación en el lenguaje que el autor le

imprime de conformidad con su formación y en relación con la comunidad planetaria en la que él y todo mundo está inmerso.

Por eso, la recepción del lenguaje lector no deja de ser una interpretación del texto a la luz del conjunto de las ideas que el texto emana. En la escucha del texto que el lector atiende desde la lectura, debe haber una espera, una gran pausa de pensamiento, de reflexión, de diálogo para poder interpretar lo que el texto sostiene.

La lectura, en este contexto, es transformadora, aleccionadora, flexible, acuciante, reposada, pausada y siempre atenta a infinidad de sugerencias. Es desde la pregunta, desde la apertura, y no desde la respuesta como debe enfrentarse al texto. Solo así habrá una lectura seria, reflexiva, dialógica y altamente pensante. El lector sabe que los problemas se resuelven después: antes, en la lectura y después, el lector sigue planteando interrogantes, hipótesis, puntos de vista y cuestionamientos que no se resuelven en el momento de la lectura del texto.

Leer es tener un problema en mente, una inquietud, es estar planteando incógnitas frente a un asunto muy especial, que por su formación, le llame la atención profundamente. El problema en mente es un problema de su ser, que le incomoda y le mueve a buscar una respuesta no para convencerse de ella en cuanto esté leyendo, sino para potenciar el intelecto del sujeto lector desde la interacción dialógica, desde su experiencia libertaria y desde su más profunda condición de ente espiritual, de manera que sea posible propiciar un reencuentro concienical y de autoevaluación de cada saber lector.

Aunque la sustancia del texto empieza en el autor, es el lector el que la complementa, la rehace, la configura y le imprime los efectos simbólicos que su condición lectora le permite construir y reconstruir hasta lograr nuevos conocimientos, nuevas formas de vida.

El proceso perceptivo de la lectura

Por lo regular, lo que no consta en el texto es lo más importante a la hora de leer. Lo que no consta se lo deja pasar justamente porque no consta, y ahí termina la lectura para muchos lectores que no han podido extraer la savia que un texto tiene a partir de lo que no dice textualmente. De esta manera, el lector ha perdido una enorme oportunidad para degustar un texto a partir de lo que no consta en sus páginas.

Cuando el lector se queda solo en el nivel literal, pierde lo más rico de un texto, es decir lo no dicho en él. La tarea del lector, para que haya un disfrute pleno, está en descubrir, en imaginar, en suponer lo que el texto nos sugiere. Se crece enormemente en humanismo cuando se ejercita el cerebro para descubrir lo que no consta en el texto. El lector debe saber que la lectura le sirve para hacer otro texto, es decir el suyo; pues, aquí está la clave del lector asiduo, atento, que sabe que conscientemente desde la inferencia está creando imaginariamente otro texto a partir de lo que ya ha leído.

Es curioso descubrir que no se aprende desde lo que literalmente se lee sino de lo que se puede inferir, de lo que se puede criticar, valorar, juzgar y evaluar. Si no nos ubicamos en esta tarea, la lectura no nos enriquece.

En este orden, la lectura exige una buena dosis de esfuerzo intelectual para pensar la lectura: se trata de un esfuerzo activo para darnos cuenta que al pensar la lectura estamos pensando la escritura. Saber, por ejemplo, que la escritura de un texto tiene unidad de sentido. El escritor ha puesto todo su esfuerzo para que ese texto sea coherente y tenga la suficiente cohesión que el lector la descubre cuando se da cuenta que la trama o el tejido del texto tiene una unidad significativa.

Todo el componente gramatical, textual y discursivo que el escritor ha plasmado en el escrito no es otro que un puente que el lector debe saber recorrerlo para que pueda

pasar desde el nivel perceptivo al nivel comprensivo y creador que la lectura le exige.

Así, desde el ángulo gramatical, el lector debe saber que “la cohesión consiste en la manifestación de la unidad textual mediante pistas léxicas o gramaticales. Cada frase, cada párrafo se apoya sobre algún elemento presente en los anteriores o remite a algo que va a ser dicho o aclarado posteriormente” (Benda, et al 2006: 105).

Como vemos, el lector debe seguirle la pista a cada frase, a cada oración, a cada párrafo para que desde el proceso perceptivo pueda llegar a comprender el texto.

Toda atención lectora exige, por lo tanto, una atención de escritura. Así, si como lector no estoy atento a los conectores, a los pronombres, a la puntuación, a la acentuación, a la semántica de cada palabra, en fin, a varios referentes gramaticales que es preciso conocerlos, no habrá comprensión. Y al no haber comprensión no hay interés ni atención para descubrir en el texto lo que no está dicho.

Desde la percepción, el lector debe saber lo que está leyendo, y para ello se necesita conocimiento y una atención absoluta. La atención, es decir la concentración, nos sirve para pensar bien. Si pensamos bien habrá comprensión, y solo así el lector estará listo para degustar de la riqueza que el texto tiene a partir de su actitud cocreadora.

Gramaticalidad, texto y lectura

Para que un texto sea entendido y valorado adecuadamente por el lector, depende mucho de toda la información que posee en su memoria. El rechazo a la lectura que frecuentemente suele darse en la escolaridad formal por parte de los alumnos se da porque no existe en ellos casi ningún tipo de información que haga alusión a lo que están leyendo. Y a ello se suma la poca o nula preparación que posee el maestro para orientar un adecuado proceso lector.

Quizá esta es una de las causas por las cuales los estudiantes casi nunca leen: sin información previa en su memoria, sin motivación, sin pasión y sin interés no es posible que surja una vocación para la lectura.

El buen lector o medianamente lector sabe que cuando lee debe construir una representación mental del texto leído. Esta construcción se da, primero, porque hay un conocimiento de los datos lingüísticos que gramaticalmente todo individuo escolarizado los conoce amplia o medianamente; segundo, una ubicación adecuada del contexto, es decir del entorno lingüístico, físico, cultural, político e histórico en el cual se ubica el lector; y, tercero, la información que posee en su memoria, la cual es muy básica para el entendimiento y los propósitos que tenga el lector.

De conformidad con estos tres principios surge una representación mental, muy propia en cada lector; pues, no todos los lectores están en las mismas condiciones; incluso, los referentes gramaticales no son conocidos por todos en las mismas circunstancias de homogeneidad, aunque las reglas de uso sean las mismas para todos. Lo mismo sucede con el contexto y la información que cada lector posee en su memoria: jamás es la misma en ningún lector.

De otra parte, el texto escrito para que se convierta en una unidad lingüística se construye desde el orden gramatical de la oración. La morfosintaxis, la ortografía, la pragmática y la semántica ayudan a la conformación de un adecuado constructo de orden gramatical, hasta que el texto se convierte en una unidad lingüística, el cual llega a tener su propia lógica desde el ordenamiento lingüístico.

Pero texto y oración no son exactamente la misma cosa. Mientras la oración es compacta gramaticalmente porque obedece a unas estructuras lingüísticas concretas y cuyo propósito nos sirve para un análisis lingüístico preciso, el texto, en cambio, es una unidad lingüística cuyos propósitos no son gramaticales sino comunicativos. Es decir, el

texto como unidad de uso de un lector, va mucho más allá de la mera gramaticalidad.

Por consiguiente, el texto no queda marcado por la organización estructural que la gramática le determina, sino por la intención comunicativa que el lector lleva a cabo con algún propósito, y de conformidad con una serie de procesos psicosociolingüísticos que, asociados a la información que el lector posee en su memoria, llegan a satisfacer un determinado propósito comunicativo.

Por eso, la lectura no puede ser vista solo como un acto de decodificación léxico-sintáctico. Por supuesto que este es un paso importante, pero no el único dentro del proceso total de la lectura. Pues, no es la gramaticalidad, sino el propósito comunicativo el que nos conduce a ser lectores de calidad.

Hay mucho que leer

Aunque es obvio decirlo, los libros son para leer. Por eso, en todo hogar en donde haya una pequeña, mediana o gran biblioteca, debe haber un proyecto de lectura. Resulta penoso saber que hay cientos y miles de libros, incluso hasta en los hogares más humildes, que no se leen. Y como bien lo dijo Gabriel Zaid: “Un libro no leído es un proyecto no cumplido. Tener a la vista libros no leídos es como girar cheques sin fondos” (2010: 12).

Debe haber un plan lector personal que dé fe de los textos físicos o virtuales que se va a leer. Si no se procede así, nuestra condición intelectual, sobre todo humana, se estanca, se deteriora. Recordemos que en el mundo editorial, en las bibliotecas, en las librerías, hay demasiados libros; por lo tanto, debe haber un criterio de selección, y esta realidad se logra solo leyendo, hasta que llega un momento en que uno sabe qué va a leer y qué no.

Cada día hay más y más conocimiento, el cual, en el transcurso de un año se da a conocer en forma de artículos o de libros, aproximadamente un millón de temas, en

todo el planeta. Por tal razón, cada día nos volvemos más incultos. Hay miles y miles de libros que no leeremos jamás así los tengamos en nuestro poder, en nuestra biblioteca, porque el tiempo, nuestra existencia, no nos da para ello. A un buen lector pueda que le invada hasta la nostalgia al saber que tan buenos libros, así viva mil años, no los va a poder leer. Como dijo Gracián: “Hay mucho que saber, y es poco el vivir”.

Si al menos nos dedicásemos a leer una hora diaria (o una hora nocturna), dejaríamos “de ser simples ignorantes, para llegar a ser ignorantes inteligentes” (Zaid 2010: 21), dada la cantidad enorme que hay en cada área del conocimiento humano.

Aunque el nivel de nuestra formación no está en la cantidad de libros que se lea, sino en la calidad y en la forma cómo quedamos después de haber leído. ¿Cómo leo?, ¿qué leo?, y sobre todo cómo analizo el mundo y cómo actúo después de haber leído.

Como sabemos, no se trata de leer por leer. ¿Qué tienen que decirnos los demás: los escritores, los científicos, los literatos, los humanistas, los filósofos...? ¿Se trata de novedades, de ideas que me convienen para mi formación personal, profesional, familiar? O como ya lo dijo Montaigne: “Se busca más interpretar interpretaciones que interpretar las cosas. Hay más libros sobre libros que sobre cualquier otro tema. No hacemos más que glosarnos de los unos a los otros” (Zaid 2010: 17). Por eso es necesario leer comprensiva y críticamente para descubrir los libros que son dignos de ser leídos.

Es con estos libros selectos que nos quedamos para siempre. Ellos son nuestra luz, nuestro refugio, nuestro sostén existencial. Desde ellos nos extendemos a leer el mundo y la vida humana en todas sus manifestaciones.

Por eso, así como celebramos la venida de una buena amistad, de un buen amor, de un hijo o de un triunfo hu-

mano cualquiera, hay que celebrar el descubrimiento y lectura de un buen libro que, bien leído, nos alegra y nos ubica en la vida.

Organizarnos desde el mundo del libro, es organizar nuestra cultura. Si alguien se aburre leyendo, se niega ante la cultura, ante la vida: pierde la oportunidad de formarse, de realizarse y de proyectarse humanamente.

La lectura es un riesgo

La lectura es una historia de inconformes. Cada buen lector busca algo que esté mucho más allá de su propia realidad. De una lectura seria siempre se recibe algo que lo transforma al lector. Por eso es preferible leer tomando al libro como una pregunta, no como una respuesta. Quien se adentra en un texto pensando encontrar respuestas, por lo regular no encuentra nada serio, o al menos algo que le llame la atención profundamente.

Si leemos desde la opción de la pregunta, de la interrogante continua, es posible plantear problemas que nos permitan encontrar algo substancial. Cuando el lector enfrenta al texto como una respuesta, pues no está buscando nada, y por lo tanto nada encontrará; y si nada encuentra, la lectura le parecerá intrascendente: los temas, o el contenido no le dicen ni le sugieren nada, y por eso no se ilusiona ni puede vivir la lectura, sino solo desde el conformismo; en este caso, el lector ha optado por una lectura inactiva, pasiva, durmiente.

Desde la pregunta, desde la hipótesis, la lectura es un riesgo que vale la pena transitar porque la opción del lector pasa a ser activa, llena de incógnitas abiertas que guían el pensamiento y el accionar lectores. Así, de manera frontal aparece una interacción dialógica con el texto; opción que no le permitirá aburrirse. Desde el diálogo con el texto, la comunicación fluye; las ideas aparecen no como meras palabras sino como torrentes de vida; el fastidio desapa-

rece, la inacción se anula y la abulia intelectual, tan peligrosa cuando el lector se adentra en el texto desde la respuesta, no deja de ser un lejano recuerdo.

El sujeto lector que pregunta aprende a realizarse, a ser inconforme y un rebelde intelectual: la lectura se convierte en algo especial porque la acomoda a su manera. El lector rebelde no se ajusta a una programación: no es aquel que lee solo para dar una evaluación o porque alguien le exige leer. El lector inconforme no deja que le impongan ningún tipo de lectura; no lee para satisfacer a nadie. Lee para analizar la vida, para descubrir su mundo interior; lee desde la conciencia de sí mismo, de manera que la activación dialógica lo motiva a ser un permanente transgresor de espacios para dar paso a un compromiso creativo con el mundo desde nuevas propuestas humano-productivas.

Por eso la lectura es un riesgo; pues, puede provocar visiones distintas de organización a las ya establecidas socialmente. Los otros, los que no leen y los que tienen sus formas de vida sin compromiso con nadie sino solo para llevar una vida holgada y relajada, se sienten amenazados. Claro, el buen lector se vuelve un crítico, un rebelde, un inconforme, un sujeto que viene a perturbar las formas de organización social y cultural.

Por lo tanto, la lectura como riesgo, como pregunta, deja de ser un mero placer, un simple pasatiempo, y se convierte en un compromiso activo, en un trabajo arduo, intelectual en su más alto nivel, cuyo efecto simbólico no busca implantar o legitimar ninguna verdad; se trata solo de una nueva mirada y de una forma de capacidad humana que “alcanza su dinamia espectacular impulsando al intelecto hacia la construcción de nuevos conocimientos” (Jurado, 1994: 46), y por ende de nuevas propuestas de realización humana.

La proyección humana del lector

La lectura pone en movimiento nuestro pensamiento y nuestra manera de ser. Ella nos despierta, nos da noticias del mundo y de nuestra propia vida. Desde la lectura el discurso de los demás se mira de otra manera: lo puedo aceptar o rechazar, valorar o criticar. Desde la lectura no es fácil que los demás nos manipulen.

Desde la lectura es posible defenderse del peligro que a veces entrañan los demás. Pero también desde la lectura podemos aportar en beneficio de los demás.

El lenguaje de la lectura es un lenguaje vivo. Se trata de un lenguaje que nos orienta, que nos construye, que nos proyecta.

Las pruebas que el ser humano soporta a diario se direccionan adecuadamente en la medida en que nos volvemos aptos para vivir en consideración a la madurez emocional e intelectual que hayamos logrado obtener desde nuestra experiencia lectora. Y el sufrimiento es enorme si nos hemos privado de la palabra, porque sin ella no es posible darle un adecuado sentido a la vida.

El objeto de lectura puede ser científico, humanístico o literario; y aunque en cada uno de ellos priman consideraciones muy especiales de lectura, lo cierto es que en cada lector siempre aflorará una determinada curiosidad por saber cómo es el mundo real, qué es lo que le sucede a la sociedad, cómo es posible adentrarse en el mundo de la fantasía, y sobre todo en los recovecos más profundos de nuestra condición humana.

Desde esta perspectiva, la imaginación, la creatividad y todos los valores humanos están íntimamente ligados a la idiosincrasia del lector que no dejará de pensar en cómo experimentar la vida desde un ángulo en el que los deseos por mejorar todo lo que vemos y hacemos, sea una constante permanente que lo mantenga altamente motivado, no solo para continuar preparándose desde la lectura, sino para asumir un compromiso efectivo, real y coherente de

sus acciones cotidianas ante el mundo que le es mediata o inmediatamente suyo.

En este orden, la lectura nos humaniza; por lo tanto es posible que se experimente nuestra verdad más íntima, porque esa fuerza interior que el lector posee le permite desempolvar sus sueños, sus proyecciones, sus intereses, sus costumbres, de manera que le sea posible descubrir nuevas formas de vida “para salir del tiempo, del espacio cotidiano y entrar en un mundo más amplio; para abrirse a lo desconocido, transportarse a universos extranjeros, deslizarse en la experiencia de otro u otra, acercarse al otro que vive en uno mismo, domesticarlo, perderle el miedo” (Petit 2008: 146).

La lectura es, entonces, todo esto y más. No se trata de leer solamente para adquirir información, ni siquiera para comunicarse mejor. Se trata de una experiencia muy personal que marca un espacio íntimo, plenamente libre, que “escapa al dominio de lo colectivo” (Petit 2008: 148), y más bien crea espacios de ensoñación y de acceso, antes que al mero saber, al dominio de nuevos aires para conocernos mejor y conocer a los demás desde los hallazgos personales que ayudan a expresar lo que uno es como persona, para que desde una red de conexiones sentidamente humanas entre los hechos, las personas y el mundo, sea posible la creación de nuevas realidades, inesperadas y sorprendentes.

La celebración de la lectura

Llegar a amar los libros no es tarea fácil, así como no es fácil el amor de pareja o el amor que un padre o una madre brindan a sus hijos para formarlos adecuadamente. Se necesita valor, constancia, respeto y una alta consideración por el otro a través de un largo proceso educativo y de situaciones muy personales que nacen del corazón para brindar ese amor especial, sublime, afectivo y provocante para amar a alguien.

Así sucede con los libros, se trata de un amor especial, extático, fabuloso, por decir lo menos, en torno a una inclinación reverente, que nace de lo más profundo del ser para leer apasionadamente un tema determinado.

Mientras el lector no sienta esa visión especial, profundamente amorosa por los libros, no habrá lectura significativa que valga la pena; por eso la gente, sabiendo leer, no lee. Nuestros estudiantes, en todos los niveles educativos, si no están motivados, y si no hay las mejores condiciones anímicas, intelectuales, físicas y situacionales, no habrá poder que los promueva a leer con el corazón, con el amor en las manos y en el cerebro, y con la entrega voluntaria, ferviente, para adentrarse en un acto lector potencialmente contemplativo, cargado de magia y de una fascinación cuando el enamoramiento por la lectura ya ha penetrado en cada sujeto que sabe que al leer es poseedor de una experiencia gratificante, que le satisface porque descubre personalmente en cada acto lector la magia de las palabras.

Una correcta práctica lectora nos lleva al encuentro de un disfrute auténtico y creativo; pues, nos estamos sirviendo de un medio muy valioso para compenetrarnos en las diversas fuentes del conocimiento humano. Para leer, no importa el formato. El auge creciente de las nuevas tecnologías de la información nos atrae para adaptarnos a una nueva promoción lectora, buscando todas las potencialidades y posibilidades que este medio nos brinda. Lo importante es que hayamos podido desarrollar unos hábitos lectores para leer donde quiera y como quiera. El lector que ya ha conformado unas competencias lingüísticas puede zambullirse sin temor por las aguas mansas o agitadas de cada palabra, de cada frase, de cada párrafo que ansiosos esperan la llegada de su amado lector.

Un activismo lector adecuado, constante, pero nunca rutinario ni impuesto, peor frustrante, como el amor desgastado de aquellos que ya no se aman; se trata de un acercamiento libre, voluntario y adecuado para compenetrarse

en las diversas fuentes y recursos de información que están al alcance a través de los medios tecnológicos o en el formato tradicional del libro físicamente aceptado desde siempre y aún por la sociedad contemporánea.

Para que la mediocridad no nos aniquile, es necesario, es urgente diría, obtener un comportamiento lector, que no deja de ser uno de los más apasionantes que el género humano ha adquirido en la medida en que, paulatinamente, vamos desarrollando nuestra capacidad de reflexión crítica y de discernimiento para enfrentar la vida más plena, sesuda, feliz, comprometida y humanamente.

El libro como ente sagrado

Los intelectuales, los académicos, los profesores, los estudiantes, los artistas, los científicos y toda persona altamente pensante, profesional o no, que ha hecho del libro, o más bien dicho de la lectura, un medio de vida, porque desde él puede proyectar su humanismo y su cultura, debe seguir defendiendo la cultura del libro no como un mero objeto de comercialización —que es lo que hace mucha gente para ganarse la vida, pero no para proyectar vida desde el libro—, sino como un espacio, quizá el más importante del ser humano, para que el libro se democratice, se popularice y se difunda como objeto sagrado de lectura, y no como mera letra muerta.

Es decir, desde el valor que el texto tiene, dada la más alta consideración que el libro se merece, bien sea desde su presentación física o virtual, pueda estar a la mano, o en las manos de todos quienes llegan a pensar que el texto escrito no es una mera mercancía que se toma para utilizarlo de vez en cuando, para cumplir una tarea o un deber, sino para que haya un pleno desarrollo convivencial de un lector que sabe, desde lo más profundo de su interioridad, que el texto posee un aire sagrado, porque invita a compenetrarse de su realidad desde la más alta valoración humana. Se trata de un lector que sabe lo que está leyendo;

es un entendido que con su actitud lectora consagra el valor que el texto tiene.

Cuando el libro circula, es decir, cuando se lo difunde no debe ser al estilo de una mera comercialización como lo hacen, por ejemplo, aquellos vendedores que van a una institución educativa para vender un lote de libros, a través del profesor de aula o de las autoridades educativas, como si estuvieran vendiendo cualquier otro producto del mercado. Claro, al vendedor lo que le interesa es vender, a veces sin que tenga ni idea del carácter sagrado del texto. A él, al vendedor, eso no le interesa; lo que desea es que el producto se venda, no que se lea.

Como sostiene Gabriel Zaid: “El comercio del libro parte y se aparta del templo” (2010: 45). Los vendedores, los libreros, los distribuidores, las editoriales y hasta los bibliotecarios y profesores poco conscientes del valor sagrado que el texto tiene, lo que hacen del libro es una simple mercancía, en la que como cualquier otro producto comercializan el libro desde un simple bla bla para que el lector compre el libro por el mero hecho de comprarlo, de manera que lo mismo les da que el comprador o adquiriente del libro, lo lea o no.

El texto que está de boca en boca de entendidos que saben lo que él contiene (y aquí entran todos los buenos lectores, sean libreros, profesores, estudiantes, empresarios, vendedores...), lo divulgan, lo comercializan en el buen sentido de la palabra, lo hacen público desde la cultura de la lectura, con ese carácter sagrado, con sabor a templo, porque saben de lo que están conversando y del valor que él tiene; pues, lo hacen con la mayor seriedad, con el mejor formalismo y con lo más excelso de su ser de personas; configuran un diálogo, lo revelan a los demás; se trata de una conversación que atrae porque saben difundir un saber, el del texto, no al estilo del que comercializa para simplemente vender, sino al estilo del que sabe difundir la nobleza que el libro respira, no para degradarlo sino para consagrarlo.

Referencias bibliográficas

- Benda, A., Lanantuoni, E. y Lamas de, G. (2006). *Lectura corazón del aprendizaje*. Segunda Edición. Buenos Aires: Bonum.
- Chambers, A. (2007). *Dime*. México, D. F.: Fondo de Cultura Económica: Espacios para la Palabra.
- Delgado, F. (2011). *Estrategias de promoción lectora*. Loja: Universidad Técnica Particular de Loja.
- González W. –compilador- (2009). *La lectura, ese resplandor*. Quito: Campaña Nacional Eugenio Espejo por el Libro y la lectura. Colección Luna de Papel Ensayo.
- Jurado, F. (1994). “Lectura, incertidumbre, escritura”. En Bustamante, G. y Jurado, F. –compiladores- (1998). *Los procesos de la escritura. Hacia la producción interactiva de los sentidos*. Bogotá: Cooperativa Editorial Magisterio.
- Petit, M. (2008). *Lecturas: del espacio íntimo al espacio público*. Traducción de Miguel y Malou Paleo y Diana Luz Sánchez. Tercera Reimpresión. México, D. F.: Fondo de Cultura Económica: Espacios para la Lectura.
- Robledo, B. (2010). *El arte de la mediación. Espacios y estrategias para la promoción de la lectura*. Bogotá: Grupo Editorial Norma, Catalejo.
- Zaid, G. (2010). *Los demasiados libros*. Barcelona: Debolsillo.

8. ¿POR QUÉ LA NIÑEZ Y LA JUVENTUD POCO O NADA LEEN? *

La lectura debe ser una experiencia afortunada

La lectura es el soporte esencial sobre el cual la educación formal se afina, se afirma, sostiene y contribuye a la formación integral del educando para que pueda incorporarse a la sociedad, a la familia, al trabajo, a la cultura... con todo su bagaje de conocimientos, de capacidades, de destrezas, y sobre todo con todo el componente humanístico y científico que debe caracterizarle al escolar, de manera que cuando sea profesional, esté preparado para asumir la vida desde su mejor expresión intelectual, con un aporte creativo, investigativo, solidario, comunitario, para que desde su formación esté en condiciones de solucionar con pertinencia y moral cívica los problemas que a diario el ser humano los vivencia.

La lectura es, por lo tanto, el condimento intelectual que nutre la mejor expresión de la vida humana. Por eso se necesita –fundamentalmente- docentes que sean maes-

* Ponencia presentada en la Decimosegunda Edición del Encuentro sobre Literatura Ecuatoriana “Alfonso Carrasco Vintimilla”, *la palabra y sus poderes: una reflexión sobre las literaturas desde el Ecuador*, carrera de Lengua, Literatura y Lenguajes Audiovisuales de la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias de la Educación de la Universidad de Cuenca 20-24 de octubre de 2014.

tros en el arte de la lectura, no para transmitir conocimientos, sino para que sean mediadores ante sus alumnos al estilo de lo que sostiene Thomas Pavel: “Leer tiene que ver con la libertad de ir y venir, con la posibilidad de entrar a voluntad en otro mundo y salir de él” (citado por Petit 2009: 91) nutridos de esperanza, de confianza, de ideas creativas y ante todo con unas ganas infinitas para contribuir al desarrollo armónico, pacífico y de bien vivir con el que debe aprender a convivir nuestra naturaleza humana.

En este orden, la lectura no tiene que ser un adorno o un pasatiempo inútil o de mero cumplimiento de la educación formal; es la viva esencia de la formación, de la salvación intelectual y formal de cada individuo letrado, es decir, del maestro y del alumno que aprende a formarse como sujeto humano desde un mediador y promotor lector que sabe que su bagaje de conocimientos pedagógicos, científicos y humanísticos encaminan a su pupilo a apropiarse del texto, de la lectura, de su letras, de sus símbolos, de sus imágenes, en un medio para manifestar no lo que contiene el texto, sino para aprender a salir del caos, de las desilusiones y de los avatares de la vida.

Desde esta óptica, la lectura nos enseña a instalarnos como personas robustas de buenos sentimientos, de buenas emociones, de buenas acciones; y, sobre todo, para que nuestro ser no se quede muerto en vida, sino con ganas y deseos enormes, ahora sí, de hacer bien, por ejemplo, una tarea educativa no por cumplimiento sino porque se me ha dado una oportunidad para demostrar lo más granado de mi condición humano-intelectual.

La lectura, por consiguiente, debe ser una experiencia afortunada, incluso, “sea cual sea el medio en que vivimos y la cultura que nos vio nacer, necesitamos mediadores, representaciones, figuraciones simbólicas” (Petit 2009, p. 114) para que ese mundo de letras leídas desde la motivación más profunda nos permita asumir nuestras prácticas culturales desde la búsqueda y construcción de nuestro propio camino, en el cual nos demos cuenta que, desde

esta actitud, nos sentimos a gusto y que, por ende, nuestros proyectos de vida bien pueden ser asumidos para la validación de nuestra historia con estos seres –los libros– que están muy cerca de uno, atentos, listos para su contribución en la realización de nuestra vida interior.

Cuando la lectura llega al ser del lector

Toda persona alfabetizada dispone de las bases neurolingüísticas para leer encontrándole vida a las palabras. Esto sucede cuando se acude a un texto, sin escrúpulos, sin prejuicios, sin vergüenza, de manera que ese espacio de lectura se convierta en un espacio adecuado, cómodo, pensante, en donde ni el miedo, ni los nervios asustan a ese lector que con voluntad decide adentrarse en las páginas de un texto para salir robusto de ideas, de ilusiones, y con el serio compromiso de aprender a valorar la vida en sus múltiples manifestaciones.

Como señala Michèle Petit: “Sean cuales fueren las dificultades de la vida social o psíquica de un sujeto, siempre se puede esperar un nuevo despliegue de sus posibilidades si se le sabe escuchar y modificar la óptica desde la cual se ve esa persona”(2009: 38) para emprender en la aventura de leer, al inicio, quizá con serias, penosas o pequeñas dificultades; pero luego, con el talante que le caracteriza a cada sujeto, poder llegar a tener la firme convicción de que es posible sacarle partido a toda buena lectura.

Lo importante es que psíquicamente el lector esté en condiciones de llegar a sentir un profundo interés por lo que lee, acto sin el cual no es posible el “despertar sensible, intelectual y estético” (Petit: 49) que son, entre otros, asuntos básicos para que la lectura llegue a tener el mayor sentido de proyección humana.

Un lector no solo aprende y comprende; llega a sentir una lectura como se siente el amor del ser querido. Toda

palabra leída tiene que llegar a ser sentida, valorada, procesada interiormente. El autor nos está prestando su voz para que aprendamos a escucharlo, y esta escucha solo es posible si le prestamos toda la atención a esas palabras. Una atención que no se concentra solo en la cabeza, es decir en el intelecto, sino también en el corazón, en la sensibilidad.

Cada texto tiene que hacer mucho en la cabeza y en el corazón de un lector. El texto, desde una información determinada, se convierte en una colección de ideas y de vida que el lector aprende a valorar como fruto de una continua experiencia lectora; es decir, de un esfuerzo permanente para que esa palabra leída se encarne libremente en él. Se trata de una lectura que llega a tener su propia gravedad.

Un mismo texto puede suavizar, preocupar, embelesar, impactar, conmover o dejar profundamente preocupado a un lector que al poner su cabeza y su corazón en el texto lo promueve a la toma de una concentración admirable. La historia, es decir, el contenido de ese texto se adentra en las entrañas del ser lector. La historia, una vez metida en la “sangre” de ese lector que con tanta concentración lee es capaz de provocar reacciones muy peculiares, como la que apunta Michèle Petit, a propósito de una mujer que va leyendo en el metro: “Siempre leí en el metro, que tomo cada día para ir a mi trabajo. De ese modo me veo transportada a un lugar radicalmente lejano. Me acuerdo de un día en que estaba leyendo una aventura que se desarrollaba en el Polo Norte. Yo iba por la ventisca, en medio de los renos y los perros; estaba tan metida en la historia que de repente levanté la cabeza, vi a esa gente alrededor de mí... y por un instante pensé: ‘Pero ¿qué hacen todos ellos aquí?’”(p. 78).

En efecto, cuando hay una concentración de esta naturaleza, es porque la lectura ha llegado al ser del lector, a la más íntima esencia de su condición humana.

Análisis, interpretación y validación

Ahora bien, si la lectura nos favorece para ser más humanos, y sobre todo para aprender a proyectarnos para un auténtico bien vivir en comunidad, entonces, ¿por qué la niñez y juventud poco a nada leen? No lee quien no está motivado. A quien no le han dado las oportunidades para hacerlo, no lee. Y los causantes, fundamentales de que el niño y el joven no lean son los padres. El 50% de entrevistados así lo sostienen. Si el niño no ve leer a sus padres, no lee. Por lo tanto, en el hogar no hay las condiciones ni anímicas, ni materiales ni de acompañamiento para que el niño y el joven lean. El bajo nivel cultural, y quizá porque los padres todo lo delegan a los maestros, es que el contacto con los libros no tiene ninguna cabida en los hogares, sino solo para cumplir con una tarea, es decir, si se lee, se lo hace solo por obligación. En estas condiciones, la lectura se presenta como una tarea aburrida, cansada, sin sentido y sin cabida para el disfrute. En definitiva, así sepan leer y escribir todos los padres del mundo, no dejan de ser analfabetos funcionales mientras no se hayan preparado para leer asidua y permanentemente, de manera que con el ejercicio diario puedan motivar a leer a sus hijos. “Hacer de nuestros hijos grandes lectores es una conquista que solo es posible con esfuerzo y convencimiento, y que exige plantearse –sin desánimos- objetivos a corto o mediano plazo” (Lomas 2002: 21). Y para esta tarea, solo será posible si hay vocación, y muy difícilmente la han podido desarrollar una gran mayoría de padres de familia, algunos de los cuales ni siquiera tienen vocación para ser padres, peor para ser lectores con formación. Como muy bien señala Carmen Lomas Pastor: “Ser lector supone convertir la lectura en una necesidad vital, hacer de la lectura un hábito voluntario, una actividad elegida libremente, deseada y gustosa” (2002, p. 27). Si los padres de familia procediesen así, por supuesto que tendríamos niños y

jóvenes lectores, que de hecho sí los hay, aunque en un bajísimo porcentaje, y son aquellos privilegiados porque han logrado hacer de la lectura “una pasión, algo que envuelve a la persona entera y le comunica un deleite porque es una actividad auténticamente humana” (Lomas 2002: 39), poco comprendida por los padres de familia que no han logrado, por infinidad de circunstancias familiares, sociales, laborales y culturales, incorporar a la lectura como “una actividad deseada, voluntariamente elegida, algo que guste hacer y que se haga cuando no hay obligación de hacerlo (Lomas 2002, p. 43).

Otro porcentaje muy alto (18 entrevistados) de por qué no leen nuestros jóvenes apunta a los medios tecnológicos. Por supuesto, “la articulación de las tecnologías de la información y la comunicación –TIC- se constituye en un acontecimiento histórico-cultural sin precedentes (...), que penetra todos los dominios de la vida cotidiana y donde su centralidad es ser parte indisoluble de tal entretejido social. Tejido social caracterizado por los rasgos de la sociedad de la información tales como digitalización, virtualización, reticularidad, convergencia tecnológica, etc., dentro de una globalidad que interactúa telemáticamente a tiempo real pero que se encuentra llena de incertidumbres y contradicciones” (Fainholc 2007: 09); tecnología de la cual los niños y los jóvenes, especialmente, han hecho un “santuario” para el entretenimiento, para matar la soledad, para no sentir la ausencia de sus padres, para alejarse del mundo real en que viven, y sobre todo para retirarse de la educación formal de la lectura escolar que no les atrae por aburrida, y sobre todo porque no encuentran propuestas saludables en las que el niño y el joven se identifiquen con lo que leen. Por eso, más saludable, más entretenido, les parece cualquier medio tecnológico: la televisión, los celulares, Internet, y etc. de artefactos electrónicos que les son muy divertidos para jugar, para comunicarse con sus amistades, para leer imágenes, y sobre todo, para conectarse

virtualmente con otras personas y con otros mundos, menos con el suyo porque les es ajeno a una atmósfera de intimidad, de regocijo y de afecto, que es lo que buscan, debido a que, quizá, ni en el hogar ni en la escolaridad encuentran espacios para ser sino solo para estar.

También es alto el porcentaje de nuestros entrevistados, cuando trece de ellos sostienen que la niñez y la juventud no leen porque no tienen la adecuada orientación de los maestros. Los maestros, dicen, no están preparados para orientar a sus alumnos porque no leen, sino solo para buscar información y para evaluar esa información que le obligan a leer al educando. En estas condiciones, nuestros educandos no viven la lectura, sobreviven para cumplir, pero no para realizarse de manera que el entusiasmo y la pasión por leer los desborde. Aunque la culpa para que haya ausencia de lectores, no la tiene el maestro en sí. Argüelles lo dice con énfasis: “La escuela, es decir no los maestros, sino la institución burocratizada, finge que el problema de la no lectura le interesa, discurrea sobre el asunto, pero no tiene ninguna intención de abrirse a un cambio así sea mínimo para “desescolarizar” la lectura. En el momento en que hay algo que escapa a su control se siente ella misma, como institución, descontrolada, y no admite que un saber, que una capacidad, que un gusto incluso puedan escapar de la calificación y de la certificación. La escuela es un organismo donde, por defecto, el placer está prácticamente ausente” (2009: 205). Por esta razón, la lectura no aparece como prioritaria ni en los niños ni en los jóvenes, peor en los maestros que con facilidad se adaptan a la normativa escolar para cumplir y no para vivir una experiencia lectora en que junto a sus alumnos pueda conocerla y gozarla a plenitud.

Sin embargo, es esperanzador el punto de vista de seis entrevistados que dicen que nuestros niños y jóvenes sí leen, y muy bien. Solo es cuestión de motivarlos, de darles la oportunidad para que lean cosas que en verdad les interesen, que les llame la atención, por su edad. Quizá no

leen en el formato tradicional: el libro de papel, pero leen en otros formatos, digitales, especialmente. Esta afirmación corrobora lo que se ha dicho antes: claro que todos nuestros niños leen, y leerían mucho y bien si los padres de familia, los profesores y una buena orientación en la utilización de las TIC, los pudiera encaminar al logro de aquellos pocos que sí leen. Pues, “los niños criados en un ambiente familiar donde los libros y la lectura son algo ordinario y natural, tienen mayor facilidad para amar los libros, para sentir los libros cercanos a ellos” (Lomas 2002: 44-45) y poder leer experimentando el goce de la lectura.

En conclusión, y aunque aparecen otros pormenores que nuestros entrevistados puntualizan en torno a la ausencia de una buena lectura en los niños y en los jóvenes, tal como se puede apreciar en las 48 entrevistas, las tres causas mayores para que no lean, como ya queda demostrado, descansa en la atracción de las TIC y en la mala formación, apatía e indiferencia de los padres de familia y de los maestros que no han podido proponer (con las excepciones del caso) un contagio apasionado, y ante todo una afición por el libro y la lectura. Como es lógico, en estos casos, “es difícil llegar a ser ‘buen lector’ cuando no se cuenta con un ambiente familiar o un entorno propicios”.

Referencias bibliográficas

- Argüelles, J. (2009). *Si quieres... lee*. Madrid: Fórcola.
- Fainholc, B. (2007). *Lectura crítica en Internet. Análisis y utilización de los recursos tecnológicos en educación*. Buenos Aires: Homo Sapiens Ediciones.
- Lomas, C. (2002). *Cómo hacer hijos lectores*. Madrid: Ediciones Palabra S.A.
- Petit, M. (2009). *El arte de la lectura en tiempos de crisis*. Traducción de Diana Luz Sánchez. México, D. F.: Océano.

9. ¿QUÉ PASA CON AQUELLOS QUE SABIENDO LEER NO LEEN? *

¿Por qué no se lee?

Lo primero que en la escolaridad o en el hogar se debe hacer para atraer lectores de calidad humana, es evitar esos famosos “métodos de lectura” en los que al novel lector, después de leer le obligan a hacer una tarea, a desarrollar ejercicios y cuestionarios, y a que aplique infinidad de asuntos meramente mecánicos para que trabaje y estudie.

Así no se consigue lectores como si se tratase de “un ejercicio y una tarea; no se lee porque al alumno se le cuestiona; no se lee porque se le pide un resumen de lo leído; no se lee porque no se le permite escoger títulos, y no se lee porque no se discute la obra ni se analiza el contenido e interesa más cómo se llama el autor, dónde nació y cuáles son los personajes principales de su obra. Habrá excepciones, pero prevalece, en la mayoría de los casos, la ‘cuestionitis aguda’ en la metodología lectora que se ha implantado equivocadamente” (Robles 2006: 16) desde hace mucho tiempo, sobre todo en la educación básica y secundaria.

Estas son quizá las principales razones por las que no se consigue lectores, sino solo estudiantes apáticos que no saben para qué ni por qué hacen lo que hacen cuando de leer se trata; es decir, leer sin son ni ton sino solo para cumplir una tarea por obligación. Hecha la tarea no le

* Comunicación presentada en el XV Congreso Internacional de la Sociedad Española de Didáctica de la Lengua y Literatura, Valencia, España, del 19 al 21 de noviembre de 2014.

queda ningún deseo al alumno para volver a tomar un libro.

Hay otra razón enorme por la que no se consigue lectores: ni los maestros ni los padres de familia son lectores. Al no ser lectores no tienen nada bueno que ofrecer ni en mecanismos ni en ideas saludables para que sus alumnos e hijos se acerquen a leer con gusto un buen libro. Y quizá a esto se deba el tipo de métodos inhumanos e inútiles para hacerles leer a la fuerza.

Se suma, también, a esta triste realidad los “famosos” libros de texto, que por más que estén bien elaborados, son de una enorme limitación para conseguir lectores, puesto que en ellos no están los libros que se deben leer, sino apenas fragmentos que, descontextualizados de la obra base, no le dicen nada al estudiante. Y es en el libro de texto donde aparecen este conjunto de tareas aburridas que el alumno debe desarrollar, y que le sirven al profesor para tapar su pereza intelectual, dado que al tener el libro de texto como guía de trabajo no le interesa leer ninguna otra fuente bibliográfica. Para qué preparar una clase si sus alumnos se entretienen contestando las tareas que constan en el texto básico.

Y así, en los tres niveles de la educación escolarizada existen lecturas obligatorias, que por el método que los profesores imponen a sus alumnos, no generan lectores sino solo estudiantes: cumplida la tarea, se abandona el libro para siempre.

Si los padres de familia y los profesores fuesen buenos lectores, de hecho generarían, como sí sucede en algunos casos, buenos alumnos e hijos lectores, porque sabrían buscar mecanismos mucho más humanos, métodos y estrategias más adecuados para que un lector se acerque a un libro, por su voluntad; no desde la obligación, sino de aquellos lectores profundamente motivados, “de los que leen por el gusto de leer y no de aprender, los que recurren

a una novela o un cuento para disfrutarlo, no como un medio para obtener un fin, sino como un fin en sí mismo” (Robles 2006: 17).

Predisposición para leer

Una nación no progresa ni refleja el alto grado de su nivel cultural, tecnológico y científico por el ingreso per cápita de dólares que obtenga, sino por el ingreso per cápita de libros que produce y que cada ciudadano lee asiduamente.

Japón, Alemania y Francia, por mencionar a estos tres países, son sumamente desarrollados. Pues, sus niveles de lectura, es decir, de la población que lee, está entre el 91%, 60% y 57%, respectivamente (Robles 2006: 58).

Los beneficios que un país recibe gracias a la capacidad intelectual, emocional y espiritual que un ciudadano lector posee individualmente, y que luego logra desarrollar en comunión con el colectivo de su comunidad, se dan debido a que cada individuo que habitualmente lee conscientemente, es portador de las siguientes ventajas: predisposición para valorar y respetar todo lo que le es humano, desarrollo de la lengua materna para comprender el mundo que le rodea desde un adecuado manejo del vocabulario, de la ortografía, ortología, gramática, semántica y pragmática; desarrollo de la imaginación, concentración, comprensión, reflexión y actitud crítica. Sus conocimientos, su cultura y la predisposición para inclinarse por la investigación, la ciencia o las humanidades en general, son evidentes, puesto que su creatividad, e incluso su actitud ética, se potenciarán al más alto nivel. En definitiva, el orden del pensamiento, es decir, de la razón y del corazón se canalizarán debidamente para, desde esa actitud, contribuir al desarrollo del país.

Por supuesto que para llegar a los niveles de intelectualidad y de sensibilidad humana mencionados, se necesita

“enraizarnos en las tradiciones y aprender a valorar y respetar otras culturas, para entendernos y entender mejor a los demás” (Andricaín et al 2008: 14), y recorrer un largo trecho en esa experiencia lectora que de buenas a primeras no es fácil conseguir. “Leer es un arduo proceso que pone en tensión nuestro intelecto. No en balde José Martí sentenció, en el siglo pasado, que ‘leer es trabajar’” (Andricaín, et al 2008: 10) comprendiendo, descubriendo, interpretando, analizando, y sobre todo pensando en las formas de felicidad, de entretenimiento, de gozo y de compromiso personal que nos produce toda buena lectura.

No es la mera obligación ni el puro compromiso lo que nos lleva a leer. Hay una predisposición especial que en algún momento el individuo logra sentir porque se da cuenta de que se trata de un hecho de vida único, en cuyo ejercicio personal se busca una mejor manera para vivir creativamente. Claro está: no se aprende a leer desde el normativismo, ni desde la acción instructiva ni reduccionista, sino desde una actitud estimulante, profundamente humana, como un acto de amor y de comunicación. El lector tiene “la convicción de que la lectura es un ejercicio útil, que perfecciona el pensamiento, ennoblece el espíritu y hace avanzar al ser humano” (Andricaín, et al 2008: 18).

En efecto, el buen lector se apropia del valor de cada contenido, reflexiona acerca de su sentido, interioriza la intención que subyace en el discurso de cada texto en relación con sus sentimientos, sus creencias y emociones, y con el grado de su nivel cultural, cognoscitivo, afectivo y social.

Saber leer

Hay muchas razones por las cuales la gente no lee. Por lo regular se trata de personas sin ideales y sin optimismo para nada que no sea obtener poder y dinero a como dé lugar. Y de hecho, no lee el que no tiene mente positiva, y sobre todo aquel en que el optimismo se le ha enfermado

gravemente. Y si no hay deseo y ganas de luchar con el mayor esfuerzo frente a lo que debemos hacer bien, no es posible encontrarle plenitud a la vida.

Y si siempre estamos con el pretexto de que pasamos ocupados trabajando o absorbidos en la dura tarea de vivir, no va a ser posible que la lectura se convierta en un apasionante proyecto de vida que sirva para favorecer las condiciones de vida personales, de manera que la ciencia, la cultura, la investigación y la educación nos sirvan para fortalecer los valores superiores de la inteligencia intelectual y emocional.

Infinidad de investigadores se han dedicado al estudio del problema de la lectura. Son muchos los interrogantes y la preocupación en todos los niveles educativos, sociales, culturales e ideológicos en torno a la lectura, sobre todo porque a través de ella es posible que se pueda ejercer más humanamente la democracia, la libertad, la autonomía, la política, la religión, la ciencia e infinidad de valores humanos que pueden llegar a practicarse con rigor y transparencia en el ámbito del pensamiento y de las mejores acciones cotidianas de la vida, si tuviésemos como objeto de vida el tema de la lectura; sobre todo hoy en día en que, gracias a los medios tecnológicos, la información se la encuentra de inmediato, de manera que el buen lector sepa que esa cantidad infinita de información, debidamente seleccionada y procesada, la puede transformar en conocimiento, y luego en sabiduría para que le sea adecuadamente útil a él y a la sociedad en la cual ejerce a plenitud la presencia de su bien marcada humanidad.

Ningún ser humano si quiere vivir dignamente, debe desprenderse de estepreciado valor de la lectura. “El arte de leer debe ser entendido como la culminación de la capacidad que tiene el ser humano de unos signos para comunicarse y de intercambiar información con sus congéneres, en otras palabras, de vivir en comunidad, trascendiendo lo inmediato” (Parodi, et al 2010: 25).

Se puede hablar de la lectura como una herramienta tan vital, como el aire, el agua y el sol que son imprescindibles para que el ser humano pueda vivir. Y si a través de estos elementos conjuntamente con la alimentación material podemos vivir, aprendamos a vivir mejor con la alimentación espiritual de la lectura.

Ya lo dice Daniel Goldin: “La lectura es un acontecimiento, una experiencia que se vive en el tiempo, no sobre el tiempo, que es irrepetible y singular” (Rosemblatt 2002: 8). Y aunque a veces puedan faltar las condiciones materiales, las condiciones biológicas para leer están en casi todos los seres humanos: el cerebro y la vista, que son esenciales para que, dadas las condiciones educativas, sociales y culturales, estén en la capacidad de reconocer los signos gráficos, de comprender primero literalmente, luego inferencialmente y, finalmente, de valorar críticamente lo que leen.

Solo así será posible salvarnos de la marginación a la que estamos sujetos si no asumimos adecuadamente el valor de la lectura como una grata realidad que se la ejerce todos los días de la vida, y sobre todo para que su dignidad no sea socavada por nadie.

Análisis, interpretación y validación

Bajo estas consideraciones antropológicas favorables hacia una axiología de la lectura, son varios los puntos de vista de los 48 escritores en torno al problema de lo que les pasa a aquellos que sabiendo leer no leen. Algunos puntos de vista son coincidentes y acarrearán –según ellos– problemas personales no solo para el que no lee, sino inconvenientes sociales, sobre todo porque sin el aporte intelectual, que pudiera ser mucho más rico, más productivo, si leyeran, de hecho estarían contribuyendo de mejor manera al desarrollo educativo, cultural, productivo, económico y de investigación científica y humanística de la sociedad.

Lo más grave que les sucede –han aseverado los entrevistados- a los que sabiendo leer no leen, es su deterioro de deshumanización. Aunque Argüelles sostiene que “el problema de la deshumanización no reside exclusivamente en la falta de la lectura de libros. No es un problema de lectura; es un asunto de humanidad” (2009: 10). Así es: es un asunto de humanidad que de alguna manera se ve afectado por la falta de un adecuado desarrollo intelectual, emocional y espiritual, tal como a continuación destacamos lo más esencial de lo que han aseverado los entrevistados.

Si no se lee no se robustece el componente axiológico de nuestra condición humana. No se lee, se ha dicho, por varias razones: falta de hábito, no hay voluntad ni decisión personal, por pereza, por falta de tiempo, no tienen dinero para comprar textos, no están preparados para leer adecuadamente, la lectura toma tiempo, porque primero hay que satisfacer otras necesidades materiales; no leen por falta de un dominio lingüístico adecuado, creen que leer es aburrido, obligatorio y solo para cumplir tareas. La gente no lee porque la educación y la formación de los profesores no es la ideal; los no lectores no sienten la necesidad de conocer ni de investigar; no leen porque desconocen las maravillas que tiene el mundo; no leen porque hay otros entretenimientos mejores; no hay lectores porque los modelos de desarrollo social, político y educativo están alejados de nuestra realidad; no leen porque la tecnología los absorbe; porque se dejan llevar por la rutina; porque no tienen visión ni ideales de vida; porque han perdido el deseo de saber; no leen porque se han convertido en meros espectadores del mundo; no leen por preferir actividades más fáciles; y, fundamentalmente, no leen porque la sociedad no los ha preparado para ello; por lo tanto su vida se ha vulgarizado. De lo contrario, podrían apreciar que “los placeres de la lectura son múltiples. Se lee para saber, para comprender, para reflexionar. Se lee también por la belleza del lenguaje,

para emocionarse, para conmoverse. Se lee para compartir. Se lee para soñar y para aprender a soñar” (Morais 2002: 11).

Las consecuencias, por lo tanto, por no saber apreciar las maravillas personales que se desarrollan cuando se lee a satisfacción, son harto nefastas, según los entrevistados: estancamiento intelectual y emocional, analfabetismo funcional, ciudadanos mediocres, malos servidores, falta de riqueza espiritual, han perdido la oportunidad de comprender y explicar el mundo, su nivel cultural se deteriora, su capacidad creativa disminuye, piensan elementalmente, no están preparados para resolver los problemas del mundo, no pueden desarrollar adecuadamente su imaginación, son pocos sensibles ante los problemas humanos, pierden la oportunidad de ser mejores, su capacidad reflexiva disminuye, no hay dominio lingüístico a la hora de expresarse, estancan el ejercicio de la memoria, no pueden reflexionar ni tomar decisiones adecuadas, se convierten en parte de la gran masa: los manipulan porque no saben pensar con rigor. Pierden la oportunidad de conocer al prójimo, viven rezagados casi de todo, se vuelven ignorantes atrevidos, desperdician el tiempo en actividades que no les permiten crecer humana ni intelectualmente, han renunciado a crecer como personas, han desperdiciado su potencial intelectual que sí lo tienen, pierden la oportunidad de actualizarse y de realizarse personal, familiar y profesionalmente, pierden estadios de conciencia más elevados, se alejan de la realidad del mundo, no crecen humanamente, con lo cual “este respeto por el carácter único de la personalidad, unido al afán de perfeccionarla, constituye el logro más valioso de la cultura humana y representa justamente lo que hoy se halla en peligro” (Fromm 2007: 73): el deterioro de los valores humanos, porque, “de un modo u otro, les fallaron los mediadores sociales, les falló algo que no les habría debido fallar” (Montes 2002: 17) a este grupo

humano de no lectores que en Ecuador y América Latina es desmesuradamente grande.

Aunque, frente a esta aparente exageración de nuestros entrevistados, “bien vale moderarse, pues hasta las pasiones muy nobles, cuando se exacerban, nos conducen sin atajo al infernal cielo perfecto de los fanáticos: esos que te critican y te censuran y te molestan y te incordian todo el tiempo no solo porque no lees, sino, sobre todo, porque no lees lo que ellos leen” (Argüelles 2009: 14). Aunque no creo que sea este el caso de nuestros entrevistados; es más bien la preocupación personal al descubrir en carne propia que desde la lectura se puede contribuir positivamente para dar lo mejor de sí. Pues, “lo que hagamos por nosotros mismos lo hacemos por los nuestros, y si lo hacemos bien lo hacemos por los ‘otros’, que según las diferentes miradas también somos ‘nosotros’” (Bojorque 2004: 12).

Por supuesto que algunos entrevistados también sostienen que nada pasa si un lector sabiendo leer no lee; incluso alguno cree que la pregunta es exagerada; más bien, ha dicho, hoy se lee más porque hay diferentes medios (electrónicos) para hacerlo. Asimismo, otro entrevistado sostiene que todos leen: el problema está en la calidad; tampoco se debe discriminar a nadie porque no lee, se ha enfatizado. Argüelles nos ilumina al respecto cuando asevera que “nada hay más peligroso que hacer del verbo leer un imperativo bíblico (...) Si el afán de promover y fomentar la lectura de libros se convierte en religión, en eucaristía, acabaremos imponiendo generalizaciones y dogmas, porque nuestros deseos no siempre se acomodan a la realidad” (2009: 17). Y si, lamentablemente, alguno llega a leer por vicio, como una especie de opio, huyendo más bien del mundo real, o porque, al hablar de calidad, se adentra sin son ni ton en los medios electrónicos, sobre todo en Internet, este tipo de “lectores” “en la lectura no buscan ni ideas ni hechos, sino ese desfile continuo de palabras que les oculta el

mundo y su alma. De lo que han leído retienen poco con sustantiva médula; entre las fuentes de información no establecen ninguna jerarquía de valores. La lectura practicada por ellos, es totalmente pasiva; soportan los textos; no los interpretan; no les hacen sitio en su espíritu, no los asimilan” (Ibid: 19); por lo tanto se trata de una lectura que no los humaniza. Bien lo dice Pessoa, parafraseado por Argüelles: “El objetivo de la lectura de libros no está en los libros mismos sino en la mente y en el sentimiento del lector” (ibid: 23).

En conclusión, una persona que sabiendo leer no lee, ha perdido la oportunidad de tomar a la lectura como un instrumento de desarrollo personal, social y cultural, y por ende, ha perdido su derecho a formarse axiológica y antropológicamente como ser humano. Por consiguiente, tratándose de un grupo humano, apto para contribuir intelectual y emocionalmente al desarrollo social, constituye una enorme preocupación que debe ser remediada, buscando los mecanismos que sean posibles, personal y socialmente, para que se incorpore al grupo humano de lectores.

Referencias bibliográficas

Andricaín, S., Marín, F. y Rodríguez, A. (2008). *Puertas a la lectura*. Segunda Edición. Bogotá: Cooperativa Editorial Magisterio.

Argüelles, J. (2009). *Si quieres... lee*. Madrid: Fórcola.

Bojorque, M. (2004). *Lectura y procesos culturales: El lenguaje en la construcción del ser humano*. Bogotá: Palabra Magisterio.

Fromm, E. (2007). *La vida auténtica*. Traducción de Marta Pino Moreno. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica, S.A.

- Montes, G. (2002). "La formación de lectores y el llanto de cocodrilo". *Capítulo aparte: Revista sobre el tema de la lectura, 1*. Quito: Campaña de Lectura Eugenio Espejo y Casa de la Cultura Ecuatoriana Benjamín Carrión.
- Morais, J. (2002). "El desafío de la lectura". *Capítulo aparte: Revista sobre el tema de la lectura, 1*. Quito: Campaña de Lectura Eugenio Espejo y Casa de la Cultura Ecuatoriana Benjamín Carrión.
- Parodi, G. –coordinador-. (2010). *Saber leer*. Buenos Aires: Instituto Cervantes y Ediciones Aguilar.
- Robles, E. (2006). *Si no leo, me-a-burro. Método para convertir la lectura en un placer*. México, D.F.: Debolsillo.
- Rosenblatt, L. (2002). *La literatura como exploración*. Traducción de Victoria Schussheim. México, D. F.: Fondo de Cultura Económica: Espacios para la lectura.

10. GOZO Y SUFRIMIENTO AL LEER Y ESCRIBIR*

Leer no es fácil

A pesar de los nuevos medios de comunicación y con toda la tecnología que poco a poco se va imponiendo hasta en el más humilde de los ciudadanos, el libro seguirá afirmando y confirmando su nobleza de pensamiento y por ende su influencia en el desarrollo cultural de las personas, y no tanto porque sean muchos o pocos los libros que un ciudadano tenga que leer, sino porque el libro tiene algo que decirle a cada lector.

El principio evangélico que sostiene que son muy pocos los escogidos en medio de tantos convocados, es pertinente para el caso del libro. Todo aquel que conoce el código alfabético tiene acceso al libro y por ende está en condiciones, desde la lectura, de aportar culturalmente en bien de su comunidad; sin embargo no es así.

Son pocos los llamados a cumplir una tarea lectora acertada y de compromiso humano. Abundan los buenos libros, pero no todos conocen de esa abundancia. Son muy pocos los que saben que tal o cual libro es portador de una buena nueva.

Estos pocos lectores vienen a constituir un núcleo selecto. Son los que han decidido no dejarse marginar por la realidad. Son los que han llegado a constatar, luego de un bien trazado itinerario lector, que “los libros son como una

* (Ponencia para la mesa de diálogos “Goce y sufrimiento al leer y escribir”, VII Feria Internacional del Libro, Quito 2014, Ministerio de Cultura del Ecuador, del 21 de noviembre al 01 de diciembre de 2014).

conversación, y no es cierto que cualquiera pueda seguir todas y cualquiera de las conversaciones, entrando y saliendo en cualquier momento” (Zaid 2010: 55). A eso se debe que, como en los evangelios, son muy pocos los que pueden adentrarse a conversar con el libro.

Aunque todos sepan leer y escribir, no todos están en condiciones de saber conversar con el libro. Hay libros tan interesantes pero que no les dice nada a cientos y a miles de personas que quizá nunca llegarán a saber lo que es disfrutar con la lectura de tal o cual libro porque, como reitera Gabriel Zaid: “Aprender a leer es un proceso de integración de totalidades de sentido” (2010: 55) que no es tan fácil asumir así nomás, como si se tratase de estar tomando un vaso de agua.

La persona que no logra encontrarle ese “gustito” especial que la lectura tiene, no va a poder leer por más que sin ningún tropiezo pase revista, con sus ojos, a cada una de las letras y de las palabras del texto.

La lectura no entra solo por los ojos, así como no basta con solo mirar a una persona para enamorarse de ella. Así como son pocos los verdaderos amantes, es decir, los que aprenden a disfrutar y a valorar a la persona amada, asimismo son pocos los que sí saben leer un libro.

Por eso es que un libro, por más que se venda, en realidad se vende poco porque son pocos los que saben disfrutar de él. En verdad, muy pocos lograrán conversar auténticamente con ese texto; es decir, muy pocos le habrán sacado el máximo provecho a esa conversación lectora.

Por esta razón, no todos los libros se leen por igual. “Un libro se lee al paso que marca el lector” (Zaid 2010: 63). Se podría pensar que porque un estudiante va a clases, ya sabe leer; sin embargo no es así. Quizá las grandes masas de estudiantes, sobre todo universitarias, que de por sí se convierten en un grupo privilegiado, por el hecho de estar directamente en contacto con el libro, son los que menos han aprendido a leer un libro. Son muy pocos los que han podido marcar un buen paso lector. Esta minoría

es la que podrá establecer, luego, las pautas más idóneas para un auténtico desarrollo humano y social.

Somos lo que leemos

¿Qué lugar puede ocupar la lectura en la vida de un ser humano letrado? ¿Le basta con ser letrado para que sea lector? ¿Qué gana un ser humano con ser lector? y la respuesta será erudita o no según la experiencia que cada individuo tenga en el mundo de la lectura.

Hay experiencias demasiado frustrantes en algunos ciudadanos que en su educación escolarizada no pudieron disfrutar de la lectura porque los métodos rigurosos, excesivamente didactistas del profesor, los llevaron más bien a pensar que la lectura es un castigo.

En otros casos, qué gratificante que les resulta a ciertos ciudadanos el haber aprendido a leer para disfrutar y para conocer el mundo desde la más plena autonomía de su quehacer humano. Estas personas, desde su más absoluta libertad pueden decir: somos lo que leemos.

Y aunque nadie sabe leerlo todo, por más buen lector que sea, sí es posible asumir “la lectura como uno de los pocos vicios nobles que podemos oponer a los muchos vicios innobles en un tiempo en el que la nobleza de aspiraciones se ha convertido tan solo en un discurso más” (Argüelles 2009: 9). Para otros lectores, la lectura les significa estar vivos, pletóricos de ilusiones y dispuestos para enfrentar el problema de la deshumanización a la que tanta gente se ve sometida por falta de ideales para enfrentar la vida con una buena dosis de humanidad.

Y desde el ángulo de la libertad bien entendida, que es quizá uno de los valores más plenos de humanismo, “quienes frecuentamos los libros, leemos lo que nos da la gana, lo que nos place y nos llena y lo que corresponde, de manera lógica, a nuestro contexto social, económico y cultural” (ibid: 11).

Por consiguiente, el lugar que la lectura ocupa en un ser humano letrado, reside también en lo que Daniel Cassany y Cristina Aliagas Marín sostienen cuando afirman que “desde una mirada sociocultural, leer es una actividad situada, enraizada en un contexto cultural, que está interrelacionada con otros códigos (habla, iconos), que se rige por relaciones de poder y que sirve para desarrollar las prácticas sociales de la comunidad. Leer y comprender es ‘participar’ en una actividad preestablecida socialmente: requiere adoptar un rol determinado, aceptar unos valores implícitos y un sistema ideológico o reconocerse miembro de una institución y una comunidad” (Cassany 2009: 16-17).

Desde esta óptica, se puede afirmar que leer no es fácil. Se trata de una actividad intelectual y emocional que se la va logrando día a día, a veces desde la más plena soledad, desde el silencio más profundo que es el que nos motiva a pensar y a reflexionar lo que hemos leído, pero en relación a esta mirada sociocultural antes aludida, la cual es tan decidora porque, en verdad, entran en juego no solo un conjunto de habilidades, sino un componente de valores socioculturales y antropológicos que generan comportamientos muy especiales y únicos en cada lector.

Al respecto, esta es la opinión de uno de los más lúcidos lectores contemporáneos, el mexicano Juan Domingo Argüelles: “Que lean los que quieran y cuando quieran, y si no quieren leer que no lean. Lo único sensato y noble que podemos hacer es estar ahí, cordiales y sin moralizaciones ni imposiciones, cuando decidan probar a qué sabe la lectura” (2009: 14).

En verdad, en la medida en que más probemos a leer, nos daremos cuenta del valor que una práctica lectora tiene para saber qué es lo que produce en la conducta y en el accionar humano de cada individuo lector. Y como el mismo Argüelles sostiene, amparándose en una cita del

psiquiatra Thomas Lewis: “Todo libro cobra vida en ese lugar luminoso en el que las mentes se cruzan y los corazones se encuentran” (ibid. p. 14).

Leer exige pensar

Leer exige infinidad de situaciones personales, sociales y culturales. Ningún texto, sea de la naturaleza que sea, tiene una sola interpretación de lectura. Cada lector, y dependiendo de su formación y del contexto en el cual se desenvuelve, para entender el texto que lee, en el proceso de la lectura va aportando su propia cultura y el nivel de conocimientos previos que tiene para abordar esa lectura. Un texto, por lineal y objetivo que sea, está revestido de la ideología y del punto de vista que adopta el autor a la hora de escribir ese texto. La tarea del lector, entre otros factores, consiste en comprender esa ideología y ese punto de vista del autor. No es cuestión de recorrer la vista por cada una de las palabras que aparecen linealmente ordenadas en la página o en la pantalla, según sea el género y el formato en que se esté leyendo.

A la par que descodificamos el alfabeto, aplicamos el conocimiento lingüístico que de la lengua tenemos, las destrezas cognitivas y las prácticas culturales y sociales que nos acompañan. Con este conjunto de elementos aprendemos a comprender un texto.

Y como cada lector tiene su particular formación para ver y analizar la vida, y verse a sí mismo, existen múltiples interpretaciones a la hora de abordar un texto. El punto de vista que un lector tiene no es el mismo con respecto a otros lectores. Y, ante todo, como sostiene Cassany: “Las letras no tienen la precisión y la objetividad de las cifras; las palabras y las expresiones cargan con las connotaciones culturales de cada lugar; un mismo lector puede entender de maneras diferentes un mismo texto, en momentos diferentes de su vida, porque tiene conocimientos previos” (2009: 50).

Por lo tanto, un lector no solo que aprende a comprender un texto desde esta realidad, sino que aprende a leer críticamente cuando toma conciencia de todos estos hechos. El lector debe saber que su interpretación es una más en medio de tantas otras, y que ninguna es más o es menos que otra interpretación.

Y quizá la riqueza de esta multiplicidad de interpretaciones radica en que al conocer otras interpretaciones, aprendemos a conocer mejor el texto leído.

Apropiarse de un texto, entonces, al menos desde el nivel de comprensión, “es entender las ideas principales, el contenido, la intención del autor, lo que pretende” (ibid: 42). En este “reconocimiento entre la identidad impuesta por otros y la identidad que uno mismo descubre, se encuentra, según creo, el actor de leer” (Manguel 2004: 47).

El acto de leer, por tanto, nos remite especialmente a aprender a pensar. Como señala Ernesto Martín Peris: “No basta con descodificar las palabras de un texto o con inferir los implícitos y recuperar su significado; también tenemos que saber para qué sirve ese texto, cómo se utiliza, qué deben hacer los lectores y los autores, qué se hace después de leerlo, cómo conviene reaccionar, etc.” (Citado por Cassany 2009: 65).

Por estas exigencias, y que por supuesto son muy gratas, aún no hay lectores suficientemente preparados. Como sabemos, se trata de un largo proceso, muy gratificante y enriquecedor, que se aprende a asumirlo en la medida en que aprendemos a descubrir nuestra condición humana desde el disfrute de la lectura de los más excelsos libros que la literatura ha logrado crear con un muy bien marcado acierto.

El tiempo de lectura

El ser humano es ente de sueños, de proyectos, de fantasías, de imaginación, de valores, y sobre todo está lleno de una enorme creatividad que lo motiva y lo lleva, gracias

al desarrollo de su inteligencia, a crear todo cuanto hoy vemos y tenemos a mano para disfrutarlo y vivirlo de conformidad con nuestras maneras para asumir la vida en sociedad.

Dentro de este componente humano de fluida creatividad está el valor de la lecto-escritura. Es enorme la cantidad de libros que se han escrito a lo largo de toda la historia humana.

Todo texto escrito, sea de la índole que sea, es un proyecto de vida, y por ende un proyecto de lectura para quien lo lee. El vigor que un texto tiene es de suma trascendencia. En él se lee el mundo, la vida, quienes somos, en donde estamos y para qué estamos.

En este orden, toda lectura, y en especial la de la literatura, filosofía y teología, nos introduce en un tiempo y espacio propios, dado que la experiencia de cada lector le posibilita una felicidad especial y una libertad que le producen un “vasto espacio de transgresión” (Petit 2008: 51) gracias a la multiplicidad de posibilidades creativas que el lector tiene para consciente o inconscientemente percibir un devenir psíquico de revelaciones, de ensueños, de paz, de rebeldía, de aciertos, de disfrute, de compromiso; y, ante todo, porque desde la lectura es posible llegar al otro, abrirse a los demás para ampliar su horizonte y el nuestro con una visión del mundo que nos permite introducirnos en él de una manera diferente. El mundo nos espera, y desde la lectura nos sentimos mejor equipados para enfrentarlo y no sentirnos excluidos.

Por consiguiente, el tiempo de lectura, el que dedicamos a leer, es un tiempo de vida, de fortalecimiento personal. Se trata de un empleo útil del tiempo. En el tiempo de lectura nos sometemos a un texto con plena libertad para descubrir sus valores. Se trata de una “actividad por medio de la cual uno se vuelve propietario de un saber, de una cantidad de conocimientos o, en términos más modernos y más descarnados, de una cantidad de información” (Zuleta, 1985: 33) que nos sirve no tanto para memorizarla

sino para pasar “de una humanidad hecha por el texto a una humanidad que hace el texto” (Fethi Benslama, citado por Petit 2008: 59) en un lector que desde una recepción muy particular repara en lo leído para asumir una actitud ante el mundo.

Desde esa actitud lectora le damos un nuevo sentido experiencial a la vida de uno y a la de alguien, porque podemos con más facilidad tener una apertura hacia el otro. Desde la lectura podemos volvernos agudamente críticos, rebeldes y modestamente creativos; pero, ante todo, aprendemos a crear y mantener dignamente nuestro propio espacio, íntimo y altamente reparador humanísticamente, en virtud de que, como sostiene Petit: “La lectura es una vía de acceso privilegiada hacia ese territorio de lo íntimo que ayuda a elaborar o sostener el sentimiento de la individualidad, al que se liga la posibilidad de resistir a las adversidades” (2008: 69).

Y es este sentimiento de la individualidad el que nos permite fortalecer nuestra personalidad, una manera de ser especial que un buen lector tiene para aportar creativamente y comprometerse con el valor de lo humano.

La lectura es un espacio de libertad

Hay un trabajo síquico, enorme, profundo, placentero y de compromiso cuando se lee bien. Se trata de un espacio que el lector logra crear en torno al objeto del libro. Este espacio es libre porque el lector lo busca a propósito. Libre porque puede recorrer a sus anchas cada página del libro y elegir el tema que le plazca leer. Y este espacio es tan bien creado porque el lector lo disfruta sin ningún peligro. Se trata de un disfrute que surge desde el momento en que se sumerge en las páginas del texto.

Concentración, disfrute, espacio y tiempo son elementos que protegen al lector. Desde estos elementos, con absoluta libertad el lector se abandona a la fantasía, a la recreatividad de lo que lee y a la realidad que el texto ha

creado exclusivamente para deleite y libre participación del lector.

Desde esta óptica aparece un trabajo síquico enriquecedor, humano, auténtico, pleno, sorprendente, de asombro y de descubrimiento de circunstancias singulares que el lector las asume no solo para trazar su destino de lector sino para trazar su propia condición humana; pues, la lectura se ha convertido para ese lector en ocasión para marcar su destino de otra manera muy diferente a la que si no leyera.

Ese territorio íntimo que el lector ha conquistado desde su entera voluntad para viajar metafóricamente a lo largo de la historia del discurso textual que el autor ha creado, le permite al lector, desde dentro del texto, abrirse a lo lejano, a otras perspectivas, a otros puntos de vista que le permiten acercarse a su realidad desde una óptica en la que le es posible recorrer ya no el mundo del texto sino su propio mundo para analizarlo, revisarlo y asumir una práctica de riesgo que consiste, a veces, en desbaratar sus propias certezas y acoplarse a una nueva realidad que puede ser dulcemente doliente, porque el lector tratará de escaparse de un determinado vínculo social que le era familiar y cómodo hasta que desde el impacto de la lectura, se siente voluntariamente motivado para asumir paulatina o abruptamente otras formas de comportamiento, nuevos espacios de emancipación que apuntarán a la reconstrucción de su propia idiosincrasia personal y cultural.

Es verdad, desde el espacio de la lectura, que si bien puede ser un disfrute, un deleite y hasta una hermosa diversión, lo cierto es que hay por delante mucho trabajo síquico, pero libremente asumido. Desde la lectura el lector se construye y se reconstruye a sí mismo, y se apuntala para un nuevo enfoque de criterios, de actitudes, de ideas y de modos de pensar frente a su entorno y al de los demás.

Y como tradicionalmente se dice que se lee para ser culto, es más bien la oportunidad que el buen lector tiene

para acceder a bienes culturales diversos en el que las ganas de ser culto no le interesan propiamente, sino la de poder experimentar algún grado de emoción frente a la posibilidad de descubrir cosas novedosas, diferentes a las ya establecidas.

Esa emoción, ese impacto, ese nuevo enfoque que desde la lectura el lector asiduo recibe, le transporta a ver su entorno y el del prójimo, de otra manera; y por eso se siente libremente comprometido a crear sus propios hábitos: un espacio en donde le es posible ir labrando su propio destino.

La lectura es una tarea de sentido

De entre tantas montañas de letras que tiene un texto, su objetivo es producir algún tipo de sentido hasta en un lector poco experimentado que en medio de miles y miles de gráficas que sus ojos captan, descubre alguna frase que le impacta, que le conmueve y que, por ende, al haber entrado en lo más hondo de su conciencia, le marcará la vida, si no es para siempre, al menos para que influya, de alguna manera, en el trayecto de su existencia.

Por eso, si queremos que nuestra existencia humana tenga un sentido adecuado, la escritura sigue siendo una de las mejores maneras que el ser humano ha encontrado para simbolizar, a través de un texto, todo el conjunto de su experiencia creativo-intelectual y espiritual para que los demás puedan leer todo este arsenal de riqueza que desde una lectura adecuada sigue siendo una de las mejores maneras que intelectualmente tenemos para satisfacer el deseo de saber, de relatar y de poetizar el conocimiento y las diferentes emociones que en un texto el lector puede descifrar.

No importa que el modo de leer sea inocente, subversivo, rebelde, iconoclasta, neutral, objetivo, subjetivo, etc.; lo que importa es el modo de interpretación individual que exige del lector una discusión con el texto, de conformidad

con el historial humano-cultural-formativo y social que tenga el lector para pensar, interpretar y criticar un texto.

Que la gente no lee porque exige un esfuerzo intelectual que le provocará algún tipo de conflicto, es verdad: por eso hay pocos lectores. Y es que el hecho de leer es trabajar para construir sentidos a través de las variadas significaciones que a vista y paciencia de un trabajo arduo de interpretación un lector puede descifrar, no tanto lo que dice el autor, sino lo que el lector puede descubrir con un marcado esfuerzo, no del momento lector, sino de todo su historial humano.

Si la lectura exige esfuerzo, concentración, voluntad e interés para “dejarse afectar, perturbar, trastornar por un texto del que uno todavía no puede dar cuenta, pero que ya lo conmueve” (Zuleta, 1985: 25), entonces, la lectura no es fácil. Por eso son muchos los individuos, como dice Michele Petit, que prefieren levantar el vuelo hacia otros placeres (2008: 39) y no aterrizar en la lectura porque creen que de ella no sacan nada bueno.

La lectura, por lo tanto, no es una tarea fácil. Exige un esfuerzo permanente de movilización mental, de acomodo, de adaptación, de cambios, de puntos de vista, de preguntas abiertas que encaminan al lector no para que adquiriera simplemente información, diversión o mera recreación, sino por “la exigencia de valor, de audacia y de arriesgarse a ser descubridor” (Zuleta, 1985: 28) de formas de vida al estilo de lo que alguna vez sostuvo Nietzsche cuando argumentaba que un lector “es aquel que es capaz de permitir que el texto lo afecte en su ser mismo, hable de aquello que pugna por hacerse reconocer, aún a riesgo de transformarle, que teme morir y nacer en su lectura, pero que se deja encontrar por el gusto de esa aventura y de ese peligro”, según la acertada paráfrasis de Zuleta (1985: 28).

En todo caso, la lectura siempre será un espacio privilegiado, propio, íntimo y privado porque nos permite descubrir, desde la interpretación, nuestro mundo interior, no sin

el enorme esfuerzo activo de nuestra actividad psíquica para apropiarnos de lo que leemos desde una cuestión quizá no resuelta pero que nos “permite discernir –según Marcel Proust- aquello que, sin ese libro, quizá no habría visto en sí mismo” (Petit 2008: 48).

La lectura es, por consiguiente, una tarea de sentido, sobre todo porque nos promueve a ser los autores de nuestro mejor destino.

Referencias bibliográficas

Argüelles, J. (2009). *Si quieres... lee*. Madrid: Fórcola.

Cassany, D. –compilador- (2009). *Para ser letrados. Voces y miradas sobre la lectura*. Barcelona: Paidós Educador.

Manguel, A. (2004). *Vicios solitarios. Lecturas, relecturas y otras cuestiones éticas*. Traducción de Eduardo Hojman. Madrid: Fundación Germán Sánchez Ruipérez.

Petit, M. (2008). *Lecturas: del espacio íntimo al espacio público*. Traducción de Miguel y Malou Paleo y Diana Luz Sánchez. Tercera Reimpresión. México, D. F.: Fondo de Cultura Económica: Espacios para la Lectura.

Zaid, G. (2010). *Los demasiados libros*. Barcelona: Debolsillo.

Zuleta, E. (1985). “Conferencia sobre la lectura”. En Bustamante, G. y Jurado, F. –compiladores- (1998). *Los procesos de la lectura. Hacia la producción interactiva de los sentidos*. Bogotá: Cooperativa Editorial Magisterio.

11. ¿QUÉ SE NECESITA PARA DESARROLLAR EL HÁBITO LECTOR? *

Saber leer

Hay muchas razones por las cuales la gente no lee. Por lo regular se trata de personas sin ideales y sin optimismo para nada que no sea obtener poder y dinero a como dé lugar. Y de hecho, no lee el que no tiene mente positiva, y sobre todo aquel en que el optimismo se le ha enfermado gravemente. Y si no hay deseo y ganas de luchar con el mayor esfuerzo frente a lo que debemos hacer bien, no es posible encontrarle plenitud a la vida.

Y si siempre estamos con el pretexto de que pasamos ocupados trabajando o absorbidos en la dura tarea de vivir, no va a ser posible que la lectura se convierta en un apasionante proyecto de vida que sirva para favorecer las condiciones de vida personales, de manera que la ciencia, la cultura, la investigación y la educación nos sirvan para fortalecer los valores superiores de la inteligencia intelectual y emocional.

Infinidad de investigadores se han dedicado al estudio del problema de la lectura. Son muchos los interrogantes y la preocupación en todos los niveles educativos, sociales, culturales e ideológicos en torno a la lectura, sobre todo porque a través de ella es posible que se pueda ejercer más humanamente la democracia, la libertad, la auto-

* Ponencia presentada en el Primer Encuentro Internacional de Lectura y Escritura Académicas... en la Universidad de Cuenca, llevado a cabo del 14 al 16 de enero de 2015.

nomía, la política, la religión, la ciencia e infinidad de valores humanos que pueden llegar a practicarse con rigor y transparencia en el ámbito del pensamiento y de las mejores acciones cotidianas de la vida, si tuviésemos como objeto de vida el tema de la lectura; sobre todo hoy en día en que, gracias a los medios tecnológicos, la información se la encuentra de inmediato, de manera que el buen lector sepa que esa cantidad infinita de información, debidamente seleccionada y procesada, la puede transformar en conocimiento, y luego en sabiduría para que le sea adecuadamente útil a él y a la sociedad en la cual ejerce a plenitud la presencia de su bien marcada humanidad.

Ningún ser humano si quiere vivir dignamente, debe desprenderse de este preciado valor de la lectura. “El arte de leer debe ser entendido como la culminación de la capacidad que tiene el ser humano de unos signos para comunicarse y de intercambiar información con sus congéneres, en otras palabras, de vivir en comunidad, trascendiendo lo inmediato” (Parodi, et al 2010: 25).

Se puede hablar de la lectura como una herramienta tan vital, como el aire, el agua y el sol que son imprescindibles para que el ser humano pueda vivir. Y si a través de estos elementos conjuntamente con la alimentación material podemos vivir, aprendamos a vivir mejor con la alimentación espiritual de la lectura.

Ya lo dice Daniel Goldin: “La lectura es un acontecimiento, una experiencia que se vive en el tiempo, no sobre el tiempo, que es irrepetible y singular” (Rosemblatt 2002: 8). Y aunque a veces puedan faltar las condiciones materiales, las condiciones biológicas para leer están en casi todos los seres humanos: el cerebro y la vista, que son esenciales para que, dadas las condiciones educativas, sociales y culturales, estén en la capacidad de reconocer los signos gráficos, de comprender primero literalmente, luego de inferir y, al final, de valorar críticamente lo que leen.

Solo así será posible salvarnos de la marginación a la que estamos sujetos si no asumimos adecuadamente el valor de la lectura como una grata realidad que se la ejerce todos los días de la vida, y sobre todo para que su dignidad no sea socavada por nadie.

¿Por qué no se lee?

Lo primero que en la escolaridad o en el hogar se debe hacer para atraer lectores de calidad humana, es evitar esos famosos “métodos de lectura” en los que al novel lector, después de leer le obligan a hacer una tarea, a desarrollar ejercicios y cuestionarios, y a que aplique infinidad de asuntos meramente mecánicos para que trabaje y estudie.

Así no se consigue lectores como si se tratase de “un ejercicio y una tarea; no se lee porque al alumno se le cuestiona; no se lee porque se le pide un resumen de lo leído; no se lee porque no se le permite escoger títulos, y no se lee porque no se discute la obra ni se analiza el contenido e interesa más cómo se llama el autor, dónde nació y cuáles son los personajes principales de su obra. Habrá excepciones, pero prevalece, en la mayoría de los casos, la ‘cuestionitis aguda’ en la metodología lectora que se ha implantado equivocadamente” (Robles 2006: 16) desde hace mucho tiempo, sobre todo en la educación básica y secundaria.

Estas son quizá las principales razones por las que no se consigue lectores, sino solo estudiantes apáticos que no saben para qué ni por qué hacen lo que hacen cuando de leer se trata; es decir, leer sin son ni ton sino solo para cumplir una tarea por obligación. Hecha la tarea no le queda ningún deseo al alumno para volver a tomar un libro.

Hay otra razón enorme por la que no se consigue lectores: ni los maestros ni los padres de familia son lectores. Al no ser lectores no tienen nada bueno que ofrecer ni en

mecanismos ni en ideas saludables para que sus alumnos e hijos se acerquen a leer con gusto un buen libro. Y quizá a esto se deba el tipo de métodos inhumanos e inútiles para hacerles leer a la fuerza.

Se suma, también, a esta triste realidad los “famosos” libros de texto, que por más que estén bien elaborados, son de una enorme limitación para conseguir lectores, puesto que en ellos no están los libros que se deben leer, sino apenas fragmentos que, descontextualizados de la obra base, no le dicen nada al estudiante. Y es en el libro de texto donde aparecen este conjunto de tareas aburridas que el alumno debe desarrollar, y que le sirven al profesor para tapar su pereza intelectual, dado que al tener el libro de texto como guía de trabajo no le interesa leer ninguna otra fuente bibliográfica. Para qué preparar una clase si sus alumnos se entretienen contestando las tareas que constan en el texto básico.

Y así, en los tres niveles de la educación escolarizada existen lecturas obligatorias, que por el método que los profesores imponen a sus alumnos, no generan lectores sino solo estudiantes: cumplida la tarea, se abandona el libro para siempre.

Si los padres de familia y los profesores fuesen buenos lectores, de hecho generarían, como sí sucede en algunos casos, buenos alumnos e hijos lectores, porque sabrían buscar mecanismos mucho más humanos, métodos y estrategias más adecuados para que un lector se acerque a un libro, por su voluntad; no desde la obligación, sino de aquellos lectores profundamente motivados, “de los que leen por el gusto de leer y no de aprender, los que recurren a una novela o un cuento para disfrutarlo, no como un medio para obtener un fin, sino como un fin en sí mismo” (Robles 2006: 17).

Sin lectura no hay cultura

La educación escolarizada tiene su base en la lectura. Toda actividad educativa implica leer, sobre todo si queremos que esa actividad sea altamente formativa. Bien sabemos que la educación, a la par que es instrucción, es esencialmente formación. Por lo tanto, si no hay buenos lectores, muy difícilmente puede haber una buena educación.

Si el éxito de la educación está en la lectura, entonces démosles libros y más libros a los estudiantes. Parecería que esa fuera la solución, pero no es así. El asunto, como dicen los especialistas, no está en la lectura sino en el lector.

Para ser lector se necesita de buenos mediadores. ¿Cómo puede un niño ser lector si no ve leer ni a sus padres ni a sus maestros? Si el niño no aprende a encontrarle sentido a lo que lee, no lee. Si cree que solo debe leer para dar un examen o una evaluación oral o escrita, jamás va a encontrar gusto ni a sentir interés por la lectura. Lo que es más, si el niño no entiende el mundo, si no comprende la realidad en la que vive, y si ni los maestros ni los padres lo han educado en el valor de la vida, nunca comprenderá el valor de un texto ni sabrá que el texto dice muchas cosas, pero que contiene muchas otras que no constan en él, y que el lector debe aprender a descubrirlas.

Como sabemos, la lectura empieza por ser literal, pero luego es esencialmente inferencial y crítico-valorativa. Por eso, en primera instancia, lo que obtenemos al leer es una visión comprensiva del mundo a partir de la realidad que nos rodea. El lector principiante tiene que aprender a descubrir que la lectura, antes que textual, es cultural: familia, escuela y sociedad influyen enormemente en el desarrollo lector.

Los mediadores deben sentirse felices de haber conseguido un lector cuando descubren que ese novel lector lee por placer. Si esto se logra se ha conseguido ya un lector

para siempre: un lector que si no logra ser feliz en los demás acontecimientos de su vida, al menos lo será cuando lee, y sobre todo porque pensará que es una de las experiencias más significativas de su vida. En este orden, la lectura imprime un signo perdurable no solo de felicidad sino de libertad intelectual y de trascendencia porque habrá salido de la vida pobre o de la pobre vida a la que está condenado aquel que carece de libros; pues, sin libros, es decir, sin lectura, no hay cultura.

En cambio, cuando más leemos, más nos damos cuenta que nuestro compromiso con la vida, es decir con uno y con el prójimo, debe ser siempre más serio y de compromiso para valorar la vida entera en general.

Cada libro es, como dice el Evangelio, vida en abundancia, porque nos vincula al mundo ya sea en el orden educativo, cultural, científico, literario, filosófico, religioso, artístico, sociológico, etc. Por la lectura llegan a nuestro mundo, a nuestra realidad, muchos mundos y muchas vidas exquisitas que quizá no los podremos llegar a vivir en la realidad, pero sí a disfrutarlos en nuestro mundo de sueños, de ideales, de proyectos y de horizontes cargados de vida, porque nos permitirán aprender a vivir de otra manera, o al menos un poco mejor de lo que estamos viviendo. Y eso, porque, como dice Jorge Luis Borges: “El libro es extensión de la memoria y de la imaginación”.

El contexto de lectura

Se lee bien no solo cuando se pronuncia bien y se hace las pausas adecuadas que el texto tiene, sino cuando se alcanza un grado profundo de comprensión.

Y la comprensión funciona, entre otras cosas, cuando hay un acto intencionado, un propósito puntual y objetivos funcionales que pueden ser de tipo académico, intelectual, emocional, cultural, económico y social, los cuales “se ar-

ticulan en diversos contextos situacionales y suelen establecerse con anterioridad a enfrentar el texto” (Parodi et al 2010: 74).

De otra parte, ¿qué estrategias utiliza el lector a la hora de leer? ¿En qué género está leyendo? ¿Para qué está leyendo? ¿Cómo debe leer lo que está leyendo? ¿Qué consigue con lo que lee? ¿En qué condiciones físicas y anímicas se encuentra cuando lee? De hecho, como sostiene Parodi et al: “El lector posee una serie de conocimientos de diversa índole así como una batería de estrategias, las que puede poner en juego en el marco de algún o algunos objetivos de lectura que decida perseguir o que el contexto le lleve a identificar” (2010: 73).

Si el lector no tiene conciencia de estos elementos para ponerlos en práctica, muy difícilmente va a poder entender un texto. Por lo tanto, el contexto de lectura, el cual hace referencia a la cultura y al entorno físico del sujeto lector, es vital, porque en orden a cada uno de sus elementos: conocimientos previos, intención, propósito, objetivos, texto, discurso, género y estrategias, surgirá un determinado tipo de comprensión, y luego sí la apreciación crítico-valorativa a la que debe llegar el lector que desea adquirir, desde la lectura metalingüística, una amplia cultura, bien sea intelectual, científica, técnica, literaria, filosófica, teológica y/o humanística en general, dependiendo de sus intereses lectores personales y profesionales.

Y es que, antes de leer, hay que considerar el contexto de lectura. Al menos el lector preocupado de lo que lee sabe que el texto que va a leer debe someterlo a las preguntas arriba señaladas; de lo contrario el texto no le merecerá ningún tipo de atención.

Aunque también es cierto que para una adecuada comprensión, “muchas veces es la propia imagen como lector la que podría impedir alcanzar una comprensión profunda del texto, más que la falta de dominio de estrategias eficientes” (Parodi et al 2010: 95). Y esto sobre todo porque, a decir del mismo Parodi et al: “Las estrategias apuntan a

procedimientos cognitivos y lingüísticos de diversa índole que cada lector, de modo particular, lleva a cabo con el fin de cumplir un determinado objetivo cuando enfrenta una tarea de lectura” (2010: 97).

En todo caso, todos los procedimientos que el lector lleva a cabo para comprender un texto desde una representación mental que con un estilo muy personal, él construye, es lo que se denomina estrategia. Se trata, por lo tanto, de una conducta especial, muy particular, que orientada por la cultura, la instrucción y la formación permanentes, y sobre todo por los objetivos propuestos del lector, logra un fin determinado, porque adquiere, con unos valores propios y desde un esfuerzo muy personal, la construcción de un adecuado constructo mental debidamente procesado, para que sepa qué es lo que está leyendo.

Análisis, interpretación y validación

Luego de esta breve reflexión, ahora sí, apelo a la experiencia lectora de este grupo ecuatoriano de escritores que nos dieron su aporte no tanto para “hablar de la necesidad de propiciar y fomentar un ‘hábito de la lectura’, sería mucho mejor y más razonable facilitar y promover una ‘afición’ por los libros y la lectura” (Argüelles 2009: 20). Por lo tanto, quiero empezar este análisis con una frase contundente de Daniel Pennac: “El verbo leer no tolera el imperativo” (1992: 11). Y esta es la preocupación de al menos el 30 por ciento de los entrevistados que sostienen que jamás se puede desarrollar el hábito lector si se obliga a leer. El mandato de los profesores, en su mayoría, ha sido siempre el de una lectura obligada. Algunos entrevistados sostienen que los profesores, en quienes está el “deber” de “obligarlos” a leer a los alumnos para que disfruten, no lo logran porque ellos (los profesores) no son lectores, por lo tanto utilizan recursos didácticos no adecuados. Por eso insiste Pennac: “¡Qué pedagogos éramos cuando no nos preocupábamos por la pedagogía!” (1992: 19).

“Leer, evidentemente, es otra cosa. ¡Leer es un acto!” (ibid: 23) que solo es posible que otros, en especial los niños, empiecen a cultivarlo desde muy tierna edad a través de una práctica constante, y sobre todo con el ejemplo, han dicho más de un 30 por ciento de entrevistados. Ejemplo que debe ser visto por los niños cuando ven leer a sus padres. “Hacer de nuestros hijos grandes lectores es una conquista que solo es posible con esfuerzo y convencimiento, y que exige plantearse –sin desánimos- objetivos a corto y mediano plazo” (Lomas 2002: 21), desde el ejemplo lector de los padres y de los profesores de educación básica, principalmente.

Por eso, otro de los componentes de preocupación de nuestros entrevistados para llegar a tener el hábito en la lectura, está en la motivación, en la disciplina, en el tiempo que se le dedique, en la voluntad, en la decisión y sobre todo en la selección de los libros que desde la infancia deben aprender a leer nuestros niños, gracias a un buen mediador y promotor: maestros y padres de familia, fundamentalmente. “En esos inicios es muy importante que las primeras lecturas sean atractivas, capaces de llamar y mantener la atención y el interés del lector novel; que su lenguaje –vocabulario, estilo...- se adecue a su edad” (Lomas 2002: 20).

Otros asuntos de vital importancia que señala el grupo de entrevistados para que haya un adecuado hábito lector, radica en la selección de los libros. Por supuesto, un principiante no podrá seleccionar un buen libro, por eso el papel del maestro y de los padres de familia, han dicho, es de primer orden para que al niño se le dé el texto adecuado, sobre todo de cuentos –dicen los entrevistados- de historietas que pueden ser contadas y leídas, en un inicio, para atraer la atención del novel lector, de manera que esa historia le abra “un mundo lleno de tentaciones y secretos” (Kohan, 1999: 13); así, este lector principiante, suficientemente motivado, se dé cuenta que vivir la lectura es leer el mundo: “Ya en el territorio del texto, un lector es un ser

activo porque el libro no lo da todo hecho, invita a imaginar, a explorar el mundo, proporciona las claves para encontrar respuestas que no nos da la vida” (Kohan, 1999, pp. 17-18).

Otras recomendaciones que nos dan los entrevistados para un buen hábito lector, es decir, para que haya afición, vocación para leer, consiste en leer y leer con voluntad y disciplina hasta que se haya logrado la costumbre de leer, buscar textos que los inciten a leer por placer y no por necesidad, mejorar la autoestima para posesionarse del conocimiento, empezar por lo fácil, crear ambientes adecuados, despertar la curiosidad con temas amenos, que los profesores sean creativos y no coercitivos, que se propicie una buena educación y una buena cultura, enseñarles la lectura como una forma de disfrute y no de obligación, que se fije horarios adecuados y progresivos en el uso del tiempo, que se lea solo lo que interesa, crear una rutina diaria, que las lecturas sean de acuerdo a la edad, que se logre despertar la curiosidad, y tener ganas de escaparse de la realidad cotidiana para ir en busca del libro, tal como se va en busca de lo amado, de lo querido, de lo aceptado y de lo altamente valorado, de manera que, a decir de Blanchot, “la lectura se convierta en la cercanía, en la aceptación maravillada de la generosidad de la obra (...)” (Kohan, 1999: 25).

En conclusión, la clave para desarrollar el hábito lector, la afición por la lectura, sobre todo a tempranas edades, “está en evitar que el libro le huela a tarea, a estudio, a trabajo e, incluso, a castigo” (Robles 2006: 20). Que los padres de familia y los profesores, como los inmediatos medidores de los niños, deben enseñarles a leer al estilo de lo que muy bien señala una de las escritoras entrevistadas, Solange Rodríguez Pappe: “Padres acostumbrados a la lectura que vuelvan al libro un objeto tan cercano como un osito de peluche”. En efecto, este amor apasionado por los libros está primero en los mediadores que al

conocer el efecto del “osito peluche”, gracias al conocimiento que tienen de los grandes y apasionantes libros de la literatura infantil, puedan revertir este efecto a cada niño. Cuando a un niño le llega el libro adecuado, se produce lo que señala Eduardo Robles: “Incursionaron en un mundo que hasta entonces les estaba vedado, y al descubrirlo de ese manera, libremente, se enamoraron de los libros y de su lectura. Se engancharon a ella por convicción y no por imposición y, cuando esto ocurre, se da para toda la vida. Siguen leyendo” (2006: 22). La convicción, el interés, el libro adecuado, en el tiempo adecuado y sin actitudes “pedagogizantes” de parte de los mayores, el hábito, la afición, y lo más hermoso, hablando axiológica y antropológicamente, el interés por la vida humana, desde la vida del libro, habrá nacido para siempre. “Es sorprendente comprobar cómo un niño o un adolescente se expresa abiertamente sobre el contenido de una lectura libre que, por propia decisión y convicción, leyó el día anterior. Narra la trama, opina, describe pasajes que le impactaron y vuelca las emociones y los sentimientos que esa historia le provocó” (ibid: 26).

Referencias bibliográficas

- Argüelles, J. (2009). *Si quieres... lee*. Madrid: Fórcola.
- Kohan, S. (1999). *Disfrutar de la lectura*. Barcelona: Plaza Janés Editores, S.A.
- Lomas, C. (2002). *Cómo hacer hijos lectores*. Madrid: Ediciones Palabra S.A.
- Parodi, G. –coordinador-. (2010). *Saber leer*. Buenos Aires: Instituto Cervantes y Ediciones Aguilar.
- Pennac, D. (1996). *Como una novela*. Bogotá: Grupo Editorial Norma.

Robles, E. (2006). *Si no leo, me-a-burro. Método para convertir la lectura en un placer*. México, D.F.: Debolsillo.

Rosenblatt, L. (2002). *La literatura como exploración*. Traducción de Victoria Schussheim. México, D. F.: Fondo de Cultura Económica: Espacios para la lectura.

12. EL PODER DE LA VOZ Y LA LITERARIEDAD VISUAL DE LAS IMÁGENES EN LA LECTURA*

El poder de la voz en la lectura

Tener voz es tener identidad. La palabra le permite al ser humano afianzarse en el mundo. La voz es existencia, afirmación y relación consigo y con el mundo. Por supuesto que, como sostiene Evelio Cabrejo Parra: “Es imposible tener una voz si antes no se ha oído hablar a alguien” (citado por Petit, 2009: 51). La voz de la madre, especialmente, es la que nos llega, la que nos forma, la que nos confirma nuestra existencia en el mundo.

En el hogar, un susurro, un arrullo, un cántico, la firmeza, la delicadeza, las modulaciones, el ritmo, la intención de la voz para el que escucha, le enseña a sentirse valioso, tomado en cuenta. Las palabras aparecen sonoras, sobre todo con muchos gestos de ternura. En estas condiciones, la madre y el padre al darle una vida biológica al hijo, con la voz le están dando un sentido a su vida. Cuando los padres comparten la sonoridad de la palabra, el hijo sabe que está recibiendo la sabiduría de la vida, la esencia misma para saber existir y aprender a relacionarse humanamente.

* Ponencia presentada en el Primer Encuentro Internacional de Literatura Infantil, Riobamba, Ecuador del 8 al 10 de abril de 2015; en Investiga IV UTPL, en mayo de 2015; y, en el Segundo Congreso Internacional de Lectura y Escritura en la Sociedad Global, Universidad del Norte, Barranquilla, Colombia, del 10 al 12 de junio de 2015.

Ese grupo de sonidos que el niño escucha permanentemente, lo vuelven sensible y acto para adaptarse a los placeres y también al rigor de la vida. Saber escuchar es saber vivir. Un niño que no ha logrado sentir la delicadeza de las palabras no le resulta fácil adaptarse a las exigencias de la vida.

La voz, por lo tanto, es generadora de vida, incluso es captada por el niño en el mismo vientre de su madre, antes de que nazca; y desde que nace “el bebé oye, capta en las voces que escucha los rasgos acústicos que devolverá en forma de eco cuando produzca sus primeras sílabas bajo la forma de ‘ta-ta-ta’ y ‘ma-ma’” (Petit 2009: 52). Así, su actividad psíquica va adquiriendo el significado correspondiente que le habilita para defenderse en la vida.

Y esta defensa y afianzamiento ante la vida, a través de la voz, es mucho más fructífero cuando de aprender a leer se trata. El niño aprende a leer con mucha más facilidad a la hora de enseñarle el código alfabético, cuando su madre ha sido capaz de contarle o de leerle una historia. Para los buenos lectores, el gusto por la lectura nació y se fructificó en esta relación maternal de la voz. El hábito y la vocación surgen gracias a esta gratificante relación: desde la voz de su madre, el niño se da cuenta que leer, por lo tanto, vale la pena.

En este orden, “antes del encuentro con el libro está la voz de la madre, o a veces del padre, en ciertos contextos culturales, de la abuela o de otra persona a la que le es confiado el niño, y que lee o cuenta historias” (Petit 2009: 55). En estos casos, en la escolaridad, lo único que hace el profesor es afianzar, a través del conocimiento del código alfabético, el gusto por la lectura, y ante todo el sentido que va construyendo paulatinamente.

Por lo tanto, la riqueza significativa de la voz es impactante para el futuro lector: “Las historias que se le leen al niño antes de dormir le permiten soportar mejor la oscuridad, la separación de sus padres, el miedo a perderlos, y a morir” (Petit: 53). Estos son los efectos de la voz, de la

palabra que escuchada, “trasciende la literalidad de las palabras” (Pazo 2011: 9), y que luego cuando el niño esté ya en condiciones de leer por su cuenta, llegará a confirmar que “el sentido de una obra no está solo en sus palabras sino en los valores e implicaciones que esconde” (Pazo 2011: 9), y que con facilidad este lector, formado primero en la oralidad, podrá descubrir y oírlas en el libro que lee.

La lectura en la escolaridad

Es verdad que la labor del maestro sigue siendo muy significativa a la hora de alfabetizar a los niños que acuden a la escuela básica. Sin embargo, salvo las excepciones del caso, no ha sido posible que los maestros logren formar lectores que con el mayor agrado seleccionen por su cuenta el libro para leer. El lector que ha logrado llegar a leer con entusiasmo, con pasión, no ha sido porque en la escolaridad llegó a contagiarse de ese entusiasmo lector, tan importante para que la lectura se convierta en una vocación.

Todo buen maestro, como es lógico, busca los mecanismos pedagógicos más adecuados para que el alumno aprenda a leer, y lo logra, pero solo hasta que domina el código alfabético en los primeros años de escolaridad; luego, en vez de ascender en la escala lectora, sufre un estancamiento. Ese novel lector no llega a valorar la lectura como una puerta de entrada a la cultura, al conocimiento, a la satisfacción y a la adquisición de un código axiológico que le permita llegar a valorar la vida desde una consideración profundamente humanista y, por ende, de oportunidad para llegar a bien vivir.

Es tan triste el papel del “letrado” escolarizado que una vez que logra concluir sus estudios, jubila prácticamente para siempre el contacto con la escritura. Más bien considera como un alivio el haber abandonado por fin una práctica lectora de la cual nunca supo sacarle provecho para

vivir sino solo para llegar a cumplir unos requisitos “académicos” para aprobar a regañadientes la malla curricular de su carrera, bien sea al término de la educación básica, del bachillerato o de la universidad.

¿Por qué un alumno casi nunca se entusiasma cuando su profesor le propone que lea? ¿Cómo lograr para que el lector de la escolaridad, en todos sus niveles, se entusiasme con lo que lee? ¿Qué debe hacer para que se concentre leyendo, y viva la lectura desde su realidad interior, tal como se concentra el niño pequeño que muy atento escucha a su maestro o a sus padres cuando les leen o les cuentan una linda historia? Si el maestro tiene nobles propósitos al practicar la actividad lectora con sus alumnos, ¿por qué, entonces, les cuesta formarse como lectores? El maestro ve a “la literatura como una actividad que fomenta la comprensión, la tolerancia, los valores morales, el amor por la belleza, y que ayuda a entender la relación entre el género humano y la naturaleza” (Sarland 2003: 24). ¿No son estos, acaso, objetivos muy nobles para formar lectores?

Sin embargo, hay muchas razones para pensar por qué los alumnos no han logrado incorporar a la lectura como un hecho de vida a pesar de los buenos esfuerzos en la escolaridad. Una, y muy fuerte, es la de llegar a entender que la lectura es como el amor: no acepta imposiciones. Es un acto de libertad. Nuestros alumnos se convierten en no lectores porque provienen de la obligación escolar: “Libros obligatorios que no nos enseñan a ser más humanos ni a convertirnos en mejores personas, sino en ‘mejores estudiantes’, técnicamente ‘más competitivos’ pero humanamente, con bastante frecuencia, menos capacitados para comprender y compartir el goce y el dolor de los demás y con los demás” (Argüelles 2009: 113-114).

Leer o estudiar solo para ser ‘mejores estudiantes’ no forma lectores, y sobre todo, porque desde esta penosa realidad, el disfrute, que es el primer requisito para ser lector, no aparece.

Texto e ilustración

Así como el libro a través de la lectura y de las palabras muestra una parte de la realidad del mundo, la ilustración también se muestra al mundo comunicando algo del mundo. La ilustración tiene un alfabeto de formas, de colores, de imágenes, de dibujos y de líneas que comunican infinidad de novedades visuales importantes, de trascendencia, o a veces de poca importancia, pero que operan en el plano afectivo proyectando diversas situaciones en un lector-observador que sabe que esas ilustraciones no solo representan una parte del texto, sino que, al igual que la lectura de palabras, es posible disfrutar, conmoverse, deleitarse y proyectarse inferencialmente, más allá de lo que literalmente podría interpretarse.

En la literatura, sobre todo, el impacto de las imágenes en un texto preparado para niños, la imagen es contundente. Al igual que la historia narrativa o poética de las palabras, las imágenes también le cuentan al niño lector muchas cosas y de manera muy diversa y sorprendente.

Stephens sostiene “que las ilustraciones cuentan muchas cosas al lector y muchas de ellas con un claro contenido axiológico: el discurso de los libros ilustrados está orientado hacia una construcción social particular de la representación de la realidad. La mayoría de libros ilustrados instruyen implícitamente a la audiencia en un proceso interpretativo que necesita de la comprensión del código del libro ilustrado, y que también incluye la ubicación del sujeto determinando la suya propia en el mundo” (citado por Obiols 2004: 14).

Ninguna imagen está adrede en el texto. No solo que representa la realidad del libro, sino que contribuye a una mejor comprensión y valoración del texto leído. Por supuesto que no se puede comprender un texto solo leyendo las imágenes. Si el lector-observador evita las palabras, la ilustración puede engañarnos e incluso hacernos pensar

ideas equivocadas. Texto e ilustración ayudan a la comprensión y nos proyectan a una valoración más certera de esos contenidos que nos identifican con el mundo, con su belleza y con nuestra riqueza emocional.

La ilustración no es una mera decoración o un simple adorno: la intención del ilustrador es la de representar al texto. Al respecto, “la ilustración debe decir más que el texto o decir menos e incitar al lector a pensar más. Esta es la razón de su existencia; lo que determina su calidad. Otros, más poéticos, dicen que las ilustraciones convierten ‘el verbo en color, la frase en línea, la poesía en luz o lo arbitrario en perspectiva’, además de tratarse de una compleja y excitante forma de arte” (Obiols 2004: 28).

En efecto, al igual que el texto, “la ilustración es un lenguaje artístico y la razón de su existencia radica en su relación con el texto. Compañero al que clarifica, explica, pero, al mismo tiempo, lo elabora y decora” (Obiols 2004: 29).

Los atributos decorativos y los rasgos y formas que representan una parte del texto, convierten a la ilustración en un lenguaje artístico cuya realidad recoge un concepto de representatividad que sirve para facilitar la comprensión del texto, de manera que, desde la mirada del lector, el texto quede iluminado, vitalizado, y el disfrute gracias a los detalles artísticos de la ilustración, sea el mejor canal para enriquecer nuestra educación artística.

El libro álbum

Con la evolución de los libros ilustrados nació el libro álbum aún como una especie de género en construcción, aunque ya hay un buen recorrido artístico en torno al potencial creativo que los ilustradores han hecho posible en los libros destinados al público infantil, y “cuya gramática común permite reconocer algunos elementos de expresión plástica que determinan diferentes niveles de significación en las ilustraciones de libros para niños” (Díaz 2009: 15).

En el libro álbum intervienen artísticamente diferentes códigos: el texto, la ilustración, la fotografía y el diseño, a más del aspecto físico del libro, cuyo formato, tamaño y papel determinan “la participación activa del lector para la construcción de significados” (Díaz 2009: 14).

El libro álbum tiene la intención de acercar al niño desde la lectura de las palabras a disfrutar de la lectura de las imágenes que, artísticamente ilustradas, le sirven para entretenerse y para formarse intelectual y axiológicamente desde la construcción de los significados que pueda generar.

Como sostiene Hanán Díaz, parafraseando a Hoffmann: “Las imágenes son una forma de lenguaje más directo, cuya fuerza de convicción proviene de lo que ellas mismas transmiten: ‘El niño aprende viendo, le entra todo por los ojos, comprende lo que ve. No hay que hacerle advertencias morales. Cuando le advierten: Lávate, cuidado con el fuego, deja eso, ¡obedece!, el niño nota que son palabras sin sentido. Pero el dibujo de un desarrapado, sucio, con un vestido en llamas, la pintura de la desgracia, de la despreocupación, le instruyen más que lo que se pueda decir” (2009: 44).

También tiene mucho sentido lo que alguna vez señaló Comenius: “Las imágenes son la forma más inteligible de aprendizaje que los niños puedan observar” (Díaz 2009: 20). Es evidente, en este caso, la imagen como motivo para apoyar la enseñanza en la educación básica.

Ahora bien, el libro álbum solo tiene sentido si se “hace vivo” en las manos del lector. Y esto sucede, entre otros aspectos, cuando hay un buen texto y un conjunto de ilustraciones artísticamente bien logradas. Y para que esta realidad sea tal, no solo está la mano del escritor y del ilustrador, sino la del editor. “El libro álbum es un genuino producto editorial ya que cada propuesta es el resultado de una cadena de decisiones importantes que disponen una serie de significantes para que un lector pueda construir significados” (Díaz 2009: 90-91).

Así, el libro álbum se vuelve vivo en manos del lector: las imágenes, el texto y las pautas de diseño gráfico tienen un valor muy significativo para que el lector pueda disfrutar plenamente.

Por lo tanto, “el libro álbum se reconoce porque las imágenes ocupan un espacio importante en las superficies de las páginas; ellas dominan el espacio visual” (Díaz 2009, p. 92), y por “una estructura narratológica, es decir, una estructura capaz de contar algo a través de los distintos elementos que lo componen” (Díaz 2009: 97): el diálogo, la descripción y la poesía completan la sabrosa experiencia de leer un libro álbum. “La lectura, como tradicionalmente la concebimos, nos impone dictatorialmente una dirección lineal. La palabra escrita se ordena en secuencias, como la música, como el cine. Sin embargo, las ilustraciones exigen una lectura espacial (Díaz 2009: 103).

La lectura espacial

Los libros álbum y todo texto que contenga imágenes, no se leen en una sola dirección lineal: de izquierda a derecha y de arriba hacia abajo. Por supuesto, las palabras se leen a renglón seguido, y pueda que el lector atento se detenga en algún renglón, se regrese, se adelante; sin embargo, con estas pausas, la lectura sigue siendo lineal.

Empero, el momento en que aparece una imagen, la lectura de esa ilustración cambia: el lector se detiene en esa imagen. Esa detención es lo que le da al lector la gran oportunidad para leerla espacial y no linealmente. Si la lectura de las imágenes fuese lineal, no habría posibilidad para el disfrute ni para la comprensión.

Leer espacialmente implica un cierto grado de tensión; por supuesto, se trata de una tensión que nos prepara para el disfrute. Por un lado está la lectura lineal que la vista, comandada por el cerebro, sigue a cada palabra y a cada renglón y, por otro lado, la vista que se detiene al mismo tiempo para leer la imagen a través de una aguda atención

en la que “las ilustraciones invitan a detenerse, a mirar cuidadosamente, a fijarse en los detalles, a descubrir signos. A mi juicio, este es uno de los rasgos más significativos y genuinos del libro álbum: su continua pugna entre lo lineal y lo ubicuo, entre la sucesión y la suspensión” (Díaz 2009: 24).

La sucesión que empuja al lector a la lectura lineal, y la suspensión que lo invita a fijar la mirada y la atención en el centro, arriba, abajo, a los lados, en un punto y en todos lados al mismo tiempo; en fin, la vista empieza a “marearse” desde esa lectura espacial aparentemente desordenada por el movimiento continuo de la vista, pero que inevitablemente hay que llevarla a cabo, incluso para la comprensión de la lectura lineal del texto.

En la lectura espacial no solo interviene activamente el ojo que mira y observa atentamente. Como sostiene Geneviève Patte, al referirse al niño lector cuando tiene en sus manos un libro con ilustraciones: “Con todo su cuerpo, el niño pequeño lee y se expresa. Así podemos ver cómo recibe espontáneamente el libro, cómo lo vive. Podemos notar cómo recorre el libro, se detiene en una imagen, regresa a ella. Lo vemos tomar y retomar siempre el mismo libro y esto nos invita a ver más de cerca. ¿Qué es lo que lo cautiva así? La palabra del niño brota libremente, cuestiona y nosotros nos maravillamos. El niño es decididamente un lector refinado” (2011: 57).

En verdad, lo que tenemos que hacer es aprender a ser lectores refinados, con gusto, maravillados. Para el pequeño lector que empieza a formarse como gran lector, pueda que al inicio le canse la lectura lineal; de ahí la enorme importancia de la lectura espacial, atenta, detenida, entretenida, sobre todo en el mundo de la infancia. Incluso, desde la lectura espacial se pone freno al “peso de lo ‘pedagógico’, que con frecuencia obstaculiza el descubrimiento del placer de leer” (Patte 2011: 59).

Se aprende a vivir la lectura desde lo lineal y espacial en la medida en que las palabras y las ilustraciones le permiten al lector adentrarse en el territorio de su más genuina experiencia íntima; pues, “la lectura más fértil es aquella que llena los vacíos que cada libro, cada texto y cada imagen nos ofrecen. La lectura es un proceso de reconstrucción, de completar vacíos, de llenar silencios” (Díaz 2009: 113).

La literariedad visual de las imágenes

Tal como sucede con la lectura de las palabras, en donde no es posible que haya una misma interpretación para todo lector, con las imágenes sucede lo mismo: “No todos ven lo mismo en la misma imagen” (Obiols 2004: 54).

Y está bien que así sea puesto que la lectura de una ilustración depende de las particulares circunstancias educativas y culturales del lector para ver e interpretar el mundo. Pues, al igual que el código alfabético tiene sus propios elementos para construir un texto escrito, “las imágenes representan un sistema o un lenguaje donde actúan diferentes unidades. Una de ellas es la de los indicios, los detalles que nos adelantan parte de un contenido” (Díaz 2009: 113), y de otros componentes que conforman todo un código de interpretación como el de la composición plástica que a través de diversas técnicas: anilina, acuarela, tinta, plumilla, guache, carboncillo, tiza, rotulador, lápiz, fotografía, collage, aerografía, acrílico, témpera, óleo, pastel, cera, tinte mecánico, computador y otras que conforman un lenguaje y un estilo propios, contribuyen para que el lector pueda extraer su propia riqueza personal.

El color, la línea, la composición, aportan también con una particular propuesta axiológica, como por ejemplo, cuando el ilustrador propone, desde el color, “valores arbitrarios, esto es, cuando no se corresponden con la realidad. En este caso son utilizados a voluntad del artista para

generar sentimientos, sensaciones o significados simbólicos” (Díaz 2009: 129) que el lector sabe valorar, ante todo porque conoce que “la ilustración se integra como parte de un contexto, se inserta dentro de una historia. Por lo tanto, el ilustrador no hace una selección directa de la realidad misma; trabaja sobre una segunda realidad que es el texto escrito” (Díaz 2009: 122).

Como sabemos, no es lo mismo ver, por ejemplo, un cuadro artístico colgado en la pared, que ver una ilustración dentro de un texto escrito. Gracias al texto escrito el lector puede adentrarse con facilidad en la llamada literariedad visual: “Esa asombrosa capacidad que tienen los lectores para interpretar el lenguaje de las imágenes estáticas y las imágenes en movimiento, sus convencionalismos y los diferentes niveles de sentido que ellas aportan” (Díaz 2009: 159), de manera que el lector queda involucrado no solo por la dirección lineal que el código alfabético impone, sino por la lectura espacial que mueve al lector a “construir parte del sentido que propone ese triunvirato entre texto, imágenes y soporte físico, como nunca antes lo había hecho el libro” (Díaz 2009: 160), de manera especial el libro álbum que es el que “se caracteriza por hacer dialogar a los textos y a las imágenes en una relación cooperante, de manera que el texto no puede ser entendido sin las imágenes y viceversa” (Díaz 2009: 160).

La literariedad visual, por lo tanto, es de una especial riqueza porque permite adentrarse en el mundo de las imágenes; pues, aparte de los valores estéticos y morales que ellas puedan representar, tiene la capacidad “de transmitir mensajes completos, mediante un sistema complejo que incluye narratividad, unidades semánticas, estructuras, ritmos” (Díaz: 146) que le posibilitan al lector el deleite de interpretaciones axiológicas similares a las que se activan en la lectura alfabética.

En conclusión, La riqueza significativa de la voz del adulto le permite al niño, en el campo de la lectura, llegar

a tener emociones equilibradas, identidad, y aprende a relacionarse consigo y con el mundo.

En la escolaridad, aunque el maestro busca los mejores mecanismos pedagógicos para que el niño aprenda a comprometerse con el mundo de la lectura, conforme avanza en los años de estudio, sufre un estancamiento y la lectura se convierte en una actividad obligada, aburrida, sin sentido y sin trascendencia.

Hay muchas razones para pensar por qué los alumnos no han logrado incorporar a la lectura como un hecho de vida a pesar de los buenos esfuerzos en la escolaridad. Una, y muy fuerte, es la de llegar a entender que la lectura es como el amor: no acepta imposiciones. Es un acto de libertad.

El problema actual es leer o estudiar solo para ser ‘mejores estudiantes’. Esta realidad no forma lectores, y sobre todo, porque desde esta penosa situación, el disfrute, que es el primer requisito para ser lector, no aparece.

Así como el libro a través de la lectura y de las palabras muestra una parte de la realidad del mundo, la ilustración también se muestra al mundo comunicando algo del mundo.

Las ilustraciones cuentan muchas cosas al lector y muchas de ellas con un claro contenido axiológico.

El discurso de los libros ilustrados está orientado hacia una construcción social particular de la representación de la realidad

Ninguna imagen está adrede en el texto. No solo que representa la realidad del libro, sino que contribuye a una mejor comprensión y valoración del texto leído.

El momento en que aparece una imagen, la lectura de esa ilustración cambia: el lector se detiene en esa imagen. Esa detención es lo que le da al lector la gran oportunidad para leerla espacial y no linealmente.

Si la lectura de las imágenes fuese lineal, no habría posibilidad para el disfrute ni para la comprensión.

Para el pequeño lector que empieza a formarse como gran lector, pueda que al inicio le canse la lectura lineal; de ahí la enorme importancia de la lectura espacial, atenta, detenida, entretenida, sobre todo en el mundo de la infancia.

Lo interesante es que desde la lectura espacial, según Patte, se pone freno al “peso de lo ‘pedagógico’, que con frecuencia obstaculiza el descubrimiento del placer de leer”.

El color, la línea, la composición, aportan también con una particular propuesta axiológica, como por ejemplo, cuando el ilustrador propone, desde el color, “valores arbitrarios, esto es, cuando no se corresponden con la realidad. En este caso son utilizados a voluntad del artista para generar sentimientos, sensaciones o significados simbólicos” (Díaz).

Gracias al texto escrito el lector puede adentrarse con facilidad en la llamada literariedad visual.

En resumen, la literariedad visual le permite al lector adentrarse en el mundo de las imágenes; tanto por los valores estéticos y morales que ellas puedan representar, cuanto por la capacidad “de transmitir mensajes completos, mediante un sistema complejo que incluye narratividad, unidades semánticas, estructuras, ritmos” (Díaz) que le posibilitan al lector el deleite de interpretaciones axiológicas similares a las que se activan en la lectura alfabética.

Referencias bibliográficas

Argüelles, J. (2009). *Si quieres... lee*. Madrid: Fórcola.

Díaz, F. (2009). *Leer y mirar el libro álbum: ¿un género en construcción?* Bogotá: Grupo Editorial Norma: Colección Catalejo.

Obiols, N. (2004). *Mirando cuentos. Lo visible e invisible en las ilustraciones de la literatura infantil*. Barcelona: Laertes.

- Patte, G. (2011). *¿Qué los hace leer así? Los niños, la lectura y las bibliotecas*. Traducción de Lirio Garduño Buono. México: Fondo de Cultura Económica: Espacios para la Lectura.
- Pazo, L. (2011). *Actos de lectura. Aportes teóricos a la práctica literaria*. Buenos Aires: Editorial Biblos.
- Petit, M. (2009). *El arte de la lectura en tiempos de crisis*. Traducción de Diana Luz Sánchez. México, D. F.: Océano.
- Sarland, Ch. (2003). *La lectura en los jóvenes: cultura y respuesta*. Traducción de Diana Luz Sánchez. México: Fondo de Cultura Económica: Espacios para la lectura.

13. LA PROYECCIÓN DE LA PERSONALIDAD EN LA PALABRA ORAL Y ESCRITA*

La palabra y su poder de conciencia

Las cosas antes que ser objetos en sí mismas son palabras; la vida, lo humano, el universo, antes que ser lo que son, son palabras; sin ellas, la existencia, la vida, las cosas, el universo no tienen su razón de ser, no pueden ser tales, no llegan a ser realidad y ni siquiera es posible darle sentido a la realidad si no es a través de las palabras. “La palabra hace aparecer una realidad o la desaparece, puede iluminarla o hacerla aparecer, como también la oscurece o la desaparece” (Argüello 2007: 39). Todo se construye y se destruye con palabras. Se aprende a ver el mundo, se aprende a conocerlo con palabras; mal o bien pero se aprende con palabras.

Ahora bien, la palabra oral o escrita está en función de la conciencia humana que la produce, que la elabora, que la interpreta, que la valora. La conciencia humana le da sentido a la realidad, es ella la que crea significados con palabras: “Todo el universo no es más que un almacén de imágenes, de signos, olores y sonidos” (Argüello 2007: 31) que son asumidos a través de la palabra. La literatura, la música, la ciencia es hecha con palabras.

La palabra oral o escrita debe tener un poder de conciencia; pues, una palabra es más que una palabra; representa al mundo con toda su validez o lo descalifica con

* Ponencia presentada en el III Congreso Iberoamericano de Personalismo, celebrado en la Universidad Técnica Particular de Loja, Ecuador, del 01 al 03 de julio de 2015.

toda su desfachatez. Por eso urge la necesidad de formarnos para asumir el efecto que una palabra causa en quien la emite y en quien la recibe; sobre todo hoy en que asistimos a un mundo de lo fácil, de lo superfluo, en donde la palabra irresponsable semántica, pragmática, ortográfica, fonética y sintácticamente causa estragos, confusión y, ante todo falsedades que desdicen de la condición humana altamente dignificada de la que gratuitamente, pero con apego a la verdad, goza toda persona racional y consciente de su mundo, de su entorno, de su realidad.

La irresponsabilidad o la falta de formación, y sobre todo de un conocimiento adecuado de algún referente puntual, es tal como el ejemplo que a continuación cito de una reunión en un taller literario: “(...) en un pésima lección se dijo, con la seguridad del irresponsable, que el lenguaje literario se caracteriza por ser ambiguo, y el lenguaje científico por ser preciso. Cuando no hay nada más impreciso que este comentario, ya que nada es más preciso que la palabra poética, que el lenguaje propio de la literatura. Otra cosa es que después de su riguroso trabajo, sea capaz de producir en el receptor, múltiples interpretaciones, sensaciones o sentidos diferentes, ambiguos o contradictorios” (Argüello 2007: 63).

Así es la palabra; depende en boca de quien esté para que incendie el mundo, para que lo destruya o para que lo dignifique desde la mayor altura de conciencia profunda que puede haber en una palabra que enseña, que orienta, que critica, y que asume en su más plena validez humana lo que ella contiene. En este contexto es oportuna la opinión de Galame-Griaule, citado por Argüello: “La palabra, cual manifestación humana fundamental, es como la proyección sonora de la personalidad del hombre en el espacio; procede de su esencia, puesto que por su mediación puede relevarse su carácter, su inteligencia, su afectividad” (2007: 18).

En efecto, la proyección de la personalidad en la palabra es evidente: su vulgaridad o su profundidad son la esencia

de lo que una persona es en su realidad cotidiana. Por ejemplo, José Antonio Marina manifiesta que “las creaciones humanas son formidables, y me interesa conocer de dónde proceden, cuál es la fuente de esas ocurrencias. Es una curiosidad genealógica o arqueológica: ¿Qué hay en la mente humana antes de que profiera algo, antes de que se lance a pintar, a componer música, a escribir, a emprender aventuras?” (Marina y Pombo 2013: 42-43).

La palabra como la mejor mediación de lo que somos

En la vida no solo basta saber hacer algo y hacerlo bien, sino saber emprender y hacer algo pero de manera razonable, pensante y éticamente. Es decir, es necesario aprender a tener buenas ideas, y estas se robustecen de humanismo, de sabiduría, en la medida en que sepamos actuar con transparencia; por algo somos hechos a imagen y semejanza de Dios: prestos para no hacer daño sino para generar el mejor bienestar humano que nos sea posible. Para ello necesitamos robustecer nuestra inteligencia, hacerla trabajar con ahínco, con disciplina, con voluntad, con la mejor pasión, y sobre todo con el mejor goce, porque, en última instancia, lo que el ser humano busca es aprender a vivir para ser feliz.

En esta búsqueda de generar lo mejor a través de los hechos y con las mejores ideas, aparece el tema de la lectura y de la escritura como uno de los caminos para robustecer la inteligencia, ante todo porque “la inteligencia humana es estructuralmente lingüística: pensamos con palabras, nos interpretamos mediante palabras, gracias a ellas dirigimos la acción, y por ellas nos entendemos o malentendemos. La palabra hablada es el núcleo esencial de este gran dinamismo de la inteligencia, pero la escritura es su máxima realización objetiva, la que nos permite crear grandes obras del pensamiento o del arte, la gran generadora y transmisora de la cultura” (Marina y Pombo 2013: 16).

Por la palabra, entonces, el mundo se mueve, los humanos nos entendemos, vivimos y actuamos. La palabra como la mejor mediación de lo que somos gracias a nuestra inteligencia y afectividad. La palabra como la manifestación de nuestro psiquismo, de nuestra valía, o también como la evidencia de nuestra pobre condición humana cuando no hemos aprendido a responder con inteligencia y con ética. Cuanta maravilla de la palabra, cuantas ideas robustas de inteligencia que han quedado marcadas para siempre en un libro, en un escrito de papel o en la pantalla, virtualmente lista para generar luz a quien se acerque con la mejor predisposición para leer desde su mejor expresión psicológica para dejarse seducir por la calidez, por la profundidad, incluso por el sensualismo y por la vertiente poética y narrativa que cada palabra genera debidamente estructurada en una oración, en un párrafo, en una página.

Por supuesto, esta palabra escrita genera un profundo impacto solo en aquel lector que esté dispuesto a escuchar y a escucharse, y por ende, a encontrar vida en el lenguaje escrito que aparece en sus ojos, en el cerebro, en el corazón y en todo su cuerpo. El lector que se acerque a un texto por obligación, es preferible que no lo haga porque no va a encontrar nada que lo promueva ni que lo impulse a buscar una forma de vida.

El deleite de la palabra escrita solo aparece en el lector que se acerca al texto por su propia voluntad. Leo porque quiero, porque me nace hacerlo. Ni siquiera leo porque tengo el hábito de hacerlo sino porque la vocación me apremia, me seduce, me complace. Por eso solo debe leer aquel que sirve para leer. Bien lo señala Juan Domingo Argüelles: “Placer, alegría y felicidad son emociones que están dentro de la vocación, pues vocación es también inspiración, disposición natural hacia algo, inclinación gozosa que se despierta sin que nadie nos fuerce a ello, lejos de la imposición” (2014: 34).

Amor y alegría para leer lo que me place y me complace. Así nace la vocación, la predilección por la palabra;

solo así es posible sentir la valía humana que la palabra tiene para, con inteligencia y ética, entrar en el mundo de mi realidad personal y en la realidad de nuestra sociedad y de nuestra cultura.

La magia de las palabras

La fe en la vida se confirma a través del lenguaje, de las palabras que son las que nos dan el testimonio fiel de lo que es la vida humana. La palabra es el instrumento de lo vivido, es el medio que se enlaza entre el yo y el tú como sujetos actuantes. A través del yo y del tú, de la otredad, las palabras viven atentas, navegan por doquier, nos esperan siempre, nos retan, nos dan cuenta de la existencia humana: del amor pero también del desamor; de la alegría pero también del sufrimiento; de la esperanza pero también de la desazón; de la piedad pero también de la indiferencia; de la solidaridad pero también de la insensibilidad; la palabra para hablar pero también para escribir; la palabra nuestra frente a la palabra del otro; la palabra que nos recrea pero también que nos maltrata; pero, ante todo, la palabra como símbolo de la fecundidad para que la vida tenga el más pleno sentido de humanidad.

Debemos trabajar siempre para que la palabra sea nuestra mejor carta de presentación. Parecería que la esencia del hombre es la palabra; sin embargo, por infinidad de circunstancias, estamos asistiendo a la degradación del lenguaje, es decir a la degradación de la persona cuando no piensa con rigor, cuando no razona con credibilidad, cuando no valora lo que dice y por ende lo que hace. Rodrigo Argüello sostiene que “asistimos a la no conciencia de las palabras, a un mundo donde lo más común es el lugar común. A un uso, en general, vago del lenguaje, en muchos casos impreciso, donde cada vez toma más fuerza, en todas las instancias, la proliferación de la palabra *ómnibus*, que sirven para todo y para nada (...), donde hay un miedo al adjetivo que verdaderamente

califique al mundo, lo complete, lo resalte o lo modifique. (...) curiosamente, cuando pareciera que más se enriquece el lenguaje, menos usamos su riqueza” (2007: 60-61).

En efecto, hay una riqueza admirable de lenguaje, de palabras profundas y con un sentido estético para la reflexión, para la crítica, para lo humano, para la vida bien vivida, en infinitud de obras literarias, filosóficas, teológicas, humanísticas y científicas en general; es decir todo un mundo mágico, regio de palabras que sirven para embellecer la vida. Sin embargo, un enorme colectivo humano ha perdido el amor y la pasión por la palabra escrita y por la palabra oral. Pululan por todos los rincones de la sociedad un lenguaje vago, vacío, impreciso, hiriente, mal oliente.

La magia de lo humano reside en las palabras cuando estas tienen la fecundidad de lo racional, de lo afectivo, y de lo espiritual especialmente porque apelan “a nuestra energía creadora. Espíritu es el dinamismo por el que la materia se vence a sí misma. Espíritu son las matemáticas, la música, la idea de Dios, la literatura, todas las arquitecturas que vencen la ley de la gravedad aprovechándose de ella, las soberbias creaciones de la humilde materia humana que superan la concreción y las propiedades de la materia” (Marina y Pombo 2013: 31). Y todo gracias a la magia de las palabras. “La verdadera magia está en comprender cuáles son las palabras que logran su cometido, y cuándo, y por qué” (Argüello 2007: 63).

Por algo me dijo mi nietecita de cuatro años de edad, hace unos días, cuando le pedí que me alcance un libro: “Usa las palabras mágicas, Galo”, y yo le dije: “¿Y cuáles son esas palabras mágicas, Camila?” Y ella me dijo: “Por favor, lo siento, perdón, muchas gracias, tenga la bondad...” “Y por qué son mágicas”, le inquirí. “Porque logran con delicadeza lo que se quiere alcanzar de la otra persona; piensa, Galo, piensa”. Palabras sabias de una niña que las había aprendido en su “escuelita” y en su hogar.

En efecto, “la palabra está en el centro de nuestra inteligencia y de nuestra convivencia. (...) Sin duda, las palabras sirven para vivir. Hacemos muchas cosas con ellas: comunicamos, convencemos, emocionamos, negociamos” (Marina y Pombo 2013: 37-38), amamos. “Pensamos con palabras y acabamos mirando desde las palabras” (ibid: 38).

La palabra hablada y la palabra escrita

Usted puede oír a una persona y no saber lo que dice: el rostro, sus ademanes, el sonido de las palabras están ahí pero el que escucha no logra procesar esa información por múltiples razones: porque no le interesa lo que dice, por falta de concentración, por falta de formación sobre esa plática, porque no le simpatiza la persona motivo del diálogo o simplemente porque lo que ella manifiesta es puro bla bla; en fin, las palabras no siempre funcionan para un diálogo sostenido, ameno y altamente significativo.

Lo mismo sucede con la palabra escrita. El mundo humano fluye a través de la palabra; el contacto entre semejantes tiene sentido por la palabra, pero así como hay problemas con la palabra oral, lo hay con la palabra escrita. Se dice que no hay lectores porque no entienden lo que leen, y sobre todo porque hay prejuicios y pretextos para no dedicarle la atención que se merece la palabra escrita, al igual que la palabra hablada.

Si la palabra sirve para relacionarnos, hay que cultivarla con la más alta idoneidad que el ser humano se merece. Cuando alguien habla, lo hace con fluidez, independientemente de su condición personal, y se hace entender a como dé lugar. De igual manera debe suceder con la palabra escrita. Ella exige mucho más cuidado a la hora de transportarla a la hoja de papel o a la pantalla electrónica; y, por ende, el lector debe prepararse para saber dialogar con esa palabra escrita, porque esa palabra es el otro que

le habla a través de un código alfabético que el que escribe sabe hacerlo y el que lee sabe también cómo hacerlo.

No basta con reconocer el código alfabético para decir que se sabe leer. Al igual que cuando se habla, el oyente analiza a su interlocutor no solo por lo que dice sino cómo lo dice y bajo qué consideraciones gestuales y de tono lo hace; asimismo sucede con la escritura. Es decir, el lector debe aprender a descubrir la lógica interna del texto para que pueda interpretar el significado de ese texto.

En consecuencia, así como se aprende a hablar bien, porque se aprende a coordinar las ideas y a saber expresarlas, “saber leer bien implica haber desarrollado estrategias y habilidades lectoras. Si no se enseñan bien esas habilidades y estrategias, los estudiantes tendrán problemas de comprensión, les parecerá aburrido leer o no le encontrarán sentido ni valor social o comunicativo” (Alfonso y Sánchez 2009: 39). En este sentido, por falta de comprensión, se habrá perdido un lector, y a veces para siempre, así sepa descifrar el código alfabético.

Por consiguiente, así como para hablar hay un estado especial, muy personal del que enuncia cuanto del que escucha, con la escritura sucede lo mismo. El hablante sabe con qué tipo de persona se encuentra para entablar el diálogo; el lector debe saber también con qué tipo de texto se encuentra, es decir, el género en el que está escrito ese texto. Solo así, es decir, debidamente ubicado, sabrá que “mediante un trabajo de inferencia el lector construye el sentido de la obra literaria como resultado de un proceso de producción y un proceso de reconocimiento o comprensión” (Pazo 2011: 10). Por lo tanto, cuando estamos frente a una obra literaria, debemos saber que “lo característico de la literatura es, precisamente, su insondable riqueza y variedad, su fantástica capacidad de crear mundos y su resistencia a dejarse encerrar por reglas fijas (Pazo 2011: 11).

La lectura es un encuentro de carácter personal

Poco a poco y sin que el lector se dé cuenta, y en la medida en que habitualmente lea con entusiasmo, los libros entran en la vida de ese lector, de manera natural y gradual hasta llegar a conectarse con las circunstancias cotidianas de la vida. Y esta es la clave para que los libros tengan sentido en el desarrollo humano de un lector. Solo cuando nos causan un impacto personal es posible vivir esa lectura, es decir, cuando hemos logrado construir nuestra propia lectura aparece esa personal manera, muy individual y particular de cada lector que le permite experimentar, en lo más profundo de su realidad interior, esa magia especial para disfrutar.

Por supuesto, la motivación, la voluntad y un buen mediador lograrán crear lectores que puedan vivir y experimentar de manera profunda lo leído. En el fondo, uno de los grandes propósitos de la lectura es que desde ella aprendamos a darle sentido a nuestra vida. Esta tarea, como sabemos, no es fácil. Por eso, un lector que mientras disfruta leyendo llega a plantearse antropológicamente preguntas como: ¿Quién soy?, ¿para qué existo?, ¿cuál es mi papel como ente humano?, ¿para qué estoy en el lugar en el que habitualmente siempre estoy?, ¿puedo llegar a ser algo más de lo que ya soy?, ¿tiene sentido lo que hago?; y, en fin, filosóficamente aparecerán estos cuestionamientos existenciales que de por sí ya son enormemente válidos si la lectura nos despierta con estas inquietudes. Por este camino, el lector empieza ya a darle sentido a su vida, con mucha más facilidad y con un mejor compromiso axiológico que si no leyera.

Como sabemos, mientras menos se conoce sobre la vida más difícil es enfrentarla, y desde el ámbito lector, mientras menos se conoce un tema, es más difícil su lectura. En este orden, “el conocimiento previo es una de las razones por las cuales los niños que leen más (o los que viajan más) tienen más información y logran comprender

mucho más lo que sus profesores o los libros de texto les enseñan” (Trelease 2012: 44). Esta es, como vemos, una más de las razones para ser lectores.

Sigo insistiendo, por lo tanto, en el papel de enorme trascendencia que tienen los padres de familia y los profesores para que sepan mediar ante sus hijos y alumnos y puedan conseguir lectores de calidad, no para el cumplimiento de un tarea, de un deber, de unos ejercicios escolares, sino para promover la existencia humana de un individuo que, bien instruido y formado intelectual y emocionalmente, puede despojarse de toda realidad oprobiosa, sobre todo de aquella en la que con facilidad dice a veces no tener tiempo para leer, cuando lo que sucede es que no nos damos tiempo; pues, tenemos que aprender a tener tiempo para lo que más debemos valorar. “El tiempo es el mayor agente filtrado para garantizar el éxito. Los atletas, los contadores, los escritores, los lectores... cualquiera que quiera triunfar debe dedicarle tiempo a su aspiración para alcanzar el éxito” (Trelease 2012, p. 59). Y el éxito que logremos desde la lectura no es otro que el de volver habitable nuestro mundo creando un lugar adecuado en donde poder vivir, tal como el que logra crear el buen mediador que, al estilo de lo que plantea José Quintanal Díaz cuando sostiene que “no se trata de que los niños ‘lean’, ni nos lean, ni tampoco que se lean, sino de VIVIR una experiencia lectora. El protagonista no somos ‘nosotros’, ni ‘los niños’ (como colectivo), ni “el libro” (un ente físico, aséptico en exceso), se trata de un encuentro de carácter PERSONAL” (2005: 30) en el que este pequeño y gran lector aprende a construir su propia lectura.

La palabra tecnologizada

La palabra es un compromiso humano, es la identificación más radical de lo que en esencia es el ser de una persona, y por eso, desde la escritura la conciencia hu-

mana a través de la experiencia más honda de la subjetividad, logra alcanzar su potencial más pleno. En primera instancia, como bien sabemos, la oralidad, es decir la audición, ha sido y es el uso predominante para expresarse fonéticamente; luego, la escritura y la lectura introdujeron la grafía con “una nueva integración sensorial de la audición y la visión, que predominan sobre el pensamiento lógico (...), por primera vez la vista se introduce en la esfera del lenguaje” (Braslavsky 2013: 29 y 34); y, ahora, con toda la tecnología a mano: escritura, imprenta, computadora e Internet se ha logrado tecnologizar la palabra al más alto nivel, de manera que, si se interioriza adecuadamente, nos sirva para comunicarnos mucho mejor entre semejantes.

Lo que nos queda ahora, en esta era de la cultura electrónica, de la palabra tecnologizada, es que a más de saber hablar, es necesario aprender a leer para aprender a decir nuestra palabra, sobre todo porque desde ella podemos contribuir para humanizarnos humanizando el mundo. Como sostiene Ernani María Fiori: “La palabra instaaura el mundo del hombre. La palabra, como comportamiento humano, significante del mundo, no solo designa a las cosas, las transforma; no es solo pensamiento, es ‘praxis’. Así considerada, la semántica es la existencia y la palabra viva se plenifica en el trabajo” (2008: 23); ante todo porque, como enfatiza la autora en mención al hablar de la escritura: “Escribir no es conversar y repetir la palabra dicha, sino decirla con la fuerza reflexiva que da a su autonomía la fuerza ingénita necesaria para instaurar el mundo de la conciencia, creadora de la cultura” (p. 24).

Bajo estas circunstancias, la palabra tecnologizada, y todo lenguaje humano en general, si no logra el nivel de concienciación hasta las últimas fronteras de lo humano, no tiene sentido porque estaríamos frente a una conciencia vacía, y esto es inconcebible porque se trata de aprender a educarnos, ante todo porque la cultura letrada no es un mero “juego de palabras, sino la conciencia reflexiva de

la cultura, la reconstrucción crítica del mundo humano, la apertura de nuevos caminos, el proyecto histórico de un mundo común, el coraje de decir la palabra” (Fiori 2008: 25).

Por consiguiente, es oportuno aprender a decir nuestra palabra; sobre todo es necesario aprender a humanizarnos con ella y desde ella; por ende, la palabra tecnologizada necesita de una comprensión activa en virtud de que la acumulación de información en los textos físicos y sobre todo electrónicos, dificulta el procesamiento para una efectiva interiorización y concienciación del conocimiento desde la palabra escrita que hoy reposa en infinitud de soportes electrónicos y que, por lo tanto, exige un nivel de lectura avanzada, puesto que su verdadera naturaleza está en el significado intencional del autor y del lector que con su formación “aporta en términos de conocimientos, valores, experiencias y creencias, (lo cual) es tan importante como lo que el autor aporta a la creación del texto” (Braslavssky 2013: 47) y a su correspondiente interpretación.

Con la palabra tecnologizada el nivel de lectura avanzada, por lo tanto, “se refiere a la capacidad de leer textos escritos de manera abstracta, con pensamiento crítico y manejo de recursos para resolver problemas procesando información compleja” (Braslavssky: 39-40).

La escritura y la lectura potencian la lengua hablada

El lenguaje escrito es complejo, por eso muy pocos se atreven a escribir y a leer. Es complejo porque debe recoger e interpretar desde la simbología de los signos gráficos la infinitud de matices que tiene la lengua hablada: entonación, ademanes, gestos, etc. Y sobre todo es complejo porque se necesita un conocimiento adecuado de la lengua en sus aspectos gramaticales, semánticos y pragmáticos para que sea posible, primero la comprensión y

luego porque “los lectores construyen el significado y pueden llegar a múltiples sentidos a partir del mismo texto según cuáles sean las características personales de cada uno, aun cuando compartan la misma cultura, las mismas experiencias y los mismos conocimientos” (Braslavsky 2013: 52).

Por eso, la conciencia fonológica y la conciencia gráfica, una vez que se tiene conocimiento de la lengua, es fundamental para que haya una oportuna aplicabilidad, comprensión y significación del texto escrito que, como sabemos, solo cobra vida cuando el lector interviene para, al leerlo, contextualizarlo según las expectativas que su formación sociocultural le permitan poner en juego.

El registro fonológico y el registro gráfico debidamente comprendidos nos permiten una debida interpretación del texto escrito y luego una significación muy personal como producto de la inferencia y de la reflexión crítica a la que se debe someter todo tipo de discurso escrito para que no prime solo el contenido que el texto tiene sino las ideas que el lector puede llegar a generar acerca de la palabra escrita. Pues, el objetivo no es leer para reproducir ideas ajenas, sino, como señala Daniel Goldin: “Si el libro logra mostrarles la importancia de pensar y trabajar en la adquisición de la lengua escrita habrá cumplido parte de su cometido” (Ferreiro 2007: 14).

En este sentido, “la escritura es importante en la escuela porque es importante fuera de la escuela, y no al revés” (Ferreiro 2007: 45), como mero instrumento solo para pasar de grado. El papel del maestro de los grados iniciales de la educación escolarizada, por lo tanto, no es solo el del esfuerzo profesional para hacer conocer el alfabeto para que se reconozcan las palabras, sino el de trabajar para que el alumno sepa que “la escritura potencia, organiza y desarrolla la lengua hablada, actúa sobre el pensamiento y sobre la conducta” (Ferreiro: 44).

Hablamos y escuchamos para comunicarnos pero escribimos y leemos también para comunicarnos mejor, sabiendo, sobre todo, que el lenguaje escrito tiene algunas características muy especiales que es necesario conocerlas para vencer su complejidad. Nos sirven muy bien al respecto, las puntualizaciones de Braslavsky (2013): El lenguaje escrito carece de la espontaneidad e inmediatez del lenguaje oral. Requiere intencionalidad, actividad voluntaria y consciente. No tolera las formas y estructuras incompletas del lenguaje hablado. Requiere una sintaxis más rigurosa y completa. El interlocutor está ausente, tanto para el que escribe como para el que lee. La situación no es compartida entre el emisor (que escribe) y el receptor (que lee) como ocurre entre el hablante y el oyente. No existe la comunidad de comprensión, que debe ser recreada. Contrariamente a la rapidez del ritmo del lenguaje hablado, que no favorece la reflexión, la escritura concentra la atención, la conciencia y la reflexión del emisor y del receptor. Por eso, según Vigotsky, es la forma más elaborada, más explícita, más exacta, más reflexiva y más compleja del lenguaje (pp. 43-44).

En conclusión, si la palabra no está sujeta a un poder de conciencia personal solo significa pero no comunica.

Es necesario aprender a tener buenas ideas y que estén robustas de humanismo y de sabiduría para que generen el mejor bienestar humano posible.

La magia de lo humano reside en las palabras cuando estas tienen la fecundidad de lo racional, de lo afectivo y de lo espiritual, especialmente porque apelan a nuestra energía creadora.

Solo cuando hayamos logrado construir nuestra propia lectura aparece esa personal manera, muy individual y particular para experimentar, en lo más profundo de nuestra realidad interior, esa magia especial para disfrutar de la lectura.

La palabra es un compromiso humano, es la identificación más radical de lo que en esencia es el ser de una

persona, y por eso, desde la escritura la conciencia humana a través de la experiencia más honda de la subjetividad, logra alcanzar su potencial más pleno.

La palabra tecnologizada, y todo lenguaje humano en general, si no logra el nivel de concienciación hasta las últimas fronteras de lo humano, no tiene sentido porque estaríamos frente a una conciencia vacía.

Es oportuno aprender a decir nuestra palabra; sobre todo es necesario aprender a humanizarnos con ella y desde ella.

La conciencia fonológica y la conciencia gráfica son fundamentales para que haya una oportuna aplicabilidad, comprensión y significación del texto escrito que solo cobra vida cuando el lector interviene para contextualizarlo según las expectativas que su formación sociocultural le permita poner en juego.

Referencias bibliográficas

Argüelles J. (2014). *Escribir y leer con los niños, los adolescentes y los jóvenes*. México, D.F.: Océano, S.A.

Argüello R. (2007). *Los destinos de la palabra. De la palabra poética y concreta a la palabra en el archipiélago de las Tecnologías*. Bogotá: Cooperativa Editorial Magisterio.

Braslavsky B. (2013). *Enseñar a entender lo que se lee. La alfabetización en la familia y en la escuela*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Ferreiro E. (2007). *Cultura escrita y educación*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica: Espacios para la palabra.

Marina J y Pombo A. (2011). *La creatividad literaria*. Barcelona: Planeta, S.A.

- Pazo L. (2011). *Actos de lectura. Aportes teóricos a la práctica literaria*. Buenos Aires: Editorial Biblos.
- Quintanal J. (2005). *La animación lectora en el aula. Técnicas, estrategias y recursos*. Madrid: Editorial CCS.
- Trelease, J. (2012). *Manual de la lectura en voz alta*. Traducción de Juan Pablo Hernández y Jorge Largo G. Bogotá: Fundalectura.

14. LA LECTURA ES UN COMPLEJO TRABAJO SUBJETIVO DENTRO DE UN ESPACIO DE ESPIRITUALIDAD LAICA *

La lectura construye subjetividad

Todo acto de lectura es básicamente un acto de humanismo; en él, el lenguaje y la formación son parte constitutiva, vital para que la lectura se vuelva plenamente humana, es decir, vinculada a un hecho de existencia con sentido, con ganas de vivir a plenitud. Si la lectura no nos conmueve, si ella no nos saca de la rutina y si no nos permite reflexionar sobre el sentido de la existencia humana, categóricamente nos volvemos menos humanos.

La torpeza de nuestras acciones humanas está a flor de piel si no buscamos mecanismos que nos eduquen permanentemente, tal como sucede con la lectura, que en la medida en que, a través del lenguaje, la sentimos en lo más profundo de nuestro corazón y de nuestra cabeza, deja de ser un proceso puramente intelectual para convertirse en un hecho de vida que nos mueve internamente hacia la

* (Ponencia presentada en el V Congreso Internacional de Doctores de la Universidad del País Vasco, España, celebrado en Natal, Brasil, del 20 al 23 de octubre de 2015).

búsqueda de ideales cuyo reflejo se evidencia en el modo en que el texto nos afecta.

Si no hay afectación desde la lectura es preferible no leer; si no hay reacción y sobre todo esfuerzo para aprender a inferir cada explosión de lenguaje que aparece como una llamada de atención desde la más plena subjetividad para entender y valorar los efectos que una lectura produce, entonces, muy difícilmente ese lector podrá intervenir en su mundo ni habitar los espacios vitales que él recorre, que no sean desde una mera manifestación apenas habitable humanamente.

De los libros se recogen muchas porciones de humanismo; de ellos aprendemos a comprometernos con más lucidez ante las circunstancias de la vida. Así como un gran amor nos conmueve hasta extremos de darlo todo por ese ser amado, el libro nos despierta también pasiones y compromisos de amor para hacer de este mundo un lugar más habitable. La lectura, por lo tanto, construye muchas significaciones, pero sobre todo, “la lectura es un desplazamiento que construye subjetividad, construcción que será un modo de estar en el mundo” (Pradelli 2011: 53), tal como cualquier otra persona está en el mundo dependiendo de lo que hace y cómo lo hace para instalarse en él y poner su cuerpo, su alma y su vida de una manera racional, o a veces, penosamente, con toda su brutalidad auestas.

El pensamiento que Ángela Pradelli recoge de Ferdinando Camon es muy bien venido cuando afirma que “quien vive, vive la propia vida. Quien lee, vive en cambio las vidas de otros. Pero como una vida existe en relación con otras vidas, quien no lee no entra en esa relación, y por ende ni siquiera vive la propia vida; la pierde” (2011: 53). Perder la vida, es decir, rebajar nuestra condición de vida por no leer, es decir, por no educarnos, por no estar en contacto con el otro, que es el que nos ayuda a vivir, es, en efecto, irse sintiendo desplazado, muerto en vida,

poco a poco, hasta que la degradación, por no vivir en contacto con el otro, nos hace sucumbir ante lo más excelso: el amor por la vida para que nuestra vida sea un amor, es decir, un emporio de felicidad que es a lo que aspiramos racional y coherentemente, cada ser humano.

Por lo tanto, la lectura debe incorporarse en nuestra vida, no como obligación sino como hecho de vida; pues, de entre tanta riqueza que ella nos aporta, “la lectura permite conocer otras civilizaciones. Pero como la propia civilización se conoce solo en relación con otras civilizaciones, quien no lee no conoce ni siquiera su propia civilización: es ajeno a su tiempo y a su gente. Un pueblo no se puede permitir tener a individuos que no leen” (Pradelli 2011: 55).

Importancia y subjetividad lectoras

Una de las grandes fortalezas de la lectura es que el lector puede añadir los elementos subjetivos que le faltan al escrito; y por supuesto que este factor solo es posible cuando al lector le importa lo que lee. Importancia y subjetividad le dan el toque esencial que un texto necesita para que sea valorado por el lector desde su máxima condición intelectual y emocional.

Leer por leer no tiene sentido. A nuestros estudiantes a veces les sucede esta penosa realidad de acercarse a un texto que no les llama la atención, y por lo tanto no le dan la importancia que este se merece para que la subjetividad, es decir, el aporte personal, la interpretación y la valoración crítica le den la frescura y el donaire que el texto respira. Por supuesto, nuestros estudiantes se ven obligados a leer, por eso no les nace ni la subjetividad ni la importancia que les debe merecer ese escrito. Cuando esto sucede no es posible ni siquiera llegar a comprender lo leído, peor el que sea factible una interpretación personal y una valoración crítica, que es lo que se debe hacer con todo cuanto se lee.

Aprender a desarrollar el máximo grado de importancia en lo que el lector lee, va de la mano con los intereses de vida familiar, profesional y social, y con los objetivos e ideales que ese lector se traza en la vida mientras hace camino al andar. La importancia le aviva la subjetividad al lector, y el texto, desde ese orden de interés cobra vida, se robustece por el grado de generosidad que el lector le está brindando, y con mayor razón si se lee desde la perspectiva axiológica que Aidan Chambers plantea: “Aprende a leer lentamente y aprende a escuchar lo que estás leyendo como si se tratara de una lectura en voz alta. Toda lectura, toda escritura consiste en utilizar el lenguaje. Presta atención tanto a la manera en que se utiliza el lenguaje como a cada uno de sus elementos: el sonido de su música, sus ritmos y tonadas, su cadencia, sus pausas, su síncopa y sus armonías, sus discordancias y polifonías, aquello que se dice y aquello que no se dice. Para lograrlo es necesario que leas con la suficiente lentitud como para escuchar el sonido de su música en tu cabeza. (Si te resulta difícil escucharlo dentro de tu cabeza, léelo en voz alta). Si actúas de esta manera, alcanzarás el objetivo de toda lectura y toda escritura, que es el siguiente: disfrutarla tanto como para hacer de ella un motivo de goce permanente y vivir la vida en plenitud” (2006: 140-141).

La importancia, por lo tanto, que como lector le pueda brindar al texto, al tema, al contenido, le permite a ese lector vivenciar lo que Chambers (2006) sostiene: leer con lentitud, poco a poco (no a mil palabras por minuto como sostienen ciertos charlatanes) para escuchar en lo profundo de nuestro corazón y de nuestro cerebro lo que mis ojos van deletreando palabra tras palabra, como si se tratase de masticar una sabrosa comida, bien preparada, bien condimentada. Así, no solo que descubro y escucho el sonido que las palabras tienen para saber lo que dicen, sino, esencialmente, lo que no dicen. Aquí aparece el elemento subjetivo, tan importante para comprender, inferir y criticar desde mi más efervescente emoción humana que

es la que me permite disfrutar de esa lectura. Y solo así, como dice el mismo Chambers, la lectura hace de mí quien soy. Así es, al leer, poco a poco, día tras día, voy descubriendo en qué me he transformado, en qué puedo aportar mejor y cómo puedo valorar mejor mi vida y la de los demás; esto es vivir la vida en plenitud.

La lectura es un espacio de espiritualidad laica

La lectura, antes que un trabajo externo, es una realidad interior. La persona entera se ve implicada en un complejo trabajo subjetivo, muy personal, único para entender y valorar lo que lee. Al leer, la persona se lee a sí misma y lee a otros desde un muy bien ganado espacio de espiritualidad laica, al estilo de lo que sostiene Iván Égüez: “Cuando se entienda que la lectura es más importante que una carretera, este país será otro, primero porque habrá mejores y debidas carreteras, luego porque nos daremos cuenta del sacrificio que se hace para tenerlas, las cuidaremos y aprovecharemos más, es decir, seremos mejores ciudadanos, las cosas volverán a tener un valor de uso y no solo de cambio, de réditos políticos o de mercadeo” (Rocinante, nro. 66 2014: 13).

Esta es la lectura que sirve: la que nos impacta, la que nos conmueve, la que nos compromete educativa, cultural, política, humanística y científicamente. Nuestro desarrollo espiritual, es decir, la riqueza interior que cada ser humano tiene, con la lectura se alimenta, se fortalece, se tonifica todo ese potencial interior para el logro de las más sanas realizaciones. Leer para tomar conciencia de la realidad, de manera que sea posible “concebir la tarea como una acción que parte de una convicción, que tiene una finalidad, de progresiones cíclicas donde el desarrollo ontológico de cada lector se expande en su accionar como ciudadano” (Bojorque 2008: 29) que sabe evidenciar su compromiso cívico, comunitario, familiar, profesional y personal para habitar el mundo no desde la mera objetividad de

lo que ve, sino de lo que piensa y siente desde su más profunda subjetividad, desde esa realidad interior que lo encamina al compromiso con la vida.

En efecto, toda obra estética, humanística y científicamente bien escrita es una porción de lenguaje que expresa vida, compromiso, sabiduría e infinitud de interpretaciones, de experiencias y de valoraciones según sea la formación de ese lector que ávido espera ser nutrido, favorecido por la alteridad, por el otro, por el escritor, que le dice al lector su decir, su pensamiento, su yo y su tú, su estar en el mundo, su existencia desde una morada construida por él y analizada por un lector que no le importa tanto el conocimiento, la información o el leer rápido o a medias para cumplir con una tarea educativa o informativa, sino para construir su propio espacio de realización personal, su conciencia individual de sujeto-lector-social que ha podido enriquecer su yo desde la otredad y darle un sentido plenamente humano a su actividad cotidiana y mundana.

Vale, por lo tanto, insistir en un lector poseedor de una competencia para la búsqueda personal de la felicidad, del disfrute, del asombro que debe experimentar ante el lenguaje que estéticamente fluye en cada párrafo leído, y en el que la actitud creadora, altamente imaginativa, sutil y excitante se desborda en cada texto leído.

Por supuesto que este espacio de espiritualidad laica no emerge así porque sí. El escritor colombiano William Ospina sostiene que “a los libros se llega por el camino de la tentación, por el camino de la seducción, por el camino de la libertad, y si no hemos logrado despertar mediante el ejemplo el apetito del lector, si no hemos logrado contagiar generosamente nuestro propio deleite con la lectura, será vano que pretendamos crear un lector por la vía de forzarlo a leer. Yo creo que no se trata de lograr que alguien lea finalmente un libro, el desafío está en incitar a alguien en su vida para la cual los libros sean luz y compañía, tengan la frecuencia de un alimento y la confianza de una amistad” (Capítulo aparte, 9 2008: 44-45).

Una lectura a solas

Aprender a escuchar nos enseña a ser lectores; de ahí que la lectura en voz alta no debe ser suspendida por los padres ni por los profesores solo porque el niño ya aprendió el alfabeto. En toda la escolaridad del nivel básico, e incluso del bachillerato, se debe continuar con la lectura en voz alta; solo que esta vez, de manera alternada: padres e hijos, profesor y alumnos. Cuanta más lectura haya en voz alta significa que los mediadores siempre estarán abogando a favor del placer de la lectura. La capacidad de comprensión auditiva es la que nos lleva de la mano a la capacidad de comprensión literal e inferencial para toda la vida. “Cualquier profesor que les lea a sus estudiantes – jóvenes y adultos- puede testificar que un gran número de estudiantes busca el libro que se está leyendo en clase para leerlo por su cuenta” (Trelease 2012: 95).

Como bien sabe todo ciudadano responsable, ser padres consume tiempo, y es necesario que se invierta el tiempo en los hijos: en esa inversión de tiempo debe incluirse el tiempo para la lectura. Trelease señala que “¿cuándo creamos los mejores vínculos afectivos con los jóvenes? Siempre que les dedicamos tiempo por separado: una caminata a solas, una charla a solas, una lectura a solas. Y por último, usted se dará cuenta de que hay menos peleas y problemas con un niño cuando uno está a solas con él” (2012: 96).

La lectura por placer empieza así, con la lectura en voz alta. Esta voz es la que atrae el afecto del niño hacia sus mediadores y la inclinación para la búsqueda del libro por voluntad propia. Poco a poco, cuantas más lecturas escucha, sobre todo cuando escucha o lee cuentos, y en la medida en que luego, en silencio, ese niño y joven va leyendo más y más, se da cuenta que “necesita cuentos que le ayuden a entenderse a sí mismo y a los demás, a descubrir lo que se esconde en esa región misteriosa que es su propio corazón (...) Siempre es así con los cuentos. Puede que

no sean reales pero hablan de la verdad (...) Un cuento es una casa de palabras, un refugio frente a las angustias que provocan las incertidumbres de la vida” (Martín 2013: 8-9).

Con el afecto que el lector principiante empieza a desarrollar para quien le lee en voz alta, empieza también a desarrollarse una ternura especial para valorar la vida en general. El libro se convierte en un objeto especial, en un ser que ha cobrado vida porque no solo que le enseña a ser sensible, sino que las lecturas escuchadas y leídas le promueven a comunicarse con el entorno. El niño que disfruta escuchando y leyendo está siempre expuesto a la adquisición de un lenguaje más rico y a la promulgación de una escritura más fluida. Lectura y escritura luego son compatibles con su nivel de comunicación. Pues, es casi seguro que un estudiante que aprende a escribir con fluidez no es porque ha practicado mucho la escritura sino porque ha leído más por placer. El que más lee es el que mejor aprende, por ejemplo, a escribir ensayos, que es lo más difícil que puede hacer un estudiante que no sea lector.

Por lo tanto, el principal ingrediente para que un niño llegue a desarrollar la habilidad de la escritura, y sobre todo para que tenga un estilo de escritura, está en los niveles de lectura que tenga. Comunicación y escritura defectuosas son sinónimo de ausencias de lectura. Por eso, si el niño no ha tenido oportunidad para que le lean en voz alta, no sentirá interés para leer por su cuenta, y preferirá estar más con aquellos compañeros o amigos cuyo vocabulario también es pobre, o preferirá escuchar canciones cuyo lenguaje sea el más común y corriente y, por supuesto, preferirá ver más la televisión o se meterá en las redes sociales de Internet, no para leer con fluidez sino solo para entretenerse en el mundo de las imágenes.

Leer para captar la realidad más honda de las cosas

El enorme poder subjetivo que los seres humanos tenemos para analizar el mundo, para continuar con la cocreación, con la recreación y con la inmensa capacidad que tenemos para amar y para imaginar nos hace más humanos, y todo en la medida en que aprendemos a educar el cerebro y el corazón. Así se potencia nuestra riqueza interior, crece nuestro coeficiente emocional e intelectual, lo cual deriva en una muy bien trazada inteligencia espiritual para que nuestra imaginación siga fluyendo axiológica y antropológicamente para captar y asumir la realidad más honda y humana de las cosas.

El poder de la subjetividad cuando el pensamiento es bien direccionado nos capacita para que la imaginación desarrolle las mejores expresiones de humanismo que el corazón y el cerebro pueden llegar a generar hasta maravillarnos, e incluso llenarnos de asombro frente a circunstancias tan hermosamente creadas en el orden artístico, técnico y científico, y que nos sirven para llenar ese vacío existencial que a veces nos abruma cuando no le encontramos sentido a la vida.

La literatura, dentro de las disciplinas artísticas, es la que más posibilita el desarrollo de la subjetividad para brindarnos grandes raudales de humanismo. La literatura –en palabras de Fitzgerald– hace “todo lo posible para que los demás puedan aprovechar la luz y el brillo del mundo” (Martín 2013: 12) que como una constante de ensueños late siempre en el desarrollo de nuestro historial humano, sobre todo porque desde la imaginación, que es la sustancia de la que se nutre la literatura, se puede ver el mundo en su totalidad.

Y esta es una de las razones para que aprendamos a educar al niño desde el gratificante mundo de la literatura. Pues, a la par que se maravilla y disfruta leyendo, aprende a completarse como persona, a ser más y a vivir mejor anímica y emocionalmente. El papel del mediador, como

siempre hemos sostenido, sobre todo de los padres de familia y de los profesores para atraer lectores desde la infinidad de historias que hay para contarles a los niños, para leerles en voz alta, para que lean y se den cuenta que “en esas historias todo es posible: que los objetos cobren vida, que hablen los animales, que los niños tengan poderes que desafían la razón: el poder de volar o de volverse invisibles, el poder de conocer palabras que abren montañas, el poder de burlar a gigantes y brujas y de ver el oro que brilla en la oscuridad de la noche” (Martín 2013: 7), sobre todo desde los cuentos maravillosos, que muy bien sirven para educar el corazón y la sensibilidad del niño. Desde esta óptica, como dice Jim Trelease, quizá “el Holocausto no habría ocurrido si el corazón alemán hubiera estado tan bien educado como su mente” (2012: 109).

Los cuentos maravillosos o de cualquier índole en la literatura son, entonces, sabrosas historias que sirven como vehículo para que el niño lector aprenda a darle significado al mundo. “Las historias le dan vida a experiencias pasadas. Las historias vuelven memorables para los demás y para nosotros mismos los eventos que están en la memoria. Las historias fijan nuestra atención y nos ayudan a darle sentido al mundo a nuestro alrededor” (Trelease 2012: 107).

Leer historias, por lo tanto, no para enseñar habilidades de lectura, sino para tener imaginación al estilo de lo que Gustavo Martín Garzo sostiene: “Tener imaginación es ver el mundo en su totalidad. Los cuentos permiten al niño abrirse a ese flujo de imágenes que es su riqueza interior y captar la realidad más honda de las cosas” (2013: 10).

Desde la sabiduría interior el lector puede ir más lejos

Aprender a entender el mundo y nuestro comportamiento humano exige un trabajo continuo de estudio y de reflexión personal, sobre todo desde el ángulo de una filosofía experiencial que es la que nos lleva a significar la

información que del mundo recibimos a diario hasta hacer de ella un conocimiento adecuado y de utilidad personal y social, de manera que desde nuestra sabiduría interior aprendamos a obtener “la posibilidad de un mejor bienestar interno, crecimiento personal, desarrollo de nuestras capacidades inherentes, resolución de nuestros conflictos, avance del conocimiento, vivencia de unas relaciones personales más enriquecedoras, cultivo de la espiritualidad y de otras muchas otras facetas de la vida, entre ellas la propia salud física” (Barceló 2013: 19) sin la cual no es posible emprender con ahínco en todas las actividades cotidianas que como seres humanos tenemos derecho para llevarlas a cabo desde la mejor expresión de nuestra idiosincrasia personal.

Sin embargo, esta filosofía experiencial si no es desde el desarrollo y cultivo de nuestra sabiduría interior no nos permite llegar a entender el mundo desde la mejor óptica de lo humano, sobre todo porque la sabiduría no es algo que está ya automáticamente instalada en la persona. Tomeu Barceló aclara muy bien el concepto de sabiduría cuando asevera que “la sabiduría es una posibilidad. Se despliega a medida de nuestra experiencia, de la capacidad que tengamos de significar nuestra experiencia, de la voluntad de comunicar auténticamente nuestra experiencia interna a otro y de la captación de la experiencia de la otra persona” (2013: 18).

Es decir, cómo comunico mi experiencia interna al prójimo y cómo capto la experiencia de ese prójimo a través de los diferentes mecanismos y medios que tenemos a nuestro alcance: esta experiencia es la que nos permite desarrollar nuestra sabiduría interior. Con ella es posible que la comunicación a través de la palabra oral y escrita tenga su mejor intencionalidad.

El desarrollo de la sabiduría interior, exige, por lo tanto, preparación, autodisciplina, constancia y transparencia en cada accionar humano. Si desde la familia y desde la es-

cuela, sobre todo en los primeros años de educación básica, lográsemos desarrollar, como objetivo máximo, este gran ideal de vida, el niño estaría en condiciones mucho más adecuadas para comprender todo el proceso de su formación escolar, sobre todo el de la oralidad, el de la lectura y el de la escritura. Desde esta óptica, nos dice Berta Braslavsky: “Ya no se trata de leer letras y palabras para leer las oraciones, sino de leer oraciones para aprender las palabras” (2013: 50), porque son ellas las que nos llevan a significar el mundo. “Se trata ya de una comprensión activa en el intercambio de ideas que se produce entre el lector y el autor a través de un texto y en la situación determinada por el propósito del autor, es decir, por la intención, por la necesidad de resolver un problema que tiene cuando aborda el texto. El lector puede ir más lejos y construir significados nuevos que superen los significados expresados por el autor” (p. 51).

Por eso, si no hemos logrado cultivar el desarrollo de una sabiduría interior desde nuestra experiencia personal, la lectura no tiene sentido simplemente porque aún no hemos podido llegar a significar la experiencia humana, sobre todo desde el desarrollo de la comprensión que, como todos sabemos, “es un proceso en que el lector construye significados interactuando con el texto a través de la combinación de conocimientos y experiencias previas”(Braslavsky 2013: 50), las cuales deben estar sustentadas en nuestra más genuina filosofía experiencial.

El lector construye con instrumentos de su subjetividad

Vivimos atiborrados de lenguaje. Donde estemos el lenguaje nos acompaña, incluso cuando estamos solos. La lengua cuando hablamos, la lengua cuando escribimos, la lengua cuando pensamos, la lengua cuando llamamos o cuando hablamos demás o adrede o con prudencia. La lengua para todo y en todo. Cada acto de habla, por simple

que sea, genera sentido. Lo mismo sucede con la escritura, ella genera lectura, pero “cada lectura, según se mire, nos lleva o nos atrae, nos acerca o nos aleja” (Pradelli 2013: 33). La mirada, el corazón, los sentimientos, las emociones, la razón, entran en juego al leer y escribir.

La escritura, desde la lectura nos habla, nos interpela, nos cuestiona, nos hace pensar el mundo no solo del libro que en él se proyecta sino, fundamentalmente, el que se proyecta en el lector para encaminarse, desde esa lectura, al análisis del mundo que él vive. Por eso, el valor que uno le pone a la lengua tanto al hablar, al escuchar, al escribir o al leer recoge lo que sostiene Luigi Pirandello: “Todos tenemos dentro un mundo de cosas; cada uno su mundo de cosas. En las palabras que digo pongo el sentido y el valor de las cosas tal como están dentro de mí” (Pradelli 2013: 51).

Desde la lectura nos conectamos con el otro, con los demás, con el mundo. Como lectores exploramos la realidad del otro, pero desde una subjetividad muy particular en cada caso, es decir con el sentido que esas palabras me trascienden, me apelan, me conmueven de una manera que solo están en mí. Para cada lectura hay un sentido y cada lector tiene su propio sentido. Y a la par que cada lector ve el registro o la marca de otros en esa lectura, también ve su propio registro; con esos dos registros: el del sentido que tiene ese texto y con el de la propia subjetividad del lector, se apropia de una realidad, de una marca con la cual se conecta con todo lo que le rodea. Así aparecen las riquezas de las subjetividades, es decir la del colectivo de escritores y de lectores que, a la par que testifican sobre la importancia de los textos, validan, con su aptitud personal, con su subjetividad, la riqueza material que se espiritualiza y se subjetiviza en este conglomerado de intelectuales que, con su visión, aportan al desarrollo del mundo.

Como muy bien sostiene Ángela Pradelli parafraseando a George Steiner: “La experiencia que atravesamos cada

uno de nosotros al leer un libro, a cómo una lectura puede afectarnos y perturbarnos cuando somos capaces de relacionarnos desde nuestra subjetividad con el contenido de los textos” (2013: 53). Pues, la concreción de nuestra subjetividad tiene un enorme poder para crear y recrear la realidad a partir de un texto leído. Aquí no entra el plagio, ni son las ideas ajenas las que se apropian del lector; son esas ideas, las del otro, es decir, las del texto, las que lo mueven al lector a pronunciarse con su propia personalidad, con su subjetividad, ya no sobre el texto, sino que a partir de él, del texto, “más que buscar en el texto del otro, busca en él mismo para poder encontrar al otro y comprenderlo”(Pradelli 2013: 53), valorarlo, tomarlo en cuenta como si fuese su propio yo.

El poder de la subjetividad del lector radica en que con el alimento que del texto recibe, “la lectura le permite a alguien conectarse con el otro, pero es en sí mismo donde el lector encontrará las herramientas para ese abordaje. En el texto del otro, el lector reconoce marcas, huellas y surcos, pero son pistas que debe completar con contenido propio. Un lector, para no sucumbir en el mar que el otro es (...) construye con instrumentos de su subjetividad, busca en la complejidad de sus piezas las herramientas emocionales, intelectuales y desde allí aprehende los trazos del otro y los significa, les da un sentido” (Pradelli 2013: 53).

Referencias bibliográficas

- Barceló, T. (2013). *La sabiduría interior. Pinceladas de filosofía experiencial*. Bilbao: Desclée de Brouwer.
- Bojorque, E. (2008). “La rueda de la lectura”, en *Capítulo Aparte. Revista sobre el tema de la lectura*. Número nueve. Quito: Campaña de Lectura Eugenio Espejo.

- Braslavsky, B. (2013). *Enseñar a entender lo que se lee. La alfabetización en la familia y en la escuela*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Chambers, A. (2006). “Cuando se trata de escribir, eres lo que lees”, en *Capítulo Aparte. Revista sobre el tema de la lectura*. Número siete. Quito: Campaña de Lectura Eugenio Espejo.
- Égüez, I. (2014). “Rocinante”. No. 66. Abril. Quito: Campaña de Lectura Eugenio Espejo.
- Martín, G. (2013). *Una casa de palabras. En torno a los cuentos maravillosos*. México, D.F.: Océanos Travesía.
- Pradelli, A. (2011). *La búsqueda del lenguaje. Experiencias de transmisión*. Buenos Aires: Paidós.
- Pradelli, A. (2013). *El sentido de la lectura*. Buenos Aires: Paidós.
- Ospina, W. (2008). “Lo que entregan los libros”, en *Capítulo Aparte. Revista sobre el tema de la lectura*. Número nueve. Quito: Campaña de Lectura Eugenio Espejo.
- Trelease, J. (2012). *Manual de la lectura en voz alta*. Traducción de Juan Pablo Hernández y Jorge Largo G. Bogotá: Fundalectura.

15. TODA LECTURA ES INTERPRETATIVA*

En términos generales un ciudadano tiene su propio estilo de vida de conformidad con el conjunto de valores, el nivel de formación, la calidad del conocimiento, las costumbres personales y las convenciones culturales que haya logrado asimilar dentro de la comunidad a la cual pertenece. La lengua, la religión, el sector geográfico en el que vive y la educación que recibe, y sobre todo del esfuerzo que haga para adquirir una formación personal muy a su manera y estilo, lo configuran para que responda con eficacia y eficiencia, y sobre todo con un alto sentido ético.

En este orden, “toda persona tiene su propio mapa del mundo. No hay ningún mapa del mundo que sea el único correcto. Toda persona elige la mejor opción disponible, dadas las posibilidades y las capacidades que perciba como accesibles a ella desde su propio modelo del mundo” (Dilts 2008: 75). Por esta razón es que, en el mundo de la lectura, cada lector tiene sus propios niveles de interpretación a la hora de la lectura de un texto.

De conformidad con su propio mapa del mundo, es decir, con su manera tan particular que cada ciudadano tiene para adentrarse en el mundo que le rodea, tendrá un acceso profundo o superficial. Alfonso López Quintás habla

* Ponencia presentada en el Segundo Seminario Internacional y 5to. Encuentro Nacional de Escritores y Docentes Miguel Donoso Pareja, Carrea de Ciencias del Lenguaje y Literatura, Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias de la Educación, Universidad Central del Ecuador, Quito, Ecuador, del 10 al 12 de febrero de 2016.

de una mirada profunda que es necesario poner en la vida para que ella tenga un auténtico sentido humano, ante todo insiste en que “para estar abiertos a las grandes cuestiones de la formación humana, debemos aprender a mirar con penetración, trascender lo superficial para alcanzar lo profundo, (...) pues este tipo de mirada no depende solo de la inteligencia de cada uno, sino de la forma de analizar la realidad” (En Ospina y Quezada 2014: 38).

En consecuencia, en el campo de la formación en la lectura nos hace falta aprender a mirar con profundidad para lograr una forma muy personal para analizar la realidad. Por eso es que, cuando el lector lee obligado, solo para cumplir una tarea, la mirada por lo regular nunca es profunda; en este caso más bien prima una mirada meramente receptiva. La lectura exige condiciones muy especiales para leer con sentido y sobre todo con condimento humano. Pues, “leer es reconstruir el sentido de un texto poniendo en relación las distintas pistas informativas que contiene y el conocimiento de que dispone el lector” (Carlino 2009: 69).

Por esta razón es que no hay lectores iguales para entender y para interpretar un texto. Cada lector con su propio modelo del mundo debe saber que “el significado no está en el impreso sino que el lector debe buscarlo y elaborar un modelo mental consistente con la fuente. Y, para ello, ha de cooperar de forma activa a partir de su experiencia lectora, su dominio lingüístico y su familiaridad con la organización de otros textos similares” (Carlino 2009: 69-70). Así, la lectura se convierte en un proceso complejo, sobre todo si vamos en pos de esa mirada profunda, necesaria y trascendente. Cuando se lee así, “el lenguaje se transfigura y cambia su sentido, por cuanto lo enriquece. Advertimos aquí que el lenguaje, cuando se vive de modo creativo, es muy maleable, puede adquirir nuevos sentidos, sin alterar su significado primario” (López, en Ospina y Quesada 2014: 40).

Ver el mundo desde nuevas perspectivas

Siempre que el ser humano se proponga ver el mundo desde nuevas perspectivas, le es factible hacerlo porque esa nueva visión lo promueve a la realización de nuevos proyectos para un mejor desarrollo humano dentro del ámbito socio-educativo-cultural y científico. La fenomenología llama “mundo al conjunto de fenómenos captados y proferidos por una conciencia” (Marina y Pombo 2013: 40), lo que significa decir que siempre es saludable aprender a ver de nuevo el mundo, al menos el que está próximo a cada uno de nosotros, sobre todo en el ámbito del trabajo y de la cultura que vamos generando en la comunidad a la cual nos pertenecemos.

En este ámbito, los científicos y los escritores quizá son los que están en ese constante aprendizaje de aprender a ver de nuevo el mundo y por eso pueden promover modestos y a veces sorprendentes proyectos de investigación y de escritura que van siempre en beneficio del desarrollo humano. Así, un literato, un filósofo, un teólogo, un economista, un pedagogo, dentro de las llamadas ciencias humanas se encargan de expresar los distintos mundos con un sentido y un enfoque enormemente enriquecedor. En este caso, la trivialidad está ausente, y por eso es posible que este grupo humano, incluso el más humilde de los seres humanos, pueda estar en condiciones de darle sentido a la realidad; pues, “la función esencial de la conciencia humana es ‘crear significados’” (Marina y Pombo 2013: 42) con los cuales es posible abrir nuevas perspectivas a partir de ideas que pueden luego crear cosas o ampliar la visión del mundo a través de la discusión y de una serie de argumentos que bien cimentados encuadran en “un nuevo marco mental en torno al contenido de una experiencia o situación, expandiendo nuestra percepción (...) de modo que pueda ser manejada con más recursos y sabiduría” (Dilts 2008: 56).

A la realidad se la conoce, por lo tanto, desde el conjunto de perspectivas que se crean y se promueven desde diferentes ámbitos. José Antonio Mariana sostiene, por ejemplo, que a “la realidad la conocemos, forzosamente, mediante ficciones, o dicho menos escandalosamente, mediante conceptos ideales, entes de razón, o irrealidades creadas por nuestra inteligencia. Una teoría científica es una ficción que pretende contar la realidad apoyándose en argumentos y datos” (Mariana y Pombo 2013: 41); o en el caso de la literatura que desde la ficción se encarga de proponer la expresión de diferentes mundos; se trata de nuevas visiones que de alguna manera ayudan a la gente, al lector, a cambiar su perspectiva frente al mundo, al menos a reflexionar sobre la posibilidad de una nueva realidad desde un foco de atención general que Robert Dilts llama “marcos”, porque surgen a partir de una conversación o en la lectura de un escrito, y que influyen “tanto sobre el modo en que percibimos experiencias y acontecimientos concretos, como sobre la forma en que respondemos a ellos, en la medida en que sirven para ‘puntuar’ esas experiencias y dirigir nuestra atención” (2008: 46).

Desde esta perspectiva, un cuento o un poema, por pobre que aparentemente sea, “puede significar el mundo con tanta ‘profundidad’ como un tratado de filosofía” (Mariana y Pombo 2013: 40), de teología o de ciencia. En este caso, el marco de referencia surgirá desde diferentes ópticas, según sea el tipo de lector, y así, se podría confirmar lo que sostiene Juan Domingo Argüelles: “Con libros, sí, pero también más allá de ellos, pues no olvidemos que, al final de cuentas, lo que importa de los libros no son los libros en sí, sino lo que suscitan en nosotros y de qué modo nos transforman” (2014: 80)

Leer es buscar un tesoro de vida

Cuando a un lector le impacta la lectura de un libro, normalmente ese libro le lleva a otro y ese a otro y a otro y

así queda para siempre configurado un campo de experiencia antropológico y axiológico tan personal en ese lector que aprenderá a disfrutar durante el trayecto de su vida muy a su manera y, sobre todo, con relativa confianza ante los fragores de la vida. Pues, lo que ha hecho es optar por un camino, entre tantos que hay para que la existencia humana pueda asumirlos pensando en que, el ser humano está llamado a participar en los quehaceres de este mundo desde su mejor opción personal, familiar y profesional.

Y la lectura de un libro, o de un texto, sea de la índole que sea, hablando temáticamente, siempre nos deja una huella de humana existencia en el vivir, en el conocer y en el hacer; se trata de una actitud interactiva muy personal. Cada lector sabe lo que recoge, lo que selecciona, lo que cosecha y lo que luego puede sembrar en la vida a partir de esa lectura que lo impacta, que lo motiva hacia algo, que lo conmueve y lo proyecta a vivir de otra manera, a conocer realidades que le parecen exquisitas, insólitas, porque el asombro puede más que la mera pasividad e indiferencia con la que a veces actúan ciertas personas que no han tenido la oportunidad de vivir la experiencia de un libro bien leído.

En definitiva, el que ha optado libremente para leer desde una motivación muy consustancial a su ser, aprende a crecer dentro de un comportamiento que lo motiva a comprometerse con el mundo de una manera muy diferente a la del resto de personas que no han podido disfrutar desde el placer de la lectura. El lector que disfruta y filosofa de lo que lee logra adquirir una actitud ética muy especial, sobre todo de no violencia ante el mundo; sabe que “lo humano no surge desde la lucha, la competencia, el abuso, o la agresión, sino desde la convivencia en el respeto, la cooperación, el compartir y la sensualidad, bajo la emoción fundamental del amor” (Maturana 2010: 92).

Por consiguiente, el comportamiento lector nunca es pasivo ni agresivo si se funda en el disfrute y en la generación de nuestra propia opinión. Pero si se lee por obligación

solo para cumplir con una tarea escolar, no habrá jamás una experiencia de lectura enaltecedora, peor de carácter reflexivo y sobre todo de compromiso personal ante la vida.

Pues, leer desde el tema libremente elegido, es buscar un tesoro de vida, incluso desde la incomodidad aparente o provisional que nos puede causar un texto que a primera vista no lo entendemos. A veces, “leer una oración simple puede enredarnos incluso con las palabras que la oración no tiene, perdernos en una confusión oscura de laberintos, hacernos tropezar con el lenguaje, enredarnos con las palabras que nuestra lengua todavía no conoce, con las que aún nunca dijimos” (Pradelli 2013: 69); sin embargo, la motivación, el afán por leer, le permiten al lector superar esos breves escollos, ante todo porque el propósito que tiene es meterse a fondo en ese mundo viajero de letras hasta ser tomado por el lenguaje porque siente que en su destino lector está un tesoro de vida: el gozo y el convivir humano desde su mejor experiencia vital.

Los libros y los docentes

Es verdad que si el docente no dispone de un adecuado conocimiento científico, pedagógico y humanístico, y si no aprende reflexionando sobre su experiencia profesional, muy difícilmente un estudiante va a recordar lo que ese maestro ha tratado de hacer por él. Bien lo señalan Gottschalk y Hjortshoj (2004) cuando sostienen que “los estudiantes recuerdan mejor lo que ellos han dicho (en cuanto es su propio conocimiento) que lo que los docentes [y los libros] les han contado” (citado en Carlino 2009: 9).

Los libros y los docentes son los que más deberían marcar la existencia y el rumbo de vida con proyección a un auténtico compromiso humano de un estudiante. Por supuesto que todo “depende de lo que haga el aprendiz, pero también depende de las condiciones que ofrecemos los docentes (y las que nos brindan las instituciones) para que

el primero ponga en marcha su actividad cognitiva” (Carlino 2009: 10) que es en donde radica el mayor problema a la hora de aprender desde la enseñanza habitual escolarizada.

Se debe tener en cuenta que aprender no es solo memorizar y cumplir con una tarea, sino crecer. Bernardino Salinas señala que “enseñar y aprender en una aula es una actividad compartida, asombrosa y con grandes dosis de creatividad, que tiene que ver con la vida y no tanto con el expediente académico” (Bain 2012: 13). Esta actividad compartida para Salinas implica al menos tres tipos de comportamiento estudiantil: “Aprendices superficiales (reproducen lo que han leído o escuchado), aprendices estratégicos (cuyo objetivo se centra en las notas) y aprendices profundos (se introducen en la complejidad de las materias con la intención de entenderlas)” (Bain 2012: 12).

El problema está en lograr aprendices y docentes profundos, a decir de Salinas, con una “excelencia como capacidad de descubrir la complejidad del mundo a través de la parcela de la realidad que se está estudiando, de relacionar esa parcela con otras, de abordar lo desconocido, de reconocer fracasos y de emprender a partir de ellos búsquedas nuevas, de reconocerse y avanzar a través de la evaluación, de apreciar el trabajo de otros” (Bain 2012: 13).

Si esta excelencia educativa de la que habla Salinas se cumpliera, no tendríamos alumnos apáticos, indiferentes, poco comprometidos con su realidad ni al estilo de las preguntas que se plantea la investigadora argentina Paula Carlino: “¿Por qué los estudiantes no participan en clase? ¿Por qué leen tan poco la bibliografía? ¿Por qué al escribir muestran haber comprendido mal las consignas? ¿En dónde o en qué estaban cuando fueron explicados los temas sobre los que hoy los evaluamos?” (2009: 9).

Son situaciones muy preocupantes, sobre todo cuando sabemos que el destino de un país depende del nivel de

formación axiológica y científica que adquieran los ciudadanos. Carlino sostiene que “la buena enseñanza requiere investigación. Investigación que ha de nutrirse de otras investigaciones, de la reflexión sobre el quehacer cotidiano, del diálogo con otros docentes, del diseño creativo de situaciones didácticas consistentes con principios teóricos, de la experimentación en el aula, de la reconstrucción por escrito de lo ocurrido en clase para poder analizarlo y revisarlo. Y que investigar es publicar” (2009: 17).

La escritura académica

Valga la siguiente anécdota con relación a un estudiante que cuando exponía un tema en clase, empezó diciendo que el autor en referencia había nacido en 1912 y había muerto en 1880. Se le preguntó qué pensaba al respecto y dijo que así estaba escrito en el libro. Estas situaciones les suceden a un gran número de lectores, sobre todo estudiantes, que no examinan lo que leen, no analizan, no digieren, no reparan en lo que leen. Todo se lo creen al pie de la letra, sin que haya reflexión, cuestionamiento, preguntas, y sin que de por medio haya una auténtica conciencia lingüística.

Quizá, aparte de los problemas que cada estudiante presenta de manera particular, se deba a que por el modelo didáctico habitual que empleamos los profesores en cuanto a demostrarle lo que sabemos sobre un tema, no le enseñamos a participar en la cultura discursiva que cada disciplina tiene. El profesor, antes que exponer un tema, debería, con el texto en mano, enseñarle a participar en actividades de producción y de análisis, sobre todo “en los modos de indagar, de aprender y de pensar en un área de estudio” (Carlino 2009: 13).

Toda comunidad escolarizada debe tener presente que “la diversidad de temas, clases de textos, propósitos, destinatarios, reflexiones implicadas y contextos en los que se lee y escribe plantean siempre a quien se inicia en ellos

nuevos desafíos y exigen continuar aprendiendo a leer y a escribir” (Carlino 2009: 14). Uno de los problemas mayores de los docentes es que dan por sabido que el alumno ya sabe leer y escribir. No se repara en la circunstancia de que la lectura y la escritura es un problema axiológico, antropológico y hasta ético. En conclusión, cada tema de lectura exige su propia alfabetización. Por supuesto, no se trata “de la alfabetización en el sentido de aprender las primeras letras sino de las oportunidades para incluirse y participar en ciertas comunidades que utilizan el lenguaje escrito con determinados propósitos. La universidad es una de ellas” (Carlino 2009: 14).

En efecto, y sobre todo para el caso de un estudiante universitario, se necesita alfabetizarlo académicamente. Esto implica “que cada una de las cátedras esté dispuesta a abrir las puertas de la cultura de la disciplina que enseña para que de verdad puedan ingresar los estudiantes, que provienen de otras culturas” (Carlino 2009: 15). Casi ningún docente repara en la calidad de lectura y de escritura que tienen sus alumnos. En estas circunstancias, cada alumno tiene que defenderse como pueda, prácticamente sin ninguna orientación que no sean las pautas que el propio texto le ofrece pero que el alumno las ignora por completo.

Como dice Paula Carlino: “La escritura está más descuidada que la lectura. Y, sin embargo, la escritura es una de las actividades intelectuales más formativas que existen” (2009: 16). Por eso es que si un alumno no puede leer ni escribir en la disciplina que le corresponde hacerlo, por más buena enseñanza que haya de parte del maestro, no aprende para formarse ni para investigar sino para apenas cumplir con una tarea, en la que, en muchos de los casos, se ve obligado a realizarla.

Al respecto, Russell (2003), citado por Carlino sostiene que “centrarse en la escritura es una manera de centrarse en lo métodos, en las prácticas y en los procesos sociopsicológicos de la indagación intelectual, de la innovación y

del aprendizaje. El estudio de la escritura académica es entonces parte de una profunda reforma de la educación superior” (2009: 16-17), tarea en la cual aún no hemos empezado a trabajar seriamente.

Escribir sobre lo leído

La enseñanza-aprendizaje que dentro del ámbito escolar se genera, por lo regular está centrada en las diversas asignaturas que se encargan de agrupar el conocimiento. Y aunque cada asignatura está destinada para que aprenda el estudiante, lo cierto es que el que más aprende es el docente: “Investigar y leer para preparar las clases, reconstruir lo leído en función de objetivos propios –por ejemplo, conectando textos y autores diversos para abordar un problema teórico-, escribir para planificar su tarea, explicar a otros lo que ha comprendido como producto de años de estudio...” (Carlino 2009: 11).

Y en este orden, lo que el profesor hace en clases parecería que es lo más importante, cuando lo que realmente importa es lo que el alumno hace, porque lo que él hace está en relación con lo que el docente haga. Quizá, uno de los grandes problemas, y muy grave, está en que lo que hace el docente lo hace para lucirse pensando siempre que es él el que importa en la clase, por eso se preocupa de decir el conocimiento, de explicarlo, pero no se compromete a transformar ese conocimiento en conjunto con los alumnos para aplicarlo buscando las estrategias de aprendizaje más idóneas para que sean ellos los que pasen al primer plano de importancia.

Así como el profesor tiene formas y formas de decir el conocimiento oralmente, así también, para entender mejor la asignatura, “hay formas y formas de abordar y entender un texto, y los modos de lectura propios de la educación superior implican categorías de análisis que no tienen adquiridas los ingresantes” (Carlino 2009: 47), y que es deber

del docente explicar esos modos de escritura que le son propios a cada disciplina.

El docente no puede desconocer que la lectura de un texto bien leído ayuda a comprender y a valorar esos contenidos, y, sobre todo, debe entender que “el hecho de que escribir sea uno de los medios más poderosos para que los alumnos elaboren y hagan propios los contenidos conceptuales de cualquier materia” (Carlino 2009: 51) es tan vital para desarrollar una voz académica y de familiaridad con la disciplina que los alumnos estudian.

Las prácticas de escritura académica, por consiguiente, ya no centran la atención en el docente sino en el alumno que una vez que empieza a escribir bajo la orientación de su profesor, se da cuenta que “redactar abre puertas para descubrir ideas, a condición de que se revise lo escrito comparando el texto producido hasta el momento con el texto que podría requerir el lector potencial” (Carlino 2009: 27).

Otro asunto gratificante es que “escribir sobre lo leído favorece estudiar de otro modo” (Carlino 2009: 27). Ya no es solo la voz del profesor que incita a conocer la materia de un solo modo. El estudiante sale favorecido con la presencia del texto, que es otra voz, ajena a la del profesor, y, sobre todo, porque interviene la voz del alumno, la cual, desde su escritura, genera una voz propia, la de él que es el que hace la tarea. Así, pasa a un primer plano de importancia, haciendo una tarea que le pertenece, gracias a que la escritura, es decir la redacción que él genera “estimula el análisis crítico sobre el propio saber debido a que permite sostener la concentración en ciertas ideas, lo cual a su vez está posibilitado por la naturaleza estable de lo escrito, a diferencia de la volatilidad del pensamiento y del lenguaje hablado” (Carlino 2009: 27) que el maestro y el mismo alumno a veces generan como lo único primario.

Siempre hay algo detrás de cada línea escrita

El discurso oral, como sabemos, es mucho más efectivo, más fluido para comunicarnos debido a la serie de comportamientos extralingüísticos que posee: la entonación, las pausas, los gestos, son de una enorme ayuda para que la comunicación fluya adecuadamente; en cambio, el discurso escrito, al carecer de un contexto situacional, debe crear unos parámetros lingüísticos para que la comunicación pueda ser entendida: los recursos grafológicos como el de los signos de puntuación y toda una normativa gramatical debidamente estructurada en torno a la ortografía de las letras, la concordancia, la morfosintaxis y la habilidad del escritor para utilizar semántica y pragmáticamente los términos que debe emplear, le dan el sentido que él quiere evidenciar en el texto.

De otra parte, el lector debe tener unos conocimientos previos para que pueda meterse en el discurso escrito que desea, o que en el ámbito escolarizado le obligan a leer. El lector debe saber que hay un código simbólico en el cual se funda el texto, y que cada área de estudio tiene su propio discurso. Por ejemplo, “un discurso literario no puede juzgarse del mismo modo que uno no literario por su adecuación y su fidelidad a una realidad ajena a sí mismo. En el segundo, el contexto de situación es preciso, definido, está lo suficientemente ubicado para que en lo posible haya una sola interpretación adecuada del mensaje” (Díaz 2009: 8).

También sabemos que un discurso escrito, sea de la índole que sea, no solo necesita ser entendido literalmente; lo inferencial y lo crítico completan el sentido humano que hay que descubrir en el texto. Y, ante todo, porque “si necesitamos una mirada crítica es porque siempre hay sesgo, ideología, intereses. Nada es neutro. Nunca. Siempre hay algo detrás de las líneas, que debemos descubrir” (Cassany 2013: 57).

En este sentido, es enorme la responsabilidad que tiene el docente para llegar a sus alumnos a través de los textos escritos, que son su herramienta esencial para ejercer su profesión magisterial; pues, su papel no solo es pedagógico, sino científico y humanístico. Por algo, la pedagoga argentina Paula Carlino sostiene que “de nada sirve un programa desarrollado completo por el docente si los estudiantes no lo reconstruyen ‘en sus cabezas’” (2009: 129), más aún cuando el estudiante tiene dificultad para comprender la bibliografía. Al respecto, otro ejemplo que Carlino plantea es cuando confirma que “las dificultades de los estudiantes universitarios para entender lo que leen se deben a que se enfrentan por primera vez con textos que derivan de otros que no están dirigidos a ellos sino a los investigadores” (2009: 88-89).

Carlino sostiene también que “los mismos textos que entre profesionales formados o entre investigadores no suelen plantear problemas de lectura comienzan a ser problemáticos en la formación universitaria. ¿Por qué? Porque los textos que se leen en la universidad son derivados de textos científicos. Y los textos científicos están dirigidos a colegas” (2009: 88), y no necesariamente a los alumnos que, al no entender debidamente este tipo de textos, empiezan sus estudios con una enorme decepción y preocupación al mismo tiempo, y con mayor razón cuando el profesor no repara en este gravísimo inconveniente de lectoescritura.

Ayudar a leer

Tanto el lector como el texto poseen rangos culturales bien marcados, es decir, un conjunto de valores y de conocimiento que interactúan mutuamente a la hora de construir significados. Por eso, cuando el lector lee deja escapar una parte o mucha información del texto; esto depende de cómo, con sus conocimientos previos, pueda adentrarse en el conocimiento y valores que el texto contiene y

que el lector debe ser capaz de interactuar significativamente.

Por eso, sobre todo en la lectura de estudio, escolarizada, depende de lo que busca el lector; hay contenidos que pasan a primer plano, en tanto que el resto de información es desechada. En estos casos, “el lector no puede centrarse en toda la información provista por el texto, sino que realiza un recorte en función de lo que busca, de lo que ya sabe, de lo que le resulta novedoso y digno de prestar atención” (Carlino 2009: 70).

En tal virtud, toda lectura por más objetiva que sea, y como lo señala Lerner (1985), citado por Carlino, “es necesariamente interpretativa porque la información que se extrae de un escrito depende tanto de éste como de lo que el lector aporta para poder desentrañarla” (2009: 70). Y lo que el lector aporta cuando ingresa a la universidad es muy poco sencillamente porque al no estar familiarizado con esta nueva bibliografía que le ofrece la institución a través del docente, “la comprensión de lo leído es muy pobre porque refleja la dificultad de seguir su argumentación, en ausencia de un esquema interpretativo propio. Los alumnos carecen de cierta información que estos textos dan por sabida” (Carlino 2009: 74).

El papel del docente, por lo tanto, para ayudarle a leer al estudiante, es de vital importancia para promover la autonomía lectora, no imponiendo unas condiciones de lectura, sino comprometiéndose con él para ayudarle desde el conocimiento y experiencia que de los textos el docente tiene. “Por este motivo, al planificar las propuestas de lectura, no es suficiente que los profesores decidamos qué han de leer los alumnos; también resulta necesario que tomemos conciencia de los propósitos que cumple la bibliografía elegida según los objetivos de la asignatura, a fin de comunicar a nuestros estudiantes por qué les pedimos que lean y para qué” (Carlino 2009: 72).

Carlino repara muy bien en “el sentimiento que suele acompañar la desorientación de los alumnos cuando leen

y no entienden (es decir, cuando no saben siquiera en qué cuestiones del texto centrarse porque ignoran qué buscar en ellos) es el aburrimiento e incluso el sueño. Este sopor es con frecuencia una de las razones de que los lectores abandonemos la lectura. (...) La falta de lectura que encontramos en los alumnos no es una no-lectura originaria, producto de su pereza. Es una no-lectura secundaria (un abandono de la lectura), dependiente de haber comprobado que entre ellos y los textos de nuestras materias no hay 'repertorios' comunes (2009: 71).

Por lo tanto, debe haber una regulación externa, la del docente, que comparta "su saber-hacer, explicitándolo, ofreciendo indicaciones y retroalimentando los intentos imperfectos de los recién llegados" (Carlino 2009: 75) lectores que en calidad de alumnos necesitan incorporarse a su nueva comunidad académica, sabiendo leer y escribir desde unos contenidos que sean asequibles, sobre todo porque el docente que guía estas prácticas sabe "que leer bibliografía auténtica de una disciplina es indispensable para poder analizar en profundidad las corrientes teóricas, apreciar la complejidad de sus razonamientos y examinar las bases empíricas en las que se apoyan" (Carlino 2009: 73).

La escritura estimula el entendimiento y la creatividad

Escribir es una habilidad que se la adquiere poco a poco, desde la educación básica hasta la educación superior, en donde se la perfecciona para que el profesional universitario aprenda a dar consistencia al pensamiento que, de hecho, la sociedad le exige para que su aporte al desarrollo de la comunidad sea el más idóneo.

En el transcurso de la educación escolariza, sobre todo en los estudios de posgrado, para evitar la mera memorización de concepciones teóricas, "la escritura estimula el análisis crítico sobre el propio saber debido a que permite sostener la concentración en ciertas ideas, lo cual a su vez

está posibilitado por la naturaleza estable de lo escrito, a diferencia de la volatilidad del pensamiento y del lenguaje hablado” (Carlino 2009: 27).

El profesor debe seguir insistiendo en la necesidad de que el alumno aprenda a escribir por su cuenta empezando desde lo más sencillo; por ejemplo, elaborando las síntesis de las clases, dando respuesta a preguntas que el profesor le plantea sobre la bibliografía que debe leer, y que practique, dependiendo de los temas y de la direccionalidad que el profesor quiera dar a sus clases, las cuatro formas del discurso escrito: exposición, descripción, narración y argumentación. En otros casos, la técnica del resumen, del comentario, de la reseña y del ensayo le permitirán al estudiante posesionarse del aprendizaje, sobre todo para aprender a entender y a criticar los contenidos.

La escritura individual forma en gran parte al estudiante, pero también en parejas y en equipos de trabajo. O como sostiene Paula Carlino: “Una porción importante del aprendizaje de los alumnos consiste en reconstruir el tópico de la clase: darse cuenta de cuál fue el tema y las ideas centrales que se trabajaron. Este proceso involucra inferencias, generalizaciones y el establecimiento de una jerarquía entre las nociones tratadas” (2009: 27).

También se puede ensayar a realizar trabajos monográficos. Aquí cobra importancia el análisis bibliográfico que se pueda hacer de un buen conjunto de textos leídos. “Al redactar la monografía hay que exponer y hay que argumentar. Se expone al explicar qué han dicho los autores consultados y se argumenta cuando se defiende la tesis del escrito” (Carlino 2009: 39).

También se puede ensayar a extraer la tesis de un capítulo, de una unidad, de un artículo científico o de un libro. En tres o cuatro líneas, el estudiante, a través de la tesis, debe decir cuál es lo substancial del texto que leyó. La técnica de la tesis sirve para trabajar con textos del área socio humanística, en especial de la literatura. Esta es, por ejem-

plo la tesis de la novela *El viejo y el mar*, de Ernest Hemingway: “Santiago, el viejo pescador pobre y solitario que se erige como personaje central del relato, encarna la fortaleza del espíritu a pesar de la posición desventajosa con que el hombre enfrenta las adversidades de la vida en su diaria lucha por subsistir” (Díaz 2009: 93).

En fin, lo bueno de la escritura es que, como sostiene Álvaro Díaz, “cada vez que el escritor se ocupa de la tarea de escribir emprende un proceso que le implica pensar, responder interrogantes, eliminar ideas, descartar posibilidades, reorganizar, cambiar de idea... y seguir pensando” (2009: 75) para producir un resultado, fundamentalmente creativo y muy personal para aprender a pensar con rigor.

Pasarelas para leer

Es saludable comparar a la lectura con el juego: el poder de disfrute y de concentración es tal, que la actividad relaja aunque se pueda experimentar cierto agotamiento. Ese mismo estado del juego es el de la lectura: concentración, relajamiento y disfrute hacen un trío tan válido como el del juego. Y si las horas de lectura agotan, son soportables porque no hay mejor cosa que hacer lo que a uno le gusta hacer, sobre todo si se piensa que la actividad que se lleva a cabo no hace mal a nadie, mayormente a quien la practica.

Estar profundamente inmiscuido en la lectura es estar metido en el mundo de la historia que se lee y es, al mismo tiempo, estar alejado del mundo que al lector le rodea. Ese alejamiento temporal del mundo, es decir, mientras se lee, sirve para estar más comprometido con el mundo, porque desde la lectura el lector puede acercarse con más soltura a los otros, puede entender mejor el mundo, y ese acercamiento es más significativo y mucho más fuerte que nuestras particularidades (Petit 2008: 18).

El lector que disfruta leyendo tiene un vehemente deseo de pensar; la curiosidad y la imaginación le asaltan continuamente en la medida en que se mete en la historia; bulle en su ser una exigencia poético-narrativa que lo motiva para que el disfrute sea una situación natural, espontánea y consagrada a una lectura por convicción, no para satisfacer a nadie.

Por lo regular, la lectura genera un gesto de rechazo, de resistencia, de aburrimiento, cuando alguien la impone desde fuera; en especial el adulto, que incluso a veces casi nunca lee, es el que impone la lectura al hijo o al alumno para que lea: en estos casos, el que lee por imposición, lee para satisfacer al adulto pero nunca para disfrutar, sencillamente porque no le nace el deseo de leer por que-rencia, por inclinación ni por amor propio. Y si hay prejuicios mayores contra la lectura, el asunto de comportamiento lector es mucho más grave, la enfermedad avanza y la salud para leer se deteriora.

Michèle Petit manifiesta que “muchas personas se sienten incompetentes o avergonzadas delante de un libro; tienen la impresión de que ese privilegio pertenece a otros, a los que tienen recursos” (2008: 25), o incluso mucha inteligencia, tiempo y estatus social. Lo cierto es que, solo lee bien y se siente bien, quien adolece de prejuicios, y sobre todo quien tiene propósitos lectores y de vida altamente calificados por sí mismo.

Petit sostiene que “una persona que ama los libros, en un momento dado desempeña el papel de ‘iniciador’, alguien que puede recomendar libros” (2008: 25). En este caso, y como en todo acto humano, solo un compromiso amoroso puede “abrir tiempos, espacios, donde el deseo de leer pueda abrirse camino, es una postura que hay que mantener muy sutilmente para que brinde libertad, para que no se sienta como una intromisión. (...) Nunca hay que encerrar a un lector en un casillero, sino más bien de lanzarle pasarelas, o mejor aún de darle ocasión de fabricar

sus propias pasarelas, sus propias metáforas” (Petit 2008: 26-27).

El lector se construye, por lo tanto, cuando se compene- tra, por cuenta propia, en el texto. Desde ahí puede cons- truir su trabajo síquico, su propia familiaridad, su intimidad muy peculiar, para meterse en el texto a su manera y me- terse, luego, en la vida social con mayor fluidez humana.

La lectura es un trabajo psíquico

Cuando una persona busca un espacio, lo hace para sentirse bien, por eso el espacio del hogar es el espacio más seguro de convivencia. Cada lugar, sea de la índole que sea, ofrece un espacio para vivirlo, para sentirse bien. Si una persona no se siente bien en un espacio determi- nado lo abandona y acude a un lugar en donde pueda rea- lizarse. Eso sucede con el espacio de la lectura. “Lo que ofrece la lectura, es precisamente eso: un espacio, en el sentido real y metafórico, en donde sentirse suficiente- mente protegido para poder ir y venir libremente, sin peli- gro, y abandonarse a la fantasía, y tener la mente en otra parte” (Petit 2008: 71).

Así como el espacio del hogar es seguro para vivir, el espacio de la lectura es un lugar de protección, de aco- modo personal libremente elegido. El placer que se siente al leer nace de esa libertad para leer en el espacio que al lector le parece más adecuado: la biblioteca, la oficina, un escritorio, un sofá, el dormitorio, la sala, un aula, un vehículo, en fin, todo espacio, incluso a veces incómodo, se convierte en un ambiente propio para leer con placer, con desparpajo y a sabiendas de que lo que el lector hace con el texto no merece ninguna censura de fuera, sino de su propia conciencia de lector que puede relajarse psíqui- camente en la medida en que su condición específica de lector le permite pensar y actuar inferencialmente según

su capacidad de concentración, de interés y de maduración personal para asumir la lectura del texto intelectual y emocionalmente.

En esencia, la lectura es un trabajo psíquico donde “nuestro paisaje interior se transforma” (Petit 2008: 8), tal como nos transforma el amor por el ser querido. Para leer necesitamos estar alejados de todo, tal como el novio o la novia se aleja de todo y de todos para poder disfrutar su romance. La lectura se convierte así en un romance del intelecto y de las emociones. Se trata de un lenguaje con el texto, tal como lenguajean los amantes. Toda palabra, todo pensamiento les brota de lo más interior de su ser; así es la lectura: nos aleja de todo para vivir la libertad más plena en espacio, en tiempo, en elección del tema y, ante todo, en la manifestación interior de esa cálida protección que se experimenta para pensar con libertad, con confianza, e incluso para discrepar, para imaginar y para extraer las conclusiones que como lector se me ocurran sin ningún forzamiento externo que no sea mi propio interés para generar libremente y con naturalidad mi propio espacio de intimidad lectora.

Esa intimidad lectora es la que nos va, poco a poco, construyendo como lectores, sobre todo como amantes de la vida, porque aprendemos a caminar “en las riberas de la vida, en los linderos del mundo (...). La lectura siempre produce sentido, aun para lectores poco asiduos, que si bien no dedican mucho tiempo a esa actividad, saben que algunas frases halladas en un libro pueden a veces influir en el rumbo de una vida” (Petit 2008: 30,32).

La antropóloga francesa Michèle Petit, especialista en temas de lectura, dice estar “convencida de que la lectura sigue siendo una experiencia irremplazable, donde lo íntimo y lo compartido están ligados de modo indisoluble, y también estoy convencida de que el deseo de saber, la exigencia poética, la necesidad de relatos y la necesidad de simbolizar nuestra experiencia constituyen nuestra especificidad humana” (2008: 32). Se trata, por lo tanto, de

un espacio cultural, intelectual y emocional que se lo debe cuidar, proteger y sobre todo expandir para que todo ciudadano tenga derecho a formarse como auténtico ser humano desde el espacio libre y espontáneo de la lectura.

Leer para cooperar democráticamente con el mundo

Leer sirve para cooperar con el mundo, para influir en su desarrollo, e incluso para saber enfrentar al otro cuanto este entra en conflicto con su hermano. Leer es vivir un mundo en común: el autor, el texto y el lector tienen tras de sí, cada cual desde sus propias condiciones específicas, toda una comunidad que ha contribuido para que cada uno dé de sí, lo que le es permitido hacer. Como dice Humberto Maturana, cada cual “coopera con el otro en la conciencia de que el mundo que viven lo hacen en común, y si uno y otro se respetan, se puede salir de la escasez porque se puede entrar en la conspiración que lleve a la estabilización de la población, al reciclaje y a la no destrucción ambiental” (2010: 65) ni personal.

Leer, en efecto, para evitar la escasez de ideas, y sobre todo de inspiración y de creatividad, que es lo que más nos hace falta a la hora de enfrentarnos con el mundo y poder resolver los problemas que a veces nos abrumen, nos aniquilan y nos dejan escasos de toda buena condición humana para aprender a vivir como humanos. Pues, cada día, como sabemos, las condiciones de vida son más difíciles, quizás “porque perdemos la seguridad en el presente y vemos el futuro como una amenaza” (Maturana 2010: 63).

Leer para crear espacios de libertad, de compromiso y de responsabilidad democrática en una sociedad que está escasa de ideas sanas y carentes de respeto y de consideración para el otro. Leer para que prevalezca la salud espiritual y democrática de los pueblos. Hoy que la democracia está tan maltratada políticamente, es necesario leer para que comprendamos que “la democracia es una forma

de vida política que crea espacios de conversación y participación para todos los miembros de la comunidad que la adopta” (Maturana 2010: 67).

Y no se puede conversar y participar si no se tiene ideas democráticas, creativas y robustas de humanismo, las cuales surgen para pensarlas, reflexionarlas y asumirlas, por lo regular, de los mejores pensadores que con libertad, autonomía y democráticamente han podido plasmar infinitud de ideas en cantidad de libros que a lo largo de la historia humana se han creado para orientar el rumbo del mundo.

En este sentido, “los errores en democracia no constituyen ningún problema pues en el momento en que surgen en la reflexión, se puede cambiar rumbo. La única forma de evitar la apropiación de los asuntos de la comunidad por alguna persona o grupo humano, es vivir inmersos en la vida democrática, entendiendo que la democracia no es cuestión de poder, sino de colaboración en la realización de un proyecto nacional, y eso exige educación” (Maturana 2010: 67), sobre todo educación en la lectura de temas literarios, filosóficos, teológicos y sociológicos, que son los que más se preguntan por el valor que la vida tiene en sus diferentes manifestaciones humanas.

Conclusiones:

No hay lectores iguales para entender y para interpretar un texto.

De conformidad con su propio mapa del mundo el lector tendrá un acceso profundo o superficial en sus niveles de lectura.

Cuando el lector lee obligado, solo para cumplir una tarea, la mirada por lo regular nunca es profunda.

En el campo de la formación en la lectura nos hace falta aprender a mirar con profundidad para lograr una forma muy personal para analizar la realidad.

La lectura exige condiciones muy especiales para leer con sentido y sobre todo con condimento humano.

Cuando a un lector le impacta la lectura de un libro queda para siempre configurado un campo de experiencia antropológico y axiológico muy personal para asumir el texto a su manera.

El lector que disfruta y filosofa de lo que lee lograr adquirir una actitud ética muy especial.

Los libros y los docentes son los que más deberían marcar la existencia y el rumbo de vida con proyección a un auténtico compromiso humano de un estudiante.

Cada tema de lectura exige su propia alfabetización.

Casi ningún docente repara en la calidad de lectura y de escritura que tienen sus alumnos.

Cuando se escribe y se lee se produce un resultado, fundamentalmente creativo y muy personal para aprender a pensar con rigor.

La lectura, antes que un acto de manifestación externa, es un proceso de valorización, de solidaridad y de dialogización entre el yo, que es el lector, y el tú, que es el texto.

Para aprender a encontrarle sentido a una obra, se debe recorrer un largo camino de formación.

Así como el espacio del hogar es seguro para vivir, el espacio de la lectura es un lugar de protección, de acomodo personal libremente elegido.

Leer, en efecto, para evitar la escasez de ideas, y sobre todo de inspiración y de creatividad, que es lo que más nos hace falta a la hora de enfrentarnos con el mundo y poder resolver los problemas que a veces nos abruman.

Referencias bibliográficas

Argüelles, J. (2014). *Escribir y leer con los niños, los adolescentes y los jóvenes. Breve antimanual para padres, maestros y demás adultos*. México, D.F.: Editorial Océano.

- Bain, K. (2014). *Lo que hacen los mejores estudiantes de universidad*. Traducción de Óscar Barberá. Valencia: Universidad de Valencia.
- Carlino: (2009). *Escribir, leer y aprender en la universidad. Una introducción a la alfabetización académica*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Cassany, D. (2013). *Tras las líneas. Sobre la lectura contemporánea*. Barcelona: Anagrama.
- Díaz, Á. (2009). *Aproximación al texto escrito*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Dilts, L. (2008). *El poder de la palabra. Programación Neurolingüística*. Barcelona: Urano.
- López, A. (2014). *El arte de leer creativamente*. Barcelona: Stella Maris.
- Ospina, H. Quezada, G. –Eds- (2014). *Literatura y personalismo. Una mirada profunda*. San José de Costa Rica: Editorial Promesa.
- Marina, J. Pombo, Á. (2013). *La creatividad literaria*. Barcelona: Editorial Planeta: Ariel: Generación Creativa.
- Maturana, H. (2010). *El sentido de lo humano. Con la colaboración de Sima Nisis de Rezepka*. Buenos Aires: Editorial Granica.
- Pazo, L. (2011). *Actos de lectura. Aportes teóricos a la práctica literaria*. Buenos Aires: Editorial Biblos.
- Petit, M. (2008). *Lecturas: del espacio íntimo al espacio público*. Traducción de Miguel y Malou Paleo, y Diana Luz Sánchez. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica: Espacios para la Lectura.
- Pradelli, Á. (2013). *El sentido de la lectura*. Buenos Aires: Paidós.

16. LECTURA Y LECTORES EN EL QUIJOTE: PAUTAS PARA LEER EL QUIJOTE*

Nuestro pensar y actuar racional y emocional deben encaminarnos a darle sentido a nuestra realidad; esa es la función esencial de nuestra conciencia humana, y para ello existen infinidad de mecanismos que la ciencia y las humanidades nos brindan a raudales, de manera que no sea la rutina, sino la creatividad a través de un pensar y actuar eficientes los que iluminen el sendero de nuestra conciencia para apropiarnos del mundo con un valor personal.

Una de las formas altamente valiosas para darle sentido a nuestra realidad es desde el mundo humano de la literatura. El valor personal que desde este campo se pueda llevar a cabo, bien al escribir o al leer una obra literaria, debe “entenderse como un especial interés hacia una actividad, como una anticipación de una imagen futura en la que uno se encuentra realizado o como el deseo de aprovechar unas especiales habilidades de las que se siente uno dotado” (Marina y Pombo 2013: 55) para apropiarnos del mundo desde el mejor sentido estético y armónico que el lenguaje poético-literario nos proporciona para analizar la realidad desde nuevas y fructíferas dimensiones.

* Ponencia presentada en las Jornadas Cervantinas que llevaron a cabo la Academia Ecuatoriana de la Lengua y la Universidad Técnica Particular de Loja, desde el 12 al 16 de abril de 2016, en Loja, Ecuador, en conmemoración a los 400 años de la muerte de Miguel de Cervantes Saavedra.

Y es que, si queremos entender y valorar la realidad del mundo y la nuestra, hay instrumentos muy potentes y altamente significativos como el de la literatura para enfrentar la realidad desde la ficción; es decir, desde la palabra como idea potencialmente creativa, recreativa y estética, antes que desde la cosa en sí, fría y estática. Al respecto, la opinión de Jean Paul Sartre, citado por Alberto Manguel, es muy esclarecedora cuando señala que: “Como Platón, pasé del conocimiento a su objeto. Encontré más realidad en la idea que en la cosa misma, porque la idea se me daba antes y se me daba como cosa. Era en los libros donde había encontrado el universo: digerido, clasificado, etiquetado, meditado, y aún así, formidable” (2011: 26).

En efecto, “la literatura se modifica, cobra nuevos impulsos y nuevas fuerzas, pero sigue y seguirá siendo una forma insustituible para que el hombre se conozca a sí mismo y conozca su relación con el mundo” (Pazo 2011: 9) desde el horizonte creado por el artista y recreado por “el lector quien interpreta el significado; es el lector quien atribuye (o reconoce) en un objeto, un lugar o un acontecimiento cierta legibilidad; es el lector quien debe adjudicar sentido a un sistema de signos para luego descifrarlo. Todos nos leemos a nosotros mismos y al mundo que nos rodea para poder vislumbrar qué somos y dónde estamos. No podemos hacer otra cosa que leer. Leer, casi tanto como respirar, es nuestra función primordial” (Manguel 2011: 21-22).

Incluso, hasta en el caso en que, como señala Orhan Pamuk, citado por Manguel: “Si uno tiene un libro en la mano, por complicado y difícil de entender que sea, cuando uno lo ha terminado de leer puede, si lo desea, volver al principio, leerlo de nuevo y entender así lo que es difícil y, al mismo tiempo, entender también la vida” (2011: 50) desde una experiencia literaria y estética muy propia, muy expresiva, y en cuya razón existencial bulle un mundo rico y luminoso, “polivalente porque el lenguaje literario

conserva y trasciende simultáneamente la literalidad de las palabras” (Pazo 2011: 9).

Leer un texto, por lo tanto, es leer el mundo, es leerse y conocerse uno como lector. Desde la lectura el mundo se expande en virtud de que la palabra, sobre todo la literaria y la filosófica “permanece abierta al lector en su riqueza significativa, donde el signo lingüístico es portador de múltiples significados y no de un significado unívoco” (Pazo 2011: 9). Pues, la palabra literaria no se presta para ser valorada solo desde la literalidad, sino desde su condición inferencial: desde la literalidad es posible la comprensión y el conocimiento, pero desde lo inferencial, el aporte personal, el cuestionamiento, la reflexión y los argumentos de carácter crítico nos llevan a conclusiones personales que superan el conocimiento objetivo que del mundo se tiene.

Por lo tanto, ya no es el lenguaje literal el que cuenta, aunque se parta de él, sino más bien cómo desde esta realidad textual el lector aprende a escuchar otras voces, otro lenguaje, es decir, nuevas dimensiones u otros horizontes que trascienden la mera materialidad objetual que el lector en primera instancia percibe desde su condición personal hasta hacer de las palabras un conjunto de signos lingüísticos con un fuerte contenido emocional y espiritual, como si se tratase de un soplo divino que nos hace ver y percibir la realidad más allá de la realidad tangible.

Por eso, lo primero que debe hacer un lector es aprender a darse cuenta que “la literatura no es simplemente escritura sino verbo que desarrolla un sentido que es necesario redescubrir” (Pazo 2011: 50) desde nuestra más genuina condición hermenéutica que es la que nos encamina a interpretar la realidad literaria desde diversas lecturas. Como señala Liliana Pazo: “La mecánica del lenguaje literario permite que un sentido sea representado por diferentes significantes y que los significados a representar sean inagotables y convoquen sentidos diversos” (2011: 50).

Esta es la riqueza del texto literario, que no reposa en el texto en sí sino en la intención hermenéutica del lector. Por eso, cuando un lector se queda en la mera literalidad del texto, su pobreza de interpretación es nula y por ende el gozo que del texto pudiera extraer no aparece. En estos casos el aburrimiento, la indiferencia y el maltrato al texto son evidentes en este tipo de lector pasivo y poco creativo para ir más allá de la denotación textual.

Solo el lector activo y fuertemente motivado para adentrarse en el mundo de la literatura sabe que aquí interesa más la especulación que la investigación racional, tal como lo señalan José Antonio Marina y Álvaro Pombo: “La literatura me permite el acceso a otros mundos, me libra de alguna manera del monoteísmo de la perspectiva. Inevitablemente veo la realidad desde donde estoy, pero gracias a la palabra –y a otras artes- puedo verla a través de otro” (2013: 81). Y esta realidad se da justamente porque “comprender el texto es ‘tener fe en el texto’, seguir ‘la flecha de sentido’, entender su doble poder: el de reunir todos los significados surgidos desde discursos parciales y el de abrir un horizonte de sentidos que escapa al límite del discurso denotado” (Pazo 2011: 49). Aparece así una nueva realidad poética que trasciende el espíritu de ese lector que está a la altura de nuevos sueños y anhelos personales

Desde esta perspectiva, el filósofo y científico Gaston Bachelard sostiene que el mundo antes que ser complejo es intenso, y es con esa intensidad que el mundo debe ser visto para que sea admirado y valorado. “¡Ah! Todo es paraíso para el ojo que sabe ver, que gusta de ver” (2012: 18); el ojo, la mirada, nos trae la alegría de vivir, y qué mejor cuando el ojo mira con el corazón; el cerebro se enaltece y nos invita a ese feliz encuentro con la vida. El ojo es el puente para llegar a valorar lo que observa; así, el universo es digno de ser asumido por la mirada profunda que transfigura la realidad.

El ojo desde el corazón y con el cerebro aguza muestra mirada no para limitarnos a describir objetos sino para ponernos en presencia de realidades superiores que denominamos ámbitos o realidades abiertas (López 2014: 77). Desde la mirada profunda se aprende a pensar de manera rigurosa, y es desde este ámbito que el ser humano descubre realidades superiores. Pues, “esta capacidad de abrirse, de tener influjo sobre otros seres y ser influido por ellos la debe el hombre al hecho de ser una realidad de alto rango, más perfecta que las cosas, las plantas y los animales” (López 2014: 86).

Dentro de este contexto el mundo de la lectura, el universo de los libros o de todo texto escrito debe ser visto con una mirada profunda, es decir con un ámbito de realidad abierto. El ojo que recorre la página, con la lengua inmóvil y en silencio para que la concentración sea profunda, invita al diálogo desde la privacidad del lector que conversa con el texto y saborea la alegría de vivir pensando, hablando y escuchando desde la intimidad y desde su estado de ánimo que lo motiva para maravillarse de lo que los sentidos van descubriendo en cada página que el ojo recorre con la elocuencia que la mirada profunda lo determina.

Conversar con “un libro que puede leerse en privado, sobre el que se reflexiona a medida que el ojo desentraña el sentido de las palabras, ya no está sujeto a una inmediata aclaración o asesoramiento, ni a la condena o censura por parte de un oyente” (Manguel 2011: 91). El ojo que desde la más absoluta privacidad permite la inmediatez de la mirada profunda para descubrir las más hondas realidades superiores que el texto contiene no sin el esfuerzo de descubrir lo que él porta.

Al respecto, Alfonso López Quintás sostiene que “para pensar de modo riguroso debemos ser fieles al plano de realidad al que pertenece el tema tratado” (2014: 87); solo así aparece la mirada profunda, esa capacidad de abrirse al texto para que este no se convierta en un mero objeto,

sino en un ámbito de realidad sobre el cual es posible, por ejemplo, “incrementar el conocimiento de nuestra realidad personal, aguzar nuestra mirada, poner en forma nuestra capacidad de penetrar en el mensaje profundo de las obras literarias de calidad” (López 2014: 75) o de cualquier otro texto de la disciplina que sea, pero que por su calidad nos permite “seguir con suma atención nuestro proceso de crecimiento, en el cual se ensambla nuestro afán de crecer con la decisión a transfigurarnos” (López 2014: 75) desde la realidad personal y muy particular que cada lector tiene para ventilar su más profunda naturaleza humana.

Con toda esta primigenia reflexión personal sobre el papel que el lector cumple mientras lee, el mundo del Quijote debe ser leído con intensidad para que esta genial novela sea admirada y valorada, sobre todo desde el más genuino resplandor filosófico que antropológica y axiológicamente el ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha desparrama en todo su existencial novelístico.

Sin embargo, la preocupación mayor, desde mi perspectiva personal, descansa en la falta de interés del estudiantado de nivel medio y superior y hasta de los mismos profesores de lengua y literatura para leer con una mirada profunda y desde un ámbito de realidad abierto, de manera que el libro, su lectura, no se quede en un mero objeto; y lo que es más, para que no se llegue a pensar que esta novela cervantina es solo la condensación de lo que muy bien puntualiza Martín de Riquer: “Un hidalgo aficionado a leer libros de caballerías se vuelve loco, le da por creer que es un caballero andante y sale tres veces de su aldea en busca de aventuras, hasta que, obligado a regresar a casa, enferma, recobra el juicio y muere cristianamente” (2004: LX).

¿Acaso estamos aceptando que lo que estamos leyendo es solo la historia de un loco que al recobrar la razón, la novela concluye ahí y nada más? O como sostiene Cervantes (2004) en el prólogo, ¿la obra es solo una diatriba contra los libros de caballerías? Si esta es la realidad

que un profesor, es decir que un mediador transmite a sus alumnos, se está cerrando la posibilidad de vivir y apreciar no solo la expresión artística, sino, fundamentalmente, esa peculiar visión antropológica y axiológica que la novela tiene, en cuya raíz más honda, como señala Agustín Bascave Fernández del Valle (1959), se pierde en el misterio de un amor superabundante, y en una imagen espiritual que traza al hombre universal y eterno, al hombre específico y profundamente humano cristalizado por el sublime crisol del arte cervantino.

Leer la novela, entonces, desde una visión filosófica, es una de las pautas mayores que quizá haga falta, para que el profesor salga de la rutina, y con ingenio, pueda escaparse a la mera materialidad de un libro de texto que reposa en los alumnos y que a duras penas contiene unos cuantos datos biográficos, el resumen, el mensaje y unos pocos ejercicios descontextualizados que al alumno no le dicen nada sino la marca del aburrimiento. Incluso, puede llegar a pensar de que para qué le sirve la historia de un loco que vive unas cuantas aventuras desabridas y poco llamativas en un joven o jovencita que tiene puesta la mirada en las nuevas tecnologías y en las nuevas costumbres y valores que esta sociedad moderna y líquida le ha brindado para que practique sus poses de vida, y muy alejados de un lenguaje quijotesco que no le dice ni le transmite nada.

Hay muchas perspectivas para leer el Quijote, pero para la juventud, y para la población en general que casi no lee nada, y si lee nada entiende, es necesario que un buen mediador, un buen lector del Quijote, oriente, motive al lector novato, sobre todo al escolarizado, que por ser poco lector, o porque le obligan a leer, o porque nunca le han dado pautas adecuadas y altamente motivantes para leer, ante todo las obras literarias del canon universal, que son las que siempre ha rechazado, pueda tener la oportunidad de mirar con profundidad no solo los aspectos meramente literarios y filológicos, sino el contenido inagotable que

desde el punto de vista artístico y humanístico el Quijote tiene.

Una obra literaria, como sabemos, solo crece con su lectura, y es a través de ella que podemos descubrir infinidad de circunstancias hondas, vivificantes, como por ejemplo, la de descubrir que hay una imagen espiritual que recoge toda una hechura humana, una especie de biblia de la humanidad que inventa una nueva forma belleza: transformar la ficción quijotesca en historia viva. Como dice Mario Vargas Llosa: La ficción es un asunto central de la novela, pues en la locura de don Quijote no hay que ver un asunto clínico sino una alegoría o un símbolo de lo genuinamente humano; se lanza al mundo en busca de unas aventuras que vivirá de manera paródica, provocando y padeciendo pequeñas catástrofes. En este caso, la ficción va contaminando lo vivido y la realidad se va gradualmente plegando a las excentricidades y fantasías de don Quijote (2004: XV).

Desde este nivel de ficción don Quijote vive una tensión con la dura realidad que le toca asumir; su demencia lo hace imaginarse peleas y combates con malandrines y follones de toda ralea, pero la habilidad de Cervantes es hacernos ver que desde este tipo de grescas, de defender entuertos que asume don Quijote, aflora en él “su generosidad, su cortesía, su seriedad y buena fe, su religiosidad interior y respetuosa, lo que lo configura como un señor caballero”, henchido de misericordia. Pues, “se hizo caballero andante no por azar ni locura, sino por amor a la justicia, por llevar el bien a todas partes, por sincera cristiandad, por arrojo a toda prueba (...). A don Quijote no le interesa el éxito, sino el esfuerzo. (...) Ofrenda su sangre y su vida a la conquista de un ideal” (Basave, 1959: 28-29). Desde su demencia proclama sus deberes mucho mejor que una persona cuerda: se debe matar la soberbia, la avaricia, la ira, la gula, la lujuria, la pereza. En fin, todo un ideal de humanismo, de buen vivir para las personas de ayer, de hoy y de todos los tiempos que un buen mediador,

un apasionado de la lectura de esta novela cervantina debe hacer llegar a sus alumnos para que cuando hayan logrado meterse en la historia cervantina puedan ir descubriendo en cada acción no solo de don Quijote sino en la de Sancho Panza, cada una de estas andanzas humanistas que un buen maestro logra asimilar para inculcar en sus discípulos el interés para que desde su propia lectura puedan descubrir este mundo axiológico en el que vive don Quijote desde su particular mundo de ficción.

Otra pauta de lectura, y en la que quizá, por prejuicios, nunca se la ha considerado, es el valor religioso que ostenta don Quijote en cada una de sus andanzas, como el valor supremo. ¿Por qué no puede el profesor lanzarse a plantear la siguiente hipótesis de lectura?: Don Quijote es un héroe cristiano. El alumno luego dirá si es héroe y cristiano y por qué. Don Quijote sabe lo que es el cristianismo, sobre todo la doctrina del sacrificio, y la practica cuando actúa y habla a lo largo de la novela. En algún pasaje le dice a Sancho: “Sube en tu jumento, Sancho el bueno, y vente tras mí, que Dios, que es proveedor de todas las cosas, no nos ha de faltar”. Don Quijote, como buen cristiano, no tiene intención de hacer mal a nadie, a pesar de su demencia. Su afán está en actuar según la justicia de Dios, sin perjudicar a nadie. Es un caballero cristiano, cuyas acciones están encaminadas a hacer el bien, en todo momento, y a costa de lo que fuere. La nobleza y el sacrificio lo guían para actuar con el plan de justicia divino. Ama lo perfecto y lo que está ordenado moralmente. Actúa siempre contra la acción perversa de los malos.

El poeta, filósofo, teólogo y místico español Fernando Rielo en su ensayo sobre *Teoría del Quijote* señala que

si nos detenemos un poco, observamos que la esencia de la locura en Don Quijote es de poseer un juicio de hermosura que es del alma, y de la que él se dice estar en posesión:

—Advierte, Sancho —respondió don Quijote—, que hay dos maneras de hermosura: una del alma y otra del

cuerpo; la del alma campea y se muestra en el entendimiento... [siendo de ella que nace] el amor con ímpetu y con ventaja. Yo, Sancho, bien veo que no soy hermoso, pero también conozco que no soy disforme... Este es el condicional: si hermosura en el entendimiento, locura en la razón. Dase, por último, una plática entre los dos personajes que culmina con sencilla palabra el mensaje de la caballería en texto comparado con la mística española, y en la que brillan tanto la sabiduría moral de Sancho como de Don Quijote:
–¿Qué quieres que infiera, Sancho, de todo lo que has dicho? –dijo don Quijote.
–Quiero decir –dijo Sancho– que nos demos a ser santos, y alcanzaremos más brevemente la buena fama que pretendemos...” (1982: 66-67).

A lo largo de la narración se puede apreciar esta vocación cristiana que el lector, despojado de prejuicios antirreligiosos, podrá valorar, como profundamente humana. Puede analizarse, por ejemplo, el problema de la muerte y la actitud esperanzadora que cada muerte tiene en los diferentes personajes que aparecen en la novela: muertes serenas, heroicas, imprevistas, dulces, de santos, y de otra índole que el lector pudiese descubrir, incluso, para contemplar la vida a través de la muerte. Al respecto es estremecedor, dentro de lo que es la ternura de lo inefable, el sentido de la muerte de don Quijote, al final de la novela, y ya convertido en Alonso Quijano, en donde se da cuenta que ha llegado la hora suprema de la verdad para descubrir con la mayor sinceridad que nunca fue malo ni como don Quijote ni como don Alonso Quijano: estas reflexiones conmueven profundamente a cualquier lector, a tal punto que el mediador de lectura puede plantear a sus alumnos el tema de la muerte como otra pauta de lectura, y hasta despojada del valor cristiano que ella tiene, para ver qué es lo que los alumnos lectores pudieran descubrir desde su particular punto de vista lector.

Otra pauta de lectura puede ser el amor por el prójimo que don Quijote desparrama en su accionar caballeresco:

Así, Agustín Basave habla de “honor, lealtad, fidelidad y castidad en los amores. Don Quijote resulta, objetivamente, no un personaje creado para el escarnio, sino para el amor y la compasión respetuosa. De ordinario, cuando no está poseído por su monomanía, es discreto, elevado en sus sentimientos y ostenta una incomparable belleza moral. Sus palabras noblemente melancólicas, nos traspasan el corazón. Y es que no se trata de frías y artificiosas razones, sino de palabras de vida. Los lectores terminamos por vibrar al unísono con nuestro héroe. Compartimos su satisfacción cuando vence los leones, lamentamos su vencimiento en la plaza de Barcelona, nos afligimos con su melancolía y lloramos su muerte como la de un ser querido” (1959: 63). Pero, un lector que recién se mete a la lectura del Quijote ¿podrá experimentar lo que acabamos de señalar? Se trata de una pauta de lectura, que suficientemente encaminada para que el alumno se adentre desde la mano y guía de su profesor, es posible que encuentre pasajes, y muchos, cargados de amor al prójimo y que ocupan un importante sitio de quijotismo desde la compasión, la lealtad y el altruismo que son evidentes, puesto que nada de lo plenamente humano le es ajeno a don Quijote. En un pasaje de la novela dice don Quijote: “El amor ni mira respetos ni guarda términos de razón en sus discursos, y tiene la misma condición que la muerte” (II, 58).

Otra pauta de lectura que el profesor puede recomendar es el plano humorístico que tiene la novela. En estas pautas se podría insinuar cómo un hombre desde su locura lucha con cordura contra la adversidad. Cómo un viejo decrepito puede considerarse un andante caballero que nos lleva a la risa y a la burla porque sus acciones caen en el ridículo; pero lo curioso es que, luego, conforme el lector avanza en la lectura de la novela, llega a valorar las aparentes ridiculeces de don Quijote. El lector cambia de perspectiva; ya no se burla, sino que se adhiere a esas ridiculeces porque lo que queda ya no es el ridículo sino lo noble

no solo de don Quijote sino de los hombres, del ser humano en su plena autenticidad y sobriedad para valorar el espíritu rebelde, justiciero y patriótico de amor al terruño y a los suyos que defiende, aunque, como señala Francisco Ayala, “se trata de un mundo histórico casi esfumado, al que sólo (sic) la lectura nos presta acceso; de unas figuras pertenecientes a complejos sociales casi por completo disueltos, y cuyos problemas prácticos no son los que ahora nos angustian o preocupan, aunque más de una vez nos salten a la vista las analogías” (2004: XXXI) y que desde el mundo de la contemporaneidad que hoy respiramos, las analogías pueden representar un vivo ejemplo de análisis para que el mediador oriente la lectura y pueda aguzar el talento de sus alumnos para que, por su cuenta lectora, luego digan si se adhieren o no al respeto de caballeridad y no de burla que don Quijote les podría inspirar. Estoy seguro que se podrían extraer de estos lectores motivados, amenas y curiosas conclusiones lectoras, como la del académico Martín de Riquer, quien sostiene que “El Quijote no es, como creyeron algunos románticos, una burla del heroísmo y del idealismo noble, sino la burla de unos libros que, por sus extremosas exageraciones y su falta de medida, ridiculizaban lo heroico y lo ideal” (2004: LXV).

Y otra muy interesante conclusión, es el propósito que Miguel de Cervantes puso de manifiesto en el prólogo de su obra, divertir a sus lectores, que es diferente a burlarse: “Que el melancólico se mueva a risa, el risueño la acreciente, el simple no se enfade, el discreto se admire de la invención, el grave no la desprecie, ni el prudente deje de alabarla” (2004: 14). Al respecto Martín Riquer sostiene que “Quien no ríe leyendo el Quijote es o porque no entiende la novela o porque tiene la desgracia de no poseer la facultad de reír, que es la que distingue al hombre de los animales” (2004: LXXIII). Por supuesto, un lector como el nuestro, un colegial y hasta un universitario ecuatoriano, si no se le ha marcado unas pautas adecuadas de lectura,

como las que hasta aquí venimos sosteniendo, no reirá por algunos motivos: no le interesa la historia por desactualizada, porque no entiende lo que lee, y sobre todo porque no le interesa leer una novela cuyo lenguaje y asuntos humanos no corresponden a lo que hoy la juventud vive; dirá que hoy hay mejores chistes por los cuales reír: habrá despreciado, por lo tanto, un enorme caudal de humanismo dentro de lo que significa el buen humor y la buena ironía para crecer amando, respetando y valorando al prójimo.

El lector acucioso, metido en las entrañas de la novela cervantina, se dará cuenta, como dice, otra vez, Martín Riquer que, “Además de los constantes chistes, juegos de palabras y expresiones graciosas que se acumulan en toda la novela cuando se narran en ella casos acaecidos a don Quijote y a Sancho, una constante ironía domina en el estilo, ironía que va desde los epígrafes de los capítulos (...) hasta la exposición del mínimo detalle o la salida cómicamente inesperada (...) Humor por lo general obligado para la buena eficacia de los propósitos satíricos del Quijote –por ejemplo al parodiar el lenguaje campanudo y arcaizante de los libros de caballerías-, pero también humor puramente gratuito, innecesario e inesperado, que hace que el lector no olvide que está leyendo lo que se llamaba un libro de ‘entretenimiento’” (2004: LXXIII-LXXIV).

Y como la obra del Quijote está destinada hasta para no lectores, o lectores poco acuciosos porque ha podido quedar viva a través de los siglos, como prueba evidente de lo que señala Federico de Onís cuando sostiene que la obra era y ha sido siempre para todos, y esto por el mismo Cervantes que vio “en la actitud del público de su tiempo lo que había de ser verdad en todos los tiempos: ‘Mi historia –dijo- es tan clara, que no hay cosa que dificultar en ella: los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden, y los viejos la celebran, y, finalmente, es tan trillada y tan leída y tan sabida de todo género de gentes, que apenas han visto algún rocín flaco, cuando dicen: Allí va Rocinante’” (s/f. p. XXIV).

Bajo esta perspectiva, otra pauta para leer el Quijote en la educación escolariza, que es donde los alumnos no leen para disfrutar sino solo para estudiar, es trabajando como lo señalan dos especialistas en la materia, Leonor Taiano, española, y José Sarzi, francés, profesores de la Sección de Lenguas Hispánicas y Literatura de la Universidad Técnica Particular de Loja. Ellos sostienen que la mejor manera de acercar a los jóvenes a la lectura y comentarla es por medio de fragmentos seleccionados. En general, se escogen los mejores discursos de la obra para hacerlos analizar por los estudiantes. Sobre todo cuando se trata de un ejercicio con estudiantes de bachillerado, tal vez sería conveniente hacerles analizar algunos puntos importantes de la obra. Aquí algunas pautas que estos dos colegas señalan:

1. Leer y comentar el fragmento del último capítulo en el que se nos relata la muerte de Don Quijote. Los estudiantes podrían señalar la actitud de don Quijote y la de Sancho ante la muerte y la manera cómo la mentalidad de los protagonistas ha evolucionado a lo largo de la obra.
2. Sería importante comentar sobre la técnica del diálogo en la obra y su importancia en la caracterización de los personajes. Los estudiantes podrían escribir un comentario sobre este punto.
3. Hacer un análisis sobre la lengua de Cervantes en don Quijote. (Es muy importante que ellos se den cuenta que el autor ha utilizado diferentes estilos de lengua para sus personajes. Sancho, por ejemplo, habla con refranes populares. No es la novela que se adapta a la lengua del autor, es el autor quien se adapta a la lengua característica de sus personajes).
4. Comentar la importancia del humor en la obra del Quijote. ¿Cuáles son las funciones básicas que cumple el humor en esta obra? ¿Qué función tiene el humor en la literatura?

Taiano y Sarzi insisten en que los aspectos más importantes de la obra son los diálogos, que permiten representar la perspectiva de los diferentes personajes. La adaptación de la lengua y la importancia del humor (el libro fue considerado cómico por los lectores de la época,

podría compararse con el nivel de comicidad que le encuentran los lectores de hoy). (Entrevista, marzo 2016).

En efecto, muchos estudiosos del Quijote han señalado como una interesante pauta de lectura la grandiosidad de los diálogos cervantinos. Así lo expresa el estudioso ecuatoriano José Vicente Palacios Jara: “El diálogo pausado y común de Sancho y don Quijote dan brillantez a la novela, haciendo innecesario cualquier otro procedimiento narrativo. Justamente el procedimiento del diálogo sobre el elemento descriptivo da a la obra un carácter moderno” (2015: 30).

Asimismo, el valor de la lengua que señalan Taiano y Sarzi, lo recoge Palacios Jara: “El dominio que el autor tiene sobre el lenguaje es tal que, por medio de él, logra individualizar a los personajes. Cada personaje habla con las particularidades idiomáticas propias del sector social al que pertenece. Sancho usa construcciones sintácticas de origen popular; los galeotes utilizan la jerga de los maleantes; Zoraida maneja expresiones arábigas; los duques hablan con dignidad; don Quijote utiliza el lenguaje afectado de los libros de caballerías; los aldeanos se expresan como aldeanos, etc. De esta forma, Cervantes, se sirve del lenguaje, para describir todo el universo social de su época, reflejando los diversos tipos y niveles del habla de su tiempo” (2015: 30).

He aquí, otra pauta de lectura muy bien traída para que nuestros alumnos se adentren en el Quijote, por supuesto, como sigo insistiendo, si el mediador de lectura sabe introducir esta temática, tanto del valor de los diálogos, como del valor de la lengua que en el Quijote se evidencia con asertiva profundidad, de manera que el lector principiante sepa con claridad qué es lo que va a encontrar en la medida en que, adecuadamente orientado, le encuentre el condumio que la alegría de la lectura trae en estos pasajes cervantinos que bien pueden ser leídos con deleite y sobriedad.

En fin, son muchas las pautas de lectura que un excelente lector cervantino le puede brindar a un apático y lejano lector que en algún momento de cercanía a la vida de la lectura sienta que “leer es un acto libre e individual, y que toda lectura instruye y reanima. Que sienta que todo autor levanta un acta con su obra. Y que todo libro clásico, como el del Quijote, lo es tanto más cuanto, esa acta levantada se repita en cada uno de nosotros con independencia al momento en que fue escrita” (Martínez 2016). Así puede suceder con esa acta que cada lector puede levantar, si se le brinda pautas de cómo, al hablar de personajes, por ejemplo, don Quijote escogió a Sancho Panza para escudero, o a Dulcinea del Toboso para rendirle pleitesía como a la más consumada princesa del mundo; cuando, por un lado, Sancho no es más que un humilde labriego, pobre, codicioso, ambicioso, pero con una bondad, una sabiduría tradicional y una simplicidad admirables; y, en cambio, Dulcinea, una labriega pobre y humilde, como Sancho, que don Quijote llega a idealizarla con un culto idolátrico hasta el punto de decir que su hermosura es sobrehumana y que, por lo tanto, un caballero debe rendirle pleitesía; y conste, como se dice en la novela, sin haberla conocido a plenitud.

Y por supuesto, toda una pauta de lectura mayor, que puede tener muchos motivos de análisis, es esa constante relación con el bien, la caridad, la esperanza y la bondad humanas que late en toda la obra. A pesar de su locura, don Quijote hace una seria reflexión acerca de los problemas espirituales, creando con ello una muy peculiar manera de expresar un alto abordaje ético ante la vida; una moral muy genuina en cuanto toda aspiración que don Quijote ejerce en sus andanzas caballerescas le llevan a practicar el bien, el más noble, incluso hasta en ciertas acciones ingenuas que dada su locura, practica siempre con el más excelente corazón, siempre alejado de todo tipo de malicia.

Al respecto, Agustín Basave Fernández del Valle sostiene que “lo que domina la vida de don Quijote es la preocupación por hacer su obra de caballero, el imperativo de ocupar el puesto que le corresponde en el orden universal. Lo que constituye la grandeza de ese personaje es el que haya en el mundo de los objetos ideales, por el hecho de estar en él, algo que confiere al mundo una dignidad y una belleza más. Toda esa ascesis del caballero es un estadio preparatorio. Es casto, temperante, cortés... Pero su ascesis está dominada por la preocupación del desprendimiento. Y su desprendimiento es fecundo porque está dominado por el amor a los valores superiores, en los que encuentra la realización de su ser. Don Quijote, enamorado de las reglas del bien que se expresa en la obra, va más allá de la regla negativa del no-pecado” (1959: 172).

Y quizá, a modo de conclusión, en medio de tantas otras pautas que el mediador o especialista cervantino puede encontrar para compartir con los buenos lectores, que sí los hay, pero, sobre todo, con los apáticos lectores de nuestra escolaridad ecuatoriana, es lo que señala uno de los especialistas españoles del Quijote, y que hoy comparte su vida académica en la Sección de Lenguas Hispánicas y Literatura de la UTPL, don Ángel Martínez de Lara. Él señala que “toda obra clásica, pensamos en *El Quijote*, nos presenta todo cuanto el hombre tiene de eternamente humano. Este es su máximo valor. Este valor nos indica cómo fueron nuestros antepasados, al tiempo que nos advierte, cómo somos nosotros y sin lugar de duda cómo serán los que nos sucedan y la obra permanecerá intacta para nuevas lecturas, relecturas, interpretaciones y reinterpretaciones.

“*El Quijote* —dice Martínez de Lara— certifica una realidad, y la humana no es una realidad versátil; es lo que será, algo como la lectura que nunca se acaba de hacer del todo bien. Esto supone que el acto lector implica la elaboración de la lectura cada vez que esta se retoma, toda

vez, que una obra se lee siguiendo las pautas que las palabras dicen e invitándonos, bien a pensar, bien a realizar aquello que las palabras en nosotros hacen. Lectura y lección.

“Toda lectura (*El Quijote*) propone una mirada a nuestro alrededor y su visión añade un golpe de risa amarga e interminable. *El Quijote* es una irrepetible sinopsis, el acta que compendia la comedia y la tragedia que a modo de escenario que su autor presenta al lector. Es la invitación al hombre, pero al hombre que es consciente de lo que significa ser un hombre y eso puede llevar desde la soledad hasta la muerte, desde el sueño de don Quijote o Sancho, hasta la carcajada del mismo don Quijote o el mismo Sancho; desde la cárcel de su autor hasta su inmortalidad. Por todos estos dantescos círculos nos convida a viajar Cervantes y por los que él lleva ya peregrinando cuatrocientos años” (entrevista, marzo 2016).

Referencias bibliográficas

- Ayala, F. (2004). “La invención del ‘Quijote’”, en *Don Quijote de la Mancha*, de Miguel de Cervantes. Edición del IV Centenario. Real Academia Española. Asociación de Academias de la Lengua Española. San Pablo, Brasil: Alfaguara.
- Bachelard, G. (2012). *El derecho de soñar*. Traducción de Jorge Ferreiro Santana. México, D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- Basave, A. (1959). *Filosofía del Quijote*. México: Espasa – Calpe Mexicana, s. A., Colección Austral.
- López, A. (2014). *El arte de leer creativamente*. Barcelona: Editorial Stella Maris.
- Manguel, a. (2011). *Una historia de la lectura*. México: Editorial Almadía.

- Marina, J. & Pombo, A. (2013). *La creatividad literaria*. Barcelona: Planeta, Ariel: Generación creativa.
- Martínez, A. (marzo 2016). Entrevista personal.
- Onís de, F. (s/s). “Estudio preliminar”, en *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, de Cervantes. Barcelona: Clásicos Océano.
- Palacios, J. (2015). “Estudio introductorio”, en *Don Quijote de la Mancha*, de Miguel de Cervantes. Quito: Libresa, Colección Antares, 18.
- Pazo, L. (2011). *Actos de lectura. Aportes teóricos a la práctica literaria*. Buenos Aires: Editorial Biblos.
- Rielo, F. (1982). *Teoría del Quijote*. Madrid: Ediciones José Porrúa Turanzas, S.A.
- Riquer de, M. (2004). “Cervantes y el Quijote”, en *Don Quijote de la Mancha*, de Miguel de Cervantes. Edición del IV Centenario. Real Academia Española. Asociación de Academias de la Lengua Española. San Pablo, Brasil: Alfaguara.
- Sarzi, L & Taiano L. (marzo 2016). Entrevista personal.
- Vargas, M. (2004). “Una novela para el siglo XXI”, en *Don Quijote de la Mancha*, de Miguel de Cervantes. Edición del IV Centenario. Real Academia Española. Asociación de Academias de la Lengua Española. San Pablo, Brasil: Alfaguara.

17. LA INTERDISCIPLINARIEDAD FILOSÓFICA DE LA PALABRA PARA EL DESARROLLO INTEGRAL DE LA PERSONA*

La magia de las palabras

La fe en la vida se confirma a través del lenguaje, de las palabras que son las que nos dan el testimonio fiel de lo que es la vida humana. La palabra es el instrumento de lo vivido, es el medio que se enlaza entre el yo y el tú como sujetos actuantes. A través del yo y del tú, de la otredad, las palabras viven atentas, navegan por doquier, nos esperan siempre, nos retan, nos dan cuenta de la existencia humana: del amor pero también del desamor; de la alegría pero también del sufrimiento; de la esperanza pero también de la desazón; de la piedad pero también de la indiferencia; de la solidaridad pero también de la insensibilidad; la palabra para hablar pero también para escribir; la palabra nuestra frente a la palabra del otro; la palabra que nos recrea pero también que nos maltrata; pero, ante todo, la palabra como símbolo de la fecundidad para que la vida tenga el más pleno sentido de humanidad.

Debemos trabajar siempre para que la palabra sea nuestra mejor carta de presentación. Parecería que la

*Conferencia leída en el IV CONGRESO REGIONAL DE FILOSOFÍA DEL NORTE DEL PERÚ: "INTERDISCIPLINARIEDAD DE LA FILOSOFÍA PARA EL DESARROLLO INTEGRAL DE LA PERSONA", Chiclayo, Perú, 16 al 18 de noviembre de 2016. Y en el XIII Congreso Internacional de Literatura: Memoria e imaginación de América Latina y el Caribe, Quito, Pontificia Universidad Católica del Ecuador, del 8 al 10 de noviembre de 2017.

esencia del hombre es la palabra; sin embargo, por infinidad de circunstancias, estamos asistiendo a la degradación del lenguaje, es decir a la degradación de la persona cuando no piensa con rigor, cuando no razona con credibilidad, cuando no valora lo que dice y por ende lo que hace. Rodrigo Argüello sostiene que “asistimos a la no conciencia de las palabras, a un mundo donde lo más común es el lugar común. A un uso, en general, vago del lenguaje, en muchos casos impreciso, donde cada vez toma más fuerza, en todas las instancias, la proliferación de la palabra *ómnibus*, que sirven para todo y para nada (...), donde hay un miedo al adjetivo que verdaderamente califique al mundo, lo complete, lo resalte o lo modifique. (...) curiosamente, cuando pareciera que más se enriquece el lenguaje, menos usamos su riqueza” (2007: 60-61).

En efecto, hay una riqueza admirable de lenguaje, de palabras profundas y con un sentido estético para la reflexión, para la crítica, para lo humano, para la vida bien vivida, en infinidad de obras literarias, filosóficas, teológicas, humanísticas y científicas en general; es decir todo un mundo mágico, regio de palabras que sirven para embellecer la vida. Sin embargo, un enorme colectivo humano ha perdido el amor y la pasión por la palabra escrita y por la palabra oral. Pululan por todos los rincones de la sociedad un lenguaje vago, vacío, impreciso, hiriente, mal oliente.

La magia de lo humano reside en las palabras cuando estas tienen la fecundidad de lo racional, de lo afectivo, y de lo espiritual especialmente porque apelan “a nuestra energía creadora. Espíritu es el dinamismo por el que la materia se vence a sí misma. Espíritu son las matemáticas, la música, la idea de Dios, la literatura, todas las arquitecturas que vencen la ley de la gravedad aprovechándose de ella, las soberbias creaciones de la humilde materia humana que superan la concreción y las propiedades de la materia” (Marina y Pombo 2013: 31). Y todo gracias

a la magia de las palabras. “La verdadera magia está en comprender cuáles son las palabras que logran su cometido, y cuándo, y por qué” (Argüello 2007: 63).

Por algo me dijo mi nietecita de cuatro años de edad, hace unos días, cuando le pedí que me alcance un libro: “Usa las palabras mágicas, Galo”, y yo le dije: “¿Y cuáles son esas palabras mágicas, Camila?” Y ella me dijo: “Por favor, lo siento, perdón, muchas gracias, tenga la bondad...” “Y por qué son mágicas”, le inquirí. “Porque logran con delicadeza lo que se quiere alcanzar de la otra persona; piensa, Galo, piensa”. Palabras sabias de una niña que las había aprendido en su “escuelita”. En efecto, “la palabra está en el centro de nuestra inteligencia y de nuestra convivencia. (...) Sin duda, las palabras sirven para vivir. Hacemos muchas cosas con ellas: comunicamos, convencemos, emocionamos, negociamos” (Marina y Pombo 2013: 37-38), amamos. “Pensamos con palabras y acabamos mirando desde las palabras” (Ibid: 38).

La palabra y su poder de conciencia

Las cosas antes que ser objetos en sí mismas son palabras; la vida, lo humano, el universo, antes que ser lo que son, son palabras; sin ellas, la existencia, la vida, las cosas, el universo no tienen su razón de ser, no pueden ser tales, no llegan a ser realidad y ni siquiera es posible darle sentido a la realidad si no es a través de las palabras. “La palabra hace aparecer una realidad o la desaparece, puede iluminarla o hacerla aparecer, como también la oscurece o la desaparece” (Argüello 2007: 39). Todo se construye y se destruye con palabras. Se aprende a ver el mundo, se aprende a conocerlo con palabras; mal o bien pero se aprende con palabras.

Ahora bien, la palabra oral o escrita está en función de la conciencia humana que la produce, que la elabora, que la interpreta, que la valora. La conciencia humana le da sentido a la realidad, es ella la que crea significados con

palabras. “todo el universo no es más que un almacén de imágenes, de signos, olores y sonidos” (Argüello 2007: 31) que son asumidos a través de la palabra. La literatura, la música, la ciencia es hecha con palabras.

La palabra oral o escrita debe tener un poder de conciencia; pues, una palabra es más que una palabra; representa al mundo con toda su validez o lo descalifica con toda su desfachatez. Por eso urge la necesidad de formarnos para asumir el efecto que una palabra causa en quien la emite y en quien la recibe; sobre todo hoy en que asistimos a un mundo de lo fácil, de lo superfluo, en donde la palabra irresponsable semántica, pragmática, ortográfica, sintáctica y fonéticamente causa estragos, confusión y, sobre todo falsedades que desdicen de la condición humana altamente dignificada de la que gratuitamente, pero con apego a la verdad, goza toda persona racional y consciente de su mundo, de su entorno, de su realidad.

La irresponsabilidad o la falta de formación, y sobre todo de un conocimiento adecuado de algún referente puntual, es tal como el ejemplo que a continuación cito de una reunión en un taller literario: “(...) en un pésima lección se dijo, con la seguridad del irresponsable, que el lenguaje literario se caracteriza por ser ambiguo, y el lenguaje científico por ser preciso. Cuando no hay nada más impreciso que este comentario, ya que nada es más preciso que la palabra poética, que el lenguaje propio de la literatura. Otra cosa es que después de su riguroso trabajo, sea capaz de producir en el receptor, múltiples interpretaciones, sensaciones o sentidos diferentes, ambiguos o contradictorios” (Argüello 2007: 63).

Así es la palabra; depende en boca de quien esté para que incendie el mundo, para que lo destruya o para que lo dignifique desde la mayor altura de conciencia profunda que puede haber en una palabra que enseña, que orienta, que critica, y que asume en su más plena validez humana lo que ella contiene. En este contexto es oportuna la opinión de Galame-Griaule, citado por Argüello: “La palabra,

cual manifestación humana fundamental, es como la proyección sonora de la personalidad del hombre en el espacio; procede de su esencia, puesto que por su mediación puede relevarse su carácter, su inteligencia, su afectividad” (2007: 18).

En efecto, la proyección de la personalidad en la palabra es evidente: su vulgaridad o su profundidad son la esencia de lo que una persona es en su realidad cotidiana. Por ejemplo, José Antonio Marina manifiesta que “las creaciones humanas son formidables, y me interesa conocer de dónde proceden, cuál es la fuente de esas ocurrencias. Es una curiosidad genealógica o arqueológica: ¿Qué hay en la mente humana antes de que profiera algo, antes de que se lance a pintar, a componer música, a escribir, a emprender aventuras?” (Marina y Pombo 2013: 42-43).

Comunicarse es un acto de sabiduría

El vivir humano es complejo, pero tenemos infinidad de oportunidades para que las complejidades se vuelvan una hermosa manifestación de aprender a vivir. La manera de pensar a través del lenguaje nos permite expresar toda la riqueza interior que se genera en cada cerebro humano para entrar en contacto con el mundo. El poder de realización que puede ejercer cada individuo para manifestar su condición de persona desde la palabra es infinito; es decir, por más que los conflictos nos atolondren, siempre habrá oportunidades para resguardar y manifestar nuestra mejor condición humana en cada acto conversacional.

Y es la palabra la que nos permite garantizar nuestra existencia; de hecho, con la palabra corremos también el riesgo de que nuestra condición humana sea atropellada. De ahí nuestra capacidad personal para aprender a proyectarnos con la mejor calidad de lo humano, desde la palabra plena, transparente, oportuna, vivificante y lista para influir desde un modelo que sea humanista e integrador.

El biólogo chileno Humberto Maturana sostiene que “como el vivir humano tiene lugar en el lenguaje, ocurre que el aprender a ser humanos lo aprendemos al mismo tiempo en un continuo entrelazamiento de nuestro lenguaje y emociones según nuestro vivir. Yo llamo conversar a este entrelazamiento del lenguaje y emociones. Por esto el vivir humano se da, de hecho, en el conversar” (2010: 11).

Por lo tanto, de conformidad como sea nuestro vivir, es el conversar. En efecto, “somos como hemos vivido. (...) El conversar es un modo particular de vivir juntos en coordinaciones del hacer y el emocionar. Por eso el conversar es constructor de realidades” (Maturana 2010: 22-23). ¿Qué realidades proyecto cuando converso o en qué realidades me muevo con mi conversar? ¿Qué construyo, en definitiva, mientras me muevo con mi particular manera de utilizar la lengua?

El neurolingüista Robert Dilts sostiene con acierto que “las palabras son *estructuras superficiales* que tratan de representar o de expresar *estructuras profundas*. Para comprender realmente y aplicar con creatividad determinado patrón de lenguaje, debemos interiorizar su ‘estructura más profunda’, de lo contrario, nos estaremos limitando a imitar o a repetir ‘como un loro’ los ejemplos que se nos hayan propuesto. Así pues, es importante que el aprender y practicar *El poder de la palabra* sepamos distinguir la magia genuina de los trucos ‘triviales’. La magia del cambio proviene de la capacidad para acceder a algo que está más allá de las propias palabras” (2008: 17-18).

El lenguaje, la conversación, la palabra humana es, en definitiva, un asunto extraordinario. Está en uno como si fuese, y de hecho lo es, un inmenso poder de realización, o también de destrucción si no se canaliza adecuadamente este ilimitado potencial conversacional que le es exclusivo al ser humano. Comunicarse, como dice Maturana, es un acto de sabiduría, si de por medio nuestra exigencia

conversacional, pensante, está sujeta a una reflexión sicolingüística, es decir, de interiorización en su estructura más profunda; y en su estructura superficial si el diálogo o mi pensar es meramente trivial.

¡Cuánta magia, cuánta sabiduría!, por ejemplo, cuando se pronuncia la palabra adecuada en el momento oportuno. En definitiva, tanto la palabra hablada como la palabra escrita configuran nuestros modelos mentales, y con ellos analizamos nuestra realidad mundana, y por ende, con ellos nos proyectamos y reaccionamos ante las realidades particulares que cada ser humano lleva a cabo en su diario convivir.

El lenguaje es nuestra realidad

Cada ser humano tiene su propia visión del mundo, y de conformidad con esa visión juzga e interviene en ese mundo, en su realidad tanto objetiva como en la que él a partir de su subjetividad le corresponde crear cada que se relaciona con el mundo en su diario vivir. Y es el lenguaje el que crea aquí un punto vital para esa realización mundana. Robert Dilts señala que “esta visión se basa en los mapas internos que hemos ido construyendo a través de nuestro lenguaje y de nuestros sistemas sensoriales de representación, como resultado de nuestras experiencias vitales individuales” (2008: 33).

En efecto, cada individuo tiene su propio modelo mental con el cual interviene en el mundo. Estos “modelos mentales de la realidad determinan, más que la propia realidad, el modo en que actuaremos” (Dilts 2008: 33). Por eso, “dada una misma realidad, si enriqueces o expandes tu mapa del mundo podrás percibir más opciones disponibles. Como resultado de ello, actuarás con más eficacia y mayor sabiduría, sea lo que sea lo que estés haciendo. (...) Cuando más extenso y rico sea tu mapa del mundo, más posibilidades tendrás para manejar los retos que la realidad te plantee” (Dilts 2008: 34).

Por eso es que, con plena seguridad, “desde la perspectiva de la programación neurolingüística, nuestra experiencia subjetiva es nuestra ‘realidad’, y es prioritaria ante cualquier teoría o interpretación con ella relacionada” (Dilts 2008: 37); incluso hasta para analizar el mundo de la investigación experimental que, por su propia naturaleza, es absolutamente objetivo. Y como sabemos, no hay otra manera de expresar nuestra realidad del mundo que desde la lengua. Y por supuesto que esta experiencia subjetiva, es decir “nuestro discurso oral tiene lugar en un contexto de situación; es decir, en un conjunto de circunstancias de carácter social, emocional y cultural que determinan el acto lingüístico” (Díaz 2009: 4) y por ende nuestra subjetividad, muy propia y muy real.

En este contexto es muy importante el tipo de modelo mental que tenemos para analizar el mundo. Si es nuestro carácter subjetivo el que mejor nos relaciona con nuestra realidad, entonces, “el mundo en que vivimos es el mundo que nosotros configuramos y no un mundo que encontramos” (Maturana 2010: 30). De hecho, “el mundo en que vivimos lo configuramos en la convivencia, incluso cuando hablamos de lo interno y lo externo” (Maturana 2010: 31). Por lo tanto, “lo que nos pasa siempre tiene que ver con nosotros porque vivimos el mundo que nosotros mismos configuramos en la convivencia, el lenguaje resulta fundamental porque es el instrumento con que configuramos el mundo en dicha convivencia” (Maturana 2010: 35).

El lenguaje, al igual que las emociones, es nuestra realidad. El mundo que configuramos, el mundo que vemos y en el cual nos realizamos fluye porque “nuestra experiencia es la materia prima a partir de la cual creamos nuestros modelos del mundo. Es nuestra experiencia primaria la que aporta vibración, creatividad y sensación de singularidad a nuestra vida” (Dilts 2008: 37). Se crea así, y se recrea un mundo de palabras gracias al discurso oral y escrito que configuramos como producto de esa experiencia con el mundo de uno y con el mundo de los demás.

En conclusión, que sea nuestro mapa mental el que mejor exprese nuestra condición humana; que nuestra convivencia y compromiso con la sociedad se alimenten “cada día con la experiencia, con la escucha analítica, con la lectura reposada y proactiva, y con la reflexión permanente” (Moreno et al 2014: 3).

La palabra va más allá de lo literal

La palabra por sí sola significa pero no comunica, ella nos muestra su literalidad, incluso se galantea mostrándonos su polisemia pero no da lugar a ningún tipo de mensaje en tanto no entre en contacto con otras palabras que solo en la oración, es decir dentro de un enunciado sintáctico nos puede remitir a un acto plenamente comunicacional; pues, las palabras son signos mentales que representan y significan el pensamiento (Pazo 2011) y solo tienen validez interpretativa cuando se exteriorizan oracionalmente en actos de habla.

En este sentido, no solo la organización sintáctica es la que nos permite conocer la intención del emisor; el nivel semántico y el nivel pragmático contribuyen no solo al conocimiento de un acto comunicativo sino a su real interpretación. Como señala Liliana Pazo, “lo propio del saber no es ni ver ni demostrar, sino interpretar” (2011: 36).

La palabra, por lo tanto, en cuanto solo conocimiento, es decir en cuanto solo denotación no nos invita a ir más allá de lo que ella puede representar y connotar. Es en compañía de las demás palabras y desde un ámbito de conciencia lingüística en que los usuarios (emisor y receptor) no solo expresan un lenguaje literal para que la palabra permanezca inmutable, adormecida o aletargada; sino más bien para que la palabra en su estado de vida, de viveza, de augurio, de contagio, se convierta en una experiencia personal, muy honda, muy sentida, la cual se enuncia desde una entidad psíquica, es decir, desde un estado del

alma muy especial en que la palabra ya no sale meramente del cerebro o de la corporalidad, sino desde lo más selecto del espíritu humano.

En este orden, el lenguaje no es solo representativo ni solo conocimiento; es enormemente creativo, está en nuestra constitución biológica pero debe ser recreado artísticamente; no debe emitirse desde la rutina, ni desde el compromiso interesado sino desde la más fecunda expresividad espiritual; solo así, las palabras, es decir, los actos de habla, le dan sentido a la realidad porque nos sirven para expresar el mundo, no solo para reproducirlo.

Desde el lenguaje el mundo se convierte en una tarea personal. Como señalan Álvaro y Pombo, “la gran tarea es dar a luz un mundo personal valioso, y contarlo” (2013: 49) mediante un proyecto, mediante una vocación, a través de un deseo, de una esperanza, de un poema, de un cuento, es decir, de un hecho de vida, ante todo porque “la palabra está en el centro de nuestra inteligencia y de nuestra convivencia” (Álvaro y Pombo: 37-38).

Desde esta óptica las palabras, tanto habladas como escritas, no son meras estructuras superficiales; desde la inteligencia y desde una bien trazada convivencia humana deben convertirse en estructuras profundas. Merleau-Ponty señala que “el lenguaje tiene significado cuando, en lugar de copiar el pensamiento, se deja deshacer y rehacer por él” (Álvaro y Pombo 2013: 44). Se trata, por lo tanto, de una manifestación transformadora y adecuadamente integrada en su quehacer humano emotivo y siempre con la atención no desde la literalidad de la palabra sino desde una actitud interpretativo-espiritual puesta en las consecuencias que ella puede generar. Por algo lo señala muy bien Humberto Maturana (2010: 81): “El fenómeno espiritual es un estado de conciencia, un modo de vivir una cierta dinámica de relación más o menos abarcadora de las distintas dimensiones del vivir humano. Una experien-

cia de esa clase tiene consecuencias en todas las dimensiones del hacer y del relacionarse, y por esto es transformadora”.

Lenguaje, razón y emoción

Es verdad que lo humano no se constituye ni se legitima solo desde la razón; lo racional está validado, fundamentalmente, por las emociones que el ente humano experimenta a diario en contacto con el mundo. Pues, “las emociones tienen una presencia que abre un camino a la responsabilidad en el vivir” (Maturana 2010: 46). Por lo tanto, la razón para que no sea la producción de una mera objetividad, se complementa, se afianza y se proyecta desde lo más profundo de la subjetividad humana, es decir desde las emociones más sentidas que se canalizan desde el lenguaje. A decir de Humberto Maturana, “el lenguaje es mucho más importante para la convivencia de lo que habíamos creído hasta ahora..., lo mismo que las emociones” (2010: 38).

En efecto, en cada espacio de convivencia, lo racional desde el “lenguajear”, es decir, desde el diálogo, se combina emocionalmente; se trata de un entrelazamiento de ideas, de pensamientos racio-emocionales que nos impulsan a reflexionar sobre nuestro quehacer no solo desde la razón, sino desde la emoción que es la que nos permite verificar las consecuencias que nuestro modo de vivir produce en los demás cuando uno se encuentra con el otro. Pues, entre razón y emoción “uno aprende el mundo que uno vive con el otro” (Maturana 2010, 45) dado que desde el “lenguajear” “el otro lo puede escuchar a uno solamente en la medida en que uno acepta al otro; (...) la aceptación del otro se da en la emoción y no en la razón. Esto podemos apreciarlo en los niños pequeños. Cuando uno se acerca a un niño y uno le habla fuera del espacio emocional en que el niño se encuentra, este no se acerca a uno. Uno le ofrece la mano y el niño no la toma. Pero, en el

momento en que uno se encuentra en la aceptación del niño, en su emoción, el niño toma la mano. Ese gesto de tomar la mano es una acción que constituye una declaración de aceptación de la convivencia". (Maturana 2010: 45-46).

En este sentido, estamos ante un fluir de la vida y desde una experiencia en la que el lenguaje, la razón y la emoción se combinan admirablemente. Maturana afirma que "así como el vivir humano se da en el conversar, el emocionar le sucede a uno en el fluir del conversar, y esto tiene una consecuencia fundamental: si cambia el conversar, cambia el emocionar, y lo hace siguiendo el curso del emocionar aprendido en la cultura que uno vive y ha vivido. Es debido a esto el efecto terapéutico de la reflexión como un operar que lo centra a uno en su cultura y en lo fundamental de lo humano que es el amor" (2010: 46-47).

En efecto, el poder de reflexión, que no es otro que el análisis de nuestro decir, es decir, de nuestra conversación, de nuestro "lenguajear", nos lleva al amor más sentido no solo de lo humano, sino a la convivencia más fraterna de todo cuanto existe en la naturaleza. Surge así, entonces, un lenguaje del amor. Una vez más, Maturana nos ilumina al respecto cuando sostiene que "el amor es el dominio de las acciones que constituyen al otro como un legítimo otro en convivencia con uno" (2010: 46).

Nuestras acciones humanas, por lo tanto, no son otras que acciones de lenguaje desde la razón, pero ante todo desde la emoción; pues, ocurren en la vida cotidiana desde un continuo entrelazamiento dialógico, emotivamente conversacional bien al hablar, al escribir, al leer y al escuchar. Pues, son estos los espacios en los que las palabras, sobre todo desde nuestro potencial interior, llegan a tener su sentido pleno, honesto y significativamente humano, sobre todo de gozo en el vivir cuando aprendemos a reaccionar adecuadamente ante lo bueno y lo noble que a veces nos depara la vida.

Lenguaje, discurso y estilo

En conclusión, cada ser humano tiene su manera muy particular a la hora de comunicarse al hablar, al escribir, e incluso, al leer: hay un estilo muy personal para entender y para interpretar y valorar ese texto escrito. Con mucho acierto Mijail Bajtin (2011) señala que “todo enunciado, oral, escrito, primario, secundario y de cualquier esfera de la comunicación discursiva es individual y en consecuencia puede reflejar la individualidad del hablante (o el escribiente), o sea, puede tener estilo individual” (. P. 15).

Ese estilo individual es el que marca, desde la lengua, el ritmo de vida de ese ciudadano que pertenece a un rango de actividad determinado que se identifica por la profesión u ocupación que a diario lleva a cabo; por lo tanto, en esa actividad que ejerce ese ciudadano y todos los que pertenecen a ese campo o área de productividad social aparece un uso de la lengua muy particular que “elabora sus tipos relativamente estables de tales expresiones a las cuales llamamos géneros discursivos” (Bajtin 2011: 11).

En efecto, cada esfera de la actividad humana, es decir, cada área de trabajo tiene su propio género discursivo pero que es asumido por una forma de enunciación individual por cada ciudadano. La lengua, en este caso, tiene su propio repertorio de términos específicos, pero es el habla o la escritura de cada individuo la que asume a su manera ese hecho de lengua. Por eso, Bajtin señala que “la lengua surge de la necesidad de la persona de expresarse, de objetivarse. La esencia de la lengua, de una u otra forma, por uno u otro camino, se ciñe a la creación espiritual del individuo” (2011: 22).

Sin embargo, en esa necesidad que el ser humano tiene para expresarse, a la par que aparece la grandiosidad del lenguaje para comunicarnos y robustecer nuestra racionalidad y emocionalidad desde el más pleno sentido humano,

aparece también ese ángulo de vida que nos deshumaniza. Se trata de una conducta, en donde “la agresión, la competencia, la lucha, el control, la dominación, una vez establecido el lenguaje, se pueden cultivar y de hecho se cultivan en la cultura patriarcal, pero cuando pasan a conservarse como parte constitutiva del modo de vivir de una cultura, los seres humanos que la componen se enferman, se oscurece su intelecto en la continua autonegación y pérdida de dignidad de la mentira y el engaño o, en el mejor de los casos, las comunidades humanas que la componen se fragmentan en enclaves sociales pequeños en continua lucha unos con otros” (Maturana 2010: 139).

En estos casos, el intelecto humano que está llamado a producir los mejores hechos de vida, se enferma, como dice Maturana, se descompone y produce deterioro y grados de brutalidad sin nombre. El raquitismo del lenguaje, en estos casos, produce enunciados para la decadencia cultural. La palabra que es vida y comunicación pierde su sentido humano. El género discursivo que ese individuo debe practicarlo con ética y desde el mejor conocimiento de la lengua ha pasado a convertirse en un instrumento de deterioro, y así se instala en esa comunidad humana, afectando, por tanto, a cada uno de sus miembros que, con preocupación, observan cómo se mancilla la mansión de lo humano en todos los frentes o áreas discursivas. Una de esas áreas, quizá la más deteriorada es la del discurso político. Al respecto George Steiner dice: “Los alcances del hombre tecnológico, en cuanto ser sensible a las manipulaciones del político y a las propuestas sádicas, se han prolongado considerablemente hacia la destrucción” (2013: 13).

La palabra es amor que protege

Aunque estamos en una sociedad digital marcada por la imagen y la musicalidad y por un tipo de lenguaje raquí-tico, obsceno y altamente erotizado, el lenguaje, es decir

la palabra, sigue siendo el mejor medio para comunicarse institucional, familiar y profesionalmente; así, la sociedad en general, es la que marca, de manera paulatina, los estándares de culturización a través de la lengua.

Una lengua para la música, porque ahí está la palabra, una lengua para la tecnología digital, porque ahí está la palabra, una lengua para el romance, para el amor humano en donde la palabra cumple un papel vital. Desde la palabra se cultiva el amor y desde ella el deseo enorme de demostrar que el ser humano es capaz de asumir su más alta condición de racionalidad, de emocionalidad y de espiritualidad.

Desde la palabra “el yo amante se expande entregándose al objeto amado. El amor es la supervivencia del yo a través de la alteridad del yo. Y por eso, el amor implica el impulso de proteger, de nutrir, de dar refugio, y también de acariciar y mimar, o de proteger celosamente, cercar, encarcelar. Amar significa estar al servicio, estar a disposición, esperando órdenes” (Bauman 2015: 25) siempre a través de la palabra que es la que mueve a la persona a la realización de un actividad asumida amorosamente.

La palabra debe estar a la altura de lo que significa el amor. La palabra, en consecuencia, es amor que protege, respeta y valora, pero desde ese mismo amor la palabra está para denunciar, para reflexionar, para criticar y para corregir a aquel que no quiere amar, que no quiere construir desde el sentido de justicia, de honradez y desde la más sentida axiología antropológica y ética que es la que en consideración al mejor impulso amoroso debe mover al ser humano al encuentro con la otredad.

La palabra, por lo tanto, al mejor servicio de lo humano, de lo divino y de lo mundano. La palabra, en la educación escolarizada, sobre todo porque ellas, la educación y la palabra, marcan el destino del ser humano. La palabra activa en la educación para el desarrollo de las inteligencias múltiples para salir de la triste realidad en la que aún vive anquilosada en “la imposición de una cultura homogénea,

eurocéntrica y abstracta (...) y de conocimientos fragmentados, incluso memorístico y sin sentido, distanciado de los problemas reales, que lógicamente está provocando generalizado aburrimiento, desidia y hasta fobia a la escuela y al aprendizaje” (Pérez 2012: 19), y todo desde la palabra que permite este tipo de conductas antihumanas.

Por supuesto, en el uso de la palabra adecuada o mal encaminada existen, como sostiene George Steiner “complejas razones sociales y psicológicas. El ritmo de la vida urbana e industrial nos deja agotados al caer la noche. Cuando estamos cansados, la música, incluso la música difícil, es más fácil de disfrutar que la literatura seria. Exalta el sentimiento sin mortificar el cerebro. Permite el acceso a las obras maestras, incluso a los que carecen de formación. No separa a los seres humanos en islotes de intimidad y silencio, como hace la lectura de un libro, sino que conjura en ellos esa ilusión comunitaria que tanto anhela nuestra sociedad” (2013: 48), y todo desde la palabra en cualesquiera de sus vertientes humanas para unir, para amar, pero también para maldecir o para vociferar sin son ni ton, al estilo de los malos políticos y de todos aquellos que encogen al mundo antes que contribuir a su desarrollo armónico desde el concepto de la palabra culta que es la que fluye desde una polifonía sostenida en calidad humana.

Referencias bibliográficas

- Argüello, R. (2007). *Los destinos de la palabra. De la palabra poética y concreta a la palabra en el archipiélago de las tecnologías...* Bogotá: Cooperativa Editorial Magisterio. Palabra Magisterio.
- Bajtín, M. (2011). *Las fronteras del discurso. El hablante en la novela.* Traducción de Luisa Borovsky. Buenos Aires: Las Cuarenta.

- Bauman, Z. (2015). *Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*. Traducción de Mirta Rosenberg y Jaime Arrambide. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Díaz, Á. (2009). *Aproximación al texto escrito*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Dilts, R. (2008). *El poder de la palabra. Programación neurolingüística. La magia del cambio de creencias a través de la conversación*. Traducción de David Sempau. Barcelona: Urano.
- Marina, J. y Pombo Á. (2013). *La creatividad literaria*. Barcelona: Editorial Planeta. Ariel.
- Maturana, H. (2010). *El sentido de lo humano*. Buenos Aires: Granica.
- Moreno C. et al. (2014). *Cómo escribir textos académicos según normas internacionales*. Barranquilla: Editorial Universidad del Norte.
- Pazo, L. (2011). *Actos de lectura. Aportes teóricos a la práctica literaria*. Buenos Aires: Editorial Biblos.
- Pérez, Á. (2012). *Educarse en la era digital. La escuela educativa*. Madrid. Ediciones Morata, S.L. y Ministerio de Educación y Cultura del Ecuador.
- Steiner, G. (2013). *Lenguaje y silencio. Ensayos sobre la literatura, el lenguaje y lo humano*. Traducción de Miguel Ultorio. Barcelona: Gedisa.

18. POR QUÉ LEER LITERATURA*

Si la base de la educación escolarizada está en la lectura, esta tiene que empezar por ser agradable, atrayente, con sentido y plenamente humanizante. Si es así, el gozo aparece, el disfrute es pleno y la disposición para aprender resulta también agradable.

Sin embargo, nadie aprende a leer de golpe, de una sola vez y para siempre. También resulta difícil que a primera instancia alguien aprenda a disfrutar como por arte de magia. La lectura es todo un proceso intelectual y emocional en el que para una plena realización depende mucho del mediador: padre, madre y profesor, fundamentalmente: ellos son los que harán que el niño aprenda a leer con gozo o, lamentablemente, aprenda a leer a la fuerza, sin ninguna motivación que no sea la amenaza, el castigo o el maltrato psicológico.

Al respecto hay un testimonio muy agradable de la francesa Michèle Petit, una de las grandes antropólogas de la lectura: “Antes de cada examen trimestral de matemáticas, mi padre me ponía al corriente, divertido, en un fin de semana. Ambos me mostraban de paso que en las materias podía haber espacio para un placer, para una elección: un giro sintáctico o una demostración matemática más elegante que otra. Día tras día me enseñaban que el saber era deseable y el mundo, sorprendente” (2008: 74).

*Ponencia leída en el III Simposio Nacional de Literatura Pablo Palacio, celebrado en la Casa de la Cultura Ecuatoriana Benjamín Carrión Núcleo de Loja, el 24 y 25 de noviembre de 2016.

Qué mejor ejemplo de mediación para aprender a enamorarse de la lectura, de los libros, de la vida. Saber que una materia, desde la lectura, no solo sirve para aprender, sino para disfrutar y para saborear esa capacidad de asombro que le permite a cada lector apreciar y sorprenderse ante cada elemento nuevo que descubre, quizá inimaginable si no hubiese sido por esa oportunidad de lectura.

Ahora bien, como no todo el mundo tiene acceso a la lectura en los términos en que nos cuenta Petit, cada cual aprende a leer no la literatura, sino todos los temas que en la escolaridad le plantean, y los lee en la medida en que le es posible aprender a conocer esta variedad de temas, especialmente de carácter científico. Así se forma el niño, el joven, el escolar: mediante la explicación y mediante la lectura. Y como en la vida escolarizada hay que estudiar un cúmulo de materias, aparece el tema de la literatura, no como una materia más, al estilo científico, para aprenderla, sino para vivirla, para disfrutarla. ¿Y por qué la preferencia por esta disciplina y no por otra?

Porque la literatura nos abre las puertas al resto de disciplinas. Nos predispone para que el camino hacia otros campos no sea tortuoso. “Uno de los valores de la literatura, pues, es su inagotable caudal de verdad psicológica artísticamente creada” (Henríquez Ureña 2013: 25). Pues, desde esta verdad resulta mucho más fácil acercarse a la verdad del resto de disciplinas experimentales, por ejemplo. Y ante todo, tal como lo plantea el escritor ecuatoriano Iván Égüez, porque “La lectura de la literatura nos permite mejorar la calidad de la lectura en general, es la madre de todas las lecturas porque nos hace gozar de la lengua en todo su esplendor, pero, sobre todo, porque nos acerca a la simplificación del texto más allá del sentido lato de las palabras” (2007: 43).

Por lo tanto, desde la literatura se puede aprender a valorar el resto de disciplinas; cada lector, por supuesto, desde un acto especial de lectura. Pues, “de las lecturas

que hagan, de cómo aprendan a descifrar y de los riesgos que corran por entender, dependerá en definitiva el modo con el que intervengan en los universos y los espacios que habiten” (Pradelli 2011: 53).

Narratividad

La lectura de la literatura nos pone de pie; acudo a ella porque tengo el deseo de leer. Hay una historia que me espera; siento el deleite a flor de piel; me urge estar en contacto con el libro; se trata de una llamada como la del amigo, como la de alguien que quiere conversar y nos acercamos para la plática. Así es la lectura: texto y lector juntos: el deseo está viviente; me adentro en la historia, en su contenido, y desde ahí, desde dentro navego, me muevo; la plática con el texto discurre en la medida en que el otro, es decir el texto, me cuenta lo que contiene, lo que le ocurre. La conversación avanza: alegrías, penas, dolores, la vida con sus circunstancias. Hay una historia específica, especial, muy propia que me llega porque estoy atento. Las letras aparecen y aparecen, las sigo con la vista tal como el oído sigue el sonido de las palabras. Me llegan al cerebro, al corazón, al entendimiento, a los sentidos; y desde ahí me conmuevo, gozo, sufro, en fin, me he metido en la historia de esa narración tal como me meto en la historia de una conversación amena.

El espacio de la lectura es un espacio propio, no invadido por nadie que no sea el texto y el lector. Es un lugar en donde la comodidad, es decir la disposición mental y corporal se adecua con facilidad para empezar el coqueteo con el texto. Todo cuanto el lector trae en su mente queda a un lado cuando empieza el diálogo con el texto: se trata de un nuevo encuentro, el cual lo asumo con plena disposición mental para escuchar desde el más profundo de los silencios lo que la historia a voz en cuello me dice. Sin miedo, sin temor, sin sobresaltos, la historia me invade, recorre mi humanidad.

Si como lector he logrado meterme en la historia, es porque puedo “encontrar vida en las palabras” (Petit 2009: 43) del texto; una vida en cuya relación aparece lo afectivo, lo emotivo, lo sensorial, y no solo lo cognitivo. La literatura, por lo tanto, desde esta óptica tiene que hacer mucho por el bienestar humano de ese lector que ávido se ha metido en esa historia ajena, pero que una vez leída, queda incorporada a su vida: nuestra subjetividad queda afectada; se han incorporado infinidad de elementos simbólicos, representaciones y estados emocionales como aquel que puntualiza, por ejemplo, Michèle Petit: “La lectura, en particular de obras literarias, contribuye a la elaboración de la ‘posición depresiva’, en la que se hace posible atravesar la tristeza, se toma en cuenta el carácter ineludible de la separación humana” (2009: 117-118).

La literatura así leída, contada, escuchada, es una necesidad antropológica; está en uno como lo está la palabra oral, el aire para respirar, la alimentación para vivir. El escritor, en el relato, en la novela, en la poesía, en la dramática nos trae vida, nos permite re-construirnos, y sobre todo nos enseña a construir sentidos. Por eso, “lo importante que es, desde la más tierna edad, proponer a los bebés alimentos culturales, contarles historias y leérselas, dejando que se muevan y desplacen libremente en el espacio. Para crecer, para empezar un día a formular su propia historia, necesitan literatura. Necesitan también aprender a contar y este aprendizaje se produce en el encuentro, en la interacción, con un adulto que sienta placer por la narración” (Ibid: 161). Pues, solo el placer, en efecto, nos acarrea hermosas experiencias narratológicas estético-antropológicas y de carácter profundamente subjetivo.

La lectura de cuentos breves

Ahora bien, una buena manera de adentrarse en la lectura es desde la minificción, es decir desde la narrativa

breve que dice mucho pero en pocas palabras. La minificción, sobre todo desde el cuento corto, atrae por la brevedad de la narración; y ante todo hoy que mucha gente no quiere leer porque a veces se espanta cuando ve un volumen de cien o más páginas, es oportuno que se lea este tipo de literatura porque no le demanda mayor tiempo para leer y disfrutar con la misma altura de gozo que todo buen texto extenso produce.

Los padres de familia y los profesores que son los dos principales mediadores para involucrar a los niños y jóvenes en el mundo de la lectura, deberían servirse de este buen recurso educativo-literario de la minificción. Cuando no hay un comportamiento lector, o cuando la formación lectora es muy incipiente porque aún no está consolidado este enorme valor humano en el mundo de la intelectualidad y de las emociones de los lectores principiantes, un minicuento siempre será bien venido.

Un minicuento es recomendable por varias razones: porque su contenido es una pieza artística en cuya brevedad se concentra una historia o un asunto fecundo, completo, sugerente, conciso y admirablemente cargado de una originalidad imaginativa para tratar temas de toda naturaleza y desde diversas formas: humor, ironía, dolor, alegría, sarcasmo, y con una atinada economía del lenguaje en la que el lector se da cuenta que nada está demás, y que es suficiente con las contadas palabras que ahí constan para comprenderlo literal e inferencialmente sin ninguna dificultad.

Desde el minicuento, sí es posible que un lector principiante mejore su capacidad lectora. En este caso, no es la cantidad de hojas leídas sino la calidad de esos pocos y breves párrafos escritos que atraen por su brevedad y sobre todo por su concisión. Como dice el escritor ecuatoriano Iván Égüez: “Su secreto coincide con la economía del relato, que es la economía de los tiempos. Nada está demás, porque si estuviera habría causado una demora,

así como nada falta, porque si faltara necesitaría más tiempo para ser leído, es decir, comprendido” (2006: 162).

Lo agradable de este tipo de lectura es que lo súbito, lo insólito, lo sorpresivo, lo efímero, el asombro, lo sugerente, son elementos que le permiten disfrutar al lector que en pocos minutos recibe una lección de humanismo, dado el goce estético, estilístico y comunicativo-cultural-literario que el texto conlleva.

Pompeya, del escritor ecuatoriano Jorge Dávila Vásquez, es una muestra de minicuento: disfrute de su lectura:

- Señor, murmura temerosa la mujer, cada vez que os acercáis, veo como un mar de fuego en la lámina del espejo.
- Es mi pasión, querida Áurea Marcela, que se materializa hasta para que la reflejen los espejos.
- No, mi señor, es como lava.
- Es mi amor que corre hacia vos.
- Como si erupcionara la tierra.
- Son las palabras que salen de mi boca y te buscan, te envuelven, así. Y la acaricia enardecido.

Ella se refugia en el cuerpo enorme del tribuno, pero un sacudimiento implacable la recorre, como a una ciudad en plena destrucción.

Empecemos por la lectura de estas sabrosas piezas literarias breves para confirmar, luego, lo que sostiene Jim Trelease: “Entre más lee uno, mejor lo hace; entre mejor lo hace, más lo disfruta, y entre más lo disfruta, más lo hace. Entre más lee uno, más aprende y entre más aprende, más amplía la capacidad de comprender” (2012: 33).

El sentido humano-literario de lo incompleto

Desde esta óptica, es oportuno señalar que el corazón humano tiene tantas maravillas, quimeras, ensueños, locuras y, por supuesto, a veces muchas penas, dolores y tristezas que los escritores han sabido sacar provecho para la construcción de sus obras artísticas en el campo

de la literatura. Se trata de un mundo imaginario que parte de realidades humanas muy elocuentes, no tanto para definir lo que somos, sino más bien para demostrar lo que el ser humano es capaz de llegar a ser. No nacemos “hechos y derechos”, nos vamos formando en el camino de nuestra vida. De alguna manera, aunque tengamos todos los dispositivos bio-sico-sociales para llegar a ser lo que pretendamos ser, “estar vivo es estar incompleto (...)”, pues todos buscamos algo que no tenemos. Para eso hablamos, para poder completarnos. El amor, por ejemplo, ¿qué es sino la búsqueda de eso que nos falta?” (Martín 2013: 17), y la literatura es especialista en hacer completa la vida humana, al igual que la filosofía y la teología que están atentas no para filosofar, imaginar y especular acerca de lo que el ser humano tiene, sino más bien para indagar por lo que le falta. Quizá, de manera existencialista, se podría decir que tratar de vivir humanamente no es otra cosa que convivir en medio de tantas carencias materiales, afectivas y espirituales.

Y por más grata y fácil que a veces resulte vivir la vida, es decir, por más que digamos que todo lo tenemos a la mano, en especial quienes tienen suficiencia de bienes materiales, e incluso aquellos que tienen abundancia de bienes espirituales, siempre, o quizá más que ningún otro ser humano, experimentarán el sentido de lo incompleto, de la insatisfacción y lo vacío que la vida les resulta, sobre todo frente a lo desconocido, a la incertidumbre y a la falta de esperanza para poder saborear a plenitud la exquisitez del mundo.

La literatura, por lo tanto, aparece para completar el valor humano que siempre debe tener nuestra vida, nuestro destino, nuestro trajinar, que no deja de ser ambulante porque siempre estaremos en la búsqueda de esa carencia. “De hecho –dice Martín Garzo-, una buena parte de los personajes de los cuentos tienen alguna carencia. No hablan, no pueden andar, son infantiles y torpes, no conocen

su propio origen... Y esa carencia básica, ese existir incompleto es lo que los transforma en los protagonistas de las más bellas historias” (2013: 38). Al respecto, piense usted en esos grandes personajes que ha creado la literatura universal: Aquiles, Ulises, El Quijote, Sancho Panza, Romeo y Julieta, Pinocho, Aureliano Buendía, Pulgarcito, El Patito Feo, Platero, Pedro Páramo, La Emancipada, Cumandá, Andrés Peña, Mafalda...

En la literatura, entonces, encontramos lo que nos falta; en ella podemos encontrar la luz, el camino para nuestra integridad personal y social, moral y ética, libertaria y democrática, de ocio y de entretenimiento, de alegría y de dolor. Solo que para ello hay que leer. “La lectura es credulidad, deseo de aventura, búsqueda amorosa” (Martín 2013: 39). Arriesguémonos a la búsqueda de ese algo que nos falta, vayamos a la búsqueda de hacer posible lo que no lo parece. Desde la lectura bien podemos acceder a otras realidades, podemos escuchar otras voces, encontrar otros caminos, plantearnos preguntas. Y leer literatura sobre todo porque ella “tiene que ver con el amor, que es encantamiento, atención, desvelo... Y, sobre todo, alegría” (ibid: 39).

En efecto, la lectura de la literatura se basa en la alegría que experimenta el lector. Se trata de una alegría por la locura de vivir, y sobre todo porque desde las carencias humanas que descubre en cada historia, en cada invento literario, el lector sabe que la vida es un don maravilloso que vale la pena vivirla amorosa y gozosamente.

La palabra literaria

En este orden, leer un texto es leer el mundo, es leerse y conocerse uno como lector. Desde la lectura el mundo se expande en virtud de que la palabra, sobre todo la literaria y la filosófica “permanece abierta al lector en su riqueza significativa, donde el signo lingüístico es portador de múltiples significados y no de un significado unívoco”

(Pazo 2011: 9). Pues, la palabra literaria no se presta para ser valorada solo desde la literalidad, sino desde su condición inferencial: desde la literalidad es posible la comprensión y el conocimiento, pero desde lo inferencial, el aporte personal, el cuestionamiento, la reflexión y los argumentos de carácter crítico nos llevan a conclusiones personales que superan el conocimiento objetivo que del mundo se tiene.

Por lo tanto, ya no es el lenguaje literal el que cuenta, aunque se parta de él, sino más bien cómo desde esta realidad textual el lector aprende a escuchar otras voces, otro lenguaje, es decir, nuevas dimensiones u otros horizontes que trascienden la mera materialidad objetual que el lector en primera instancia percibe desde su condición personal hasta hacer de las palabras un conjunto de signos lingüísticos con un fuerte contenido emocional y espiritual, como si se tratase de un soplo divino que nos hace ver y percibir la realidad más allá de la realidad tangible.

Por eso, lo primero que debe hacer un lector es aprender a darse cuenta que “la literatura no es simplemente escritura sino verbo que desarrolla un sentido que es necesario redescubrir” (Pazo 2011: 50) desde nuestra más genuina condición hermenéutica que es la que nos encamina a interpretar la realidad literaria desde diversas lecturas. Como señala Liliana Pazo: “La mecánica del lenguaje literario permite que un sentido sea representado por diferentes significantes y que los significados a representar sean inagotables y convoquen sentidos diversos” (2011: 50).

Esta es la riqueza del texto literario, que no reposa en el texto en sí sino en la intención hermenéutica del lector. Por eso, cuando un lector se queda en la mera literalidad del texto, su pobreza de interpretación es nula y por ende el gozo que del texto pudiera extraer no aparece. En estos casos el aburrimiento, la indiferencia y el maltrato al texto son evidentes en este tipo de lector pasivo y poco creativo para ir más allá de la denotación textual.

Solo el lector activo y fuertemente motivado para adentrarse en el mundo de la literatura sabe que aquí interesa más la especulación que la investigación racional, tal como lo señalan Marina y Pombo: “La literatura me permite el acceso a otros mundos, me libra de alguna manera del monoteísmo de la perspectiva. Inevitablemente veo la realidad desde donde estoy, pero gracias a la palabra –y a otras artes- puedo verla a través de otro” (2013: 81). Y esta realidad se da justamente porque “comprender el texto es ‘tener fe en el texto’, seguir ‘la flecha de sentido’, entender su doble poder: el de reunir todos los significados surgidos desde discursos parciales y el de abrir un horizonte de sentidos que escapa al límite del discurso denotado” (Pazo 2011: 49). Aparece así una nueva realidad poética que trasciende el espíritu de ese lector que está a la altura de nuevos sueños y anhelos personales.

Entender la vida desde la literatura

En conclusión, nuestro pensar y actuar racional y emocional deben encaminarnos a darle sentido a nuestra realidad; esa es la función esencial de nuestra conciencia humana, y para ello existen infinidad de mecanismos que la ciencia y las humanidades nos brindan a raudales, de manera que no sea la rutina, sino la creatividad a través de un pensar y actuar eficientes los que iluminen el sendero de nuestra conciencia para apropiarnos del mundo con un valor personal.

Una de las formas altamente valiosas para darle sentido a nuestra realidad es desde el mundo humano de la literatura. El valor personal que desde este campo se pueda llevar a cabo, bien al escribir o al leer una obra literaria, debe “entenderse como un especial interés hacia una actividad, como una anticipación de una imagen futura en la que uno se encuentra realizado o como el deseo de aprovechar unas especiales habilidades de las que se siente uno dotado” (Marina y Pombo 2013: 55) para apropiarnos

del mundo desde el mejor sentido estético y armónico que el lenguaje poético-literario nos proporciona para analizar la realidad desde nuevas y fructíferas dimensiones.

Y es que, si queremos entender y valorar la realidad del mundo y la nuestra, hay instrumentos muy potentes y altamente significativos como el de la literatura para enfrentar la realidad desde la ficción; es decir, desde la palabra como idea potencialmente creativa, recreativa y estética, antes que desde la cosa en sí, fría y estática. Al respecto, la opinión de Jean Paul Sartre, citado por Alberto Manguel, es muy esclarecedora cuando señala que: “Como Platón, pasé del conocimiento a su objeto. Encontré más realidad en la idea que en la cosa misma, porque la idea se me daba antes y se me daba como cosa. Era en los libros donde había encontrado el universo: digerido, clasificado, etiquetado, meditado, y aún así, formidable” (2011: 26).

En efecto, “la literatura se modifica, cobra nuevos impulsos y nuevas fuerzas, pero sigue y seguirá siendo una forma insustituible para que el hombre se conozca a sí mismo y conozca su relación con el mundo” (Pazo 2011: 9) desde el horizonte creado por el artista y recreado por “el lector quien interpreta el significado; es el lector quien atribuye (o reconoce) en un objeto, un lugar o un acontecimiento cierta legibilidad; es el lector quien debe adjudicar sentido a un sistema de signos para luego descifrarlo. Todos nos leemos a nosotros mismos y al mundo que nos rodea para poder vislumbrar qué somos y dónde estamos. No podemos hacer otra cosa que leer. Leer, casi tanto como respirar, es nuestra función primordial” (Manguel 2011: 21-22).

Incluso, hasta en el caso en que, como señala Orhan Pamuk, citado por Manguel: “Si uno tiene un libro en la mano, por complicado y difícil de entender que sea, cuando uno lo ha terminado de leer puede, si lo desea, volver al principio, leerlo de nuevo y entender así lo que es difícil y, al mismo tiempo, entender también la vida” (2011: 50) desde una experiencia literaria y estética muy propia,

muy expresiva, y en cuya razón existencial bulle un mundo rico y luminoso, “polivalente porque el lenguaje literario conserva y trasciende simultáneamente la literalidad de las palabras” (Pazo 2011: 9).

Referencias bibliográficas

- Égüez, I. (Mayo 2007). “El lector sordo”. *Capítulo aparte* 8. *Revista sobre el tema de la lectura*. Quito: Campaña Nacional Eugenio Espejo por el Libro y la Lectura.
- Égüez, I. (2006). *Capítulo aparte. Revista sobre el tema de la lectura*. Quito: Campaña de Lectura Eugenio Espejo por el Libro y la Lectura.
- Henríquez: (2013). *Historia cultural y literaria de la América hispánica*. Bogotá: Verbum.
- Manguel, A. (2011). *Una historia de la lectura*. México. Traducción de Eduardo Hojman. México: Almadía.
- Marina J. y Pombo A. (2013). *La creatividad literaria*. Barcelona: Ariel, Editorial Planeta.
- Martín G. (2013). *Una casa de palabras. En torno a los cuentos maravillosos*. México, D.F.: Océano Travesía.
- Pazo, L. (2011). *Actos de lectura. Aportes teóricos a la práctica literaria*. Buenos Aires: Editorial Biblos.
- Petit, M. (2008). *Una infancia en el país de los libros*. Traducción de Diana Luz Sánchez. México: Océano Travesía.
- Petit, M. (2009). *El arte de la lectura en tiempos de crisis*. Traducción de Diana Luz Sánchez. México, D. F.: Océano.
- Pradelli, Á. (2011). *La búsqueda del lenguaje. Experiencias de transmisión*. Buenos Aires: Paidós.

Trelease, J. (2012). *Manual de lectura en voz alta*. Traducción de Juan Pablo Hernández C. y Jorge Largo G. Bogotá: Fundalectura.

ÍNDICE

1. Algunos principios básicos sobre axiología de la lectura.....	3
2. ¿Para qué se lee?	23
3. ¿Por qué es bueno leer?	31
4. Vivir la lectura.....	42
5. Leer para aprender a pensar	60
6. Escritura y lectura en las tecnologías de la información y de la comunicación	119
7. Habitar el mundo desde la lectura	144
8. ¿Por qué la niñez y la juventud poco o nada leen?	166
9. ¿Qué pasa con aquellos que sabiendo leer no leen?.....	174
10. Gozo y sufrimiento al leer y escribir.....	185
11. ¿Qué se necesita para desarrollar el hábito lector	197
12. El poder de la voz y la literariedad visual de las imágenes en la lectura.....	209
13. La proyección de la personalidad en la palabra oral y escrita	223
14. La lectura es un complejo trabajo subjetivo dentro de un espacio de espiritualidad laica	239
15. Toda lectura es interpretativa	254
16. Lectura y lectores en el Quijote: Pautas para leer el Quijote	278
17. La interdisciplinariedad.....	297
18. Por qué leer literatura.....	314

